CECI WALLACE

El año que me comí la Gran Manzana



MOLINO

CECI WALLACE

El año que me comí la Gran Manzana

MOLINO

Para todas las Anas de ahí fuera.

A las que alguna vez hicieron sentir que no eran merecedoras de amor, de amistad de verdad y de éxito por no entrar en los cánones. A las que hicieron creer que jamás serían suficiente para nadie.

Siempre crean en ustedes mismas y rodéense de personas que las ayuden a creer cuando no puedan más, y conseguirán todo lo que se propongan.

1

Aperol Spritz y otros esnobismos

«Como tenga que servir otro Aperol Spritz más, me corto las venas», pensé. ¿Qué demonios le ven a esta bebida? ¡Es superamarga y asquerosa! Supongo que será por ese color naranja que va a juego con los autobronceadores de las inglesas, porque si no es que no me lo explico. Era ya mi cuarto verano en el Seaside Beach Club, en el sur de Tenerife, la pequeña isla donde nací y me crie y de la que nunca había podido salir, salvo por aquel viaje de fin de curso a Gran Canaria que hicimos en la ESO y que fue tan guay. Era un lugar precioso y exactamente como uno se imagina que tiene que ser un club de playa: prácticamente todo el mobiliario era blanco, con una combinación de mesas altas y bajas y sus respectivas sillas a juego. El centro del local lo ocupaba una enorme barra circular recubierta de espejos que no podía estar más harta de limpiar, pero que, honestamente, era preciosa. Por supuesto, el club tenía un acceso directo a la playa, donde había camas balinesas que la gente podía alquilar a un «módico» precio para pasarse el día tumbados en ellas creyéndose dioses (me muero de la envidia). Parecían cómodas, aunque nunca me había acostado en una de ellas porque tenía

miedo de que me echaran la bronca por usar unas instalaciones que no me correspondían. Aunque mi jefe era bastante guay, no había que abusar de la confianza. Era un poco niño de papá al que le montaron el negocio, pero en general era bastante justo, pagaba bien —dentro de los sueldos que se manejan en esta profesión— y a mí, además, me daba un pequeño extra porque hablo inglés. La verdad es que ni siquiera en momentos de estrés perdía los papeles y era un chico bastante educado, lo cual, por desgracia, no es muy común en el mundo de la hostelería. En todos mis trabajos anteriores había tenido que soportar, por tres euros la hora, que me gritasen hasta delante de los clientes, así que había días en los que este sitio me parecía un paraíso, pero, obviamente, soñaba cada noche con poder dejarlo para dedicarme a lo que estaba estudiando. Lo que no sabía es que hoy, un caluroso día de agosto en el que todo parecía igual que siempre, mi vida daría un vuelco que lo cambiaría todo.

Lo gracioso de la clientela de esa clase de sitios es que precisamente los que piden las bebidas más simples son los que más dinero tienen. Por eso me tocaba hacerle la pelota al viejo que se pedía un whisky, ya que además les suelo resultar más atractiva a los señores mayores que a los chicos de mi edad. Está claro que en otra época se apreciaba más la grasa corporal, y este señor era mínimo del Renacimiento. Supongo que es bastante asqueroso dejar que un hombre me piropee a cambio de propinas, pero, chica…, si igualmente nos van a sexualizar, al menos que paguen por ello, ¿no?

En fin, a mí lo único que me importaba era que me dejaran buenas propinas, porque el sueldo de camarera que me pagaban no estaba mal, pero necesitaba completarlo con algunos extras para

ahorrar todo lo posible, ya que en septiembre terminaba la temporada y me iba directa al paro.

Me gradué en Filología Inglesa por la Universidad de La Laguna porque amo los idiomas, pero sobre todo el inglés, no sé por qué. Siempre digo que en otra vida yo debí de ser de California como mínimo, por eso me atrae tanto una americanada, aunque por otro lado no esté nada de acuerdo con muchas de sus costumbres y formas de pensar. Supongo que haberme criado prácticamente pegada al ordenador viendo series y YouTube me había creado una fascinación por Estados Unidos que no sé si superaré algún día. Lo más triste era que tenía un tío en Nueva York del que siempre me estaba hablando mi madre, pero no lo conocía porque, entre una cosa y otra (falta de pasta, sobre todo), nunca habíamos podido ir a visitarlo, pero sería guay… ¡Quizá algún día! Mientras tanto, y como hoy en día no es suficiente con la carrera (o eso dicen), estaba haciendo un máster carísimo en Marketing Digital y Redes Sociales, que, aunque no tenga nada que ver con la filología, parecía el ámbito donde más posibilidades tenía de encontrar un buen trabajo en los tiempos que corren. Así que, en este caso, había primado la practicidad sobre la vocación, qué le vamos a hacer. Y había tenido que hacerlo por la privada porque en la pública no tenía esta opción, así que me estaba costando una pasta que no tenía, pero bueno. No obstante, me gustaba, era interesante y, como era totalmente online, me permitía coger más turnos en el trabajo y compaginar ambas cosas. Siempre me han fascinado las redes sociales y el mundo de internet en general, así que pensaba que se me podría dar bien.

Mientras secaba copas con el único paño limpio que había encontrado, me fijé en que el mar estaba especialmente tranquilo, cosa rara en verano por estas islas, donde el viento suele ser el protagonista del día. Corría una ligera brisa que agradecí, ya que a veces el calor es realmente asfixiante y me suda el entreteto que flipas. Ni siquiera puedo usar sujetadores que tengan el más mínimo encaje, porque del calor me rozan muchísimo y me dejan la zona de debajo de los pechos totalmente irritada. Pensé que igual me pasaba luego por el Primark a pillarme alguno más de esos sin costuras. No creía que nadie pudiera acompañarme, así que decidí ir sola después de mi turno. Mejor, porque no tenía el día para ver cómo mi amiga salía con veinte bolsas llenas del centro comercial, y yo, con suerte, solo dar con unas bragas y unas gafas de sol que me cupieran.

—Señorita, ¿no se trabaja aquí hoy o qué?

Mi jefe me sacó de golpe de esa fantasía en la que escaparme al Primark era, probablemente, el mejor plan de toda la semana.

—¡Perdóóón! Se me va la pinza totalmente del calor.

Cuando levanté la vista vi que un grupo de tres chicos se acababan de sentar en una de las mesas de la terraza. Uf, eran Kevin y sus dos amigotes, a cada cuál más trancado. Llevaban el uniforme veraniego de cualquier canario que se precie: camiseta de tirantes bastante abierta y caída por los costados, enseñando bien sus músculos perfectamente bronceados, pantalón deportivo bien corto y cholas, por supuesto. Miré de reojo a mi compañero, a ver si iba él a servirles, pero estaba ocupado con otro cliente que le contaba cómo hacer dinero con las criptomonedas o algo así…, cosas de heteros, supuse, así que no me quedó más remedio que acercarme a atenderlos. Que quién demonios es Kevin, te

preguntarás. Ese adonis bronceado de 1,80 era el chico que me tenía completamente desquiciada desde hacía ya dos años. Lo conocí aquí, trabajando, una tarde de verano. Kevin se acercó a la barra y con una sonrisa que me dejó completamente encandilada, me preguntó que a qué hora cerrábamos y que si le daba mi Instagram. Le dije «a las 12, y soy @anabanana». Levantó las cejas, sonrió divertido y me dedicó una mirada que hasta el día de hoy no he podido superar. Sabía que en ese preciso instante este tío me acababa de traumatizar para siempre. Me trataba como su novia, pero no terminaba de ser su novia; cuando estábamos juntos parecía que se derretía al mirarme, pero en público fingía no haber interactuado conmigo jamás.

Mientras me dirigía hacia su mesa me moría de vergüenza. Encima, ese día apenas me había maquillado y llevaba el pelo en un moño alto que me quedaba terrorífico. Cómo odio verme con el pelo recogido…, pfff. Al menos no teníamos uniforme, solo un pequeño delantal atado a la cintura, así que llevaba mi clásico top con un buen escote y mis shorts vaqueros favoritos (y los únicos que me servían de mi armario).

—Hola, chicos, ¿qué tal? ¿Qué les pongo?

Kevin siquiera se dignó a levantar la vista. Supuse que estaba evitando dar a entender que me conocía. Uno de los chicos estaba ensimismado mirando el móvil y el otro fue el único que se tomó la molestia de mirarme.

—Muy bien, ¿y tú? —me contestó con una sonrisa preciosa—. Ponnos tres batidos de aguacate, porfa, y perdona a estos dos maleducados.

La verdad es que era guapísimo el tío, y encima simpático. Kevin levantó por fin la vista y me saludó con una ligera sonrisa de labios apretados y un movimiento ascendente de cabeza, sin más.

—Sí, un batidito posentreno está perfe. Gracias.

Me volví hacia la barra a preparar los batidos; en momentos como ese, me habría gustado que no fuese ilegal escupir dentro de uno de ellos. Dos años viéndonos varias veces por semana y era como si después de cada encuentro se vaciara no solo su cuerpo, sino también su corazón. Nuestra «relación» era como una droga que no podía dejar, aunque me hiciera sentir fatal, porque cuando estábamos juntos era muy distinto. Como si habitasen dos personas en un solo cuerpo, literalmente. Cuando nos veíamos era superatento, cariñoso, divertido…, pero después simplemente desaparecía hasta nuevo aviso y me ignoraba. En fin, coloqué las tres copas de batido sobre la barra y me disponía a verter el contenido de la batidora en ellas cuando noté una presencia. Levanté la vista y era él.

—Oye, perdona, que el otro día me quedé dormido cuando te fuiste y me olvidé de contestar. Luego te escribo y hablamos, preciosa.

Me guiñó el ojo y siguió hacia el servicio. Un calambre que surgía directamente de lo más profundo de mi ser me subió por la espalda. No podía evitar que tuviera ese efecto en mí. De verdad, ojalá pudiesen verlo ustedes mismas: un tío así podría tener a cualquier chica que quisiera. Sin embargo, e inexplicablemente, ¡llevaba dos años follando conmigo! Y, dos años después, yo seguía sin creérmelo. Claro que me gustaría que nuestra relación fuese mucho más que eso, pero entendía que le costara aceptar que se había

enamorado de la gorda del barrio que trabajaba de camarera. Era obvio que me quería, pero hay que ser realistas, y yo era totalmente consciente de que él estaba tan fuera de mi liga que me conformaba con esas píldoras de atención que me daba, supongo. Ya sé que soy patética…, sé lo que están pensando todas…, ¡pero es que era taaan guapo, Dios!

Estaba tan ensimismada en lo que acababa de decirme este tío que no me había dado cuenta de que mi móvil no paraba de vibrar dentro del bolsillo de mi delantal. Lo saqué y vi treinta llamadas perdidas de un número largo y desconocido. Algo se activó en mí, y empecé a temblar: sabía que no era para nada bueno.

—¿Ana López? La llamamos del hospital, ¿podría acudir lo antes posible? Es su madre. Acaba de traerla la ambulancia y no se encuentra bien, venga lo antes posible, por favor.

Y así me enteré de que no suelen decirte por teléfono que tu madre acaba de morir, que ese tipo de noticia es mejor darla en persona.

2

Adiós, mami

Qué extraño es el duelo. Iba caminando por la calle, entre la gente, y me daba cuenta de que todo el mundo estaba a sus cosas; unos sonriendo, otros serios, la mayoría mirando el móvil…, y me jodía. Me molestaba muchísimo. Porque no podía entender que el mundo siguiera su ritmo normal si mi madre ya no estaba. Porque había vuelto a salir el sol y la gente continuaba con su vida como si nada, si en mi realidad todo acababa de dar una vuelta de campana que me había dejado totalmente vacía por dentro. Todo había cambiado en cuestión de un día y aquella gente estúpida ni siquiera se había dado cuenta, porque para ellos todo seguía igual. Es obvio que no conocían a mi madre. Una mujer molesta, la mayoría de las veces, gritona y excesiva —cosa que he heredado sin remedio—, pero que ahora que ya no estaba dejaba un silencio insoportable en mi vida.

Sentía que me enfrentaba a los peores días de mi vida, y estaba muy enfadada. Por lo de que la gente siguiera con su vida normal, sí, pero también porque nadie nos prepara para esto. Nadie te explica que, sin ser aún consciente del todo de lo que acaba de pasar, te van a meter en una habitación a preguntarte cosas tan

banales como de qué color quieres las flores, cómo va a ser la urna en la que acaben sus cenizas o si te parecen bien unas putas estampitas horribles con una cruz religiosa. Y como ella sí era creyente, permití todo eso y acepté hacer una misa en su honor, porque yo qué sé, aquí la gente considera que es lo que se debe hacer, y yo en ese momento era un zombi con un grifo abierto en los ojos que no cesaba y que no sabía cómo parar.

Es una sensación increíblemente extraña saber que la que hasta hace unas horas era una persona viva, que se movía y sonreía, ahora es un cuerpo inerte metido en una caja a la espera de ser reducido a la nada. Y peor aún cuando es tu madre. Alguien a quien quieres incondicionalmente. Alguien a quien te costó entender, pero, al final, lo conseguiste. Alguien a quien tantas veces perdonaste en silencio sin que ni siquiera ella lo supiera, porque nunca pidió perdón por nada. Pero era mi madre, mi mamá. Y, a pesar de todo, la adoraba. Y la iba a echar tanto de menos…

Llevábamos muchos años solas, ella y yo. Mi padre es la típica historia del que se fue a por tabaco y nunca volvió. Dicen que, como mujeres, nuestro padre es nuestro primer gran amor, pero el mío fue mi primera gran decepción. Él me rompió el corazón antes de que ningún chico pudiese hacerlo y también se llevó el de mi madre, que no fue nunca capaz de recuperarse de la ruptura y el abandono. No lo recuerdo del todo, porque nos dejó cuando yo aún era demasiado pequeña para entender tantas cosas… Solo sé que un día volví del cole y mi madre me sentó en la mesa del comedor para explicarme, temblorosa, que mi padre ya no iba a vivir más con nosotras. No recuerdo haber llorado, me quedé como en shock y sin comprender absolutamente nada. Pensé que volvería a verlo al día siguiente,

pero no fue así. No lo volví a ver hasta algunos años después, cuando me lo encontré en un Mercadona acompañado de una señora. Él no me vio a mí, pero me puse tan nerviosa que me fui sin acabar la compra. Nunca entenderé que alguien pueda desentenderse así de su propia hija, pero desde ese momento empezó una de mis inseguridades más grandes. Y es que, si ni tu propio padre es capaz de quererte, ¿quién lo va a hacer?

Durante mucho tiempo culpé a mi madre de su ausencia. Estaba segura de que él la había dejado, porque era demasiado para cualquiera. Era una de esas mujeres que lo arrasan todo a su paso. Le daba absolutamente igual quién fuese su interlocutor; no se amedrentaba ante nadie. Si pedía medio kilo de pechugas de pollo y pensaba que el carnicero la quería estafar, no se cortaba ni un pelo en decírselo. Si no le gustaba cómo le habían dejado el cardado en la peluquería, se iba sin pagar y no miraba atrás. Y su fuerte carácter le creó muchas enemistades en el barrio. Me costó muchos años comenzar a entenderla. ¿Por qué parecía estar siempre a la defensiva? Muchas veces reconozco que me avergonzaba salir con ella a la calle porque nunca sabía qué humor iba a tener o cómo iba a tratar al camarero, por ejemplo. Me daba pánico encontrarme a alguien conocido cuando iba con ella, pero después entendí que cuando tanta gente te ha traicionado y abandonado, es difícil confiar, ser amable y tener un carácter dulce. Y que solo las personas más pacientes pueden lidiar con alguien como mi madre, así que si algo me enseñó ella fue eso, a desarrollar la paciencia. No era mala, ni se merecía haber sufrido tanto, pero era una mujer complicada. Un día era la madre más amorosa y encantadora del universo, y al día siguiente me recordaba que estando «así» jamás me iba a querer

ningún chico. Un día me animaba a comer y al otro me decía que me iba a comprar pastillas para adelgazar. Ahora entiendo que ella solo quería protegerme del mundo, pero a su manera. Crecí aprendiendo a gestionarla. Solo con verle la cara por la mañana sabía si ese día podía hablar con ella y enseñarle la ropa nueva que me había comprado, o si mejor dirigirle la palabra lo mínimo indispensable. Era como abrir un calendario de Adviento: no sabías qué sorpresa te esperaba cada día.

Por desgracia para ella, heredé gran parte de su carácter, por lo que aprendí a manejarla, entenderla y no dejar que sus malos días me afectasen demasiado.

Ella sí que fue mi primer amor, y el más grande que he conocido hasta ahora, aunque tuviésemos ciertas diferencias y, a veces, fuese complicado estar juntas y llevarnos bien. Como ella misma decía, me tuvo mayor (con casi cincuenta años) para disponer de alguien que la cuidase en la vejez. Así que, sin saberlo, mi sino estaba asignado desde que nací. Cuando cumplí los veinte, los achaques empezaron. Era fumadora de tabaco negro: decía que fumar la hacía ver más joven y sexy, menuda diva. Lo que no pensábamos es que tan solo cinco años después, este glamuroso hábito le provocaría una parada cardiorrespiratoria irreversible. Mi madre era y había sido realmente una mujer muy guapa, delgada y, como ella misma presumía, muy aclamada por los hombres. En los tiempos en los que conseguir la atención masculina parecía ser lo más relevante para la supervivencia de una mujer, ella sabía que su belleza era una moneda de cambio y por eso le daba tanta importancia a su físico, y al mío. No le faltaba razón cuando se preocupaba de que no haber heredado su delgadez me iba a afectar en la vida, pues muy pronto

la sociedad, la televisión, las revistas y los hombres se encargan de hacerte saber que si te sales de los pesos y cuerpos canónicos tienes un problema, y debes solucionarlo para que te traten bien. Y sí, recibir todos estos mensajes desde pequeña fue la causa de que yo tuviera una autoestima bastante justa, pero más que nada lo que sentía era rabia y resquemor hacia esos sistemas que habían provocado que odiara mi cuerpo. No podía tenerle rencor a ella, a mi madre, pues no era más que otra víctima del sistema, y estoy convencida de que en sus tiempos el mensaje era muchísimo peor. Sobre todo, cuando, a pesar de sus esfuerzos por gustar, ningún hombre la respetó lo suficiente y, encima, el señor que la convirtió en mi madre acabó abandonándonos de aquella forma. Ella no se merecía eso, nadie se lo merece, y por eso nunca fui capaz de irme fuera a estudiar o intentar conseguir otras oportunidades, porque me sentía tremendamente responsable de ella y no quería que volviese a quedarse sola nunca más.

A pesar de que no fue fácil crecer así, no podía guardarle rencor: la admiraba porque había hecho lo que había podido con las herramientas que había tenido a su alcance. Yo sabía que saldría adelante sola, como ella me había enseñado, que me convertiría en una mujer fuerte y capaz de todo, aunque en aquel momento no tenía ni idea de lo lejos que llegaría. Sin quererlo, su muerte repentina, al brindarme tiempo para liberarme de la responsabilidad que ella misma me había cargado desde que me tuvo, traería consigo la oportunidad más grande de mi vida. Ironías de la vida (o de la muerte): cuando parece que todo tu mundo se viene abajo y se destruye, resulta que es para dejar el suficiente espacio libre donde construir lo que verdaderamente te mereces.



En cuanto me enteré de la fatídica noticia contacté con mi tío Andrés, que ahora se hacía llamar Andrew, pues él era la persona favorita de mi madre en el mundo entero. Vivía en Nueva York y dentro de apenas unas horas estaría aquí, acompañándome, así que al menos me mantendría distraída conociendo a un tío al que jamás había visto en persona, aunque sí había oído hablar mucho de él y lo había visto mil veces por videollamada. Mi madre y su hermano hablaban una vez a la semana, como mínimo. Siempre estaba hablando de él superorgullosa, pues había cumplido el sueño americano de irse de nuestra pequeña isla con veinte años y labrarse una buena vida en Estados Unidos, nada más y nada menos que en una ciudad como Nueva York. La verdad era que me dolía muchísimo que no se hubieran podido despedir, puesto que teníamos previsto ir a verlo en Navidades y nadie imaginaba este final tan repentino de mi madre. La vida, sin embargo, no espera por nadie y las cosas pasan cuando pasan, y no cuando nos viene bien a nosotros. Sin duda, otra de las lecciones que había aprendido en estos días y que nunca había tenido la necesidad de plantearme.

—¡Tío Andrés! —le grité desde la zona de recogidas del aeropuerto, donde cientos de personas se amontonaban esperando a sus familiares y amigos.

Lo reconocí enseguida, aunque no me lo esperaba tan alto y grande, pero tenía esa aura maravillosa que solo tienen los hombres

gais de cincuenta años con dinero en el banco. Parecía recién salido de una serie y, por supuesto, quedé fascinada al instante.

—¡Oh, Ana! *How are you*, mi niña?

Era un señor enorme con un pelo blanco fabuloso y una sonrisa que iluminaba todo el aeropuerto. Llevaba un conjunto de chándal gris oscuro y un pañuelo de colores vivos anudado al cuello que le daba un toque ideal. En los pies, unas deportivas enormes que tenían pinta de costar mucha pasta y, en el carrito del aeropuerto, una maleta gigante de aluminio plateado y un bolso de mano negro. Reconocí cada una de aquellas marcas al instante; al fin y al cabo, me paso el día en TikTok y me apasiona la moda. Y entonces me dio un abrazo que al principio me pareció extraño, pero que arregló algo en mí al instante. No sabía que necesitaba tanto un abrazo familiar, lleno de cariño y con ese poder de reparación que solo te dan las personas que te quieren de verdad, aunque en el fondo fuésemos unos desconocidos aún. Desde que pasó todo, solo me habían abrazado una enfermera y una vecina, y yo, que tampoco soy muy fan del contacto físico ajeno, no esperaba que el abrazo de mi tío me hiciese sentir algo tan reconfortante. Así que enseguida me alegré muchísimo de que estuviese aquí.

Mi tío tenía los ojos hinchados y muy rojos, por lo que supuse que se había pasado los dos vuelos —de Nueva York a Madrid y de Madrid a Tenerife Norte— llorando muchísimo. También éramos su única familia y, por desgracia, su pareja no había podido acompañarlo por motivos laborales, así que hacer un viaje tan largo solo y por un motivo tan triste debía de haber sido durísimo.

Fuimos a buscar mi coche y pusimos rumbo al tanatorio, ya que tocaba hacer todo el ritual horrible del velatorio, el funeral y la misa.

Me parece terrible tener que pasar por todo esto cuando lo único que quieren los familiares y amigos de la persona fallecida en ese momento es estar tranquilos, llorando y en la intimidad, y no teniendo que recibir a personas que no te apetece ver y que solo han ido por compromiso. Además, en nuestro caso, solo iban a ir vecinas y alguna amiga de mi madre. Yo apenas tenía amigas y las que tenía ya me habían dado el pésame por el chat de grupo y no habían preguntado dónde iba a ser todo este circo, por lo que entendía que no tenían intención de venir, y no las culpaba, era desolador. Y de Kevin… Nada más morir mi madre le escribí, hecha un mar de lágrimas, y me contestó que lo sentía mucho. Nada más. Es cierto que era un tío muy frío y que tampoco era mi novio, pero una siempre tiene la esperanza de que algo cambie, supongo. En fin, que a este show del velatorio no iba a venir nadie que me interesara, y no entendía estos convencionalismos sociales y esta necesidad de aparentar, la verdad.

Pero entonces llegó mi tío y fue directo a hablar con el señor que unas horas antes me había interrogado con total frialdad y sin entender que lo único que quería yo en esos momentos era llorar en la intimidad de mi casa. Supongo que mi tío tenía el mismo carácter de mi madre, pues no sé cómo, pero consiguió que se cancelase todo: ni velatorio ni misa ni nada de eso. Incineración, que nos den las cenizas y para casa.

No pude evitar derrumbarme allí mismo en una silla y llorar desconsoladamente, aliviada. No era consciente de hasta qué punto necesitaba que alguien cuidara de mí y me salvase en aquel momento, y mi tío casi desconocido lo acababa de hacer. Llevaba demasiado tiempo cuidándome sola y haciéndolo todo yo, y hay

momentos en los que una necesita que se encargue otro del trabajo sucio. Llevaba demasiado tiempo sola. Cuidándome sola, preocupándome sola e intentando sobrellevarlo todo yo sola. Y ver, por primera vez en años, que otro adulto me quitaba la carga de encima y se ocupaba del trabajo sucio… Por primera vez en mucho tiempo sentí que alguien estaba ahí, por fin.

3

El tío Andrés, AKA Andrew

Los siguientes tres días (el permiso que me dieron en el trabajo para ausentarme por la muerte de mi madre) fueron un caos en casa. Yo solo quería estar en la cama todo el día, me sentía débil y no paraba de llorar (cosa para la que siempre he tenido mucha facilidad, de todos modos), pero la presencia de mi tío en casa lo cambiaba todo, y me forzaba a levantarme y estar presentable. Estoy segura de que él también estaba tan destrozado como yo, pero no se permitía derrumbarse. Supongo que para él yo era su responsabilidad ahora, aunque ya fuera una mujer adulta, pero al menos el tiempo que estuviese en casa tenía que estar presente y ayudarme con todo. A las ocho de la mañana en punto ponía a Frankie Ruiz en el altavoz bluetooth que teníamos en el salón (una de las pasiones de mi madre era la salsa clásica) y con varias palmadas gritaba: «¡A levantarse, señorita Ana! ¡Que hay mucho que hacer!». He de confesar que me hacía mucha gracia cómo hablaba. Llevaba ya muchos años en Estados Unidos, por lo que tenía un acento entre canario y norteamericano que le hacía sonar muy gracioso. Y, por supuesto, era «un maricón muy maricón», como él mismo decía.

—Ana, *darling*, yo hui de aquí porque tu abuelo casi me mata de una paliza cuando se enteró de que no era un macho de verdad, como él esperaba. Así que ahora que está muerto ya no tengo que fingir nada y puedo ser como quiera, libre. Pero volver a Tenerife después de lo que pasó no te niego que ha sido duro…

Yo conocía bien esa historia, me la había contado mi madre un día cuando tenía yo unos quince años, y me pareció tan terrible que me prometí a mí misma asumir, a partir de entonces, que todos los hombres que iba conociendo eran homosexuales hasta que se demostrase lo contrario, desafiando así a la norma de que todo el mundo es hetero, que es la que impera en nuestra sociedad. Y parece una tontería, pero me sirvió para descubrir la cantidad de homofobia interiorizada que existe y el miedo que tienen la mayoría de los tíos a ser identificados como gais, lo cual es un maravilloso detector de machitos capullos. Y otra cosa, entre mi fallida *situationship* con Kevin y esto, cada vez soportaba menos al sector masculino de la sociedad, y la idea de encontrar el amor me parecía complicada. ¿Por qué había tenido que nacer heterosexual? ¿Era posible revertir este defecto?

La historia de mi tío Andrés es una de las más duras que he escuchado jamás. Mi madre me la había contado una Nochebuena, cuando después de una de sus videollamadas le pregunté por qué el tío estaba tan lejos, en Nueva York. Supongo que mamá decidió que por fin estaba preparada para entenderla. Al fin y al cabo, veíamos a gais en la tele constantemente, ¿no?

Mi madre supo que Andrés era un niño especial desde que los dos eran muy pequeños. No quería estar con otros chicos, le encantaba jugar a las muñecas con ella.

Un día, el abuelo llegó a casa antes de su hora habitual y los pilló vestidos con la ropa de mamá y los labios pintados. Mi tío tenía unos ocho años y mi madre sería no mucho mayor, pero ella decía recordarlo nítidamente, como una película de terror que los traumatizó para siempre. Mi abuela estaba en la cocina y no le dio tiempo a avisarlos de que había llegado su padre, así que no pudo evitar lo que pasó después…, y siempre lo lamentó. La furia de mi abuelo, describía mi madre, era simplemente inexplicable. Se dirigió hacia Andrés como un rayo, lo agarró del brazo y lo arrastró por todo el pasillo hasta llegar al cuarto del fondo. Lo siguiente que escucharon mi abuela y mi madre fue un portazo que hizo temblar los cimientos de la casa, el pestillo que se cerraba tras ella y el sonido del cinturón del abuelo desabrochándose mientras Andrés lloraba desconsoladamente y le pedía que por favor no le pegara. Pero ese hombre y su rabia eran incontrolables y ni siquiera los llantos, súplicas y golpes en la puerta de mi abuela y mi madre consiguieron que recapacitara.

Horas más tarde, Andrés salió de aquella habitación y mamá supo que su hermano había cambiado para siempre. Nunca más volvieron a jugar juntos, ni, por supuesto, a pintarse ni a ponerse la misma ropa. Se apuntó al equipo de fútbol de la asociación de vecinos del barrio y dedicó las tardes a entrenar y darle patadas a un balón. Sorprendentemente, y quizá motivado por toda la rabia que acumulaba dentro, resultó ser muy buen jugador y a base de meter goles como loco consiguió ganarse el respeto del resto del equipo en unos pocos meses, no sin antes tener que soportar sus insultos y burlas por su forma de ser «amanerada», según ellos. Mi madre se enteró de eso muchos años después, cuando él se lo contó.

Ese año, el día de Reyes, mi tío recibió un balón y unas botas de fútbol nuevas, pero mi madre le había comprado, en secreto, un set de maquillaje infantil y se lo había escondido debajo de la almohada. Cuando Andrés se fue a la cama esa noche y descubrió el paquete, envuelto de la forma más desastrosa del mundo, pero con un papel iridiscente rosa precioso, pensó que los Reyes Magos sí que eran realmente mágicos, y lo guardó en un escondite que se había creado en el doble fondo de su armario, para jugar con él de vez en cuando con mucho cuidado de que su padre no volviese a pillarlo.

Pasaron los años y Andrés y mi madre se convirtieron en dos adolescentes guapísimos. Él empezó a tener mucho éxito entre las chicas, más aún siendo una de las estrellas de fútbol de la isla. Mi madre recordaba haberlo visto entrar en su habitación con varias chicas diferentes, por lo que el abuelo estaba muy contento y superorgulloso de su hijo, «un auténtico machote» solía decir en las reuniones familiares y de amigos. Pero ella lo escuchaba llorar muchas noches en la ducha o en su cama antes de dormir y, hasta unos años después, nunca entendió por qué ni tuvo la valentía de preguntarle.

Una noche, cuando Andrés tenía ya veinte años, mamá estaba durmiendo en su habitación y oyó el motor de un coche por la ventana. Era bastante tarde, así que se asomó y vio a su hermano comiéndose a besos con alguien, pero no era ninguna de las chicas que había visto desfilar por su habitación en el último año. Cuando consiguió verle la cara a la otra persona, lo reconoció enseguida: era el entrenador de su equipo. Un señor veinte años mayor que Andrés, casado y con tres hijos. Mamá solo podía pensar en lo que podría

ocurrir si su padre llegaba a enterarse…, y se llevó la mano a la boca ahogando un grito.

En una isla tan pequeña hay secretos que son casi imposibles de esconder, así que mi abuelo, por desgracia, no tardó mucho en descubrir la —a sus ojos— horrible relación que mantenía su hijo, y con el entrenador del equipo, nada menos. Y más rabia sintió aún cuando se enteró de que mi abuela lo sabía y lo permitía. No sé si a ella también llegó a castigarla físicamente por esa traición, pero espero que no. Su ira lo llevó a esperarlos a la salida de un entreno, ya de noche. Se volvió loco: le dio una paliza al entrenador que casi le cuesta la vida. Lo desfiguró por completo, y a Andrés…, pues se pueden imaginar. Mi madre solo recuerda que su hermano estuvo encerrado en su cuarto una semana. No podía moverse de la cama, estaba destrozado física y emocionalmente, de una manera que ninguna de nosotras llegaría a entender jamás.

Lo que no se esperaba nadie era que, al salir de aquella habitación, ya recuperado, lo haría de noche, en secreto, y cargando una maleta con todas sus cosas, incluido su estuche de maquillaje secreto. No supieron nada de él hasta casi un mes después, cuando les llegó una carta a casa, dirigida solo a mi madre y a la abuela, explicándoles que se había ido a vivir a Estados Unidos, que había encontrado trabajo como camarero y que compartía piso con siete personas más, pero que estaba bien y que pronto les escribiría de nuevo. Y, en ese momento, la que pasó una semana entera sin salir de su habitación, llorando desconsolada, fue mi abuela.

Nadie en esa casa volvió a ser la misma persona nunca más. Mi madre se casó, me tuvo a mí, y mis abuelos fallecieron unos cuantos años después sin haber vuelto a reunirse con su hijo nunca más.

Gracias a las nuevas tecnologías, mi madre pudo seguir manteniendo contacto con él, y cada vez de forma más fluida, aunque nunca pudo viajar para visitarlo. Esta Navidad, por fin, iba a convertirse en la primera ocasión de abrazar a su hermano desde que tenía veinte años…, pero la vida no quiso permitírselo. Menuda asquerosidad por su parte, la verdad.

4

Un vacío infinito

—Ana, *darling*… —Esta palabra ya era como mi nuevo apellido: mi tío era incapaz de llamarme por mi nombre sin decir «darling» a continuación—. Tenemos que aprovechar los días que te han dado en el trabajo para poner la casa en orden, organizar todas las cosas de tu madre y que empieces a recuperar tu vida normal lo antes posible. Para eso estoy aquí, para ayudarte.

Y menos mal, porque si piensas que la muerte repentina del pilar de tu vida, el proceso terrible del seguro de decesos y el firmar y rellenar papeles que no sabes ni lo que dicen es duro… no te queda nada. Llega el momento de volver a esa casa donde antes estaba ella, viva y viviendo, como siempre, y hay que enfrentarse al hecho de ver todas sus cosas tal cual las dejó cuando se levantó aquel día sin que ninguna de las dos supiera que era el último. Unas bragas en el suelo, el pijama con el que había dormido esa noche, que aún olía a ella. Su crema de manos y el aceite de cutículas en la mesa de noche. El polvo del espejo que dijo que iba a limpiar más tarde. La brocha de colorete tirada sobre la cómoda. Era como cuando en una película de ciencia ficción hay un personaje que tiene el poder de

detener el tiempo y todo queda parado a su alrededor excepto quien tiene ese poder. Pero a quien le toca ahora volver a revivir es a ti, y no tienes ni idea de cómo hacerlo.

Uncle Andrew, como decidí que iba a llamarlo a partir de ese momento, se ocupó de contratar una empresa que se llevase toda la ropa de mi madre y las cosas que no quería para donarlas. Siempre sufrí por no tener la misma talla que ella, que usaba una 36, con su cinturita de avispa y sus piernas delgadas, porque tenía una ropa absolutamente divina, la mayoría de las piezas incluso realizadas a medida por modistas. Era toda una estrella de Hollywood, la colega. Y supongo que soñaba con que su única hija heredase todos esos vestidos y tacones, pero eligió mal al señor que la fecundó porque yo salí con bastantes tallas más que ella, unas tetas enormes que me crecieron antes que los dientes, y un 41 de pie, con lo cual, por muchas dietas a las que me sometiese desde pequeña, jamás conseguimos empequeñecer mi envergadura para que se pareciese más a la de ella. La genética decidió que yo me pareciese más a la familia de mi padre, y a ellos yo no se la podía sudar más. Qué ironía de la vida.

Me hubiese encantado tener el cuerpo de mi madre, no lo voy a negar. Mi vida hubiese sido mucho más fácil de transitar, especialmente la adolescencia, donde me insultaban con diversos nombres que venían a decir lo mismo: que estaba gorda. Y, claro, eso no podía ser. Con veinticinco años, creo que ya he aprendido a aceptarme bastante bien, pero mentiría si dijese que no me gustaría despertarme una mañana con la barriga plana y los pechos pequeños que tenía mi bella madre. Menudo pibón era la tía. Y, como siempre, le encantaba jactarse de que tenía un montón de

pretendientes maravillosos, pero nunca entendí por qué entonces acabó con mi padre, que era un cuadro. El amor, supongo. Ese gran desconocido para mí. Pensaba que una vez terminase el instituto y comenzase la tan ansiada vida adulta dejaría de darle importancia a todo eso, pero nada más lejos de la realidad. No puedo evitar pensar que no he vivido aún ese amor que sí he visto que han vivido ya otras chicas de mi edad, porque… ¿quién se va a enamorar de la gorda? ¿Acaso han visto a alguna protagonizando películas e historias de amor en las que el chico se desvive por ella? Ahora parece que poco a poco van creándose, pero ni de lejos fue la idea con la que creció mi generación, ni las anteriores, por lo que es muy difícil romper el trauma creado en la parte de atrás de nuestros cerebros y en nuestro imaginario colectivo.

Después de tres días de absoluto caos organizando todas las pertenencias de mi querida y diva madre —joyas, ropa, zapatos, bolsos, papeles, fotos, etcétera—, unos chicos llegaron a casa y procedieron a llevárselo casi todo. Yo decidí quedarme con algunos recuerdos y, por supuesto, con las joyas. Por suerte, atesoraba bastantes piezas de oro y algunos diamantes. «A los hombres siempre pídeles joyas, querida, esto es tu futuro. Cuando te dejen, al menos tendrás algo de valor para vender o empeñar», decía. Supongo que ahora llaman «mentalidad de tiburón» a su increíble instinto de supervivencia.

Pero, en mi caso, los pocos hombres que habían mostrado algún interés en mí (o más bien en mis tetas) no me habían invitado jamás ni a una Coca-Cola. Estaba demasiado acostumbrada a lo que tenía con Kevin: quedar solo para sexo y a escondidas. No sabía lo que era el trato de princesa del que mi madre siempre me hablaba

cuando recordaba sus amoríos del pasado, incluyendo al inútil de mi padre, ni tampoco a lo que veía en las series y en las películas, o leía en mis adoradas novelas románticas. Eso ya no se lleva, está claro. Supongo que a mí tampoco me importaba, yo no creo que los hombres estén ahí para pagarnos cosas; para eso trabajo desde muy joven y tengo mi propia independencia económica. Es verdad que a mis amigas sí que las invitaban a cenar y les enviaban flores al trabajo, pero supongo que eso solo se hace cuando se enamoran de ti, o cuando estás en una relación seria con alguien, y yo aún no había conseguido enamorar lo suficiente a ningún chico.

Cuando por fin los chicos se llevaron la última caja, Uncle Andrew cerró la puerta de casa tras ellos y nos miramos, tristes. Suspiramos a la vez y entramos de nuevo en la habitación de mamá a echar un último vistazo. Él se apoyó en el marco de la puerta, cabizbajo, y yo me senté en la cama, delante del armario. Al verlo, no pude evitar las lágrimas que volvieron a brotar desconsoladamente de mis ojos. Toda la vida de una mujer magnífica había quedado reducida a un listado de cosas para donar apuntadas en una libreta, y ese mueble vacío representaba cómo me sentía yo ahora por dentro: vacía, vaciada. La puta vida me acababa de arrancar una parte inmensa de mi existencia y sabía que ese pedazo era totalmente irremplazable. Uncle Andrew se acercó, me abrazó una vez más y me dijo una frase que siempre me cambia el humor:

—Anda, vístete y vámonos a cenar.

Me puse cualquier cosa y decidimos ir a un sitio de sushi que me encanta (y que es carísimo, pero como sabía que pagaría mi tío, me aproveché, lo confieso). Uncle Andrew iba guapísimo: sin duda, poseía una elegancia natural y un estilo envidiable, como mi madre.

Cuanto más lo miraba, más me recordaba a ella, y eso, en parte, me reconfortaba. Yo, en cambio, parecía recién salida de un terremoto. Las ojeras me llegaban hasta el suelo, llevaba el pelo fatal y me había vestido con un chándal raído cualquiera. No tenía la cabeza para nada más, la verdad.

—Mañana, entonces, toca volver al trabajo, ¿no?

—Uf, sí…, aunque al menos me han puesto en el turno de tarde, no tengo que madrugar.

—Ja, ja, ja, en esta familia a nadie le gusta madrugar, por lo que veo.

Obviamente, mi tío y yo teníamos mucho en lo que ponernos al día. Así que le estuve contando todo sobre mi trabajo en el club de playa, y caí en que tan solo en un mes, el 1 de octubre, se acabaría mi contrato ya hasta la temporada siguiente, y que con ese ya serían cuatro veranos trabajando allí.

—¿Y qué harás a partir de octubre, entonces?

—Pues entregar el Trabajo de Fin de Máster, que ya solo me queda perfilar algunos puntos, y después a buscar trabajo en marketing, que es lo mío… Confío en que me aprueben tras entregar el trabajo. En realidad, se entregaba en junio, pero, como estaba currando a tope en el Seaside, tuve que pedir el favor de que me dejasen entregarlo en octubre. Lo bueno de ser una universidad online privada es que siempre son más permisivos con los plazos.

Y entonces, sin que me lo esperase en absoluto, Uncle Andrew soltó la pregunta que me cambiaría la vida para siempre:

—Pues si no tienes novio, ni novia, ni trabajo estable y acabas ya los estudios… ¿Por qué no te vienes conmigo a Nueva York una temporada?

Ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Tienen que entender que soy una chica de una isla muy pequeña de la que jamás he salido y que Nueva York para mí no es más que una localización donde se han creado mis series y pelis favoritas; para mí ni siquiera es un lugar real. Aparte de mi tío, no conozco a nadie que haya ido y, por supuesto, nunca había pensado en que yo pudiese ir, hasta ese año, en el que mi madre dijo que iríamos en Navidad, pero sinceramente nunca me lo creí del todo… Ella era bastante fantasiosa. Es un viaje que cuesta mucho dinero y todo lo que yo ganaba iba directo a pagar el dichoso máster, así que no, ¡ni de coña! No era una posibilidad real.

Pero, claro, ahora teniendo a mi tío allí…

—Sé perfectamente que dominas el inglés, tu madre siempre me lo decía. Además, con lo echada *p'alante* que eres, ¡dudo que tengas problemas para hacerte entender! Y por el dinero, obviamente no tienes de qué preocuparte, puedes vivir con nosotros el tiempo que necesites, ¡mi marido va a estar encantado! Y te ayudaremos a conseguir unas prácticas o algo hasta que te adaptes. Será una oportunidad buenísima para tu currículum, Ana, ¡y no tienes nada que perder!

La verdad es que tenía razón. Las que creía mis amigas no me hablaban desde que me habían dado el pésame por mi madre, Kevin no era más que un espejismo de novio… Y me iba a quedar en paro a partir del 1 de octubre, así que… Pero no, qué va, me daba demasiado vértigo un cambio tan brusco.

—Tío, de verdad te agradezco muchísimo que me des esta oportunidad, pero son demasiados cambios en tan pocos días…

—Tranquila, *darling*, ¡no es una oferta con caducidad! Piénsatelo y valora tus opciones. Pero quiero que sepas que no estás sola porque tu madre ya no esté: estoy aquí, y me he prometido a mí mismo cuidar de mi única familia de sangre, que eres tú. Aunque sea desde la distancia. Pero aquí me tienes. Y siento muchísimo haberme perdido tantos años por miedo a volver. No quiero que me pase otra vez.

Uncle Andrew se quedó en casa tres días más y, mientras yo trabajaba, él se dedicó a reconciliarse con la isla de la que un día tuvo que huir y a darse cuenta de lo mucho que había avanzado todo desde entonces. Se reencontró con viejos amigos, lo llevé a comer a mis restaurantes favoritos y, mientras tanto, no paró de hablarme de su marido, de su entorno en Nueva York y de lo muchísimo que me iba a gustar todo cuando fuese a visitarlo. Nos cogimos muchísimo cariño en esos días, la verdad, y sentí que era una persona en la que realmente podía confiar. Pero aún no podía decidirme a aceptar su propuesta.

5

Las protagonistas de las historias románticas no tienen las tetas grandes

Kevin, Kevin, Kevin…, me da rabia hasta su nombre ya.

Mi relación con este señor era un absoluto desastre, pero yo me sentía en una nube cada vez que lo veía. Era uno de los chicos más guapos que había visto jamás, y tenía un cuerpo… cincelado por los dioses. Vivía en uno de los chalets que están justo encima del Seaside, así que allí mismo fue donde lo conocí. En ese chalet he estado más de una vez, y de veinte, y es el único sitio a donde me ha llevado nunca, claro. Recuerdo perfectamente la primera vez que lo vi: estaba con sus amigos, en una de las camas balinesas del club. Me suelen intimidar mucho este tipo de chicos, con cuerpos de gimnasio y una actitud chulesca que a otras les resulta tan atractiva. Esa clase de chicos son los mismos que me insultaban y se reían de mí cuando era pequeña, así que cuando veo a un grupo así lo que siento es terror. Se me encoge el cuerpo, el corazón se me pone a mil y solo quiero salir corriendo.

Mi experiencia con los chicos hasta el momento había sido, digamos, pésima tirando a desoladora. Yo soy una enamoradiza, veo

demasiadas películas y series, y leo demasiadas novelas. Recuerdo cuando mi madre me dio permiso por primera vez para cogerle prestada una de las novelas de Danielle Steel que guardaba en la librería del salón.

—No sé si ya eres suficientemente mayor para leer estas cosas, mi amor —me dijo—, pero bueno. Si lees algo que no entiendes, avísame, ¿eh?

Pero no, nunca fui capaz de confesarle a mi madre que con algunos párrafos sentía un cosquilleo en el centro del cuerpo incapaz de identificar.

Soñaba con vivir alguna de esas historias en las que conocías a un chico que te enviaba notitas en clase o con quien tenías largas conversaciones a la luz de la luna, en alguna de las maravillosas orillas que rodeaban mi isla. Pero eso nunca llegaba. Esas historias que veía o leía en la ficción no tardaron en hacerse realidad en la vida de mis compis del cole, y luego del instituto. Continuamente se oía decir que a fulanito le gustaba menganita, o que incluso había ya gente teniendo sus primeras relaciones sexuales; pero parecía que mi destino en esta vida era el de ser una mera espectadora.

Hasta que un día, por primera vez, mi madre me dejó quedarme a dormir en casa de una amiga de clase. Conocía a la madre de la otra niña, así que confió. Por supuesto, el plan no era quedarnos a dormir y hacer una inocente pijamada, sino que habíamos quedado con más gente de la clase para salir de fiesta a una conocida zona de ocio nocturno de la isla. Yo no había salido nunca de noche, ¡hasta en carnavales tenía de hora tope las doce! Mi madre tenía muchísimo miedo a que me pasase algo, y siempre me protegió del mundo nocturno; pero, como es lógico en una chica de diecisiete

años, yo me moría de ganas por conocer todo aquello, y la mayoría de mis compañeras llevaban ya años saliendo de fiesta hasta altas horas de la madrugada.

La madre de mi amiga era lo más, así que prometió guardar nuestro secreto para siempre, y así fue. Mi amiga y su madre eran como mejores amigas: se prestaban ropa entre ellas, salían muchísimo juntas y se notaba que se querían. Por supuesto que mi madre y yo también nos adorábamos, pero no teníamos ese tipo de relación, así que la envidié al instante. Yo ni siquiera tenía ropa para salir de fiesta, y al tener una talla más grande que el resto de las chicas poco podían prestarme; pero, después de mucho buscar, la madre de mi amiga rescató un top ajustado con un superescote que podía combinar perfectamente con mis propios vaqueros. En los pies no hubo problema porque ella también era bastante alta, así que casi llevábamos el mismo número y pudo prestarme unas sandalias con un tacón asumible para mis pies inexpertos.

Me sentía como en la típica película adolescente donde tus amigas te hacían un extreme makeover y te cambiaban hasta de nacionalidad: unas ondas por aquí, algo de máscara de pestañas por allá, colorete, gloss, un toque de perfume con purpurina… Y cuando me miré al espejo no fui la única que se sorprendió de lo guapa que podía llegar a estar con un poquito de «chapa y pintura», como dijo la madre de mi amiga. Me hizo mucha gracia esa expresión y nunca la he olvidado, aunque en aquel momento no la entendí del todo. Yo me sentía una diosa: verme así era algo totalmente nuevo para mí y, a partir de ese día, entendí que maquillarme y ponerme guapa era lo que necesitaba para atraer la atención masculina y la validación de la gente a mi alrededor. Esa noche, todos los que me veían cada día

en clase y apenas me saludaban me trataron de una forma completamente distinta, y esa sensación de poder me ganó para siempre.

Esa noche también descubrí que no pasa nada por beber un poco, aunque yo me moría de miedo y me aterrorizaba la idea de emborracharme y perder el control, así que solo probé un combinado como el que tomaban mis amigas y me dediqué a observar cómo funcionaba la cosa…, por si acaso. Fue una noche llena de primeras veces y siempre la recordaré por ello. Y es que, sí, también fue la primera vez que por fin un chico, en quien además yo me había fijado ya antes, vino a hablar conmigo, bailamos dos veces y me llevó de la mano al aparcamiento, fuera de la discoteca. Una mezcla de miedo y emoción me recorría el cuerpo, no tenía ni idea de lo que iba a pasar allí. Me apoyó contra un coche, me rodeó la cintura y por fin me besó alguien por primera vez, con lengua y todo. La sensación más extraña que había experimentado jamás, pero también la más placentera. Jugueteó con la mano en mi escote, la metió dentro del sujetador y me apretó un pecho como si fuese una pelota antiestrés, pero yo estaba en una nube ante la cantidad de sensaciones que estaba experimentando por primera vez. No entendía nada, solo quería que no acabase nunca…

El lunes siguiente, cuando volvimos a clase, no me saludó e hizo como si jamás me hubiese conocido. Pronto aprendí que eso sería la actitud normal de los hombres hacia mí. Aunque ninguno me había confundido jamás tanto como Kevin.

A él lo conocí una tarde de verano mientras hacía mi turno en el Seaside, como ya he contado antes. Lo vi entrar con su grupo de amigos y, como es lógico, pensé que era guapísimo y perfecto, pero

totalmente inalcanzable. Y, sin embargo, cuando me dedicó esa sonrisa enorme mientras pedía su bebida, me encandiló. Esa noche, cuando acabé mi turno de trabajo y miré el móvil, ya tenía un DM de un tal @kevinfactory: «Quiero follarte». Desde luego hay que aplaudir la capacidad de síntesis del chico. Directo, sin anestesia, como un puñal. Pero yo ya había asumido que ese era el efecto que causaba en los hombres: tengo una cara bonita, la piel lisa y suave, el pelo largo y oscuro, los labios siempre de rojo y un escote que los vuelve absolutamente locos. Dicho de otro modo, la fórmula perfecta para atraerlos sexualmente y que no necesiten, ni quieran, saber absolutamente nada más sobre mí. No sé por qué pasa esto (o quizá sí que lo sé y, una vez más, todo se reduce al *fucking* patriarcado), pero si has visto *Sexo en Nueva York* tantas veces como yo, sabrás que la teoría de que los hombres te clasifican nada más conocerte no es nada nuevo. Parece que veintipico años después de esa serie, las cosas siguen sin cambiar. Una vez te meten en el cajón de «chica sexy a la que quiero para algo sexual», es muy complicado salir de ahí. No les interesa nada más sobre ti, no te hacen preguntas, no te intentan conquistar y van a saco.

Kevin no era ni el primero ni el último que me trataba así, que se dirigía a mí exclusivamente en esos términos, pero yo lo permitía porque adoraba esa atención y ese poder momentáneo que me otorgaba. Por otro lado, tampoco me sentía merecedora de nada mejor, y mucho menos de un tío como él, al que absolutamente todas las mujeres adorarían. Así que esa misma noche acabé en su casa. Y así empezó una pseudorrelación de dos años en la que yo acabé enamorada como una tonta y él me prometía cosas que jamás

cumplía, pero que me mantenían con la esperanza de convertirme, algún día, en su novia oficial.

6

Nadie me echará de menos

Creo que hay pocas sensaciones que me produzcan más vacío que la de después del sexo. En las películas siempre nos lo pintan como algo superidílico, donde los dos llegan al clímax a la vez, gimiendo melódicamente mientras el pelo de ella —con unas ondas perfectas — le cae suavemente sobre los hombros. Algo debo de estar haciendo mal cuando mi experiencia se resume a que únicamente soy capaz de alcanzar el orgasmo si me toco yo misma y, si se da el caso, el pelo se me queda como una rata muerta, con lo que sé que unas horas después me va a costar muchísimo desenredarlo. Y mira que me esfuerzo: me pongo encima a menudo, intento moverme como veo a las chicas de los vídeos que encuentro por internet y, cuando me ponen a cuatro patas, me concentro muchísimo en gemir pareciendo una actriz porno consolidada, aunque me moleste muchísimo esa jodida postura. Pero nada, ni con esas. De todos modos, a mí no me importa no llegar, porque todo lo demás lo suelo disfrutar. Los besos y las caricias previas, y el calor y el peso del cuerpo masculino son sensaciones que me flipan, especialmente con Kevin, que parece esculpido a cincel y martillo por los mismísimos

dioses. Siempre que lo tengo delante en lo único que puedo pensar es en cómo es posible que semejante machazo quiera estar aquí conmigo. Y ya no es solo su físico escultural, es el efecto que crea a su alrededor. Las pocas veces que lo he visto con sus amigos no puedo evitar admirar cómo lo miran todos, como si fuese el ejemplo al que todo hombre debería aspirar: es divertido, ocurrente, hace reír a todo el mundo y, por supuesto, el impacto que produce en las chicas es abrumador. ¿Cómo será ir de la mano con alguien así por el centro comercial? Bueno, en mi caso seguramente lo mirarían con pena, pensando que podría aspirar a más, o quizá con una mueca de duda… «¿Qué tendrá esa chica de especial para haberse agenciado a un tío así? ¡Porque por el cuerpo está claro que no!». Así que hacer que se vuelva loco al estar conmigo y que le guste tanto que siempre quiera repetir es mi mayor satisfacción… Lo sé, es tristísimo. Sin embargo, aquí sigo, acabando en su casa más de cuatro noches a la semana y no habiendo salido de su habitación jamás en dos años.

Anoche, por fin, después de no saber de él absolutamente nada desde que le dije que mi madre había fallecido, Kevin me escribió: «¿Te vienes a casa después del curro y te achucho? Perdóname por no haber estado más presente estos días, pero quería dejarte tu espacio con lo de tu madre y tal… Vente, anda, que te echo de menos, preciosa». Sé que al leerlo habrás pensado: «¡No caigas, Ana, por Dios!», pero también estoy segura de que a ti también te han derretido las palabras vacías de un hombre alguna vez, como me acababa de pasar a mí con ese capullo.

Estuve con Kevin unas dos horas (en las que, una vez más, le hice correrse dos veces, y yo ni una) y después conduje hasta mi casa,

que quedaba como a media hora de la suya. Kevin vive tan cerca del club de playa que hubiese sido maravilloso haberme quedado a dormir con él. De hecho, se lo propuse y habría estado genial desayunar juntitos antes de entrar a trabajar, pero ese es otro de esos planes con él que se quedan en mis sueños despierta, ya que siempre me dice que no. Su excusa es que no les ha hablado a sus padres de mí y que le da vergüenza que me vean de repente por la mañana después de haber pasado la noche en su habitación. Bueno, en realidad lo entiendo. Es un palo, pero siempre tuve la esperanza de que se lo contara más adelante. Siempre soñé con la idea de que un día, justo después de acabar y aún sudoroso, me mirase a los ojos mientras todavía estaba dentro de mí y, como por arte de magia, se diese cuenta de que yo era la mujer de su vida y que quería estar conmigo para siempre. Pero, oh, sorpresa, eso jamás pasó. Así que, como de costumbre, me tocó escaparme en medio de la noche y conducir de vuelta a mi casa con las bragas mojadas y sin orgasmo.

Qué raro se me hacía volver a casa y que hubiera tanto silencio. Tanto mi madre como yo somos (éramos) mujeres ruidosas. Tengo un tono de voz por el que desde pequeña me están dando caña: que hable más bajo, que hable menos…, pero es que no puedo evitarlo, es algo biológico. Me encantaría ser una de esas chicas misteriosas que hablan poco pero dicen lo importante, y que tienen un tono de voz grave, como el de Scarlett Johanson… Pero me tocó ser estridente y molesta, como Fran la de *The Nanny*. Quizá por eso en el trabajo es donde más cómoda me siento, ya que el ambiente de un club de playa, como se imaginan, es de todo menos tranquilo, y ahí incluso se agradece que tengas un tono de voz alto donde se te

escuche con claridad cuando cantas la carta a los clientes y las comandas a tus compañeros. Dicen que Nueva York es increíblemente ruidosa…, ¿será que ese es mi sitio realmente?

Durante el día estaba tan liada que no reparaba en la ausencia de mi madre, pero en cuanto llegaba a nuestro hogar… se me derrumbaba todo. Mi tío hacía ya dos días que se había vuelto a Nueva York, y la verdad era que lo echaba de menos; con su forma tan divertida y genuina de ser, y con todas las historias tan increíbles que me contaba de su vida consiguió, durante los días que estuvo aquí, que alguna vez se me olvidase la tristeza tan grande que sentía y que me tenía con el corazón en un puño las 24 horas del día. Seguía estando superpendiente de mí y, aunque la diferencia horaria hacía que no hubiéramos podido cuadrar una videollamada, siguió escribiéndome y consiguió que me sintiera un poco menos sola.

Mis amigas por fin habían dado señales de vida, e incluso habían hablado de quedar todas para salir el sábado, ya que yo por fin terminaba temprano y libraba el domingo, después de meses sin un día de fiesta. La idea era animarme y distraerme. Tenía la sensación de que simplemente no habían sabido gestionar lo de mi madre: no sabían qué decirme y por eso se habían mantenido al margen estos días, para no agobiarme. Y las creía, la verdad. No debe de ser fácil tratar con una persona que está de duelo y, siendo tan jóvenes, es abrumador para todas. Así que me sentía superfeliz de que quisieran hacer algo conmigo el finde.

Después de una semana de trabajo horrible en el Seaside, por fin llegó el sábado, ¡no me lo podía creer! Estábamos acabando agosto, así que había gente todos los días y a todas horas, y yo estaba increíblemente cansada. Eso sí, había recaudado casi mil euros en

propinas y esa noche por fin iba a ver a las chicas, así que no podía estar más contenta. Del capullo de Kevin no sabía nada desde que nos habíamos acostado el lunes, y tampoco lo había visto por el club, así que supuse que debía de estar liado. Lo echaba de menos: echaba de menos su olor, su risa, su sabor…, pero en realidad no éramos nada, así que no tenía derecho a reclamar su ausencia. Decidí que esa noche me pondría guapísima y que, antes de salir, subiría una foto a mi story en la que saliera superpibón, a ver si de ese modo reaccionaba.

Me quité el delantal, me despedí de mis compis hasta el lunes y entonces… lo vi aparecer. Y no venía solo. Entonces, como si de una película se tratara, la vida empezó a moverse a cámara lenta: Kevin acababa de llegar a una de las camas balinesas que ofrecemos en el club de playa. Estaba más guapo que nunca: su piel bronceada se insinuaba bajo una inmaculada camisa blanca que llevaba semiabierta; debajo lucía unos shorts beis que resaltaban aún más el precioso color moreno de sus perfectas y musculadas piernas. Sonreí como una tonta y me dispuse a ir a saludarlo directamente cuando, de repente, la vi a ella.

Creo que jamás había visto a una chica tan perfecta en persona. Una auténtica modelo espectacular de revista, con la melena rubia larguísima y unas ondas surferas que parecían recién salidas de la mismísima costa australiana. Y mejor no hablemos del outfit, porque probablemente solo en la muñeca derecha llevaba mi sueldo de tres años, entre las pulseras y el capazo de Loewe.

Iban de la mano. Él se giró a sonreírle y la sujetó de la cintura mientras avisaba al compañero encargado de la zona de las camas balinesas de que tenían una reserva. En cuestión de dos segundos

se me desmoronó el mundo entero y no sé cómo pude seguir en pie si acababa de sentir mi corazón romperse en mil pedazos. Sin poderlo evitar, los ojos se me llenaron de lágrimas y sentí unas terribles ganas de vomitar. Por supuesto, él ni siquiera se había dado por enterado de mi presencia; es más, creo que ni siquiera me había visto; estaba demasiado concentrado en disfrutar de su cama balinesa con esa diosa, y yo no veía la hora de salir despavorida hacia el coche y romper a llorar durante las próximas dos horas.

No me lo podía creer. ¿Era su novia? ¿Desde cuándo? ¿Sabría ella de mi existencia? ¿Cuántas más había? Miles de preguntas sin respuesta se me acumulaban en el cerebro y era incapaz de pensar en otra cosa. Ni siquiera había sido capaz de sacar el coche del parking aún. No podía hablarlo con nadie porque estábamos en secreto, así que ni siquiera tenía con quién desahogarme… Así que no sé si hice bien o fue un tremendo error, pero le envié un mensaje a Kevin:

Te acabo de ver con esa chica en el club de playa. Ni siquiera respetas mi lugar de trabajo, es que tan poco valgo para ti?
Es tu novia??? O es una nadie para ti, como yo??? A cuántas más te estás tirando a la vez?
Solo quiero que seas honesto y sincero conmigo… GRACIAS

Esperé a que lo leyese, y así me lo indicaron los dos ticks azules. Pero no obtuve ninguna respuesta, como era de esperar.

En cuestión de segundos pasé de la más absoluta tristeza a la rabia y decidí que este capullo no iba a estropearme la única noche de todo el verano en la que vería a mis amigas, así que conduje hasta el centro comercial. Estoy cansada de ahorrar y ahorrar y nunca darme un capricho, así que me metí en la típica peluquería de cadena que te atienden sin cita, de esas en las que te lavan, te peinan y te dejan fabulosa por veinte euros. Luego me compré unos pendientes y un vestido superajustado en la única tienda donde sé que me va a caber algo y, dos horas después, ya estaba en casa preparándome para salir con las chicas.

A raíz de aquella noche adolescente en la que descubrí que podía gustar «a pesar de» decidí que quería aprender a sacarme el máximo partido y dejar de sentirme el patito feo por ser la gorda de la clase. Así que gracias a los miles de tutoriales que me empapé en YouTube y a un talento innato que ni sabía que tenía, aprendí a maquillarme bastante bien. Habíamos quedado a las nueve en un restaurante para cenar antes de salir de fiesta, así que a las ocho y media estaba lista. Me miré al espejo y me sentí poderosa: me habían dejado el pelo precioso, liso y brillante, el makeup me había quedado genial y me encantaba mi outfit, así que…, ¿qué más daba si Kevin tenía otras? Yo también podría hacer lo mismo si saliese más a menudo, y esa noche iba dispuesta a darle mi Instagram a todos los tíos que pudiese. Pero antes tenía que enseñarle lo que se estaba perdiendo, así que me saqué una foto increíble y la subí a mi story. En menos de cinco minutos ya me aparecía que él la había visto: podrá estar con la rubia más impresionante de la isla, pero no se perdía ni una de mis stories.

Estaba tan emperrada en subir una buena foto a las stories y en estar pendiente a ver si Kevin me reaccionaba a ella o no que no se me ocurrió leer el chat de grupo antes de salir. Así que llegué al restaurante a la hora acordada, las nueve en punto, pregunté por la reserva y me senté a esperar a las demás. Al sentarme revisé el móvil y vi que mis cuatro amigas habían cancelado la salida de esa noche. Una decía que le había bajado la regla y que se encontraba fatal; la otra, que si esta no salía ella tampoco, y las demás ni siquiera se molestaron en dar una excusa; directamente aceptaron que se cancelaba el plan y ya.

No sé cuántas decepciones, roturas de corazón y tristezas es capaz de soportar una sola persona en tan pocos días, pero creo que justo en ese momento llegué a mi límite. Me levanté de la silla, me fui del restaurante y me volví a casa. No era capaz ni de llorar, ni de hablarme a mí misma, ni de pensar en nada, solo actuaba de forma automática. No sentía nada, de repente. Estaba como en shock. Si aún quedaba algo de vida en mí, me la acababan de arrancar. Ahora sí estaba tan vacía como el armario de mi difunta madre.

El domingo me desperté en la cama de mi madre sin saber siquiera cómo había llegado hasta allí, y ese vacío inmenso volvió a azotarme de nuevo. No tuve que pensármelo más: absolutamente nadie me va a echar de menos en esta isla.

Uncle Andrew: estás durmiendo ahora, pero, cuando despiertes y leas esto, que sepas que acepto tu propuesta… si es que sigue en pie. Me voy a Nueva York.

7

Un agujero negro en mi interior

Pasé mi primer domingo libre en meses mirando vuelos, informándome de todo lo que necesitaba para mudarme a Estados Unidos y unas cuantas horas terminando mi Trabajo de Fin de Máster. Seguía sintiendo un vacío inmenso, inexplicable, como un agujero negro que se había abierto en mi interior, pero decidida y segura de lo que estaba a punto de hacer. Quizá es uno de mis mayores defectos, pero soy impulsiva y no me pienso demasiado las cosas. Lo siguiente que hice tras escribir a mi tío fue bloquear a Kevin, que jamás respondió a mi último mensaje, y salirme del chat de «amigas». Pensé que igual alguna de ellas me escribía por privado para preguntarme o pedirme perdón por algo, pero no pasó. Una prueba más de que no les importaba lo más mínimo. Ni siquiera sabía qué había hecho para merecer tanta indiferencia, pero supongo que la amistad de una persona que está todo el día trabajando y estudiando, que nunca puede quedar y que está sumida en la tristeza de un duelo no aporta nada ni interesa tenerla cerca. No las culpo, soy un aburrimiento y lo sé. Y por eso aprendí a estar sola desde muy pronto. Yo tampoco las voy a echar de menos.

Tanto en la época del cole como del insti y la universidad, tuve grupos de amigos muy guais, pero en todos los casos nos pasó lo mismo: al cambiar de etapa vital, no fuimos capaces de mantener el contacto. Aunque esto también ha originado que me encante estar sola y hacer cosas por mi cuenta, cuando veo a todo el mundo hacer mil planes con sus amigos, viajes, fines de semana y, especialmente cuando lo veo en redes, me siento mal y tengo la sensación de que estoy perdiéndome algo increíble. Todos esos vídeos divertidos de brindis y gente que se quiere mucho en un atardecer me hacen creer que soy la única veinteañera del mundo sin amistades. Y que claramente el problema lo tengo yo, que no consigo retener a nadie interesado en mí. Al principio la gente de la uni siempre me avisaba para hacer cosas, pero con los turnos del trabajo casi nunca podía unirme, así que con el tiempo dejaron de llamarme. Es lógico, y lo entiendo, por eso no les guardo rencor…, supongo que al final la gente acaba cansándose de que les digas siempre que no puedes, ¿no? Pero con la gracia, ahora que lo pienso, igual hace un año que no salgo de fiesta, ni viajo ni hago nada más que no sea trabajar, estudiar y esperar mensajes de Kevin… En fin, es lo que me ha tocado vivir. Y como buena sagitario, también soy una soñadora, así que estoy segura de que todo este esfuerzo valdrá la pena algún día.



Ese lunes llegué de nuevo a mi trabajo con la intención de comunicarle a mi jefe mi decisión de mudarme. Allí estaba, entre papeleo y facturas, y no parecía de buen humor, pero es que yo

tampoco lo estaba. Desde el sábado, ya no sentía ni padecía: era como si me hubiese muerto por dentro, una sensación increíblemente extraña para una chica que siempre había sido superemotiva, pizpireta y alegre. Me habían matado y ahora ya todo me daba igual.

—Juan, necesito hablar contigo de algo importante.

—Dime, mi niña. ¿Cómo sigues? ¿Necesitas algún día más por lo de tu madre? —me preguntó.

La verdad es que mi jefe siempre había sido encantador.

—No, muchísimas gracias. Ahí voy, poco a poco, pero precisamente a raíz de lo que pasó vino mi tío, la única familia que me queda, y me ha propuesto irme a vivir a Nueva York con él y su marido. Y teniendo en cuenta que dentro de un mes nos vamos al paro porque se acaba la temporada, he decidido aceptar su propuesta. Lo malo es que no puedo esperar al 1 de octubre, necesito irme ya.

Levantó las cejas y lanzó un bufido; lógicamente, no se esperaba esta noticia. Pero por suerte no me lo puso difícil, solo me pidió que le diese quince días para buscar a alguien que me sustituyese el último mes.

—Por supuesto, después de todo lo que has hecho por mí estos dos años, es lo mínimo.

Así que ahora tenía quince días para hacer mis maletas, entregar el TFM y decidir qué hacer con mi casa.

Todo fue saliendo rodado los siguientes días: mi tío estaba emocionadísimo con la noticia de que me fuese a vivir con ellos, hicimos videollamada para conocer a su marido, Peter, que era también encantador. No puedo dejar de pensar en lo feliz que sería

mi madre si se enterara de que me marcho a Nueva York… No creo en el cielo ni nada de eso, pero me gusta imaginármela mirándome desde una pequeña ventanita y siguiendo cada uno de mis pasos.

Cualquier chica de veinticinco años estaría emocionada y feliz ante todo lo que la esperaba en tan poco tiempo, pero yo… Quería emocionarme y no podía. Quería sentirme feliz y expectante y llena de ilusión…, pero no me salía. No sentía nada. ¿Me recuperaría alguna vez de ese vacío? Ni siquiera era capaz de llorar, con lo llorona que he sido siempre. Y ahora que lo pensaba, llevaba desde el sábado sin ponerme ni una gota de maquillaje y con el pelo en una coleta. Y me daba igual. ¿Y si en esos quince días me volvía a encontrar a Kevin en el club de playa? Me daba igual también.

En fin, pasaron los días y yo seguía con el piloto automático, pero ya tenía billete para Nueva York y apenas quedaban unos días para irme. Mi tío me había propuesto poner el piso en alquiler, ya que estaba en buena zona y se alquilaría rápido, pero la idea de que otras personas habitaran mi hogar y el de mi madre me daba pánico. No estaba preparada para eso en absoluto, así que de momento había pensado dejarlo bien cerrado y listo. No le había dicho a nadie del edificio que me iba, porque no quería que ningún vecino supiera que la casa estaba sola, por si acaso. Tenía ahorros suficientes para vivir unos meses sin trabajar en Nueva York, hasta que encontrara algo, y solo me faltaría el aprobado definitivo del máster para tenerlo todo en orden. Hasta que no volvieran de las vacaciones, sin embargo, no habría nadie allí para corregírmelo, lo cual era lógico. Así pues, decidí que en septiembre volvería a enviarles otro mail recordatorio de mi situación, y listo.

Y así, sin darme cuenta apenas, llegó mi último día en el Seaside Beach Club. Ese día acababa a las cuatro de la tarde, y mi jefe apareció con un ramo de flores precioso y todos mis compañeros me despidieron y me desearon lo mejor. Yo era de las que más tiempo llevaba trabajando allí, y Juan me tenía un cariño especial, supongo. Me dio un fuerte abrazo y un sobre cerrado, y me pidió que le escribiese desde el Empire State. Le di las gracias por todo, y estoy segura de que en cualquier otro momento de mi vida hubiese llorado muchísimo, pero nada. Sin embargo, sé que me sentía muy agradecida por este trabajo y por todo lo que me dio, aunque esperaba no volver a la hostelería nunca más, a ser posible.

Me dirigí a mi coche con el ramo de flores y algunas cosas, como mi delantal firmado por todos y mi boli favorito para apuntar las comandas, además de un neceser de aseo que siempre tenía allí para mi uso personal. Al sentarme en el asiento del conductor, recordé el sobre que me había dado Juan. Dentro había unos cuantos cientos de euros y una nota que decía:

> Ya sé que no te pertenece indemnización, porque te vas tú, pero sí que te mereces un buen aguinaldo por todos estos años dando el callo. Que tus sueños se hagan realidad en la ciudad que nunca duerme,
>
> Juan

No sabía qué me iba a deparar mi futuro laboral, pero sabía que no iba a encontrar un jefe más bueno y justo. Al menos quedaba alguien en esta isla que sentía el más mínimo cariño hacía mí. Guardé el sobre en mi bolso y de repente me tocaron en el cristal,

dándome un susto de tal calibre que pensé que me moría allí mismo, pero esta vez de verdad.

—He ido a buscarte al club, pero ya te habías ido y he corrido a ver si te pillaba aún aquí.

—¡¿Pero tú estás loco?! ¿Cómo puedes darme semejante susto? ¡Me cago en tu vida, por Dios!

—Perdóname, preciosa. Pero me bloqueaste de todos lados y no sabía cómo hacer para verte.

Abrí la puerta del coche y dejé entrar a Kevin en el asiento del copiloto.

—¿Y para qué querías verme, si está claro que te importo tres cojones?

—Eso no es verdad, Ana. Claro que me importas. Déjame explicarte.

—Dale, explícate.

No sentía la más mínima pena ni compasión por él.

—Judith es una chica que conocí hace unos meses. Al principio no teníamos nada, así que no pensé que tuviese que contártelo ni dejar de quedar contigo. Pero después de unas semanas quedando…, estamos juntos. Y ese día fui al club con ella porque pensaba que estabas en el otro turno.

—Ah, qué considerado de tu parte. Todo un caballero.

—Tía, no seas así…; nunca he querido hacerte daño.

—Solo quiero que seas sincero conmigo, y me contestes una pregunta. ¿Por qué ella sí, en tan solo unas semanas, y yo, después de dos años, nunca he sido tu novia? Nunca hemos salido de tu habitación, nunca me has hablado delante de tus amigos, nada. ¿Qué he hecho mal?

—No has hecho nada mal, Ana, es solo que…

Verlo balbucear comenzaba a darme vergüenza ajena, y mi reciente falta de empatía me permitía mantener la dignidad y la actitud delante de él. Menos mal.

—Es solo que… ¿qué?

—No sé…

—¿Te da vergüenza que te vean conmigo en público?

Silencio.

—Puede ser eso, no sé. Creo que no hacemos buena pareja.

—Te lo pasas genial conmigo, siempre nos reímos un montón y dices que el sexo es increíble, pero no es suficiente, supongo.

—A ver…, no es eso…, no sé. Eres guapísima, pero me gusta que mi pareja sea algo más…, algo más de mi estilo. Que le guste la vida sana y entrenar tanto como a mí.

—¿Vida sana? Pero si te alimentas a base de bebidas energéticas y te drogas todos los fines de semana con tus amigos…

—Bueno…, tú sabes…, que vaya al gimnasio conmigo…, esas cosas.

—O sea, que sea delgada y no una gorda como yo, eso es lo que quieres decirme, ¿no?

Bajó la mirada, como buen cobarde.

«Bueno, cariño, pues espero que sepas que no me he corrido ni una vez en dos años contigo. Espero que a esta chica la sepas tratar mejor, porque ella también está muy por encima de ti. Y ahora sal de mi coche y que te vaya bien». Eso es lo que me hubiese gustado decirle, pero fui incapaz. Agaché la cabeza y le dije:

—Lo entiendo, cuídate mucho y sal de mi coche ya, por favor.

—De verdad te deseo que te vaya muy bien en Nueva York.

Kevin abrió la puerta del coche y salió. Se fue sin mirar atrás. Y yo, por fin, rompí a llorar.

Por un lado, me sentí liberada, porque ahora sí que podía irme a Nueva York sin sentir que se me quedaba algo inacabado con él; pero, por otro lado, no podía dejar de pensar… ¿Por qué resulto tan difícil de querer? Ni amigas ni él… Supongo que hay personas a las que les resulto un monstruo extraño que no merece cariño ni atención. Solo ven un cuerpo, un tamaño, una voz estridente… Pero ¿a quién voy a engañar? Si yo misma no me quiero, no me siento suficiente y no me valoro, ¿cómo voy a esperar que lo haga alguien más?

8

Nuevos comienzos

Después del encuentro con Kevin sentía que no estaba pasando por un solo duelo, sino por dos. Me sentía superafortunada por esta oportunidad; pero, por otro lado, una tristeza inmensa se había adueñado de cada poro de mi piel. Había perdido a mi madre y también me había dado cuenta de que absolutamente nadie iba a echarme de menos cuando me fuera, y eso me hacía sentir aún más insegura e insignificante. Sí, me iba a la que todo el mundo dice que es la ciudad más increíble del mundo sin tener que preocuparme de dejar nada atrás, sin tener que preocuparme de dónde iba a vivir o de si iba a faltarme comida o cualquier otra necesidad básica, porque todo estaba perfectamente cubierto por mis tíos y mis propios ahorros, y, encima, era probable que allí consiguiera mi primer trabajo fuera de la hostelería…, era una privilegiada, estaba claro. Sin embargo, no podía evitar seguir sintiéndome vacía y triste por dentro. Y estaba muerta de miedo, no nos vamos a engañar. Lo que iba a hacer daba vértigo. Pero, sobre todo, no dejaba de pensar en que cualquier otra persona hubiese tenido una fiesta de despedida, un mensaje bonito de las personas que la rodeaban,

deseándole suerte en ese nuevo comienzo…, y yo, nada. En fin, tenía que dejar de lamentarme tanto por mí misma y aprender de todo esto. Y tenía la esperanza de que esa ciudad iba a cambiarlo todo y a revivirme por dentro.

Cuando por fin llegó la mañana de mi viaje, tenía todo preparado. Ya estábamos en septiembre, así que lo primero que hice antes de subir al avión fue enviar un mail a la universidad para contarles mi situación y que me diesen respuesta lo antes posible. Estaba deseando saber qué nota le pondrían a mi trabajo y qué día tendría que defenderlo ante el tribunal para aprobar el máster definitivamente. Lo bueno era que la defensa podía hacerse online, así que estaba tranquila. Una vez que tuviera eso finiquitado, ya averiguaría qué debía hacer para homologar los títulos allá, en Estados Unidos.

Supuestamente, en septiembre todavía hace bastante calorcito por Nueva York, así que facturé mi abrigo favorito, y para viajar me puse cómoda, con unos leggings y una sudadera, porque iban a ser unas cuantas horas de avión. No fue demasiado complicado hacer las maletas, ya que no tenía demasiada ropa y confiaba en comprarme cositas nuevas allá, que seguro que había muchísimas tiendas chulas y con más amplitud de tallas que en España, o eso había visto en redes. ¡La verdad es que me parecía increíble estar hablando de irme de compras en *fucking* Nueva York! No me cabía en la cabeza, pero me iba de verdad.

Jamás había estado en el aeropuerto de Madrid, la verdad. Estaba boquiabierta y no era consciente de todo lo que me esperaba. ¡Todo era enorme y estaba abarrotado de gente! Pantallas, escaleras, el control de seguridad…, y yo me sentía tan inútil y perdida que no

sabía cómo moverme por allí dentro. Menos mal que estaba todo bastante bien indicado. Cuando ya por fin conseguí llegar a la terminal satélite de la T4 de Madrid, buscando mi puerta de embarque, me di cuenta de que había dos puertas hacia el mismo destino, así que me acerqué a preguntarle a una de las azafatas de tierra.

—Disculpe, vuelo a Nueva York, pero veo que hay dos puertas de embarque, ¿podría decirme cuál es la mía?

—Por supuesto.

Le di mi móvil con el código QR de la tarjeta de embarque y ella lo escaneó.

—Señora López, su puerta de embarque es esta, va usted en primera clase, por eso embarcan por otro lado.

—¿Cómo? —No daba crédito.

La azafata sonrió y seguro que le dio ternura mi reacción.

—No se preocupe, va a vivir una experiencia fantástica. En breve comenzaremos a llamar.

Y así fue como empecé a darme cuenta de que, tan igual, mis tíos recién adquiridos tenían muchísima más pasta de la que yo pensaba. *Oh, my God!*

Por supuesto, y gracias a la maravillosa fuente inagotable de conocimiento que es mi red social favorita, TikTok, yo ya sabía más o menos a lo que estaba a punto de enfrentarme. Me gusta mucho ver los vídeos que la gente rica hace dentro de la primera clase de los aviones en los que viajan, enseñando todo por dentro, la comida, los snacks y las bebidas que les llevan constantemente… No era posible que yo estuviera a punto de vivir todo eso en mis carnes… Simplemente, no me lo creía.

Le envié un mensaje a mi tío Andrew inmediatamente:

Cómo es que voy en primera? Están locos, esto es carísimo!

Tranquila, darling… Cómo iba a permitir que tu primer viaje overseas fuera en turista? Ni de broma!!! ENJOY, sweetie!

Y se quedó tan ancho, el tío. Estaba flipando. ¿Será que sí que me iba de verdad al país de las oportunidades y que la vida me estaba recompensando por tantos años de trabajo y sufrimiento? Si era así, desde luego que pensaba disfrutarlo.

Había empezado el viaje llegando a Madrid, donde me dirigí a la Terminal 4 satélite. No había estado allí en mi vida, pero me emocionaba tanto la idea y deseaba tanto ver cómo era todo que llegué al aeropuerto cinco horas antes de la salida del vuelo, por si acaso. Había tanta gente, tantas tiendas, tantas opciones de comida que me abrumaba y me encandilaba a la vez. Me dediqué a seguir las indicaciones del aeropuerto como pude, no sin perderme y tener que preguntar al amable personal de la zona cómo se llegaba hasta allí. Al final, lo conseguí. Solo después de mirar y comprobar la puerta de embarque unas 357 veces, pude relajarme y descansar un rato antes de realizar el embarque.

La verdad es que por muchos tiktoks que vea una, la realidad lo supera todo. No me podía creer lo que veían mis ojos cuando entré en el avión. Una azafata guapísima me llevó a mi asiento, el 2A, y

me encontré un cubículo brillante de color marfil en el que había un sillón de piel con pinta de acogerme como un abrazo cálido y una pantalla gigantesca justo delante, con mi nombre completo escrito en ella. Había también varios compartimentos, un espejo y, justo debajo de la pantalla, una mesita revestida de un material brillante y lujoso en tonos marrones claros. Sobre el asiento me habían dejado un paquetito con una manta, almohada, antifaz, calcetines y mil cosas más. Y por si eso fuera poco, encima de la mesita un neceser Bulgari con productos de aseo… ¡Increíble!

Me había preparado para tantas horas de vuelo descargándome series y vídeos de YouTube; pero, cuando deslicé los dedos por la pantalla y vi la cantidad de entretenimiento que ofrecían en ese avión, no me hizo falta utilizar nada de lo que había descargado yo. Miles de películas, series enteras de todas las plataformas, juegos…, ¡hasta se podía hablar entre asientos! Me encantaría que de repente me llamase otro pasajero y resultase ser un chico guapísimo que se había enamorado de mí en la cola del embarque…, ja, ja, ja. Desde luego, haría el vuelo muchísimo más entretenido.

Cuando pasaron a servir la comida, no me lo podía creer: ¡era como de restaurante de estrella Michelin! Todo estaba buenísimo y nada de esas bandejas horribles de plástico: auténticos platos y cubiertos de los de verdad. Después de cenar decidí ir al baño a lavarme los dientes y prepararme para descansar en el vuelo, y cuando volví mi asiento estaba totalmente recostado y preparado para dormir en él, con sábanas y almohadas. ¡Increíble! Era como estar en un hotel de cinco estrellas, pero a miles de pies de altura en el cielo. Me acomodé en mi improvisada cama, me puse *Sexo en Nueva York* y me sentí increíblemente bendecida por lo maravilloso

que estaba siendo todo desde el principio. «Ya solo se puede seguir hacia arriba», pensé. Y ojalá fuera así.

Unas ocho horas después, totalmente descansada y con la barriga llena de tanta comida rica —¡y gratis!— que me habían dado en esa fantasía de vuelo, aterrizaba en el aeropuerto de JFK. Por primera vez e indefinidamente. Y por primera vez también en varios días, sentía unos renovados nervios en el estómago. No sabía si era por la gran cantidad de comida, snacks y champán que había ingerido durante el vuelo o por la emoción de lo que estaba a punto de comenzar para mí, pero por fin sentía algo parecido a la ilusión.

Viajar en primera clase te da muchos más beneficios de los que una piensa. Como si no fuese suficiente con ir en el vuelo prácticamente acostada en una cama comodísima, con una pantalla enorme llena de entretenimiento y comida y bebida ilimitadas (¿lo había dicho ya?), también te libera de las colas kilométricas que se forman al aterrizar para pasar el control de seguridad requerido por el gobierno estadounidense. Los ricos que iban en primera y yo, con mi chándal de H&M y mi mochila imitación de una marca impronunciable que compré en AliExpress, teníamos nuestra propia fila de control de aduanas. Por fin, iba a hablar en inglés con un americano: el policía del control.

Confirmado: una es filóloga inglesa y cree saber mucho de un idioma hasta que habla por primera vez con un nativo. No, cariño, no sabes nada. Tuve que pedirle que me repitiera las preguntas varias veces, y eso que eran bastante sencillas: «¿Por qué ha venido a Estados Unidos? ¿Cuánto tiempo piensa quedarse aquí?», pero yo no daba una. El acento era muy distinto a los que escuchamos en la carrera y yo nunca tuve la oportunidad de irme de Erasmus ni nada

parecido, así que tocaba afinar el oído. Realmente estaba muy confiada porque veía muchísimas series, pelis y redes sociales en inglés estadounidense, pero una cosa es eso, y otra, la realidad, supongo. Mi tío me había dicho lo que tenía que decirles, ya que de momento iba como turista, hasta que viéramos si quería quedarme, si conseguía prácticas en alguna empresa, etcétera. Llegado ese momento ya podríamos iniciar los trámites legales correspondientes para poder trabajar allí, así que en principio tenía seis meses para decidir si me quedaba o si me volvía a mi país. Mucho puede ocurrir en seis meses, ¿no creen?

Y por fin salió mi maleta y conseguí arrastrarla hasta Llegadas, donde vi por fin caras familiares: ahí me esperaban sonrientes y emocionados Uncle Andrew y su fantástico marido, Peter. Ahora sí, comenzaba mi nueva vida en Nueva York.

9

Exactamente, como en las películas

Cuando una piensa en el maravilloso —y millones de veces retratado en todo tipo de contenido audiovisual— barrio de Manhattan varias cosas le vienen a la mente: los icónicos taxis amarillos, el humo que sale de las alcantarillas, muchísima gente en la calle a la vez, las paradas de metro, las bocinas, las sirenas… Ruido y caos. Y para una chica que jamás había salido de su tranquila Canarias, se podría pensar que todo esto era demasiado. Sin embargo, había algo que me embriagaba y me atraía de las calles de la ciudad. También es probable que solo fuese el terrible olor a marihuana que imperaba en la zona más céntrica de Manhattan, pero desde luego yo sentía que, a pesar de que acababa de llegar, ya estaba enganchada a toda esa locura.

Hace un tiempo leí (lo vi en un tiktok) una teoría que decía que a algunas personas hay lugares que, sin haber estado nunca allí ni tener antepasados relacionados, ni nada que le diese una explicación lógica a este hecho, sentían una conexión tan grande con el lugar que hasta eran capaces de moverse como si conociesen las calles y las zonas que lo componían. Por supuesto, yo sería totalmente

incapaz de moverme por Nueva York sin Google Maps, pero sí que sentía un arraigo extraño hacia este lugar, hasta el punto de que cada calle me hacía sentir como si ya hubiese estado allí antes. Podría ser por las películas de Woody Allen, o por mi adoración a la serie *Sexo en Nueva York*, pero sin duda había algo que me resultaba extrañamente familiar en esta ciudad. Apenas llevaba una semana aquí y ya me movía como pez en el agua. Me sentía segura, como si perteneciese a este caos y todos y cada uno de los ciudadanos de esta locura llevasen mis veinticinco años de vida esperándome. Sentía que era mi sitio. Y, desde luego, los esfuerzos de mis tíos estaban consiguiendo que, poco a poco, lo fuese sintiendo también como mi hogar.

Reconozco que cuando entramos con el coche en la ciudad y vi todos esos rascacielos, el Empire State en vivo y en directo, las luces…, no pude evitar romper a llorar en el asiento trasero. No me podía creer (y aún sigo sin creérmelo) que yo, Ana López de Tenerife, estuviese allí, en el majestuoso Manhattan. Y no solo de vacaciones, sino a punto de buscarme una nueva vida allí. Una combinación de ilusión, miedo y conmoción me tenía el cuerpo temblando, y no sabía si iba a ser capaz de transitar tantas emociones al mismo tiempo, después de tantos días totalmente apática e incapaz de sentir nada. Cuando por fin llegamos a casa de mis tíos, el viaje acabó por superar todas mis expectativas.

Lo que estos dos señores tenían ahí no era una casa cualquiera. Era un *fucking* dúplex de lujo en pleno barrio de Greenwich Village, concretamente en la calle Bleecker, y yo aún ni siquiera era consciente de lo que eso significaba, solo sabía que podríamos haber sido vecinos de Monica y Rachel, o de la mismísima Carrie Bradshaw,

porque eso sí que lo busqué cuando me dijeron la calle en la que vivían. De-lo-cos. La entrada era impresionante e inmediatamente pensé que si fuese influencer este sería un magnífico escenario para fotos, porque era la típica escalera neoyorquina que lleva a la entrada principal de la casa. Aunque a mí eso me daba igual porque no me hago fotos jamás, obviamente. No he salido bien en una foto… creo que nunca, excepto selfis perfectamente estudiadas desde arriba y enseñando bien de escote.

Nada más cruzar la puerta tenían el típico mueble de la entrada, con un espejo y una bandeja donde dejar las llaves y demás. Y ahí vi que me tenían preparado un llavero con una copia para mí. El llavero era superhortera, de tienda de souvenirs, y, sin embargo, me pareció el regalo más maravilloso que me habían hecho jamás. Era un taxi neoyorquino unido a una A de metal, mi inicial, y las dos llaves que necesitaba: la de la entrada principal y la de mi habitación, lo cual me pareció un detalle genial en el que mis tíos demostraban su absoluta intención de dejarme mi intimidad. Lo que en realidad yo no sabía era que iba a tener mi propio apartamento dentro de su casa… La sala de estar era preciosa, decorada con muchísimo gusto, con ese *savoir faire* que solo dos gais de mediana edad con dinero podrían conseguir. Una impresionante estantería de pared a pared, repleta de miles de libros, era la estrella de la estancia, y la luz que entraba por los enormes ventanales, más la combinación de los techos altos me dejó literalmente sin palabras.

La cocina era abierta, con una isla central de mármol blanco, despensa integrada y la perfecta armonía de la madera con los electrodomésticos (de las mejores marcas, por supuesto) de aluminio. Yo no sé ni freír un huevo, pero no me importaría aprender

a cocinar en semejante lugar. Al fondo, una mesa de comedor enorme con sillas que parecían no combinar entre sí pero que, de alguna manera, creaban una sinergia maravillosa en la estancia. Todo tipo de revistas, detalles decorativos, alacenas con cientos de platos, cubertería y vasos… Sentía que estaba metida en una película, y solo quería tener un día entero libre para descubrir cada rincón de ese primer piso.

—Ana, *darling*, ¡no has dicho ni mu en todo el trayecto! Y eso sí que es raro en ti…, ja, ja, ja.

—Uncle Andrew, es que estoy alucinando con todo, perdóname. Esto es un palacio.

—Pues ya verás arriba… ¡Te va a encantar!

Peter no hablaba prácticamente nada de español, así que mi tío y yo acordamos hablar en inglés el mayor tiempo posible, y a mí eso me venía fenomenal para hacer el oído, la verdad.

Si la parte inferior de la casa me había flipado, la de arriba ya me dejó totalmente anonadada, tal y como había previsto Peter. Arriba estaban las habitaciones: la suite principal, en la que obviamente dormían ellos; una habitación doble para invitados; un baño justo después… y una puerta cerrada.

—Aquí está tu pequeño apartamento, *darling* —dijo mi tío Andrew, al tiempo que abría la puerta.

No me podía creer que todo eso fuese solo para mí: la cantidad de luz natural que entraba en toda la estancia era alucinante, y se debía a los grandes ventanales del fondo, donde me esperaba una cama *king size* increíble, con un cabecero de diseño clásico y dos mesitas de noche preciosas. Debajo de una de las ventanas, un tocador maravilloso, con espejo, y a su derecha un portarretrato con una

foto mía abrazando a mi madre, lo cual hizo que se me saltasen las lágrimas al instante. Me llevé las manos a la cara y mis tíos fueron a abrazarme. Realmente nunca me había sentido tan cuidada y querida como en ese momento.

Pero todavía me quedaban sorpresas por descubrir, y es que tenía mi propio baño. Y era más grande que el que teníamos mi madre y yo en Tenerife. Y precioso, increíble, maravilloso. Con grifería dorada, un plato de ducha enorme con una mampara totalmente transparente y un lavabo gigante donde ya podía imaginarme cómo serían mis sesiones domingueras de skincare. Y aún faltaba algo más: el armario. Otra puertecita que estaba al lado del baño revelaba un vestidor perfecto y todo para mí. Estaba claro que tendría que irme de compras si quería rellenarlo un poco, porque con lo que traía no ocupaba ni un cuarto del tamaño de aquel armario. La estancia tenía también una mesa con dos sillas, para escribir, estudiar o recibir a alguien; un pequeño sofá rosa precioso, de dos plazas; y un espejo de cuerpo entero gigante. El suelo era de madera y la cantidad de luz natural que entraba…; no podía creerlo, era todo un sueño hecho realidad, pero sin haber soñado jamás con que yo estaría viviendo en un sitio así porque, simplemente, era imposible. Realmente, mis tíos me habían creado un miniapartamento para mí sola. Así que me prometí en aquel preciso instante que lo intentaría, aunque solo fuese por ellos, y por hacer sentir orgullosa a mi madre, que me estaba mirando desde aquella ventanita: intentaría hacerme un hueco en esta ciudad y haría todo lo posible por construir una nueva Ana que consiguiese las cosas que no había conseguido en su lugar de nacimiento.

Una vez instalada en mi nuevo hogar, me moría de ganas por empezar a descubrir cada rincón de aquella increíble ciudad con la que tantas veces había soñado, pero antes necesitaba respirar un poco, demasiadas emociones en un solo día. Además, pronto empecé a sentir los efectos del famoso jet lag, así que necesitaba descansar para poder adaptarme a mi nuevo huso horario.

La zona de Greenwich es una de las más concurridas de Manhattan, y aunque vivir aquí resulta bastante caro, las vibras son superbohemias y «de barrio». A mis tíos les encantaba vivir aquí porque, además, la zona estaba muy bien conectada con el distrito financiero de la ciudad, donde Uncle Andrew tenía su trabajo «de día», como ellos mismos le decían. Resulta que había huido a Estados Unidos porque tenía un amigo canario que también se vino para acá y que trabajaba de noche en el mundo del espectáculo. Había conseguido enchufarlo como camarero en un famoso club nocturno de Nueva York, donde las mejores *drag queens* de Estados Unidos ofrecían espectáculos todas las noches. Y así fue como conoció a Peter, cuyo alter ego se hacía llamar Petra. No tardé en descubrir que Petra era una de las *drags* más reconocidas de todo Estados Unidos. Incluso hacia giras y actuaba en Los Ángeles y Las Vegas. ¡Era toda una estrella en el mundillo!

—*Darling*, RuPaul es uno de mis mejores amigos, cuando quieras vamos a cenar todos juntos.

Cada segundo que pasaba con ellos me parecía más alucinante que el anterior. ¿Qué clase de surrealismo era? ¿Estaba soñando o era la vida real? Y mi madre, ¿por qué nunca me había contado nada de esto?

—Estoy flipando, de verdad. ¡No me voy a recuperar nunca de tantos shocks en el mismo día!

En Estados Unidos, la de *drag* es una profesión más que reconocida desde hace muchos años, especialmente desde la creación del show de RuPaul. Peter, de hecho, participó en una de las primeras ediciones y, aunque no ganó, era increíblemente talentoso y carismático, por lo que se hizo rápidamente con el cariño del público y empezó a llenar todos sus shows. Ya no actuaba casi nunca, porque como él decía ya estaba «demasiado mayor», pero consiguió amasar una gran cantidad de dinero que supo invertir inteligentemente. Ahora vivía cómodamente y era propietario de la casa de la calle Bleecker.

Uncle Andrew, por otro lado, y con la ayuda de Peter, consiguió estudiar aquí y resultó ser un auténtico crack de las finanzas. Tras hacer unas pequeñas prácticas en una consultora, pasó de servir copas a convertirse en uno de los mejores brókers de Wall Street en tan solo diez años. Ajá, sí, yo también me quedé boquiabierta.

—¿Pero por qué mamá nunca me había contado nada de esto? Ella solo me decía que te iba muy bien, pero nunca me contó semejantes hazañas.

—¿Y cómo crees que pudo pagar la casa donde vivíais y todos sus gastos sin trabajar durante tantos años? Yo la enseñé a invertir: tu querida madre llevaba años viviendo de las rentas. Sin embargo, y a pesar de mis intentos, nunca quiso que te contara nada. Ella quería que supieses el valor del esfuerzo y del ahorro, y que más adelante, cuando por fin nos conociésemos, yo te ayudara a invertir.

—Pues sí que aprendí, sí. Pero la tía me hizo pagarme el máster con mi propio sueldo, cuando podría habérmelo pagado ella, ¿no?

—¿Realmente crees que eso es así? ¿No te prestó ella el dinero y se lo devolvías cada mes?

—Cierto…

—Pues realmente no estabas devolviéndole nada, todo iba a una cuenta que te abrí yo, y aquí tienes todo tu dinero bien invertido.

—O sea, que llevo toda mi vida pensando que era pobre y ahorrando como una loca mientras servía Aperol Spritzs a los pijos de mi isla todos los veranos desde hace cuatro años… ¡y resulta que tengo inversiones en Nueva York! No entiendo cómo pudo tenerme engañada tantos años.

—Quería protegerte y sobre todo asegurar tu futuro. No es que seas millonaria, ni mucho menos, pero puedes relajarte con los gastos que supondrá homologar tus estudios aquí, la vida de Nueva York, tu seguro médico… Además de que cuentas con nosotros para todo, ya sabes. Y si finalmente no te adaptas y decides volver a España, tu dinero es tuyo y puedes hacer lo que quieras con él.

No sabía si sentir felicidad o rabia por toda esta nueva información que acababa de recibir, pero desde luego no me dejaba indiferente. ¡Querida madre! Desde que me dejó todo ha sido un WTF constante, así que ya no sé ni qué pensar. Pero lo que desde luego puedo decir es que todo ha sido increíblemente positivo, y que debo estar agradecida, porque jamás pensé que tendría tanta suerte.

Esa noche me acosté en la cama más maravillosa en la que había dormido jamás, y la nostalgia se acostó conmigo. A pesar de todo, seguía sintiendo tristeza por lo de mis amigas y sin entender por qué pasaban tanto de mí. Seguía queriendo a Kevin y lo echaba de menos. Entré en mi Instagram y recordé que lo tenía totalmente abandonado. Nunca he sido de subir demasiadas cosas, porque me

da vergüenza: no me gusta cómo salgo en las fotos y, aparte, no creo que tenga nada interesante que decir o mostrar. Solo tenía unas pocas publicaciones: alguna selfi en un día en el que me veía buen escote y quería llamar la atención, pero la mayoría eran fotos de cosas cuyo significado solo conocía yo. Como aquel post de 2022 en el que hice una foto a una taza de café apoyada en el alféizar de una ventana. Fue la primera vez que Kevin me preparó un café en su casa, porque se nos hizo de día y sus padres no estaban, así que no tuvo prisa por echarme. Eso lo sé ahora, pero en aquel momento para mí esa taza de café significó TODO. Pensé que ahora que vivía en Nueva York debería renovar mi feed y, de paso, hacer limpieza de las personas del pasado que ya no pertenecían a esta nueva etapa de mi vida. Tocaba aprender de esos errores, de las *red flags* de mi «relación» con Kevin y procurar no volver a repetirlos. Tenía la oportunidad de empezar completamente de cero, y eso debería significar también dejar atrás patrones que no me hacían ningún bien.

10

Alexia, mi hada madrina

A la mañana siguiente, Uncle Andrew me llevó al banco, nos permitieron abrir una cuenta conjunta (aunque provisional para mí porque aún estaba como turista) y me enseñó todos los movimientos de la cuenta en la que había estado invirtiendo el dinero que mi madre le dejó para mí. Efectivamente, no era millonaria ni mucho menos, pero me quedé muchísimo más tranquila viendo que entre mis ahorros y eso iba bien por algún tiempo, e incluso podía permitirme una buena sesión de renovación de armario, ¡me lo merecía!

Tal y como se pueden imaginar, la oferta de tiendas de Nueva York era espectacular… Sin embargo, las tallas eran prácticamente iguales que en España. Otro WTF para mi ya extensa colección. Excepto en H&M, donde muchas prendas llegaban hasta la XXL (en España solo hasta la XL, en tienda física), el resto de las marcas eran exactamente lo mismo. ¡Y encima no había ni Primark, ni C&A, ni Kiabi! No había ninguna de mis tiendas físicas de confianza, aquellas donde sé que siempre encuentro algo que me guste en mi odiada talla 48 (que, por cierto, aún no entendía muy bien a qué

correspondía en este país). Me di cuenta de que la gordofobia es internacional, e incluso en el país con más personas de talla grande por metro cuadrado del mundo, estas siguen siendo terriblemente discriminadas por su tamaño corporal. Seguía a muchísimas creadoras de contenido plus size estadounidenses que vestían increíble, así que pensaba que esto sería un paraíso para mí…, pero de momento no parecía que fuera así. Eso sí, había muchísima más oferta de marcas y tiendas online que en Europa, con una amplia diversidad de tallas, pero el problema era el mismito que allá: de las gordas quieren nuestro dinero, pero no nos quieren en las tiendas comprando. Nuestra imagen les estropea su aesthetic. La misma mierda, pero en otro idioma. Me sentía engañada y enfadada, exactamente igual que cuando salía de compras con mis amigas y yo, como mucho, podía comprarme unos pendientes y un top ajustado.

Cuando llegué a casa con una sola bolsa de H&M, mis tíos pensaron que tenía miedo de gastar dinero, pero les conté la situación y se enfadaron tanto como yo, ¡era tan injusto! Me comentaron que había ciertos supermercados gigantes en los que también vendían ropa y tenían diversidad de tallas, como Target. Tal vez allí encontrase cosas que me gustasen. Prometieron acompañarme a la próxima sesión de shopping, lo cual les agradecí mucho. Mis tíos eran tan guais, comprensivos y fáciles que no podía más que sentir un inmenso agradecimiento y cariño hacia ellos.

Si algo tenía claro sobre este sueño hecho realidad que se me había venido encima, era que no pensaba perder el tiempo estando todo el día de compras fallidas y tomando cafés a ocho dólares, a los que, por cierto, estaba totalmente enganchada. Necesitaba

encontrar una ocupación y me apetecía mucho conocer a gente nueva, además de a mis tíos: gente más de mi edad con la que descubrir todo lo que esta alucinante ciudad tenía para mí, pero entre mis inseguridades y la barrera del idioma me estaba costando bastante.

En solo unas semanas había descubierto que esta ciudad era mucho más que la locura de Times Square, el olor a marihuana y las luces y ruidos constantes que te dejan catatónica. Cuando una sale del centro y se aleja hacia otros barrios, como, por ejemplo, en el que vivíamos nosotros, se descubre un ambiente realmente encantador, que supongo que es lo que le da valor a esa esencia neoyorquina de la que todo el mundo parece estar totalmente enamorado y por lo que tantas películas, series, libros e historias de amor están ambientadas aquí. La de Nueva York era una magia indescriptible, y eso que todavía no había descubierto casi nada…

Nuestro barrio era increíble: ya había podido avistar cientos de cafés, restaurantes y pequeñas tiendas encantadoras, y todo estaba rodeado de árboles, parques y zonas preciosas que invitaban a pasear durante horas y horas. Además, en aquella parte de Manhattan había muy poco turismo, así que el ambiente era muchísimo más tranquilo y la gente llevaba otro ritmo. La temperatura ya empezaba a bajar —me habían dicho que el verano aquí es horrible en cuanto a calor, así que estaba contenta de haberme librado—, las hojas ya estaban cambiando de color y no podía esperar a ver todos esos árboles verdes tornarse de miles de tonos marrones, dorados y amarillos. Siempre había oído que el otoño en Nueva York es magia pura, más de la magia normal que ya tiene esta ciudad, y estaba deseando descubrirlo.

Mientras miraba ensimismada por la ventana del que era ya uno de mis favoritos cafés del barrio, recibí un mensaje de mi tío:

> Hemos invitado esta noche a unos amigos a cenar en casa, te apetece unirte??? Entenderé perfectamente si el plan de pasar el viernes noche en casa con una panda de maricas viejas te parece un horror, jajaja…Pero podemos llegar a ser muy divertidos!!!

Inmediatamente sonreí ante la pantalla:

> Claro que me apetece!
> Cuenten conmigo.

Si los amigos de mis tíos eran tan maravillosos como ellos, estaba segura de que me lo iba a pasar pipa. Y enseguida me puse a pensar en mi outfit, porque seguro que eran todos superestilosos y divinos como ellos.

Cuando volví a casa, mis tíos ya estaban preparando la mesa y la decoración era exquisita. Cualquier tipo de cubierto, plato o cristalería que se pueda imaginar, ellos la tenían, ¡es increíble! Así que me dispuse a ayudarlos mientras me iban contando el menú y un poco de cotilleo sobre quiénes venían a cenar.

—Peter, ¿te ha confirmado John si venía?

—Sí, sí que viene al final.

Uncle Andrew se giró hacia mí.

—Te van a caer genial todos, Ana.

—¡Estoy deseando conocerlos!

Unas horas más tarde, estaba incluso nerviosa por conocer a todo ese grupo. Me había puesto unos vaqueros, mis favoritos, de pata ancha y altos de cintura; unas bailarinas de brillitos, y un body de terciopelo negro que me favorecía mucho. El pelo suelto, como casi siempre, y con falta ya de un buen corte. Y mi maquillaje de confianza: eyeliner y labios rojos. Me veía mona, pero sabía que iba a necesitar una copa de prosecco antes de lanzarme a demostrar mi nivel de inglés con toda esa gente.

Al bajar las escaleras, vi que ya habían llegado algunos de los invitados: dos señores de la edad de mis tíos, aproximadamente, luciendo unas camisas con estampados imposibles que me parecían lo más, y con ellos, una chica de unos treinta años, de la que mis tíos no me habían dicho nada, pero quizá no la esperaban. En cualquier caso, me alegró mucho no ser la única mujer de la velada y solo deseaba que fuera simpática.

Hicimos rápidamente las presentaciones y cada vez llegaba más gente a la casa. Llegaron también dos señoras maravillosas que bien podrían haber salido de *And Just Like That*, porque menudo estilazo rezumaban por cada poro. Finalmente, éramos diez personas para cenar. Me fijé en que mis tíos habían marcado cada sitio en la mesa, como si de una boda se tratase, así que cada uno buscó el suyo y procedió a ocuparlo. Yo estaba como flotando entre el olor a perfumes de nicho y lo precioso que era todo. Podría haber sido perfectamente el escenario de cualquier *sitcom* de moda, sin duda. Y

yo me sentía una auténtica outsider, pero lo disfrutaba porque era fascinante.

Alexia, como se llamaba la otra chica de aproximadamente mi edad, resultó ser también la sobrina de uno de los amigos de mis tíos: no solo era simpatiquísima, pues me dio conversación desde el minuto uno y me preguntó mil cosas, sino que además era una de las mujeres más bellas que había visto en mi vida. Tenía un cuerpo de estrella del cine, nada que ver con el mío, y una melena rubia preciosa que lucía con un corte a capas y un flequillo en cortina que le enmarcaba unos ojos azules enormes y perfectos. De verdad que a veces me pregunto qué coño les vemos a los tíos, si hay mujeres así de preciosas en el mundo. Enseguida me sentí supercómoda charlando con ella, como si nos conociéramos de toda la vida.

—Y cuéntame, Ana, ¿qué has venido a hacer a Nueva York?

—Pues la verdad es que, en Tenerife, de donde soy… ¿Conoces las islas Canarias, en España?

—Mmm… ¿Ahí es donde está Ibiza?

—Ja, ja, ja, no… Es el otro archipiélago.

—Ay, ¡pues ahí no he estado! Pero en Ibiza sí, ¡como cuatro veces ya!

—Creo que Canarias es más tranquilo…, pero podría gustarte también.

—¡Me lo apunto ya! Tienes que llevarme y así me enseñas todo bien.

Me fascinaba lo sociable que era, ¡yo jamás le hubiese dicho a alguien a quien acababa de conocer que nos fuéramos de viaje juntas! Tenía la sensación de que aquella tía era una loca, pero eso me molaba.

—Pues allí trabajaba de camarera en un club de playa, mientras acababa mis estudios. Acabo de terminar un máster en Marketing Digital y estoy esperando la nota del trabajo final para ya poder obtener el título y ver cómo puedo homologarlo aquí para poder trabajar, etcétera.

—Eh, ¡no me digas! ¡Yo soy Influencer Manager en una agencia! Represento a un montón de influencers de Nueva York y también algunas en LA. Justamente ahora estoy buscando a alguien que me eche una mano porque estoy desbordada, ¡esas chicas me vuelven loca! Pero me dan mucho trabajo también, así que las amo. Si te apetece, podrías venirte un día conmigo y ver si te gusta lo que hacemos, y si es así podemos valorar meterte en algún programa de prácticas o algo así para que puedas unirte al equipo… ¿Te apetecería?

—*Oh, my God!* Por supuesto, ¡sería lo más! Obviamente es lo que hemos estudiado en el máster, pero no tengo ni idea de cómo funciona el mundillo, así que si te viene bien sería maravilloso poder aprenderlo todo.

—Querida, no se hable más. El lunes a las nueve de la mañana te quiero en mi despacho, te presento a la jefa y nos ponemos manos a la obra. ¡Qué emoción!

Su alegría era contagiosa, y yo simplemente parecía una pazguata que no se podía creer aquella maravillosa casualidad. Seguro que no pegaba ojo en todo el fin de semana.

11

Una chica nueva en la oficina

No fui capaz de pegar ojo con normalidad en los siguientes dos días, ¡estaba tan nerviosa y emocionada! Nunca había tenido tantísimas ganas de que llegase un lunes en toda mi vida. Cuando se lo conté a mis tíos no se sorprendieron en absoluto; es más, era el motivo principal por el que le habían insistido a John para que trajese a su fabulosa sobrina Alexia. Les había costado convencerla porque era una chica con una vida social increíblemente loca, como se podrán imaginar, pero finalmente se pudo unir y sabían que haríamos buenísimas migas.

El lunes a las siete en punto estaba en pie, dispuesta a ponerme guapísima para mi primer día…, no sabía muy bien de qué ni dónde, aún, pero vamos a decir mi primer día de trabajo. Me vestí con un conjunto de pantalón y blazer negro de Asos que me encantaba, ya que era oversize y me sentía supecómoda con él. Debajo me puse una camisa blanca sencilla y complementé con unos pendientes dorados y una cadena finita. No tenía ni idea de cómo sería el dress code allí, pero seguro que iban todas impresionantemente vestidas y de las mejores marcas.

No me equivocaba. Nada más salir de la boca del metro en la que había dicho Alexia que me tenía que bajar, allí estaba esperándome con un conjunto precioso de minifalda y blazer corto en un color caqui ideal, y unas botas de estilo militar que le subían hasta la rodilla. El pelo absolutamente espectacular, como lo recordaba. Era imposible no envidiarla y amarla a la vez.

—¡Nenaaa! ¡Aquí estoy! Me tienes que decir cómo te gusta el café para poder pedírtelo, ¿vale? Eso es lo primero. ¿Ya has tomado café hoy? He intentado pasarme al matcha mil veces, pero no lo consigo, me sabe a césped, tía. ¿Tú lo has probado?

Parecía estar más nerviosa que yo, porque no paraba de hablar. Aunque algo me decía que era siempre así. Yo también era muy habladora, pero esta ciudad y la barrera del idioma me tenían mojigata perdida. Ahora entendía a los extranjeros cuando decían que en su idioma natal eran muchísimo más divertidos e inteligentes. ¡Tenía tantas expresiones y formas de comunicarme que aprender!

Entramos en un edificio y subimos a la octava planta, donde nos recibió un chico monísimo.

—*Hiiiiii!*

Había aprendido que en Nueva York alargaban muchísimo el saludo, una cosa rara.

Emma, la dueña de la agencia, nos esperaba en su despacho acristalado con vistas a los rascacielos. Todavía no había visitado ninguno, y eso que tenía una buena lista de edificios que hay que visitar sí o sí en Manhattan, así que ya iba siendo hora de ponerme a ello. Emma Harrington era una mujer de unos cincuenta y algo, y sabiendo que era la jefa de todo… impresionaba. Nada más verla

quedaba claro que era sofisticada y elegante, se movía despacio, calmada…, segura. El tipo de mujer al que cualquiera admiraría y, sin duda, Alexia me había hablado maravillas de ella. Sin embargo, había algo que me sorprendía y es que no parecía haberse hecho ningún retoque estético en la cara, cosa que en Nueva York era ya tan común como los bagels de salmón, queso crema y alcaparras. Tenía las arrugas de una mujer de su edad, llevaba el pelo corto, con algunas mechas en un tono rubio ceniza que combinaba a la perfección con sus canas, y aunque iba vestida impecablemente de diseñador de pies a cabeza, no tenía una talla normativa. Calculé que usaría una 42 o 44… Y eso, automáticamente, me hizo empatizar con ella, aunque no la conociera de nada. La realidad es que cualquiera puede esperar que la CEO de una empresa tan importante del sector de la belleza y la moda sea una Miranda Priestly con una cintura mínima, tacones de aguja y la cara estirada hasta el fin, pero no. Estaba segura de que los domingos iba en chándal y sacaba a su perro como cualquier mujer normal.

Sin embargo, Emma Harrington era toda una *boss bitch*. Empezó hace muchos años a moverse en el mundo de la publicidad, pero su capacidad para adaptarse rápidamente a las nuevas tecnologías y su visión de futuro hizo que consiguiese crear una de las primeras agencias de influencers de Estados Unidos, cuando apenas era una profesión que comenzaba, en la primera década de este siglo. Nadie confiaba en su visión y se reían de ella, pero la realidad es que enseguida supo entender que este mundo tenía un filón que muchas empresas querrían aprovechar, a través de las conversiones económicas que generaban los blogs de moda y los primeros canales de YouTube, y decidió fundar Harrington's Creative. Actualmente es

la agencia que representa al 80 por ciento de los influencers de moda, belleza y *lifestyle* del estado de Nueva York, y algunos de los rostros más conocidos de internet con base en Los Ángeles. Y no solo se dedicaban a representar a creadores de contenido, sino que también habían creado una división estratégica para marcas, en la que las más importantes firmas de cosmética y moda confiaban para llevar a cabo diferentes campañas, organización de eventos de presentación de producto… La verdad es que había construido un imperio del marketing digital y, sin embargo, parecía tan cercana, accediendo a reunirse conmigo que no tengo ni la Green Card, que me permite quedarme aquí como una de los suyos… yo estaba alucinando, la verdad.

—Ana, quiero que sepas que Alexia me ha hablado muy bien de ti y de tu predisposición a aprender todo sobre nuestra agencia, ¿es así?

—Por supuesto, Emma, estoy superagradecida por esta oportunidad, me parece increíble, y pienso aprovecharla al máximo. De verdad, muchas gracias.

—Bueno, he de confesar que también me ha contado quién es tu tío… y soy muy fan de Petra, así que obviamente ya con eso me ganaste.

—¡Ah, claro! Pues, por supuesto, te lo presento encantada cuando quieras.

No me esperaba que una mujer tan refinada con pinta de tener un ático en Park Avenue fuese a ser fan del *drag* de mi tío…, pero, claro, esta gente cuando tenían mi edad eran las reinas de la fiesta, ¡estoy segura! Me encantaba que la CEO de la empresa no fuera la

típica estirada. ¡Me encantaba la agencia y eso que solo llevaba allí una hora!

—Genial, querida. Pues manos a la obra. Serás la sombra de Alexia, vas a aprender muchísimo de ella y del mundillo, y ya vamos viendo. Yo por mi parte ya he dado todos tus datos al departamento legal para que vean cómo podemos formalizar tu situación de prácticas, y te voy informando, ¿ok?

—Perfecto, ¡estoy deseando empezar!

Me daba muchísima confianza que quisieran hacerlo todo de forma legal y no pretendieran que trabajara allí de extranjis. Aunque era verdad que en ese momento no necesitaba un sueldo y que haría este trabajo completamente gratis, se agradecía la formalidad de la empresa.



Alexia y yo fuimos a su despacho, obviamente mucho más pequeño que el de Emma, pero también encantador.

—Ana, tengo que advertirte de que no te confíes demasiado sobre Emma. Quiero decir, es una mujer increíble y muy buena jefa, pero es la jefa, no nos olvidemos. Y es muy exigente con sus empleados. Al mínimo error o pérdida de confianza en alguien, no da segundas oportunidades, como tampoco se la dio a su marido, que era un magnate inglés de la construcción y estaba forradísimo, pero le puso los cuernos con la secretaria… Lo sé, *such a cliché!* Si pierdes su confianza, la cagaste para siempre, y, claro…, siendo quien es, puede cerrarte muchas puertas.

—Guau…, si ya estaba hecha un manojo de nervios, ahora es el triple.

—Ja, ja, ja, no tengas miedo, simplemente valora muchísimo la ética de trabajo y tiene unos estándares bastante elevados para todo. Pero, aunque no llegues a ellos, si eres honesta, te la ganas, y tú me diste muchas *vibes* de ser una chica sincera y transparente, por eso te recomendé para este puesto, ¿ok? ¡Yo confío en ti!

—Me parece increíble que estés poniendo tanta confianza en mí sin apenas conocerme, pero de verdad que prometo no defraudarte.

—Soy piscis, amor, mi intuición nunca falla.



Alexia procedió a enumerarme todas las tareas del día, y ya me quedó claro que era la clase de trabajo en el que sabes a la hora que entras pero no a la que vuelves a casa. Por supuesto, era algo que no me importaba en absoluto, ya que sentía que las cosas que había que hacer eran superguais y estaba sedienta de conocer gente y experimentar la ciudad, así que no me iba a suponer ningún problema tener que trabajar veinte horas diarias.

Empezamos el día con una reunión. Yo me senté en un ladito de la sala, con una libreta monísima que había adquirido el sábado anterior en Greenwich Letterpress, una papelería preciosa de mi barrio, y dispuesta a coger todos los apuntes necesarios para entender qué estaban haciendo allí. En el centro de la habitación había una enorme mesa de mármol con patas doradas y espacio para diez personas, aunque en ese momento la reunión era con

Emma y cuatro empleados más, además de Alexia. En el centro de la preciosa mesa había una aún más preciosa selección de cruasanes, bollitos, bagels y tartaletas de frutas que, por algún extraño motivo, absolutamente nadie tocaba. ¡Y yo que me moría por probarlo todo! No me había dado tiempo a desayunar y yo no perdonaba una comida desde 2002, así que estaba sufriendo de verdad…

Alexia era la encargada de organizar un evento para la presentación de la nueva base de maquillaje de Huda Beauty, una conocidísima firma de belleza que se distribuye en Sephora y de la que, por supuesto, yo era fan, como buena amante del makeup. El evento iba a tener lugar esa misma semana en un *rooftop* de Manhattan, en la zona del Soho, y por supuesto iba a estar todo el mundo que importa en esta profesión. Alexia parecía tenerlo todo bajo control: catering, música, photocall y… ¿Lo había entendido mal, o realmente acababa de decir que iba a estar la mismísima Huda Kattan? Estaba que se me salía el estómago de la emoción, pero no quería quedar como una friki, así que no dije nada y simplemente me dediqué a tomar notas, ya se lo preguntaría después. Por lo visto, solo faltaba confirmar al personal de fotografía y vídeo, y esto tenía estresado a todo el equipo, porque lógicamente había que crear muchísimo contenido oficial del evento para prensa y redes. Estaban esperando respuesta de varios estudios con los que ya habían contactado, pero se les echaba el tiempo encima.

Cuando terminó la reunión, Alexia hizo varias llamadas para cerrar campañas con marcas, contestó por mensaje a veinte mil personas a la vez e incluso gestionó una crisis de identidad que había sufrido una de sus representadas.

—Christina, cariño, ¡no eres una fracasada porque una marca no te haya cogido esta vez! El año pasado facturaste más de cien mil dólares en tu primer año trabajando *full time* como creadora de contenido, ¿te quieres relajar? Vendrán muchísimas oportunidades más, ¡ya lo verás! —dijo, al tiempo que me miraba y ponía los ojos en blanco.

En esta profesión, el factor humano es clave para gestionar a tantas personas a la vez, y más en el mundo de los influencers, donde se juntan muchas personalidades distintas, egos, inseguridades… Son personas que están siempre expuestas a la opinión pública y, en muchos casos, se han hecho famosas de un día para otro, sin tiempo a gestionar esa fama, lo cual no siempre es fácil de afrontar, y encima suelen ser chicas superjóvenes… No me puedo ni imaginar cómo debe de ser. Yo creo que sería incapaz… Ante el primer comentario despectivo sobre mi cuerpo, me hundiría en la miseria. Así que me parece que son unas valientes, en realidad. Muy bien pagadas y pijas, pero también valientes, en su mayoría. Y Alexia parecía tener una personalidad muy adecuada para trabajar en ese mundillo, porque la veía desenvolverse con total soltura mientras hablaba con tantas personas a la vez. Hay talentos que son realmente invisibles, y ella lo tenía seguro.

Unas cuatro horas después, mientras ella no paraba de hablar con todo el mundo por diferentes vías y yo iba leyendo campañas, ordenando papeles y bicheando los perfiles para saber de quién hablaba, Alexia por fin colgó el teléfono.

—Ana, querida, acabo de cerrar una campaña anual para una de mis chicas por veinte mil dólares, así que… ¡vámonos a comer para celebrarlo!

Su energía era tan contagiosa que me di cuenta de que con ella estaba sonriendo todo el tiempo.

La oficina estaba situada en Columbus Avenue con la calle Setenta y siete, muy cerca de Central Park y el Museo de Historia Natural. La verdad era que todavía no había podido hacer planes demasiado turísticos, o quizá sí que había podido, pero me había dado pereza ir sola, supongo. Así que tenía que aprovechar que la ofi estaba tan cerca de sitios guais para visitarlos.

—Supongo que ya habrás probado la hamburguesa más famosa de la costa este, ¿no?

—¿Shake Shack? ¿O hay otra?

—¡Obvioooooo! La mejor

—Pues todavía no la he probado, solo la conozco por redes…

—¿Quéééé? Esto se soluciona ya mismo.

No me esperaba a Alexia siendo fan de hamburguesas grasientas, pero supongo que solo era uno de mis prejuicios hacia las flacas. Lo cierto es que, por lo que me contó, parece que le encantaba comer y en dos segundos me recomendó al menos diez restaurantes de Manhattan. Pensé en pedirle que me los enviara por mensaje para hacerle caso. Había un Shake Shack muy cerca de la oficina, así que fuimos andando y al cabo de unos minutos ya estábamos sentadas, esperando nuestro pedido. Me moría de hambre y de ganas de probar aquella hamburguesa, y en cuanto la tuve delante la devoré sin miramientos.

Alexia me contó que estaba soltera y que odiaba las aplicaciones de citas, porque había tenido supermalas experiencias con ellas.

—¿Y tú tienes novio allá en Canarias, o algo?

Me di cuenta de que había estado tan abrumada por tantos cambios, noticias y cosas que hacer que llevaba días sin pensar en Kevin. Y, de repente, me sentí triste.

—Tenía una *situationship* con un chico. Estuvimos dos años liándonos, pero nunca me tomó en serio, y al final se echó una novia y pasó de mí.

—Aaah, querida, las *situationships*… Yo hace años que no las permito en mi vida. Prefiero estar seis meses sin follar que permitir que me traten como una opción cuando les apetece. Cuando era más joven no me importaba tener sexo solo por diversión, y no estuvo mal esa época, pero desde que cumplí los treinta siento que es un acto de intimidad demasiado importante y que se entregan tantas cosas en él que ya no soy capaz de hacerlo con cualquiera. Necesito como mínimo tener algún tipo de conexión con la otra persona, ¿sabes? Y que haya un tiempo previo de conocernos, desearnos… y, créeme, cuando esperas un poco, luego se coge todo con muchas más ganas, ja, ja, ja.

Su risa daba años de vida. Era como una melodía, encantadora, pero también muy sonora. Me di cuenta de que todo el mundo la miraba, especialmente cuando se reía, que era siempre a carcajadas. Algunas miradas eran de desconcierto o irritadas, como si les molestara que fuese tan escandalosa, pero otras eran como la mía: de absoluta fascinación. Y ella parecía no darse cuenta del efecto que provocaba en los demás, y, si lo hacía, no se daba por aludida. Era tan natural…, tan ella misma… No pedía perdón por ser escandalosa, no se achantaba ante nadie, no se hacía más pequeña para no molestar. Simplemente existía, brillaba…, y yo solo podía pensar en lo mucho que me gustaría parecerme a ella.

12

Cruce de caminos

Los días fueron pasando y yo cada vez amaba más esa oficina. El ambiente era genial, sobre todo teniendo a Alexia codo con codo, y en tres días había aprendido ya más sobre el marketing de influencers que en todo el máster. Y hablando del máster, por fin esa mañana obtuve la noticia que tanto tiempo llevaba esperando: ¡habían valorado mi TFM con un 9! Eso sí, faltaba realizar la defensa delante del tribunal, para la cual me convocaron dos semanas después vía Zoom. Tendría que avisar a Alexia de que necesitaba ausentarme unas horas de la oficina ese día, pero seguro que no habría problema.

El evento de Huda se acercaba y seguíamos sin conseguir equipo de fotógrafos. El vídeo ya por fin se había negociado con una agencia, pero no tenían fotógrafos disponibles para esa fecha: al ser un viernes noche de septiembre, en plena Fashion Week, claramente parecía un imposible. Alexia propuso contar simplemente con las fotos que se hiciesen con los móviles de los propios invitados, pero eso no parecía convencer a Emma, que insistía en la necesidad de tener también fotos profesionales de un evento tan majestuoso. Yo

solo pensaba que la situación de Alexia en ese momento no era nada agradable y que, si me pasase a mí, seguramente estaría desesperada llorando del estrés. Pero ella parecía inquebrantable en su cometido de hacer del mundo un lugar absolutamente rosa y lleno de cosas bonitas. ¿Acaso era consciente ella misma de esto? Decidí preguntárselo algún día. A Alexia parecía que nada la estresaba.

—*Don't worry, boss*, como si tengo que traerme al fotógrafo de la otra punta del mundo: tendremos fotones.

Y así fue literalmente, o casi. Teniendo en cuenta que los neoyorquinos consideran a la gente de Los Ángeles poco menos que seres inferiores, superficiales y mucho menos cultos que ellos, supongo que sí, que fue como traerlo de la otra punta del mundo. Gracias a sus contactos en LA, donde gestionaba a otras influencers, el día antes del evento recibió la llamada que tanto esperaba: teníamos fotógrafo. Eso sí, no se lo pusieron nada fácil. Al venir desde allí tuvo que negociar un precio bastante más alto del que le hubiese cobrado un fotógrafo neoyorquino, más, por supuesto, pagarle estancia, vuelo. No contentos con eso, la influencer que se lo había conseguido pidió que la invitasen también al evento. Alexia no parecía estar muy feliz con la idea, ya que por motivos de espacio había tenido que prescindir de algunas influs de Nueva York y no podía invitarlas a todas, así que el hecho de que ahora esta influ de Los Ángeles prácticamente la obligase a invitarla, la jodió bastante.

—La diva esta me cae fatal, Ana; no te quiero condicionar, pero ya me darás tu opinión cuando la conozcas. Es una de las influs de moda más importantes del país, las cosas como son, pero es taaan

estirada…, taaan antipática… y encima se cree JLO pidiendo cosas… ¡No puedo con ella!

La verdad es que debe de ser difícil lidiar con tantas personalidades diferentes y, al final, cualquier persona que se dedique al mundo del espectáculo o del entretenimiento en general, donde se genera un fenómeno fan total, tiene un punto de egocentrismo que puede ser para bien o desarrollarse de una forma totalmente negativa… Pero, bueno, yo siempre he sido de esas personas que no juzgan a los demás sin antes conocerlos, aunque me hayan advertido primero, siempre doy el beneficio de la duda, así que a ver qué tal.

Mi trabajo el día del evento iba a ser emocionante. Alexia me había dado una serie de tareas muy específicas para ir resolviendo durante el día. Sobre las siete de la tarde empezaba el evento y tendría que estar allí al menos una hora antes, ya vestida y divina como estarían todas las demás.

Oh, mierda…, no había pensado en eso. ¿Qué coño me iba a poner? ¡No tenía nada y solo faltaba un día!

Por supuesto, no quise volver loca a Alexia con mis inseguridades y mi falta de outfit a un día del evento, y menos con la cantidad de estrés que ya tenía encima, así que me callé y decidí ir a buscar algo al salir de la oficina, si me daba tiempo. Si no, recientemente había descubierto que vivir en Manhattan tiene unas ventajas increíbles con respecto a vivir en Canarias, como, por ejemplo, las entregas al día siguiente o incluso el mismo día de Amazon, así que seguro que algo encontraría. Obviamente, preferiría ir vestida de alguna de las maravillosas marcas que iban a lucir el resto de las chicas del evento, pero mi talla no me lo permitía.

En uno de mis viajes a la cafetería de especialidad que había al lado de la oficina, aproveché mientras esperaba los cafés de Alexia y el resto de los compañeros para revisar alguna web en busca de un vestido para la fiesta, y finalmente encontré un vestido negro ajustado midi, con escote bardot, manga larga… Pensé que podría servir: era elegante y sencillo, y con unas buenas ondas en el pelo y un maquillaje chulo no necesitaría nada más, así que lo pedí y me llegaría al día siguiente a la misma oficina. ¡Aquella experiencia de compra me parecía lo más! Y me acababa de salvar la vida, aunque hubiese preferido ir de algún color o tejido más especial, pero bueno. Era mi primer evento con Harrington's Creative y lo mejor era pasar desapercibida, además de que con tan poca antelación y en talla grande…, date con un canto en los dientes, Ana.

Esa noche me lavé la melena. Llevaba días queriendo pedirle a Alexia el contacto de su peluquería, porque necesitaba un buen corte y ella lo llevaba siempre espectacular, pero se me había olvidado. Me la sequé con secador para dejar el pelo bien pulido y procedí a pasar una noche un poco incómoda, pero con la garantía de unas ondas espectaculares que me facilitasen el trabajo al día siguiente: me puse el churro famoso de las ondas sin calor y dormí toda la noche con eso puesto. Menos mal que no esperaba visitas. Mis tíos, por otro lado, difícilmente se iban a asustar, con todo lo que habían visto ya en la vida, ¿no? Estaba superemocionada por el día de mañana, y deseando que llegase ya.

Me costó dormir porque, además, estaba constantemente repasando los nombres de todas las influs que venían al evento, asociándolas con sus caras y preparándome para no ofender a nadie. Una de mis tareas en el evento era, precisamente, recibirlas a

todas a su llegada. Y no solo a las influencers, sino también al resto de los invitados. Eran más de doscientas personas, incluida la mismísima Huda, así que yo estaba que se me asomaba el corazón por la boca. Y solo pensaba en no defraudar a Alexia ni, por supuesto, a Emma, que tanta confianza estaban poniendo en mí. Pero sabía que era capaz de hacerlo y me estaba preparando bien para ello.

A las seis en punto sonó mi despertador. Sabía que me enfrentaba a un día emocionante a la par que estresante, así que me levanté feliz, sin esfuerzo, como un resorte, dispuesta a dar el 200 por ciento. Lo primero que hice fue lavarme la cara y hacerme mi rutina matinal de skincare, como siempre, pero ese día haciendo hincapié en mantener una buena hidratación, porque necesitaba llegar fresca a la noche. El día anterior había dejado un neceser preparado con maquillaje y algunas cosas de aseo, además de ropa interior limpia y los zapatos que me pondría con el vestido que me tenía que llegar más tarde a la oficina. Tenía unas sandalias de tacón bajito con tiras de *strass* que combinaban con todo y era mi *go-to* para cualquier ocasión, así que las metí en una bolsa y me las llevé. Me daba un poco de pánico no tener ningún plan B, pero confiaba en que el vestido llegaría a tiempo y me quedaría bien. Para el día, me puse un vaquero tipo mom y mi camisa blanca de confianza, con las mangas un poco recogidas y unos pendientes dorados que le daban un toque chic al look. En los pies, mis adoradas Adidas Samba. Me hacía feliz saber que podía ir a trabajar en zapatillas porque no había ningún tipo de restricción sobre el vestuario.

A las ocho en punto llegué a la oficina, dejé las cosas y fui a buscar unos cafés para Alexia y el equipo, aprovechando que había

llegado la primera. Como tenía tiempo suficiente, en vez de ir a la cafetería de siempre quise probar otra que Alexia me había dicho que también le gustaba y estaba solo a dos calles. Encargué al barista tres lattes, para Alexia, Emma y para mí, y un blueberry matcha para Jean, el chico de la recepción, que es un amor, y el otro día lo vi tomándose uno. Me los colocó perfectamente en la típica huevera de cartón que permitía llevar varias bebidas a la vez y salí de allí deseando llegar a la ofi para tomarme mi primer café del día. Pero el destino me tenía preparado, literal, el primer tropiezo del día. No sé cómo ni de dónde salió, y soy consciente de que en esta ciudad hay miles de personas por metro cuadrado, pero ¿tenía que pasarme esto a mí? ¡Justo ese día! De repente, noté el pecho húmedo y cuando miré mi camisa solo quería llorar. Un chico se acababa de tropezar conmigo y me había tirado el blueberry matcha por encima.

—Joder, ¡jodeeer! —grité, obviamente en un perfecto español, porque para decir palabrotas no hay un idioma mejor.

Al menos el chico no paraba de pedirme disculpas; iba cargado con una maleta y una mochila gigante, y se quitó su pañuelo del cuello para intentar ayudarme a limpiar la bebida de mi camisa, lo cual, teniendo en cuenta los colores del blueberry matcha… La única solución ya era la lejía, o comprarme una nueva, y ese día no tenía tiempo para ninguna de las dos cosas.

—Lo siento muchísimo, de verdad, iba mirando el mapa en el móvil y… ¡Lo siento!

—No te preocupes, cosas que pasan…

Estaba aguantándome las ganas de llorar y no paraba de mirarme la camisa completamente arruinada.

Y, entonces, levanté la vista.

13

Perdida en unos ojos verdes

A veces una persona te mira, e inmediatamente sabes que no la olvidarás jamás. No puedo describir con palabras el color de ojos de aquel chico, ni la forma, ni el tamaño de sus pestañas; solo sé que nunca me había atravesado tanto una mirada. Había algo en ella que hizo que todo se detuviese a nuestro alrededor. Dejé de escuchar el constante sonido de las sirenas de ambulancia o policía, que son la banda sonora original y permanente de Nueva York. Dejé de escuchar el rumor de la gente al hablar y moverse a mi alrededor. Dejé de existir por unos segundos para perderme en ese agujero negro que era su mirada. Vale, menuda sarta de cursiladas, pero juro que era guapísimo y que su mirada era intensa.

—¿Me entiendes? —preguntó el pobre, pensando que yo no tenía ni papa de inglés.

—Sí, sí, perdona.

—Déjame volver a comprar la bebida que se ha caído, por favor. ¿Cómo dices que se llamaba?

—Blueberry matcha.

—Blueberry matcha, ok, vale.

Supongo que le pareció una auténtica estupidez de bebida, pero estaba de moda.

Entró a comprar en la cafetería y yo no paraba de pensar en lo guapísimo que era el muchacho, pero en lo mal que me venía en ese momento enamorarme de un desconocido en medio del día más importante de mi carrera hasta la fecha. Aun así, esperé a que saliera, le di las gracias por el matcha y le dije que tenía muchísima prisa, pero que muchas gracias otra vez, y salí corriendo.

Y sin darme cuenta me había quedado con su pañuelo a modo de souvenir.



Cuando volví a la oficina, ya habían llegado Alexia y el resto, y al verme aparecer con toda la camisa hecha un desastre, Jean, el encantador chico de la recepción, corrió hacia mí para cogerme la huevera con los cafés y ayudarme.

—Pero, tía, ¿qué te ha pasado? *Oh, my God!*

—Ay, Jean, que un chico guapísimo se ha tropezado conmigo y me ha tirado encima todo el blueberry matcha. Pero, bueno, al menos me ha comprado otro, y es para ti.

—Pero, amor, ¡no hacía falta! Ay, nena, vamos a arreglar esto. ¿Cómo de guapo era, exactamente?

Me encantaba que fuese tan chismoso y divertido. No se cortaba un pelo ni ocultaba en absoluto su pluma y era de esos gais maravillosos bendecidos por una genética que solo las personas negras pueden tener, con una piel lustrosa y perfecta, el cuello largo,

el rizo pequeñito y superrecortado en la cabeza, y unos ojos enormes y llenos de vida.

Jean se encargó de repartir el resto de los cafés y me llevó al showroom, en el que yo aún no había estado. Por lo visto, a veces las marcas envían ropa a influencers que nunca vienen a recoger, o se cancelan campañas, o restos de shootings… y se queda un montón de ropa por el camino, así que la tienen ellos allí en una pequeña habitación con dos percheros y un auténtico caos de cajas y bolsas.

—A ver qué encuentro por aquí para que te pongas, querida.

—Lo tenemos difícil con mi talla XL…

—¡Qué va, tía! Varias de nuestras representadas son plus size como tú, nena. Aquí hay de todo.

—¿En serio? Pero no vienen al evento de hoy, ¿no? Porque me he estudiado entero el listado de influs y son todas delgadas…

—Ah, ni idea, eso tienes que preguntárselo a Alexia. ¡Mira! Hoy es tu día de suerte, guapa, aquí hay una camisa blanca superparecida a la que llevas. Venga, a cambiarse, ¡rápido!

Corrí al baño para limpiarme bien con agua y jabón, me sequé y, efectivamente, la camisa me quedó perfecta, y en el mismo perchero descubrí algunas prendas más en la misma talla, lo que me sorprendió y me agradó muchísimo. No conocía la marca en cuestión, pero me apunté mentalmente buscarla y ver qué tal el estilo y los precios.

—Muchísimas gracias, Jean, ¡me salvas la vida!

—¡De nada, *gooorg*!

Qué monada de chiquillo, la verdad. ¿Cómo era posible que todo el mundo fuera tan majo en esta empresa?

Después de solucionar por fin el desastre del *fucking* matcha, por fin empecé con mis veinte mil tareas del día. Alexia estaba ya a veinte manos y conversaciones a la vez, como siempre, pero todo fue transcurriendo con normalidad. Una de mis tareas de ese día era hacer las goodie bags para los invitados y llevarlas al lugar del evento, así que, teniendo en cuenta que eran más de doscientas bolsas, me puse a ello. Cada bolsa llevaba un bote de la nueva base de maquillaje cuyo lanzamiento se celebraba ese día, algunos productos más de la marca, un conjunto de brochas y un perfume tamaño mini de Kayali, la marca de la hermana de Huda. Un poco de papel de seda rosa que sobresaliese por arriba, y listo. Cuando las tuve todas, las metí en cajas y cogí un úber para dejarlas allí. Era la primera vez que me movía por Manhattan en úber desde que había llegado, ya que prefería utilizar el metro. La verdad es que el tráfico es una locura, pero se va muy cómoda mirando por la ventana y desconectando un poco del bullicio.

Cuando llegamos al sitio, me encontré ante un edificio lujosísimo cuyo portero me ayudó a bajar las cajas del coche y dejarlas en el ascensor. Subimos hasta el *rooftop*, y no esperaba lo gigante y precioso que era. Qué maravilla, pensé. Las vistas eran absolutamente de otro mundo, y estaba deseando ver cómo sería el atardecer luego más tarde, desde allí, porque algo me decía que sería mágico.

Ya estaba todo lleno de trabajadores colocando las luces, los equipos de sonido, la mesa del DJ, las flores… y todo tenía pinta de quedar precioso. El tema de la fiesta era en tonos rosa y lila, y absolutamente todos los elementos decorativos, e incluso las sillas y los sofás dispuestos por la estancia, eran en estos colores. Estaba

segura de que Alexia había sido la encargada de elegir toda la decoración, porque, aunque sin duda había tenido que regirse por las exigencias de la marca, su toque personal estaba presente en absolutamente todas partes. Dejé las goodie bags en un cuartito que me indicaron, a la entrada, y ya estaba allí preparado mi pequeño atril, donde más tarde me colocaría para recibir a los invitados. ¡Qué ganas!

Mi siguiente aventura del día era ir a recoger los vestidos de Emma y Alexia a diferentes localizaciones. Aprovechando que todos estos desplazamientos los cubría la agencia, decidí que moverme en coche a todas partes, y no en metro. Solicité un taxi a través de la aplicación del móvil y en unos minutos me recogió en la puerta del edificio.

La primera parada era Vivienne Westwood, en la Cincuenta y cinco con Madison Avenue, donde estaría el outfit de Emma. Me encantaba que fuera tan moderna y desenfadada, como el estilo de esa firma; seguro que esa noche iría despampanante. Si sus looks de oficina ya me dejaban boquiabierta cada día, ¡cómo vestiría para un evento! Estaba deseando verlo todo.

Cuando llegué allí, fue todo bastante rápido. Una de las empleadas me dio muy amablemente un portatrajes y una bolsa donde estarían los complementos del look. Lo metí todo en el coche y seguimos hacia nuestra segunda parada: Ulla Johnson. Alexia me había dicho que quería un vestido romántico en tonos rosa para el evento de esa noche, así que me pareció totalmente acertado. Tiene gracia que, sin haber salido nunca de Canarias y sin tener jamás un duro para acceder a todas estas firmas, las conozca gracias a las redes como si fuese clienta habitual. Alexia me había dicho que eso

le sorprendía mucho de mí, y que le encantaba que me gustase tanto la moda; incluso me había prometido llevarme a la próxima Fashion Week, que sería en febrero. ¡Ojalá para entonces siguiera trabajando con ella! Tenía que ser increíble vivir todo eso con alguien tan bien conectada con el sector. Igual debería plantearme hacer alguna dieta hasta entonces para poder adelgazar algunas tallas y así no verme tan limitada con el tema de la ropa de cara a la FW… Bueno, ya lo decidiría.

Con ambos looks ya asegurados, volví a la oficina y los dejé en sus respectivos despachos. Supongo que habrían salido a comer porque ya no había nadie por allí. Revisé la mesa de la recepción y el despacho de Alexia por si mi vestido había llegado ya, pero no lo encontré, y ya eran las tres de la tarde. Había estado tan ocupada toda la mañana que ni cuenta me había dado de que el paquete aún no salía como entregado, y tampoco me había percatado del hambre que tenía. Decidí pedir una ensalada y comérmela allí mismo, y así quedarme a esperar por si llegaba mi pedido con el vestido de esa noche…, empezaba a ponerme nerviosa, y con razón.

Unos cuarenta y cinco minutos después comenzaron a volver todos a la oficina. Alexia y Emma tenían cita con unos peluqueros y maquilladoras que irían hasta allí para hacerles el glam para el evento, y yo también tenía que irme maquillando si quería estar a las seis en punto en el *rooftop* de la fiesta, ultimando los detalles y recibiendo a la gente que llegaría a partir de las siete. Pero seguía sin haber ni rastro de mi vestido.

—Jean, *amore*, ¿te suena que hayamos recibido algún paquete? Mi vestido de esta noche tenía que haber llegado hoy y aún nada…

—¡¿Quéééé?!

—Shhh…, ¡no grites! No quiero que se enteren las jefas y preocuparlas, que bastante estrés tienen ya.

—Nena, vamos de nuevo al cuarto de esta mañana a ver si te encontramos algo, ¡pero esto hay que solucionarlo ya!

Desde luego que aquel chico se merecía un regalo si iba a salvarme la vida con dos outfits en el mismo día.

Lo que ocurrió después en aquella pequeña habitación fue la típica escena de película de los 2000 en la que le están haciendo un cambio de look a la protagonista y se empieza a probar mil cosas mientras suena «Vogue» de Madonna, pero en versión plus size. Así que imagínenla tal cual. ¡Para mí era como estar en el paraíso! Efectivamente, en este país hay muchísima más variedad de marcas donde comprar ropa chulísima en diversidad de tallas, y con unas calidades increíbles. Todas eran online, eso sí, pero al menos había ahí un mercado mucho más interesante que las típicas páginas de China a donde tenía que pedir antes cuando necesitaba un outfit concreto en mi talla. También los precios eran distintos, pero ahora podía permitírmelo, y yo tampoco soy derrochadora a la hora de comprarme cosas. Estaba flipando ante la variedad de opciones, menos mal que estaba ahí Jean para aconsejarme.

Después de pasearme un rato con todo tipo de vestidos y conjuntos, nos decidimos (decidió él, claro) por un look de top y falda midi, en color lavanda pastel, muy a juego con el evento, en una tela con algo de brillo. Era además ligeramente elástica, así que me resultaba muy cómoda sin ceñirse demasiado. Y el top tenía un escote divino de los que me suelen favorecer, así que yo estaba encantada. Por fin podía ir a un evento sintiéndome guapísima, con ropa de mi talla y sin ir vestida de negro de los pies a la cabeza. Lo

complementamos con maxipendientes dorados y unas sandalias de tiras cuyo tacón era un poco más alto de lo que me suele gustar, pero pensé que podría soportarlo. De todos modos, pensé en llevarme mis sandalias de confianza en una bolsa, por si necesitaba cambiarme más tarde y listo.

—Jean, de verdad no sabes lo que me has ayudado, ¡me siento divina!

—*Amore*, ERES divina. Eres guapísima y tienes pelazo.

Algo sanó dentro de mí cuando Jean me dijo esas palabras. Me sentía comprendida, como si sus ojos hubiesen entrado en mi interior y hubiesen sido capaces de leerme por dentro.

—Gracias, *my love*. No puedo evitar sentirme inferior y limitada por tener una talla grande, ¿sabes?

—Te entiendo, ¡y más en este mundillo! Pero, aunque nos cueste un poco más encontrar opciones, las encontraremos.

Tenía la sensación de que todas las personas a las que había ido conociendo desde mi llegada a Nueva York estaban, sin saberlo, reparando cosas que ellas no habían roto.

Volví a ponerme mi ropa de trabajo y guardé el look para esa noche dentro de una funda y unas bolsitas adecuadas para transportarlo después al evento.

Salimos del cuarto entre risas y ya estaban fuera las chicas con los equipos de peluquería y maquillaje, que empezaban a dejarlas más guapas y maravillosas de lo que ya son normalmente.

—¿Qué estabais haciendo ahí dentro, bandidas? —preguntó Alexia.

—Ana aún no conocía las maravillas que guardamos ahí dentro, ¿te lo puedes creer? —dijo Jean riéndose y guiñándome el ojo.

—Uf, con el buen ojo que tiene Jean estoy segura de que llevarás un lookazo.

—¡Yo creo que sí! —exclamé, realmente emocionada por todo—. Ya me voy a maquillar rápido yo también y voy yendo hacia el evento, ¡los espero allí!



Nunca me había maquillado profesionalmente, así que, aunque las chicas me preguntaron en su momento si quería que me maquillaran o peinaran, les dije que no, que lo haría yo misma. Para mí, ponerme a experimentar con maquillaje y llevar el pelo largo y bonito es terapia, y lo ha sido siempre sin saberlo. Desde bien pequeñita fui consciente de que mi cuerpo no era aceptado, ya que por todos lados me decían que tenía que adelgazar y que no estaba bien así. Y créanme, lo he intentado de todas las formas habidas y por haber. Creo que mi madre me puso a dieta desde bebé, prácticamente, y desde entonces las he probado todas: batidos, dietas raras con nombres de señor, endocrinos… Pero, aunque lograba bajar algunos kilos aquí o allá, volvía a ser yo. Durante casi toda mi vida me he sentido terriblemente inferior por esto, así que cuando descubrí que con maquillaje y el pelo «arreglado» la gente dejaba de apuntar a mi peso y me decía cosas más agradables, como que estaba guapísima o que cómo me había hecho ese smokey eye, y eso me hacía sentir muchísimo mejor conmigo misma.

Más tarde, gracias a las redes sociales, aprendí que al igual que hay personas que son delgadísimas por naturaleza, como lo era mi madre, otras somos grandes y, aunque hagamos dieta y ejercicio, seguimos teniendo un cuerpo más voluminoso que otras personas, y eso no significa que estemos mal. Pienso que quizá por eso también permitía que mis relaciones con chicos fueran como la que tenía con Kevin. Estaba enganchada a esa sensación de que si un hombre me deseaba físicamente eso me hacía válida y por eso, aunque yo no disfrutara, accedía a tener sexo con ellos. Lo que me había dicho Alexia hacía pocos días sobre su visión de las relaciones sexuales me pareció que tenía mucha lógica, que realmente sí que se crea una conexión muy íntima que no se puede tener con cualquiera, y yo se la daba a cualquiera, literal. Pero, por otro lado, ella era absolutamente espectacular y podía permitirse elegir al tío que quisiera, mientras que yo tenía que conformarme con el que me hiciera caso…

14

El evento… canónico

Todo lucía absolutamente espectacular en aquella azotea del supercool barrio del SoHo, y me recordaba tanto a algunas escenas de *Gossip Girl*… Varias líneas de guirnaldas de luz cálida recorrían todo el perímetro de la terraza en pequeñas bombillitas, creando un ambiente acogedor y romántico. Focos led en tonos rosa y lila proyectan suaves luces sobre las paredes y el suelo, generando a su vez un efecto envolvente. Había sofás y sillones modulares por toda la azotea, en tonos pastel de rosa y lavanda, combinados con cojines de terciopelo en los mismos colores, pero en sus versiones más intensas como fucsia y violeta, con algunos toques dorados. Las mesas bajas tenían superficies de vidrio y detalles metálicos en dorado, y las mesas altas repartidas por toda la estancia estaban decoradas con bonitos centros de mesa en los tonos del evento. Las butacas altas que acompañaban las mesas eran de terciopelo rosa oscuro con las patas en dorado.

Nada más entrar, una alfombra rosa llevaba a los invitados hacia el photocall, donde ya está todo preparado para los fotógrafos y los periodistas de los diferentes medios que cubrirían el evento. Y ahí

estaría yo más tarde, dándoles paso y guiándolos para que pudiesen sacarles la foto. Y justo después del photocall, un gran arco floral precioso, combinando blanco con lila y rosa e iluminado con pequeñas lucecitas led, que daba paso a toda la zona de la fiesta. Había también varios mostradores ya decorados en los que tenía que poner productos de la marca a modo de muestra, y donde había también espejos iluminados para que los influencers pudieran crear contenido con todo.

Al fondo había un pequeño escenario donde ya estaba todo preparado para la música en directo y el DJ que pondrían la banda sonora de la noche. Al lado, la barra principal, donde ya estaban preparando los cócteles personalizados para la fiesta. Había dos, y estaba deseando probarlos porque tenían superbuena pinta: Cherry Blossom y Lavender Shimmer. En la espuma de arriba salía el nombre de la marca.

Jamás había estado en un evento tan sofisticado y bien organizado. Estaba todo tan bonito que me parecía un sueño y, aunque seguro que la mayoría de los invitados habían estado en mil eventos como este, yo sabía que nunca olvidaría aquella noche, porque para mí era el primero y, por tanto, sería siempre especial. No dejaba de pensar en lo bonito que iba a combinar todo con el alucinante atardecer de Nueva York y en que yo iba a llevar, por primera vez, el outfit perfecto para la ocasión y no simplemente el que me servía.

Ya eran las seis y media y casi toda la prensa estaba llegando, así que me dispuse a cambiarme rápidamente en el baño. En menos de cinco minutos logré vestirme con todo; el pelo seguía con las ondas perfectas y el maquillaje era sencillo, pero me encantaba: mucho

colorete rosa, labios ombré en rosa y lila, y un eyeliner negro alucinante. Las pestañas como siempre, cargadísimas y bien largas, porque sentía que eso era realmente lo que me cambiaba la cara, y en el centro del párpado un toque de glitter duocromático que parecía entre dorado y rosa. ¡Lo adoraba! Tras dejar mi enorme bolso con todas mis cosas en el cuartito de la entrada, donde también estaban las goodie bags que había llevado por la mañana, ya estaba lista para empezar a recibir a todo el mundo.

Me miré al espejo y, por primera vez en semanas, me vi guapísima. «Es hora de actualizar el Instagram», pensé. Me saqué una foto bastante sexy en el espejo y la subí a mis stories, poniendo bien legible la ubicación: «SoHo, Manhattan». Me dije a mí misma que solo la subía para que mis examigas se muriesen de envidia, pero en el fondo sabía, aunque me diese rabia admitirlo, que buscaba también la reacción de Kevin

A las siete en punto empezaban a llegar los invitados. Me pareció raro que Alexia, Emma y Jean aún no estuviesen por ahí, pero quizá estuvieran retenidos en el tráfico imposible de esta ciudad. Los influencers y otros invitados al evento, como editoras de belleza de revistas, personalidades del mundillo, maquilladores, etcétera, iban pasando por mi pequeño atril, donde les daba la bienvenida y los ayudaba a colocarse en el photocall para las fotos. Por el sonido de los flashes y los murmullos podía saber quiénes eran más famosos que otros, pero la verdad es que hasta esa semana yo no conocía a ninguno. Si este evento hubiese sido en España, por supuesto que conocería a todas y cada una de las celebridades que en ese momento posaban, y estaría en modo frikifan con muchas de ellas, así que mejor no conocer a nadie y mantener cierto halo misterioso

de chica a la que no le importa lo famoso seas. Eso sí, solo podía pensar que en cualquier momento aparecerá la reina Huda por la puerta y eso me tenía nerviosísima.

Poco a poco el evento empezó a volverse una locura de gente y música, así que estaba tan concentrada en recibir bien a todos los invitados y en organizar el orden del photocall que ni siquiera me di cuenta de que ya había llegado la gente de Harrington's Creative.

—¡Pero, bueno, nena, ¡estás increíble! —dijo la familiar voz de Alexia.

Cuando levanté la vista, me encontré ante una de las mujeres más impresionantes que había visto en mi vida. ¿No se cansaba de ser icónica esta mujer?

Alexia iba guapísima con un vestidazo de Ulla Johnson muy boho, pero sexy. La piel le brillaba de una forma especial, sin purpurina, pero con un glow único. Añadí a mis notas mentales preguntarle ASAP por el producto que se había puesto, porque estaba flipando, sinceramente. Los tacones me dejaron anonadada: unas sandalias Louboutin con un tacón que, si fuesen mis pies, ya me hubiese provocado tres esguinces de tobillo. Madre mía. El pelo, como siempre, era una indescriptible manta rubia y brillante de ondas doradas que se posaban en su cabeza a la perfección, como si no fuese real. Parecía tan suave que daban ganas de tocárselo, pero, por supuesto, eso sería considerado delito aquí, y con razón. ¡Yo odio que me toquen el pelo!

A su lado, Jean estaba también divino. Llevaba una camisa preciosa de algún tejido sedoso que parecía carísimo y unos pantalones de traje que le quedaban como un guante. Me di cuenta de que se había maquillado un poco. Su piel negra preciosa brillaba

tanto como la de Alexia… ¿Llevarían el mismo producto de glow? Necesitaba esta información casi tanto como respirar.

—Me quedo muda con ustedes, ¡están increíbles!

—Hemos llegado un poco tarde porque teníamos que recoger a nuestra influ de LA. —Alexia hizo una mueca que solo vi yo: puso los ojos en blanco, como cagándose en todo por culpa de la famosa diva californiana que tanto la había hecho enfadar el día anterior—. Su fotógrafo ha sido perfectamente capaz de tomar un úber y venir a tiempo para hacer su trabajo, pero ella necesitaba que la recogiésemos nosotros…, en fin.

—Ah, vale…, ya sé. ¿Y dónde está?

Como si de un ser etéreo se tratase, un pedazo de mujer que bien podría haber sido la mismísima Rihanna en la época de «Umbrella» apareció entre la multitud que esperaba para el photocall (¿no pensaba hacer la cola como todo el mundo?). Lucía un vestido ajustado, con escote palabra de honor, de lentejuelas en color lila claro que le quedaba como un guante y que en su piel negra resaltaba como si hubiese nacido para llevar ese color. La musculatura de los brazos era preciosa y perfecta, como si jamás hubiese pisado un gimnasio y simplemente hubiese sido bendecida con ese cuerpo increíble. Y el rostro de revista… Guau. En aquella última semana había visto más belleza que en toda mi vida; estaba abrumada. Además, iba con la cabeza completamente rapada, lo que hacía que la perfección de sus facciones resaltara aún más.

—Hola, soy Tyla Johnson.

Se presentó directamente, y yo parecía una boba con la boca abierta todo el tiempo.

—Hooola, Tyla, soy Ana, mmm…, eeeh…, ¿puedes colocarte por aquí para las fotos? Enseguida pasarás al photocall, je, je —farfullé. De repente se me había olvidado hasta hablar en inglés.

—¡Oh, claro! Muchas gracias.

Vale, sé que es la interacción más ínfima que se puede tener con una persona, pero no me pareció para nada la influencer estirada y diva que decía Alexia que era.

—Bueno, nosotros no pasamos por el photocall ahora, sino después, cuando esté vacío. ¿Puedes avisarnos, Ana?

—¡Claro! Id a disfrutar del evento que está todo precioso, luego te mando un mensaje cuando esto se despeje.

Aunque yo sabía que disfrutar, más bien poco. Alexia estaría megaocupada atendiendo a todos los invitados, especialmente a los influencers a los que ella representaba, y pendiente de que todo el mundo estuviese creando los contenidos pactados por la marca. Y es que, en eventos grandes como este, muchas veces la marca paga a los influencers invitados para que creen contenido. Es decir, que parte de su trabajo es ir a sitios tan preciosos y glamurosos como este… ¿Que te paguen por ir de fiesta? ¡Un sueño, si me preguntan! Aunque, en gran parte, yo también estaba disfrutando del evento por mucho que estuviera trabajando, ¿no? Al menos, así me lo parecía a mí. No podía sentirme más feliz de estar allí, y solo pensaba en lo orgullosa que estaría mi madre si me viera en ese momento, rodeada de gente tan top. Con lo diva que era ella, lo hubiese disfrutado al máximo, ¡y eso que no sabía inglés!

Y por fin apareció la reina Emma, y con ella, la otra reina: ¡Huda! Pensé que se me salía el corazón por la boca.

Emma lucía su look de Vivienne Westwood absolutamente perfecto, pero no esperaba que fuese de blanco… Supuse que lo suyo era resaltar y destacar entre la gente, y que por eso tenía un éxito indiscutible.

—Hola, Ana, querida, estás muy guapa. ¿De quién vas vestida?

—No tengo ni idea. Jean me ayudó a elegir el look.

Necesitaba averiguar la marca de mi conjunto porque era ideal, la verdad.

—Pues te queda como un guante, muy acertada elección. Ven, te presento a Huda Kattan.

Y sí, Huda es una diosa para todas las que amamos este mundo, así que obviamente la adoro. Me dedicó una enorme sonrisa y pude decirle cuánto la admiraba. Y sí, ¡es tan simpática como en sus tiktoks! Cuando ella pasó por el photocall, obviamente la muchedumbre enloqueció. Todo el mundo la esperaba, la prensa se peleaba por hablar con ella, por sacar la mejor foto… Y tan ensimismada estaba con ella que no me había dado cuenta de que había un fotógrafo en particular sacándonos instantáneas a nosotras mientras hablábamos, y luego siguiéndola a ella de cerca en el photocall. Supuse que era el famoso fotógrafo de la agencia que habían traído desde LA, pero tenía la cámara pegada a la cara todo el tiempo y no pude verlo bien.

Poco a poco, fue dejando de entrar gente nueva. La fila para el photocall se iba disipando y los invitados ya estaban dentro disfrutando de sus cócteles maravillosos, mientras yo seguía concentrada en mi lista de invitados y en que no faltase nadie. Cuando ya por fin estaba a punto de hacer la última comprobación y levantar la vista…

—Este color te queda muchísimo mejor que el verde del matcha, la verdad.

Imposible olvidar esa mirada. Era el chico con el que me había tropezado esa mañana al salir de la cafetería.

15

El fotógrafo de Los Ángeles

Automáticamente reconocí esa mirada y en mi cara se dibujó una sonrisa gigantesca.

—¡Hola! No puedo creer que hayas venido hasta aquí solo para que te devuelva tu pañuelo, no te quedaba tan bien. —Mírala a ella, siendo sarcástica en inglés.

—Ja, ja, ja, me has pillado. Le tengo demasiado cariño, así que te he buscado por todo Manhattan para recuperarlo.

—Pues me temo que no lo llevo encima, pero lo lavo y te lo devuelvo, en serio. Te digo dónde tenemos la oficina y te pasas a buscarlo el lunes, si te viene bien, o te lo enviamos a casa.

—O me lo devuelves mañana por la noche, cuando te recoja para ir a cenar, si te viene bien.

Ok, yo también estaba en shock. ¿Este señor estaba hablando en serio?

—¡Nenaaa! Vamos a aprovechar a Daniel para que nos saque fotos ahora que no hay nadie, ¡vente!

Alexia y el resto del equipo estaban ya preparados para reventar el photocall, y les agradecí la interrupción porque estaba demasiado

en shock para seguir hablando con él. ¿Así que se llamaba Daniel? Me gustaba.

Nos colocamos Alexia, Jean, Emma, algunos compis más de la oficina y yo en el photocall dispuestos a que Daniel nos sacase algunas fotos para inmortalizar el eventazo, que estaba saliendo a pedir de boca, según me contó Alexia. Al principio yo me sentía demasiado fuera de lugar en esa foto, ya que apenas llevaba una semana y media trabajando allí y encima estaba de prácticas, por lo que no sentía que lo mereciese aún, pero todos insistieron en que yo también me pusiese para la foto, así que accedí sin hacerles perder más tiempo. Me tocó ponerme en uno de los extremos, al lado de Jean, lo cual odio soberanamente. Estaba segura de que iba a salir gigantesca y no me gustaría nada verme en la foto, pero, por otro lado, si al final todo salía mal y tenía que volverme a Tenerife con una mano delante y otra detrás, podrían recortarme fácilmente sin quedarse sin foto de recuerdo de ese día, ¿no?

Estaba tan nerviosa entre una cosa y otra que no sabía ni a dónde mirar, y Daniel no paraba de lanzarme miradas y sonreírme. No superaba sus ojos, de un color verde increíble; eran como un imán y no podía dejar de mirarlo yo tampoco… No sabía cómo lo iba a hacer, pero tenía que aceptar esa cena con él. Con suerte volvería pronto a LA y no tendría que verlo más.

—Vale, gente, vámonos para dentro que Huda ya va a dar su pequeño discurso y tengo que presentarla.

Tocaba el turno de los agradecimientos y de hablar un poco del motivo por el que estábamos todos allí, así que Emma comenzaría, en nombre de la agencia, y después darían paso a la protagonista de la noche.

Todo el mundo dirigió su atención hacia el escenario del fondo, donde ya estaba Emma pronunciando unas palabras en las que, por supuesto, hizo mención al honor que resultaba organizar un evento así para una marca tan relevante, dio las gracias a todo su equipo y a los invitados por asistir… Las típicas formalidades, pero ella tenía el don de hacerlo todo entretenido y daban ganas de escucharla durante horas. Hizo además algunas bromas durante el discurso que consiguieron que absolutamente nadie se distrajese de lo que estaba diciendo. Emma era realmente magnética, y lo sabía. Me encantaría aprender tanto de Alexia y de ella…

El entorno era espectacular, toda la azotea decorada de forma preciosa, la gente superelegante, vestidos increíbles, bolsos que hasta ahora solo había visto en vídeo o foto de internet, los cócteles en las manos, *champagne*… Y el impresionante atardecer de Nueva York como telón de fondo. Me parecía estar en un sueño, y, para más emoción aún, Daniel no paraba de mirarme entre foto y foto. Su cámara y él eran uno, pero siempre parecía encontrar un segundo para dedicarme su mirada, y, por supuesto, siempre me pillaba mirándolo yo a él. Me guiñó el ojo un par de veces, y yo solo sonreía y bebía de mi copa de *champagne* como una tonta.

Daniel no era un hombre convencionalmente guapo, pero tenía un atractivo increíble, o al menos a mí me lo parecía. Si analizamos sus facciones detenidamente, tenía la nariz demasiado grande y aguileña, y la mandíbula parecía ancha, aunque estaba cubierta por una barba espesa que apenas dejaba ver sus labios. Por la sonrisa que me había dedicado antes, sin embargo, pude ver que tenía bien cuidados los dientes, cosa en la que yo siempre me fijo mucho. Además, era superdelgado, alto y espigado. No tenía músculos

marcados ni un culo impresionante como el de Kevin. Más bien tenía pinta de haber pisado el gimnasio tantas veces como yo, es decir, cero. Llevaba el cuello completamente tatuado, y pude atisbar algunos tatuajes más por los brazos…; me pregunté cuántos más tendría, y dónde. Iba completamente vestido de negro, con un estilo rockero, pero elegante. Es más, juraría que sus zapatos eran YSL, una bota Chelsea que me flipaba. Del pantalón le colgaba una cadena, al más puro estilo *rockstar* de los setenta. Desenfadado, gamberro, pero con los detalles perfectamente cuidados. Me moría por saber a qué olía… Guapo, guapo, lo que se dice un tío guapo no era. Pero había algo en él que me estaba poniendo enferma.

Una vez terminaron con los discursos y las presentaciones, el DJ comenzó a pinchar su música y también empezó a salir el catering con deliciosos canapés y aperitivos. Y menos mal, porque no comía nada desde la ensalada de las tres y me había bebido dos copas de *champagne* con el estómago vacío, así que entre eso y los nervios empezaba a marearme como un piojo. Me dirigí hacia la entrada, una vez más, para preparar las goodie bags y que todo el mundo pudiese llevarse una al salir. Una vez lo dejé todo dispuesto en una mesa designada para ello, pensé que por fin me podía relajar. Me dispuse a coger mi espejo de bolso y a retocarme los labios cuando empecé a escuchar clics a mi alrededor.

—Sigue, sigue, las fotos así desprevenidas son las que mejor quedan.

Ok, este tío sigue interesado en mí, no lo he soñado.

—Ah, ¿sí? Pues espero que me saques bien guapa —dije. La combinación *champagne* y estómago vació estaba haciendo su efecto.

—No creo que me sea muy difícil. —Daniel se acercó a mí por detrás—. Eres preciosa.

Me giré ligeramente para mirarlo y creo que una de las cosas más difíciles de mi vida ha sido aguantarle la mirada a Daniel. Y pude oler su fragancia, una mezcla única de notas amaderadas, ahumadas y dulces que nunca antes había olido. Todo él rezumaba masculinidad, poder y dominio, y eso me atraía irremediablemente. Después de unos segundos, sonreí, y volví a retocarme el maquillaje mientras él no cesaba en su afán de disparar fotos. Fingí una tranquilidad que no tenía, pero la realidad es que estaba casi temblando. En ese momento agradecí no llevar los labios rojos; hubiese sido imposible retocar un labio rojo con semejante tembleque interno. Las que se maquillen me entenderán.

—Ana, amiga, te estaba buscando. No te preocupes por las bolsas, las va a repartir este chico, ¡tú ya a disfrutar!

Alexia, una vez más, salvándome de la autocombustión espontánea. Me señaló a uno de los chicos del personal de catering, que ya estaba en la mesa preparado para repartir las bolsitas a los invitados que fuesen saliendo.

—Veo que ya has conocido a Daniel, ¿a que saca unas fotos divinas? No lo conocía, pero me ha caído genial. Daniel, ¿me sacas una foto con Ana? Nuestros tíos estarán encantados con este momento, ¡estoy segura!



Después de hacernos una buena sesión a Alexia y a mí, los tres volvimos con el resto de la fiesta, donde ya sonaban auténticos temazos, y yo estaba encantada con todo, pero sobre todo con la atención que me estaba dedicando Daniel.

Todo el mundo parecía estar teniendo la noche de su vida. Además, como me contaban las chicas, estos eventos de marcas solían hacerse entre semana, por lo que la gente no estaba tan despreocupada divirtiéndose, ya que tocaba seguir trabajando al día siguiente. Pero este evento, al ser un viernes, hacía que la gente estuviese totalmente entregada a la fiesta y a la noche, con la tranquilidad de que al día siguiente se podrían levantar a la hora que quisieran. Al menos, la mayoría. Daniel pudo por fin soltar un poco la cámara, ya que el evento en sí había terminado y solo quedaba disfrutar.

—Entonces, ¿dónde te recojo mañana?

Solo llevaba unas pocas semanas en Nueva York y ya tenía una cita. ¿Quién era, Samantha Jones? Por otro lado, creo que no había tenido una cita de ir a cenar con un chico en mi vida… Al parecer, en Nueva York, ¿los hombres te trataban como a una persona y no como a un cacho de carne con tetas grandes?

—No sé si fiarme de ti… Tienes pinta de ser peligroso.

No estaba hablando Ana, debía de ser mi alter ego borracho… ¡Qué atrevida!

Debo reconocer que debajo de esa barba había una sonrisa absolutamente encantadora.

—Te prometo que soy bueno, aunque venga de la costa oeste…

—Solo llevo unas semanas en Nueva York, siento que aún no tengo derecho a hacer ese tipo de bromas.

Durante toda la conversación estuvimos mirándonos fijamente, sin dejar de sonreír, mientras toda la gente a alrededor bailaba, cantaba y gritaba sin reparar en nuestra pequeña burbuja, o eso creía.

—Ja, ja, ja, ok, pero lo suficiente como para entenderla, así que me conformo. Venga, o me das tu teléfono o me dices directamente dónde recogerte mañana, pero quiero mi pañuelo de vuelta, señorita López.

Esto último lo dijo en un perfecto español con acento estadounidense que me hizo reír en alto.

—Vale… Te doy mi número y me dices dónde quedamos, y yo voy hasta allí. Prometo llevar tu pañuelo perfectamente limpio.

Obviamente, no le iba a decir a un desconocido estadounidense dónde vivía con mis tíos. Aquí en Estados Unidos es supercomún mantener tu ubicación compartida con amigas o familiares, para que en todo momento puedan saber dónde estás. Supongo que es algo controvertido, pero por otro lado me parece una respuesta lógica ante tanta inseguridad. Estaba claro que al día siguiente se la compartiría a Uncle Andrew, por si acaso. Al fin y al cabo, iba a quedar con un hombre… *OH, MY GOD*, ¡iba a quedar con un tío por primera vez en Nueva York!

Daniel y yo seguimos charlando y bailando toda la noche, con el resto del grupo, pero sin ser capaces de perder el contacto visual. Era algo eléctrico que me tenía enganchada. Nunca me había pasado algo así: nunca había conectado tanto con un chico, ni siquiera con Kevin. Y con él, aunque nos habíamos conocido en el club de playa, no tuvimos nunca flirteo ni citas… Ya les conté cómo fue. Directo, seco, sin interés por su parte, tal cual como esos dos años que había perdido quedando con él.

16

Muchas primeras veces

La fiesta continuaba y ya solo quedábamos Alexia, Jean, Daniel y yo en la pista de baile, y, por algún extraño motivo, todavía seguía allí también Tyla, la supuesta «influencer estirada» a la que Alexia odiaba tanto.

—Claramente, está esperando por nosotros para irse y compartir el úber —le decía Alexia a Jean.

—¿Y por qué no se viene a bailar con nosotros? Pobre, me da pena verla ahí sola.

Realmente me daba pena y, al fin y al cabo, Alexia era su representante, así que no entendía que fuese tan dura con ella, pero supongo que tendría sus motivos.

La luz de la noche neoyorquina bañaba su piel y resaltaba más que nunca el brillo de las lentejuelas de su vestido. Me fijé en que nos miraba de vez en cuando, de reojo, y yo estaba divertidísima, sintiéndome más yo y más liberada que nunca. Me sentía guapa, el fotógrafo no me quitaba ojo de encima y las incontables copas de *champagne* estaban haciendo su efecto, aunque todavía mantenía algo la dignidad. Así que me acerqué a ella, decidida.

—Tyra, *sweetie*, ven con nosotros a bailar, ¿qué haces aquí aburrida?

No me contestó, pero me sonrió, así que la cogí de la mano y la arrastré hacia donde estábamos nosotros. Noté una mirada un poco extraña entre Alexia y ella, pero decidí ignorarlo; ya me enteraría de qué pasaba ahí.

—Vale, chicos, creo que ya es hora de decidir si nos vamos a casa o seguimos la fiesta en otro lado, pero esta gente quiere irse a descansar… —dijo Jean, que se había dado cuenta de que, efectivamente, los camareros estaban empezando a recoger y realmente ya no quedaba nadie más que nosotros.

—Vale, voy a enviar un mensaje y ahora vemos.

Alexia se retiró con su móvil y los demás empezamos a recoger nuestras cosas.

Por supuesto, yo no me quería ir, a pesar de que estaba cansadísima, ya que eran las diez de la noche y llevaba levantada desde las seis. Además, me dolían los pies, pero estaba pletórica: mi primer evento de trabajo en Nueva York, mi primera noche de diversión desde hacía años, mi primer ligue… Demasiadas primeras veces deliciosas que necesitaba saborear un poco más antes de dejarlas ir. Y entonces llegó Alexia a salvar la noche: nos íbamos a The Box. No tenía ni idea de dónde estaba a punto de meterme.

A pesar de las quejas por lo bajini de Alexia, Tyla se unió al grupo y se vino con nosotros al club. A mí me estaba pareciendo bastante maja, pero tenía curiosidad por entender qué le pasaba a Alexia con ella. Un viernes por la noche ya se podrán imaginar cómo de concurrida puede estar una ciudad como Nueva York, llena de vida de día y noche, pero finalmente conseguimos un coche con

capacidad para cinco que nos llevase a la discoteca. En el taxi, Daniel acabó sentado justo enfrente de mí, y yo tenía el estómago totalmente del revés con tantos nervios… No sentía algo así desde las primeras veces que quedaba con Kevin, aunque era distinto. Con él sabía perfectamente a lo que iba, pero con Daniel era todo un misterio…, de momento. Mientras Alexia y Jean no paraban de cantar a pleno pulmón las canciones de la radio del taxi y Tyla iba mirando su móvil, distraída, Daniel estaba enseñándome un nuevo idioma que yo desconocía totalmente. Su mirada, que me tenía atrapada desde el momento en el que me había topado con él delante de aquel café, ahora paseaba libremente sobre mí sin que yo pudiese hacer nada para detenerlo. El conjunto que llevaba puesto tenía un escotazo muy favorecedor (GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS, Jean, no sé cómo voy a pagarte esto) y, como era de esperar, Daniel no le quitaba ojo. Pero no solo miraba, sino que parecía querer meterse dentro de él con la mirada. Se mordía el labio, miraba más abajo, volvía a subir, buscaba de nuevo mis ojos, entreabría la boca… y yo sentía que me iba a derretir. La respiración me iba más rápido de lo normal y ahí abajo… unos latidos que parecían hablarme. Aquel viaje en taxi me pareció que duraba horas. Una tortura sexy y divertida que, por otro lado, no conseguía entender, no podía creerme que alguien me deseara tanto como parecía. ¿Y si solo eran las copas de más o estaba jugando conmigo?

Cuando por fin nos bajamos de aquel coche infernal, llegamos a The Box. Por supuesto, yo apenas había salido algunas veces por las terrazas de mi isla y sabía que en las discotecas había gogós, mucho alcohol y una hora en la que la gente empezaba a ponerse tan pesada que era mejor huir despavorida. Pero esto era otra cosa, y yo

no estaba preparada para lo que me esperaba. Había una cola inmensa, mucho personal de seguridad con cara muy seria y gente guapísima y superbién vestida esperando su turno. Y, sin embargo, Alexia solo tuvo que pasar delante y uno de los porteros nos dejó entrar sin más dilación. Pude escuchar las quejas de los que estaban esperando pacientemente en la fila, y con razón; pero, como en todos lados, la gente poderosa obtiene beneficios que el resto de los mortales no tenemos… Alexia provenía de una familia de empresarios de Nueva York, así que obviamente tenía contactos para entrar en cualquier sitio, cuando ella quisiera. ¡Y ahora yo era su amiga! Decidí que lo disfrutaría mientras durase…

The Box no es una discoteca cualquiera. Es una sala enorme y lujosamente decorada que ofrece servicio de mesas. Más tarde me enteré de que reservar una mesa allí rondaba los cinco mil dólares. No solo era un club con música para bailar, sino que además tenía un espectáculo digamos… burlesque, o eso fue lo que me dijeron los chicos cuando pregunté de qué se trataba. La decoración recordaba a un cabaret, con preciosas lámparas *chandeliers* colgando del techo, luz roja, detalles dorados y unas barras espectaculares. Además de las mesas normales (todo lo normal que puede ser una mesa que cuesta más de cinco mil dólares…), había también una especie de palcos que ofrecían mayor intimidad y que se reservaban a invitados muy vips. Supuse que con toda la gente superrica y famosa que había en la ciudad, muchos reservarían estos palcos para poder disfrutar del show sin que nadie los molestase, pero no me quise ni imaginar el precio que tendrían… La música y las vibras eran de diez, honestamente. O quizá era porque estaba absolutamente maravillada ya que nunca había estado en un sitio

como este. Estábamos esperando para pedir algo en la barra cuando, de repente, uno de los trabajadores se acercó a Alexia y nos dirigió a uno de esos reservados… Yo estaba flipando, dudo muchísimo de que la experiencia general de un extranjero que sale por primera vez en Manhattan sea esta, pero estaba claro que sí era la mía.

Una elegante cortina impedía, si queríamos, que el resto de la discoteca pudiese vernos, pero de momento estaba abierta y veíamos el escenario perfectamente desde allí. Una pequeña mesa nos esperaba con una cubitera y dos botellas de *champagne* acompañadas de varias copas, todo para nosotros. Y sí, yo ya necesitaba otra copa porque los nervios y la emoción y las incesantes miradas de Daniel me tenían la boca seca y otras partes… extremadamente húmedas. Jean descorchó la botella y el *champagne* empezó a correr por todas las copas: brindamos, reímos y bailamos, y yo estaba como en una nube. No paraba de mirar hacia todos lados, de observar a la gente que estaba en el club, los bolsos de las mejores firmas, los outfits, el olor a perfumes carísimos…; todo rezumaba glamur y evasión de impuestos allí dentro, era increíble.

—Chicas, ¿quién quiere? —dijo Alexia.

Sacó una pequeña bolsita de su mini Kelly negro, la abrió, se chupó el dedo, lo colocó sobre el polvito que había dentro y se lo volvió a meter en la boca. Todos empezaron a reírse y ella hizo lo mismo en la boca de todos. Obviamente, sabía lo que era, pero nunca me había atrevido a probarlo. La gente siempre dice que ciertas drogas son divertidas, pero el miedo a engancharme o a perder el control de mí misma me ha parecido siempre cero

diversión, la verdad. Sin embargo, ahora estaba en Nueva York, con gente nueva, donde nadie me conocía, donde me sentía mucho más libre…

—¿Nunca has probado el M? Ven, un poquito para que lo pruebes.

Alexia se acercó con el mismo ritual que les había hecho a los demás y yo ya confiaba en ella como si la conociese de toda la vida, así que abrí la boca, saqué un poco la lengua y ella depositó con el dedo algo asquerosamente amargo. No pude evitar arrepentirme al instante.

—¡Qué asco, tía! ¿Qué es esto?

Todos se echaron a reír, pero yo no me esperaba ese horrible sabor. Aquella cosa era lo más amargo y asqueroso que había probado en mi vida. Me recordó mucho a un producto que había utilizado una vez para dejar de morderme las uñas, y que casi vomité.

—Toma, bebe un poco y disfrútalo.

Alexia me dio mi copa y, una vez más, le hice caso en todo lo que me decía. Se dio la vuelta y todos siguieron bailando y riendo, yo me giré para volver a mirar hacia el escenario, con mi copa en la mano. De repente noté una mano en la cintura y un aliento cálido junto al oído:

—Tranquila, te ha dado muy poquito. Vete contándome cómo te vas sintiendo, estaré pendiente de ti.

Era Daniel.

—Tengo veinticinco años y jamás he probado ninguna droga, pero supongo que si algún día tenía que hacerlo, ese día era hoy, ¿no?

Me sentía liberada, sexy, diferente en todos los sentidos, y por primera vez no tenía tanto miedo a nuevas experiencias.

—*Welcome to New York, baby*.

Y, debajo de su poblada barba, me di cuenta de que Daniel me estaba sonriendo.

En un momento dado, el DJ paró de pinchar su música y comenzó por fin el show. Varias *drag queens* salieron al escenario, con unos atuendos espectaculares. Bailaban, cantaban y hacían bromas que me costaba un poco pillar, ya que hablaban demasiado rápido y mis sentidos no estaban del todo activados, por lo que fuese… Toda la discoteca estaba viviéndolo muchísimo, divertida. Además de las *drags* salieron también varios trapecistas y bailarines, prácticamente desnudos, que hacían unas piruetas alucinantes. Algunos incluso colgaban desde los techos y parecían volar. Todo tipo de cuerpos capaces de hacer cosas increíbles con las piernas y los brazos…; era una mezcla entre circo y cabaret, y me parecía increíblemente llamativo. Pero entonces todos los que estaban en el escenario se marcharon y la música cambió de nuevo.

—Prepárate, porque nunca se sabe lo que puedes llegar a ver aquí. Esto no es un espectáculo de cabaret normal —dijo Daniel, que no se había despegado ni un segundo de mi lado.

Me giré a mirarlo, un poco asustada, y empezó a reírse.

—Eres tan dulce… —murmuró.

Yo quería mantener una imagen de diva a la que no le asustaba nada, pero supongo que parecía un pequeño polluelo inocente experimentando cosas por primera vez y sin saber lo que se le venía encima. Y parecía que todo el mundo lo sabía menos yo.

Comenzó a sonar una música sugerente y se abrió de nuevo el telón de terciopelo rojo. Una especie de diván apareció en el centro del escenario y dos mujeres absolutamente espectaculares salieron

de los lados para encontrarse en el centro, completamente desnudas, con los pezones cubiertos por el pelo largo. Una era rubia, y la otra, pelirroja. Empezaron a besarse, acariciándose la una a la otra por todo el cuerpo mientras la pelirroja hacía señas al público, que respondía enloquecido, como pidiéndoles que se involucraran en lo que estaban a punto de hacer. Acercó sus perfectos labios rojos a los pechos de su compañera y comenzó a chupárselos, haciendo que todos los allí presentes no nos perdiésemos detalle de cómo movía la lengua y se los endurecía cada vez más. Yo estaba boquiabierta y, por supuesto, no podía dejar de mirarlas.

—¿Te gusta lo que estás viendo? —Daniel me habló de nuevo al oído y, una vez más, su cálido aliento hizo que se me erizara la piel.

Me giré a mirarlo, pero no fui capaz de responderle; tampoco sabía qué decir, pero sí sabía que el centro de mi cuerpo no cesaba de latir, como si de un corazón más dentro de mi organismo se tratase. Me sonrió y le miré la boca. Empecé a sentir unas ganas locas de besarlo y llevármelo a algún sitio más íntimo, pero me contuve. Me ponía muchísimo, pero de una forma nueva, misteriosa, que necesitaba procesar antes de lanzarme al vacío. Volví a mirar hacia el tórrido espectáculo del escenario y las dos chicas ya estaban lamiéndose enteras encima del diván. No sé si era el *champagne* o lo que me había dado Alexia, pero estaba sintiendo un calor intenso por todo el cuerpo y a la vez una sensación de ligereza que me estaba encantando. Sabía que Daniel estaba detrás, observándome.

—Nunca me han comido el coño.

Lo solté así, sin más. Estaba claro que comenzaba a perder el control sobre mí misma porque dudo de que la Ana de cuatro horas

atrás hubiese sido capaz de contarle algo así a un completo desconocido. Me miró atónito.

—¿En serio? ¿Pero con qué clase de tíos has estado?

Pues con la clase de tíos como Kevin, a los que les daba absolutamente igual mi placer y bienestar.

Daniel era un poco mayor que yo, treinta años. Parecía aún más mayor por la barba y sus pintas, supongo, pero solo eran cinco años, y menos mal, porque nunca me han atraído los tíos mucho más mayores. En cambio, yo, por las llamativas curvas de mi cuerpo, supongo, sí que atraía a ese público masculino de más edad, pero a mí me provocaba bastante rechazo.

—¿Será por eso por lo que nunca he conseguido tener un orgasmo con un chico? —añadí.

No sé por qué, supongo que eran las sustancias, pero sentía una confianza especial con Daniel y me apetecía hablarle de estas cosas. Si al día siguiente me acordaba de todo eso, probablemente me arrepentiría y me moriría del corte. Me había dicho que el lunes se volvería a LA, así que quizá por eso también me sentía más liberada y desvergonzada con él; sabía que no volvería a verlo nunca más, así que me dejé llevar.

Daniel hizo el gesto de negar con la cabeza.

—De verdad que a veces siento vergüenza de ser hombre… —Ese comentario me hizo gracia, y me eché a reír. Él me miraba de una forma que no sabía describir—. Solo por cómo te ríes ya merecería la pena provocarte mil orgasmos.

Nos volvimos a mirar fijamente, pero yo ya no podía seguir aguantando la intensidad de su mirada, y me volví de nuevo hacia el escenario. ¿Me lo follaría ahí mismo? Evidentemente. Pero no podía

olvidar que estaba rodeada de compañeros de trabajo y que era un completo desconocido extranjero que a saber de dónde había salido… Tenía que mantener un poco de frialdad, pero eso cada vez se me hacía más difícil entre una cosa y otra.

Un pedazo de tío de dos metros con un cuerpo absolutamente musculoso apareció en el escenario con un carrito como de bar. El público no paraba de gritar y corear, completamente entregado a lo que allí estaba pasando. En el carrito, como se podrán imaginar, no llevaba bebidas para refrescar a las chicas, precisamente. No sé ni cuántos objetos de todas las formas y colores pude vislumbrar desde la distancia, pero la cosa prometía ponerse cada vez mucho más bizarra, y yo no quería perderme nada. Las chicas comenzaron a interpretar un sensual baile entre ellas, simulando una escena erótica, tocándose y moviéndose sinuosamente, mientras el muchacho les derramaba una especie de aceite o lubricante por encima. Entre las luces y lo espectacular de sus cuerpos, el show resultaba superestético y sexy, nada vulgar. Y si yo empezaba a ponerme cachondísima mirándolas, no me quería imaginar al resto… Sobre todo, no me quería imaginar a Daniel con un bulto enorme dentro de sus vaqueros negros, porque me daba algo.

Después de varias bebidas, tuve ganas de ir al baño, así que se lo dije a Daniel y a Jean, que estaban en ese momento comentando la jugada del escenario, y me fui en búsqueda del excusado, que a saber dónde estaba. Alexia y Tyla no estaban en el reservado, supongo que habrían ido a pedir o al baño, como yo. Me metí entre la muchedumbre buscando alguna señal de dónde podía estar, y ahí abajo la cosa estaba igual de caliente que en el escenario. Parejas por todos lados y de todos los géneros, edades y colores besándose

apasionadamente y tocándose, otras personas bailando extasiadas…, otros sin poder quitar ojo al escenario mientras mantenían una copa en una mano y la otra en sus partes más ocultas, como intentando calmar algo que solo se podía calmar de una forma… Los entendía perfectamente, puesto que yo también sentía lo mismo. Un fuego me subía y bajaba por todo el cuerpo, concentrándose especialmente en mis bragas, que seguramente ya estaban húmedas. Yo empezaba a sentir demasiadas ganas de llegar a mi cama para calmarme a mí misma, y a pesar de que las miradas y comentarios de Daniel prometían hacer maravillas por mí, era demasiado precipitado irme con él nada más conocerlo.

Cuando por fin encontré los baños, me extrañó que apenas hubiese cola, pero supuse que habría muchos y ya. Era todo precioso, los lavabos limpísimos y los espejos relucientes. Una chica preciosa se retocaba el labial en una esquina del tocador, y no vi a nadie esperando, así que abrí la primera puerta que encontré…, pero no estaba libre. Dos chicas se comían la boca con una pasión desaforada.

—¡Perdón! —exclamé.

Justo cuando iba a cerrar se volvieron a mirarme: eran Alexia y Tyla.

Supongo que no se caían tan mal como decían, ¿no?

17

Escuchamos, pero no juzgamos

Me metí corriendo en otro de los cubículos, sin decir una palabra, pero las escuché murmurando, supongo que preocupadas de que las hubiese pillado o algo así. A decir verdad, nunca hubiese pensado que Alexia podía ser lesbiana o bisexual, pero claramente ahí estaban mis prejuicios sobre cómo mi mente imagina que es una mujer a la que le gustan otras mujeres. Y, por supuesto, no me sorprendió para mal, es más, pensé que eso hacía a Alexia aún más perfecta. ¿Era posible que su aura y energía fueran tan espectaculares precisamente porque no buscaba en absoluto la aprobación masculina (la cual tendría sin problema, porque era perfecta) y porque no tenía hombres en su vida haciéndola sentir inferior y dejándola seca y sin orgasmos, como me habían tenido a mí toda mi vida?

Me tocaron a la puerta. Yo ya había terminado de hacer pis, así que abrí y ahí estaban.

—Tía, no puedes hablarle de esto a nadie, por favor —dijo Alexia, que parecía preocupada de verdad.

Tyla se volvió hacia ella, como enfadada.

—¿Ves como no ha cambiado absolutamente nada? —le dijo, y juraría que los ojos se le volvieron vidriosos.

Alexia se limitó a bajar la cabeza y Tyla se fue, visiblemente cabreada con ella.

—Alexia, te juro que a mí no me puede dar más igual, y no se lo diré a nadie, por mí no te preocupes, de verdad.

—No es eso…, es que… —Alexia balbuceaba y, por primera vez, la noté triste—. Nadie sabe que soy lesbiana, Ana, solo mi tío John. Mis padres son superconservadores y ya a mí tío le ha costado su relación con mi madre el hecho de ser gay, pero con los años han ido aceptándolo y simplemente no se habla del tema en nuestra familia. Pero que su única hija les haya salido también gay… no me lo perdonarían jamás.

Me parece tan terrible que siga ocurriendo algo así en pleno 2025…

—Tranqui, vamos a seguir bailando y a olvidarnos de todo esto —dijo al fin—. ¿Qué tal te ha sentado el M? ¿Notas algo?

Alexia fingía estar perfecta, pero sus ojos dejaban ver la profunda decepción que le provocaba aquella situación. Cuando la vida de alguien parece tan idílica, está claro que nunca lo es. ¿De qué sirve tener todo el dinero, belleza y poder del mundo si no puedes ser libre?

—Noto calores… ¡y me encuentro como muy desinhibida!

—Ya te he visto muy juntita con el fotógrafo, ¿eh? —dijo.

Abrí mucho los ojos, mirándola.

—¡Oye! La verdad es que es majo…

—A mí obviamente no me gusta nada, pero hay que reconocer que es un tío bastante atractivo, y viste genial, que en eso sí que me

fijo. El tío no te ha quitado los ojos de encima desde que estábamos en la fiesta, ¡y te ha sacado veinte mil fotos!

—¿En serio? —pregunté, fingiendo que no me había dado cuenta…

—Si necesitas casa para esta noche, te doy la llave de mi apartamento en Tribeca, está claro que yo no lo voy a usar…

—¡Calla, loca! No me voy a ir con un tío que acabo de conocer…

—Y yo que pensaba que las españolas eran más liberales…, me ha tocado conocer a la más puritana de todas, ¿eh?

Entre risas salimos por fin del baño, y nos dirigimos hacia el reservado. Pero al llegar allí solo estaba Jean.

—¡Nenas! ¿Dónde estabais? Tyla y Daniel se han ido, no sé qué ha pasado, pero ella prácticamente se lo ha llevado a rastras.

No pude evitar sentir una tremenda sensación de bajón y tristeza. Con lo bien que me lo estaba pasando… Me giré hacia Alexia y su cara también era un poema. Supongo que ahí se acabó la noche para nosotras.

—¿Nos vamos? —le dije cuando me miró.

Ella asintió y empezamos a recoger nuestras cosas.

—No sé qué mosca os ha picado, pero yo no me voy, que he ligado con el camarero, chicas. ¡Ya os cuento el lunes!

Le dimos dos besos a Jean y pusimos rumbo a la salida. Lo que más pena me daba era haberme ido sin poder despedirme de Daniel, y tampoco habíamos llegado a darnos los números ni los Instagram… Pero supuse que mejor así, porque, si seguía calentándome de aquella manera, íbamos a acabar mal, y probablemente me arrepentiría al día siguiente de haberme acostado con alguien del trabajo; no quería que nadie me juzgase por ello, y

no sabía siquiera si ese tipo de relaciones en la agencia o entre colaboradores estaban permitidas, así que no hay mal que por bien no venga, ¿no? Él se volvería a Los Ángeles el lunes y todo quedaría en una divertida anécdota de mi primera fiesta en Nueva York, mi primera vez probando una droga y mi primera vez viendo a dos tías hacerse de todo en directo. Una noche épica, si me preguntan.

—¿Seguro que estás bien? ¿Quieres que nos quedemos tomando algo y hablando tranquilas las dos solas? —le pregunté a Alexia.

La decepción en su cara era evidente, y me preocupaba.

—No, amor, estoy supercansada y no veo la hora de quitarme estos taconazos.

Pedimos dos taxis y nos fuimos cada una por su lado.

Al llegar a casa ya eran las dos de la mañana. Intenté hacer el menor ruido posible mientras subía hacia mi pequeño apartamento, dentro de casa de mis tíos, y lo cierto es que me notaba cansadísima después de un día increíblemente largo, pero lleno de emociones y momentos que iba a recordar siempre. Había sido una de las noches más intensas de mi vida. Ojalá fuera la primera de muchas y, si así era, sentía que había tomado la mejor decisión de mi vida viniéndome aquí. Me di una ducha tibia, necesaria, me puse una crema deliciosa de Bath & Body Works, mi nueva marca favorita de productos corporales, y me hice el skincare nocturno en mi maravilloso baño neoyorquino. No me sentía borracha, ni drogada, ni nada raro. Me sentía feliz por todo lo que había vivido. Me puse el pijama y por fin me acosté en mi cama, probablemente mi lugar favorito del mundo desde que había llegado a esa casa. Las sábanas, de algodón egipcio, me rozaban la piel con una suavidad increíble, como abrazándome. Mi propio olor, delicioso, me

embriagaba, y de repente la película de imágenes en mi mente dejó paso a un único protagonista: Daniel.

El recuerdo de su mirada, fuerte, intensa y masculina, hizo que un cosquilleo agradable me recorriese la piel, desde el centro hacia la espalda, subiendo por la columna y haciéndome cerrar los ojos de deseo. De repente, las sábanas no eran mis sábanas, eran sus enormes y fuertes manos recorriendo mi cuerpo. El recuerdo de su olor, una mezcla de madera y *oud* avainillado, se mezcló con el mío propio y realmente empecé a sentir que Daniel estaba ahí conmigo. Que eran sus manos, y no las mías, las que apretaban mis pechos y me recorrían entera. Empecé a actuar fuera de mí totalmente, sin poder evitarlo y sin ser muy consciente de mi propio comportamiento. Me llevé los dedos a la boca, me los chupé y los empapé con mi saliva imaginando que era la boca de él la que los mojaba así, y me los llevé hacia el pezón, pellizcándomelo suavemente y muriendo de placer. No pude evitar soltar un gemido, pero mantuve los ojos cerrados todo el tiempo, para que su imagen no se me fuese de la cabeza ni un solo segundo mientras soñaba despierta con él. No podía más, necesitaba seguir bajando las manos hacia el centro de mi cuerpo, y ahí me encontré con la humedad que sabía que ni la ducha podía hacer desaparecer, porque era producto de haber estado toda la noche provocándome con él. Me metí un dedo, en un torpe intento de calmarme, pero sabía que no sería suficiente. Ese hombre, en tan solo una noche, me había mirado de una forma en la que nadie jamás lo había hecho, con un deseo y unas ganas que parecían reales. No lo había visto mirando a ninguna otra mujer en toda la noche, y eso que habíamos estado rodeados de las tías más espectaculares que había visto en mi vida. Parecía

que para él solo existía yo. Incluso durante el espectáculo, que ahora también había acudido a mi mente y acompañaba las imágenes de Daniel, y en el que aquellas dos diosas se comían una a la otra con una pasión que parecía animal, solo estaba pendiente de mí. Solo me miraba a mí, como analizando mis expresiones faciales, mis reacciones… Y esa sensación de ser la única era algo completamente nuevo en mi vida.

Los recuerdos de Daniel durante la noche seguían reproduciéndose una y otra vez en mi mente, mientras no dejaba de tocarme y darme placer con los dedos. Me moría de calor, de deseo, de ganas, de humedad… No recuerdo haber estado nunca tan cachonda. Y aquellas dos mujeres comiéndose vivas en el escenario… Qué imágenes tan impactantes. Me moría de ganas por saber qué se sentía al tener a otra persona comiéndote así. Si solo con los dedos era capaz de sentir tanto placer, ¿cómo sería notar las caricias de otra lengua, mucho más suave y más húmeda que las yemas de los dedos? La única vez que Kevin hizo un intento de comérmelo fue tan molesto que le pedí enseguida que parase, y supongo que ahí asumí que simplemente no me gustaba y que a todas las chicas no nos gusta lo mismo. Pero ver a esas dos mujeres gozándolo tanto, aunque fuese en un show, me hizo volver a replantearme que quizá sí que podría llegar a gustarme… Y ahora me moría de ganas por saber qué se sentía. Me imaginé a Daniel metiendo la cabeza entre mis piernas, abriéndomelas despacio, volviéndome loca con su lengua… y me corrí entera.

Como ya les he dicho varias veces, solo he sido capaz de sentir orgasmos haciéndomelo todo a mí misma, pero la intensidad de esa noche sí era algo único. Todas las sensaciones las notaba el doble, o

el triple de lo normal… Y no pude conformarme con una sola vez. Quería más y más de lo que estaba sintiendo, y por suerte tenía imágenes suficientes en la mente como para pasarme así toda la noche, hasta que caí totalmente exhausta y me dormí.

18

Resucitando de entre los muertos

A la mañana siguiente, no sé ni a qué hora, un pequeño rayo de sol que entraba por mi ventana me despertó. Abrí los ojos y no sabía ni dónde estaba, pero en unos pocos minutos empecé a volver a la vida, y recordé de pronto todo lo de anoche. Me sentía un poco mareada, como con resaca; supongo que había bebido demasiado *champagne*. Me incorporé un poco, en mis mullidas y preciosas almohadas, y cogí el móvil con la intención de enviarle un mensaje a Alexia y ver cómo estaba. Pero me encontré con algo más… jugoso.

Con la emoción de la noche me había olvidado completamente de la foto que había subido a Instagram. De repente tenía un montón de notificaciones de gente variada, reaccionando a mi foto, diciéndome lo guapa que estaba o preguntándome cosas. Algunos compis del trabajo, mi querido exjefe y, cómo no, mis supuestas amigas.

«¡Qué bien te está sentando Nueva York!», me había escrito una de ellas. No sabía cómo sentirme ante esto… ¿realmente querían saber de mí o solo porque estaba en Nueva York y les resultaba interesante? Me gustaría volver a hablar con ellas, porque las creía

mis amigas y las echaba de menos…, pero no se habían portado bien.

Lo peor era que, cada vez que abría Instagram, aún seguía esperando encontrarme la reacción de quien menos me convenía y no entendía por qué seguía deseándola… la de Kevin. Y sí, como hetero básico que es…, no faltó a la cita. Me había enviado un fueguito (siempre tan original, mi niño) y un mensaje que decía: «Siempre has sido guapísima, pero en NY parece que más aún». No sabía qué pensar, ¿era ternura lo que acababa de sentir? Preferí no analizarlo demasiado, porque menuda tonta. ¿Sería que lo había dejado con la novia? No me había escrito antes en todo este tiempo… No supe qué contestar, así que lo dejé en visto y decidí que me lo pensaría durante la jornada.

Le envié un mensaje a Alexia y me contestó enseguida.

Sí, bella! Estoy genial, tú qué tal? Creo que me voy a ir de compras un rato para ahogar las penas…
Si te quieres venir, llámame!

La verdad es que era un planazo, pero probablemente acabase arruinada yendo de compras con ella, que consume Chanel y Dior como yo H&M o Primark. Le contesté:

Me lo pienso… Todavía estoy abriendo los ojos!

Hacía una preciosa mañana de sábado y sin duda el plan de aprovechar el buen tiempo neoyorquino era una gran opción. De repente, recordé que Daniel había dicho de llevarme a cenar hoy…, pero seguramente había sido el fervor de la fiesta y ni se acordaba, además de que no nos habíamos dado los teléfonos… No voy a negar que me atrajo tanto que me hubiese encantado volver a verlo hoy, antes de que volviese a LA, pero ya pasó la oportunidad.

Decidí levantarme de la cama y darme una ducha. Después de la fiesta que me había montado anoche yo sola… la necesitaba. De repente se vinieron los recuerdos a la mente y me morí de la vergüenza…

Me terminé de duchar, me apliqué mis cremas, me maquillé un poco en plan natural look y me sequé la melena. Y cuando ya los rugidos de mi estómago eran insoportables, bajé a desayunar algo, aunque más bien ya era horario de brunch.

—Pero ¡qué ven mis ojos! ¡La bella durmiente!

Uncle Andrew estaba guapísimo en esa mañana de sábado, con una camisa blanca impecable y unos pantalones de pana marrón tabaco, sentado en uno de los bonitos sillones de una sola plaza que adornaban su elegante salón, mientras leía *The New York Times* con una taza de café sobre la mesa.

—Ja, ja, ja… Ay, tío…, si te digo a dónde me llevaron anoche…

—¡Cuéntamelo todo! Que yo ya estoy viejo para salir de fiesta y necesito historias de juventud que me hagan recuperar la ilusión por la vida. ¿Quieres un café?

Se dirigió a la cocina y mientras yo me sentaba en una de las sillas altas de la isla central, él se dispuso a prepararme un delicioso *capuccino* en su cafetera maravillosa. En esta casa, el café se

tomaba muy en serio, y no servían cualquier cosa aguada como se puede esperar de un hogar estadounidense: aquí teníamos cafetera italiana de última generación, con molinillo propio, granos de especialidad y un espumador increíble que depositaba la leche sobre el café como una nube suave y cremosa. Era el mejor momento del día, sin duda.

—Pues, tío…, el evento salió perfecto, ¡todo fue a pedir de boca! Estaba supercontenta, conocí a Huda Kattan en persona…; fue lo más. Y al acabar nos fuimos unos cuantos a un club llamado The Box, ¿has estado?

—¿¡Quéééé?! ¡Pero bueno! Menuda formita de estrenarte en la noche neoyorquina… Yo estuve una vez hace años, pero, pfff…, demasiado hetero para nuestro gusto.

—Ja, ja, ja, supongo que tú habrás visto miles de espectáculos incluso más fuertes, ¿no?

—Ya te digo yo que sí, sobre todo en las *after parties*… —En su cara apareció un gesto socarrón, y me partí de risa. Me daba mucha pena no haber conocido antes a Uncle Andrew, tenía la sensación de que nos lo hubiésemos pasado genial juntos…; pero, bueno, aún estábamos a tiempo de ir todos en otra ocasión. No me atreví a contarle lo de que había probado el MDMA—. Y cuéntame, ¿qué te pareció?

—Pues a ver…, estuvo guay… —Me sonrojé—. Yo nunca había visto a tanta gente en bolas en mi vida, ¡y eso que trabajé cuatro veranos seguidos en un club de playa! Pero lo mejor fue que conocí a un chico…

—¡Ay, ay, ay! —exclamó mi tío, emocionadísimo.

—Sí, el fotógrafo del evento que contrató la agencia para la que trabajamos. Vino desde Los Ángeles y fue amor a primera vista… Pero soy tan tonta que no nos dimos teléfonos ni nada.

—¡Oh, no! Esto sí es una tragedia griega… ¡Pero estoy seguro de que es superfácil conseguir su contacto! Lo tendrá Alexia, seguro. La cuestión es que para él sería igual de fácil conseguir el tuyo…, así que mi consejo es que esperes a que sea él el que te busque. Si te quiere encontrar, créeme que lo hará, ¡esto es Nueva York!

—Tienes razón…, pensaba buscarlo yo por Instagram o algo y escribirle, pero me muero de vergüenza.

—De eso nada, cariño. Una mujer no va detrás de un hombre; si quiere algo, que se mueva él.

—Pero, tío, ¡eso es superanticuado!

—Pero es que yo soy vintage, Ana, *darling!* Hazle caso a tu tío, que maricones o heteros somos todos iguales.

No pude evitar soltar una carcajada.

—¿Y qué planes tienes hoy, *darling*? —me preguntó.

—Pues ninguno, la verdad… Alexia me dijo de ir de compras, pero tengo miedo de que solo me lleve a las tiendas de la Quinta y no pueda comprarme ni un coletero para el pelo.

—Pero ¡qué dices! Deja de ser tan ahorradora que ya no estás en Tenerife sobreviviendo con tu sueldo de camarera: ahora tienes ahorros, pero sobre todo tienes a un tío rico que te va a consentir como no ha podido hacerlo en veinticinco años…, así que déjate de boberías y ve con ella, ¡date un capricho!

—No, por favor, ya me estás consintiendo demasiado, ¡me has puesto hasta un apartamento dentro de tu casa! Estoy muy agradecida…, de verdad. —Me levanté para ir a abrazarlo, y me

recibió encantado—. De momento, voy a subirme este maravilloso café a mi habitación y voy a descansar un poquito más. Además, debo repasar un poco la presentación para la defensa del Trabajo de Fin de Máster, ¡que la tengo el lunes!

—Venga, vale. Nosotros hemos quedado con unos amigos para comer por Central Park. Si te quieres apuntar, ¡avísame! Siempre eres bienvenida a nuestros planes de viejas mariconchis.

No podía evitar sonreír todo el tiempo que compartía con mi tío, sentía que me había tocado la lotería con él y que, de algún modo, mi madre me había estado preparando toda la vida para este momento, como si ya supiese que mi destino era venirme aquí a Nueva York… No lo sé, pero, desde luego, si existen los ángeles de la guarda, el mío era ella y me había dejado en las mejores manos posibles. La echaba de menos cada día, sin duda, pero sabía que ella estaría maravillada con mi nueva vida.

Subí de nuevo a mi pequeño y coqueto «apartamento» y volví a meterme entre las sábanas. Mi cama no podía ser más cómoda y envolvente, como una nube de algodón, así que siempre apetecía volver. Cogí el móvil y me puse a cotillear en Instagram. La verdad es que no dejaba de pensar en Daniel y en todo lo de anoche…, y me moría de ganas por saber si yo le había gustado tanto a él como pareció, pero ni loca me iba a atrever a ser yo la que le escribiese primero… Lo que sí podía hacer era intentar buscarlo en Instagram y ver sus fotos, ¿no?

No fue difícil, poniendo su nombre y apellido encontré rápidamente una cuenta profesional donde subía sus mejores trabajos. En su feed encontré a modelos superfamosas, influencers, portadas de revistas importantes… Era un fotógrafo bastante top. De

repente sentí una inseguridad y una especie de sensación de celos bastante extraña. No podía evitar compararme con las chicas de aquellas imágenes, tan perfectas y preciosas, con unos cuerpos esculturales. Cuando tienes la oportunidad de fotografiar a tantas bellezas y moverte en un mundo en el que todas las mujeres parecen diosas de otro planeta, supongo que tendrás también muchas más oportunidades de ligar con alguna de ellas…, ¿no? Y aunque Daniel no era especialmente guapo, era increíblemente sexy y atractivo, lo que en muchos casos es aún más importante, al menos en mi opinión, así que segurísimo que había estado con chicas así de imponentes. Quizá sí que yo le había parecido mona, o le habían gustado mis enormes tetas, como a casi todos, pero de ahí a querer estar con una gorda como yo, cuando en su día a día estaba rodeado de mujeres como esas… Lo dudaba bastante, y lo mejor era que dejara de hacerme ilusiones como una tonta.

19

No tan rápido, señorita

La mañana transcurrió bastante tranquila en mi pequeño refugio neoyorquino. Viendo tiktoks me quedé dormida un ratito más, hasta las tres de la tarde, y solo el hambre fue capaz de despertarme de mi pequeña siesta. Al coger el móvil de nuevo me encontré con dos mensajes de Alexia y varias llamadas perdidas, así que corrí a contestarle.

Alguien ha estado preguntando por ti…

Ana, dónde estás? Contéstameee!

Me dio un vuelco el estómago y la llamé inmediatamente:

—Disculpa, me dejé dormir. ¡Estoy muerta de ayer!

—Tía, por Dios, ¡esto es urgentísimo! ¡Daniel me ha preguntado por tu número!

—¿Quéééé? No me lo creo —exclamé, pero la sonrisa de tonta que se me puso no fue ni medio normal.

—Nunca te vacilaría con eso. Te juro que me ha escrito para preguntarme por ti, dice que habíais quedado hoy a las ocho pero que no le diste tu contacto, así que se le ha ocurrido escribirme a mí. ¿Se lo doy? Te he enviado las capturas, ¡para que lo compruebes con tus propios ojos!

El corazón me empezó a palpitar como loco y me moría de los nervios.

—¡Sí, claro! Ay, Dios mío, ¡qué nervios! ¿Me estás diciendo que tengo una cita esta noche con un tío estadounidense?

—Exacto, querida. Pero lo más importante, ¿qué te vas a poner?

Pensé de inmediato en el vestido negro que me había pedido para el evento de ayer, el que había llegado con retraso. Gracias a Jean lo había podido sustituir por otro look mucho mejor, pero quizá fuera una buena opción.

—Tengo un vestido negro nuevo…

—¿Y con qué bolso? Tranquila, te mando un úber ¡y te vienes a mi casa ahora mismo! Tráeme el vestido para ver con qué lo combinamos.

Esta mujer estaba loca, pero me pareció mejor idea robarle algo de su armario que gastarme dos mil dólares en un bolso, la verdad.

—Me parece planazo, voy para allá. ¡Y dale ya mi número a Daniel!

Empecé a vestirme con un conjunto de chándal cómodo y guardé el vestido nuevo en una bolsa. Aún no me lo había probado, pero por mi experiencia previa con esta marca, estaba segura de que me quedaría bien de talla. No había terminado siquiera de meterlo en una bolsa, y ya tenía un mensaje de Daniel:

Preciosa, perdona por irme anoche tan abruptamente, pero Tyla estaba fatal y me dio apuro que se fuese sola… Ya te contaré esta noche en la cena que me prometiste, o acaso pensabas que me había olvidado?

Nervios. Emoción. Vuelcos estomacales.

La verdad es que sí…
Me alegra mucho saber de ti, dónde nos vemos?

Me dijiste que no te fiabas de mí como para que pasara por tu casa a recogerte… Así que te mando ahora ubicación y nos vemos allí a las ocho, te parece bien???

OK. Te veo luego!

De los nervios no tenía la cabeza como para ponerme a coquetear por mensaje, así que me mantuve escueta y directa, pero por dentro estaba como una montaña rusa… ¿Será que sí le gusté? ¡Yujuuu!

Cuando salí de casa ya tenía un coche negro esperándome fuera.

—¿Señorita López?

—Sí, ¡soy yo!

—Soy el chófer de Alexia; pase, por favor.

No era consciente aún del nivel de riqueza de mi nueva amiga, por lo visto. ¡Chófer propio y todo!

Me senté en la parte de atrás de aquel lujoso coche, con mi vestido de veinte dólares metido en una bolsa de papel y habiéndome olvidado totalmente de comer algo antes de salir, porque mi barriga era ahora mismo un mar de nudos marineros.

Después de conducir unos cuarenta minutos, lo cual ni siquiera es tanto dentro del tráfico terrible de Manhattan, llegamos a un lujoso bloque de edificios en, cómo no, el Upper East Side, concretamente en Park Avenue con la Setenta y siete. ¿Sería consciente Alexia de que vivía dentro de un capítulo de *Gossip Girl*? ¡Qué pasada de edificio! Un elegante señor con uniforme de portero se acercó rápidamente al coche para abrirme la puerta. Yo no paraba de darle las gracias y él me decía que no era molestia… Me sentía hasta mal con semejante servicio de rica, pero supongo que las personas como Alexia estarán acostumbradas a que se les abran todas las puertas del mundo, y no solo las de los coches.

Me acompañó al ascensor, y ya se pueden imaginar cómo era todo de lujoso, dorado y precioso. Al abrirse, otro señor de uniforme se encontraba dentro y pulsaba los botones de los pisos por ti.

—La señorita López se dirige al ático tres, por favor —dijo el portero.

El otro señor pulsó el que supongo que era el botón del ático tres, y el ascensor comenzó a subir.

Al llegar arriba, la puerta del lujoso elevador se abrió y allí estaba Alexia esperándome, radiante y preciosa como siempre.

—¡Querida! Bienvenida a mi pisito familiar. Aquí vivo con mis padres y hasta hace poco mis dos hermanos, pero ya se casaron y viven a las afueras de Nueva York.

Alexia me hizo un recorrido por su increíble ático, que bien podría cobrar la entrada y permitir que cualquier turista se pasease por allí, porque sin duda era superlujoso: estaba exquisitamente decorado con muchísimos arreglos florales, obras de arte en las paredes, mármol, detalles de cristal y dorado… Era alucinante y yo parecía una boba con la boca abierta todo el tiempo.

—Pero, Alexia, esto es increíble. ¿En serio te criaste aquí?

—Y tienes que asomarte a la terraza… ¿Estás preparada?

No, no lo estaba. Unas puertas de cristal de techo a suelo se abrieron y dieron paso a la terraza más alucinante que había visto jamás. Muchísimo espacio, una mesa enorme donde me imaginé que celebrarían las más deliciosas cenas de verano, un par de hamacas donde tomar el sol y las vistas… Guau. Desde allí se veía todo Central Park y muchos de los edificios más emblemáticos de Manhattan. Una locura de vistas.

Subimos por la preciosa escalera de mármol y llegamos a un pasillo abierto donde se intuían varias habitaciones, hasta que entramos en la de Alexia. Como era de esperar, una habitación enorme, con una cama gigante, muebles preciosos, tocador, baño en suite y, la mejor parte, su vestidor. Era casi tan grande como el dormitorio, con un bonito mueble en el centro con muchos cajones de tiradores dorados y un cristal en la parte superior donde podían verse sus joyas perfectamente colocadas y organizadas por collares, anillos, pendientes, broches… Todo lo que había allí era precioso,

podría haber sido sin ningún tipo de problema el escaparate de cualquier joyería de lujo.

No sé ni cuánta ropa podía haber allí, además de bolsos, zapatos, complementos…, todo muy bien organizado por colores y marcas; daba auténtico placer visual estar allí.

—Alexia, esto es increíble.

—Uf, lo tengo un poco patas arriba ahora mismo porque estoy con el cambio de armario de verano a otoño, pero, bueno, algo encontraremos para tu look de esta noche.

No pude evitar reírme por dentro: si aquello era tener el armario patas arriba…

Procedí a ponerme el vestido negro, y la verdad es que me quedaba como un guante. Era un vestido midi ajustado hasta por encima del tobillo, de escote bardot y manga larga, lo que lo hacía bastante elegante. Por suerte, ya entrados en septiembre, la temperatura era aún agradable, no hacía ni calor ni frío, por lo que no iba a necesitar abrigo ni chaqueta.

—¿Y dices que es de Amazon el vestido? ¡Te queda como un guante, tía! Te acentúa las curvas y te favorece un montón. Como bollera, te doy el aprobado.

Esto último lo dijo más bajito, supongo que por miedo a que alguien de la casa la oyese.

—Muchas gracias —dije. Luego, bajando la voz, añadí—: ¿Has podido volver a hablar con Tyla?

—Mmm…, bueno, sí, aunque está muy harta de mí, la pobre.

—Y tú diciéndome que te caía mal…

Alexia sonrió.

—Ella me importa de verdad, estoy enamorada, pero lo nuestro es muy complicado. No solo porque no puedo vivir mi relación libremente, sino porque además ella está en la costa oeste, así que…

—¿Cómo se conocieron? —pregunté, y a Alexia se le iluminó la cara.

Me contó que Tyla y ella se habían conocido porque, el año anterior, Emma la envió a la filial de Los Ángeles para captar nuevos talentos en la costa oeste. Alexia había tenido que estar allí unos tres meses, asistiendo a eventos de marcas, haciendo contactos y conociendo a diferentes influencers de la zona para ver a quién fichar. A Tyla la conoció en la primera semana que estuvo allí. Era un lujoso evento de Equinox, un conocido club de wellness (es decir, un gimnasio para ricos con todos los lujos que se puedan imaginar) que celebraba el aniversario de uno de sus últimos establecimientos, así que organizó un encuentro privado con una conocidísima creadora de contenido de fitness donde acudieron un reducido y exclusivo grupo formado por otras influencers del sector, prensa y personas interesadas de agencias como la nuestra. Alexia, claro, también estaba invitada. No era un evento tipo cóctel, sino que estuvieron todo el día compartiendo diferentes actividades, incluyendo una sesión de yoga. Alexia no había hecho yoga en su vida —ni ningún tipo de ejercicio, de hecho—, por lo que se veía bastante torpe sobre la esterilla. Casualmente, Tyla estaba a su lado, y Alexia quedó enamorada en cuanto la vio doblarse como si fuera de goma, con una elegancia increíble. Intercambiaron unas cuantas miradas, Tyla ahogó unas risas viendo a Alexia intentando hacer los movimientos y, al final, acabaron pasando todo el día juntas.

Tal y como me había ocurrido a mí cuando la conocí a ella, Alexia no se imaginaba que Tyla fuera bisexual o directamente lesbiana, como ella: le parecía demasiada buena suerte que una mujer tan preciosa e impresionante como Tyla compartiese sus gustos y que, encima, estuviese soltera. Pero sí, la suerte le sonreía a Alexia. Lo supo esa misma noche cuando, tras pasar todo el día juntas en el evento, Tyla le propuso salir a tomar algo, se fueron de copas y Alexia empezó a recibir señales muy claras del interés de Tyla en ella, que acabaron en un beso apasionado fuera del local. Y con ese beso comenzó la cuenta atrás de una inevitable despedida, tres meses después, en la que Alexia se volvió a Nueva York y dejó muy claro que su relación era imposible aquí. Aquellos tres meses fueron los mejores de su vida, dijo Alexia textualmente:

—Nunca había vivido mi sexualidad así de libre, Ana. Por primera vez no me daba miedo darle la mano a mi chica por la calle. Íbamos a todos lados juntas, nos dábamos besos en cada esquina… y Tyla era increíble, es increíble. Pero cuando tocó volver a la realidad, yo no estaba preparada.

—Me parece demasiado triste que en pleno 2025 no puedas ser lesbiana a gusto, joder.

Me cabreaba tanto este tema…, me recordaba a la historia de Uncle Andrew, pero veinticinco años después. ¿Cómo era posible?

—Mi familia es superconservadora. Y aunque yo pensaba que LA y Nueva York estaban en puntas opuestas del mundo, la realidad es que en ciertos círculos todo se acaba sabiendo. Mi padre me llamó una noche mientras todavía estaba en Los Ángeles y únicamente me dijo: «Deja de hacer guarradas en esa ciudad del pecado y vuelve ya, o no tendrás a dónde volver nunca más». Me cagué de miedo.

—Tiene que haber alguna forma de hacerles entrar en razón, o quizá de que puedas independizarte…

—Aunque parece lo contrario, la realidad es que yo no tengo un duro, nada está a mi nombre. Y claro que tengo un fondo que me legaron mis padres, pero no puedo acceder a él hasta que me case, ya que así lo decretaron mis padres…, es increíble lo anticuados que son.

—Sabes que mi tío es experto en finanzas, ¿no? Quizá él podría ayudarte…, no sé.

—La verdad es que vivo demasiado cómoda, no te voy a mentir. Tengo todos los lujos y comodidades del mundo. Pero cuando pienso en ella… Al final es lo único que me importa de verdad. Y la voy a perder por miedo a dejar mis comodidades y a quedarme sin nada.

—Pues, igual que tú me has ayudado tanto desde que llegué, déjame que te ayude yo a ti en algo. Le voy a decir a mi tío que te dé hora y hablan de cómo ayudarte a conseguir algo de independencia financiera, ¿ok? Y no aceptaré un no por respuesta.

Alexia esbozó la primera sonrisa desde que había empezado a hablar de Tyla, y asintió.

—Bueno, ya basta de hablar de mí, ¡tienes una cita con el fotógrafo más *hot* de la costa oeste, nena! Y el tío está loco por ti, ya te lo aviso.

—¡Qué dices, tía! ¿Por qué lo crees?

—Ja, ja, ja, se le notaba por cómo me escribió… Pero a ver, es lógico, tía, ¿tú te has visto, con esas curvas? ¡Estás tremenda!

No pude evitar reírme a carcajadas. Desde luego, su criterio vale más que el de una mujer hetero, ¿no?

—A mí también me gustó bastante…, no te lo voy a negar. Anoche llegué cachondísima a casa.

—¡Ay, pero eso es del M también! —No lo había pensado, pero tenía sentido—. Mira, ¿qué te parece este Cleo de Prada todo lleno de brillos? Puede darte el toque glamuroso, ¿eh?

Alexia procedió a sacarme más de diez bolsos y zapatos increíblemente preciosos para combinar con mi vestido, y yo me sentía como en una película. Finalmente, nos decidimos por un clutch de Bottega Veneta, discreto, y unas sandalias Jimmy Choo de kitten heel. Yo calzo un 41, y Alexia, un 39-40, pero aquel modelo no me quedaba del todo pequeño y se sentía cómodo, así que pude cogérselas prestadas. ¡Qué fantasía! Me veía guapísima y eso que aún estaba sin peinar ni maquillar bien, como me gustaba a mí.

—¿A qué hora tienes pelu? —me preguntó Alexia.

Estaba claro que vivía en otra dimensión.

—¿Qué dices? Me lo hago todo yo misma.

—Uf, te juro que me pones de los nervios —me contestó riéndose y automáticamente envió un mensaje—. Hoy es un día demasiado importante, no vas a peinarte tú misma, reina.

A los diez minutos, de reloj, tocaron a la puerta.

—Ana, este es Leo, mi peluquero de superconfianza. Le he dicho que o estaba aquí en diez minutos o me cortaba el pelo yo misma con una tijera de cocina.

Yo no daba crédito. Esta tía no solo tenía los recursos para conseguir todo lo que se le antojara, sino que encima la gente parecía desvivirse por hacerla feliz. Un sábado a las cuatro y media de la tarde, en Manhattan, y ella había conseguido que su peluquero estuviese allí en solo diez minutos. *What the actual fuck?*

El chico, que por cierto era divino, abrió una maleta negra, extendió una toalla sobre el cristal de la isla central del vestidor y comenzó a desplegar todo su arsenal de peluquería. La Dyson, lacas, espráis, peines… Como si de un cirujano a punto de abrir un cerebro se tratase. Me senté en una butaca alta y, como me había lavado el pelo yo misma por la mañana, procedió directamente a aplicarme algunos productos y peinarme. En pocos minutos, me dejó una melena absolutamente espectacular, glamurosa y gigante que yo, seamos realistas, jamás hubiese sido capaz de conseguir por mí misma por muy bien que me maneje con la tenacilla.

—*Darling, you look stunning* —me dijo mientras me acercaba un espejo para que me viese bien el cabello por detrás.

—*Oh, my God, yes, I REALLY DO*.

—¡¡¡Estás guapísima!!!

Alexia daba saltitos y aplaudía como una niña pequeña emocionada, y yo me sentía como en un programa de esos de cambio de look. Ahora solo faltaba el maquillaje. La hora de quedar con el chico de la mirada imposible de mantener más de un segundo se acercaba.

—En serio, muchísimas gracias por todo, ¡eres lo más!

Le di un superabrazo a Alexia mientras le agradecía todo.

—Mañana te cuento todo y hablo con mi tío de lo tuyo, ¿ok? Hay que trazar un plan para que seas lo feliz que te mereces ser.

Noté como se le aguaban los ojos a Alexia, y volví a abrazarla. Olía a vainilla y a flores recién cortadas.

Con todo el trajín de mi tarde sintiéndome Julia Roberts en *Pretty Woman* me di cuenta de que llevaba horas sin mirar el móvil.

Por favor, no me dejes así.

Te echo de menos…

No recordaba que seguía sin contestar a Kevin.

20

Hacia atrás, ni para coger impulso, querida

Me da tanta rabia ver cómo un mensaje puede estropearme el *mood* en pocos segundos, y a tantos kilómetros de distancia… Salí de casa de Alexia absolutamente pletórica, con todo preparado para una cita que prometía muchísimo…, pero ver ese mensaje me hizo aterrizar sin frenos y estamparme directamente contra el suelo. Además, me daba muchísima rabia después de las últimas palabras que me había dedicado cuando nos despedimos. Hay que ser muy cerdo para decirme prácticamente que no quería nada serio conmigo porque estaba gorda, y ahora venir con esas. Mientras miraba el paisaje de la ciudad por el cristal trasero del coche que me llevaba de vuelta a casa, no sabía qué hacer… ¿Le contestaba? ¿Lo bloqueaba para que no siguiese escribiéndome? No creía en sus palabras, seguramente la novia lo había dejado y le picaba ahí abajo, cosa para lo que la gorda sí que le venía bien, pero… ¿y si era verdad que me echaba de menos y se había dado cuenta por la distancia? Y, entonces, la pantalla de mi móvil volvió a iluminarse, otro mensaje:

Ubicación.

Y luego:

> Ahí te espero a las ocho, preciosa, me muero de ganas de verte otra vez…

Y a este, ¿debía creerle, o tampoco?

Llegué a casa, donde por cierto no había nadie, subí las escaleras corriendo, solté todas las cosas sobre la cama y no pude contener las ganas de llorar. Al parecer, Kevin se había olido que yo estaba feliz, que no estaba pensando en él, y que había otra persona ilusionándome… Y me negaba a permitirle que siguiera jugando conmigo. La nueva Ana vivía en la ciudad más increíble del mundo, tenía otra vida totalmente distinta y no podía permitirse repetir patrones del pasado… Y el señor fotógrafo se iba el lunes, así que se merecía una oportunidad, ¿no? A tomar por culo, querido Kevin, no te pienso contestar… Todavía me dueles, pero prometo que voy a superarte. Decidí silenciarlo para no ver sus mensajes en Instagram y ya lidiaría con este tema en otro momento… El fin de semana no podía haber empezado mejor y estaba dispuesta a sacarle todo el jugo.

Supongo que comenzaba a estar harta de la Ana cortada, tímida, que no pedía lo que quería para no molestar, que se conformaba con las migajas de cualquiera que le hiciese algo de caso… Ahora me sentía renovada, con todas estas nuevas amistades que nada tenían que ver con lo que conocía de antes, con mi nuevo trabajo que era un sueño y el tío megasexy que me había dejado claro desde el minuto uno que quería conocerme y que se había buscado la vida

para llegar hasta mí. Miré la ubicación que me había enviado Daniel, y me di cuenta de que era un restaurante con bastante buena pinta: estaba en la Décima, por la zona del Meatpacking District. En mis veinticinco años de vida jamás me habían invitado a una cita como tal, con su cena y todo, y pensé que ya iba siendo hora de entender que me lo merezco, como cualquier otra chica, ¿no?

En las siguientes dos horas procedí a darme una ducha bien completa, obviamente protegiendo el pelo, que estaba perfectamente peinado en unas ondas preciosas. Me exfolié, me depilé completa, me embadurné de aceite y crema corporal y me puse una bata fina para empezar con el maquillaje. Sin duda, la ducha me reseteó los chakras y me puso en un *mood* muy diferente al que tenía al entrar en mi dormitorio un rato antes. Me hice mi maquillaje estrella, marcando los ojos con un eyeliner fino y sexy, que me los alargara y me diese ese look felino que buscaba esa noche. Me hice una piel jugosa y definida y terminé con el rojo de labios más favorecedor y resistente que tengo. Me veía guapísima y muy Old Hollywood con ese pelo que me había dejado el peluquero personal de Alexia.

No sabía si esa noche me atrevería a acabar en la cama con él o si sería demasiado…, pero si me volvía a calentar como la noche anterior, no creía que pudiera resistirme, así que mejor ir preparada. La verdad es que, por cómo se había comportado la noche anterior, tenía altas expectativas en cuanto a cómo sería el sexo con él. Al fin y al cabo, era cinco años mayor que yo, se le veía experimentado… ¿Iba por fin a conocer a un hombre que me hiciera disfrutar del sexo de una vez? Por si acaso, elegí una ropa interior también negra, como mi vestido, pero con detalles de encaje bastante sexy. Cuando

el reloj marcaba ya las siete y cuarto, me vestí completa y me dispuse a pedir un úber que me dejase en la ubicación acordada con Daniel. Estaba cada vez más nerviosa… y excitada.

Llegué a la puerta del restaurante a las ocho menos cinco…, mierda. Odio llegar temprano. Así nunca iba a conseguir ser esa mujer sexy y misteriosa que pretendía, ¿eh? Pero cuando me bajé del coche, ahí estaba él. Me dedicó una sonrisa enorme mientras me ayudaba a salir del coche, que le devolví inmediatamente, pero no tardó en recorrerme de arriba abajo con la mirada. Se tomó su tiempo, sin decir ni una palabra y yo lo miraba expectante, buscando interpretar alguno de sus gestos como de aprobación. No me hizo falta, me lo dejó todo bastante claro.

—Estás impresionante —dijo, y se aceró a darme un beso en la mejilla que me dejó temblando.

Su tono de voz, su olor, su forma de mirarme… Realmente era algo nuevo para mí todo él; nunca había conocido a un hombre igual.

Entramos de la mano en el restaurante, y yo estaba como en una nube. Mientras preguntaba por la reserva a la *hostess* del lugar me fijé en su indumentaria, cuando menos curiosa. Me dio la sensación de que tenía un estilo de vestir muy definido, que sabía que le quedaba bien, le gustaba y se ceñía a ello, porque iba prácticamente igual que la noche anterior, pero con algunos cambios. En los pies llevaba unas botas Chelsea, que creo que eran las mismas de anoche, de YSL (con lo que cuestan, cómo para no amortizarlas poniéndotelas todas las ocasiones que puedas, la verdad). Seguí mirando hacia arriba: vaquero ajustado en negro desgastado, que se ceñía a sus piernas preciosas, y, aunque era muy delgado, parecía

tener los músculos bastante definidos, lo que no debe de ser difícil cuando tu índice de grasa corporal es inferior al 10 por ciento, supongo. Del bolsillo trasero le colgaba una cadena de pequeñas calaveras plateadas, divertida y rockera, y un pañuelo negro con detalles blancos que me recordaban a aquellos Alexander McQueen que se usaban tanto en los años 2000.

Fijé la mirada en lo bien que le marcaban el culo esos pantalones más tiempo del que una señorita de bien podría reconocer, pero ahí estaba. Tenía un cuerpo que me parecía superatractivo, aunque no pude evitar pensar que yo era el doble que él. Al fin y al cabo, Kevin también tenía un cuerpo de gimnasio, pero enorme y ancho, y no me sentía tan grande a su lado, pero con Daniel… sentía que parecíamos el número 10 y que seguramente resultaríamos graciosos a la gente que nos miraba alrededor. Completaba su atuendo una camisa también negra, de una tela que me pareció absolutamente espectacular, como satinada, y que denotaba una calidad superior. Claramente, y con todos los respetos, él no iba vestido de Amazon, querida.

Encima de la camisa lucía una chupa de cuero, seguramente de alguna firma y vintage, que me pareció superadecuada con su look. Supongo que ese momento duraría muy poco, pero tuve la sensación de que me había pasado dos horas ensimismada analizando su vestimenta. Cuando por fin la *hostess*, que por cierto era un pibón espectacular con unos Louboutin de quince centímetros (¿pero es que no hay gente fea en Nueva York? Y lo más importante, ¿cómo se puede trabajar con semejante taconazo?), nos acompañó a una bonita mesa, pegada a uno de los ventanales del restaurante, en una zona bastante íntima, iba fijándome en el resto de los

comensales: grupos de chicas divirtiéndose, señores trajeados, otras primeras citas… Gente con una vibra muy moderna y relajada, distinta de otras zonas de Manhattan, pero con el mismísimo aura de lujo y glamur que recorría la ciudad o, al menos, los sitios a los que me llevaban mis nuevas amistades…

Los asientos de nuestra mesa eran como pequeños sofás de terciopelo, no sillas individuales. Había dos, uno enfrente del otro, y la mesa de mármol en medio. Daniel me hizo el gesto para que tomara asiento, lo hice, y cuando esperaba que él se sentase enfrente de mí, lo hizo justo al lado.

—Te quiero tener así de cerca toda la noche, espero que no te importe.

Los nervios de mi estómago ya eran actores pagados e invitados a la cena, llegados a este punto.

Sonreí y negué con la cabeza, entendiendo que aquel señor era un descarado al que nada le daba vergüenza y que venía seguro y dispuesto a todo esa noche. Y yo, no lo vamos a negar, también estaba dispuesta a todo con él.

Era extraño tenerlo a mi lado, y no enfrente como esperaba. Por un lado, habíamos creado un ambiente superíntimo que invitaba a contarnos toda nuestra vida el uno al otro, y sin querer (o queriendo) mantuvimos el contacto físico constantemente durante la conversación. Daniel no era nada tímido, estaba claro, pero sobre todo me pareció que era muy cariñoso y que adoraba el contacto físico. Me cogía de la mano, me la acariciaba mientras hablaba, me ponía una mano en la pierna, luego subía el brazo al respaldo de nuestro asiento y me envolvía con él… Y yo sentía que me derretía a cada segundo. No sé si él estaba siendo consciente de lo que me

provocaba, porque realmente parecía hacerlo sin pensar, sin intención, le salía solo ser así de «tocón», y yo estaba tan poco acostumbrada a ese trato que me estaba encantando y no me producía el más mínimo rechazo. Hubo varios momentos en los que pensé que me iba a besar, porque se quedaba realmente cerca y mientras yo hablaba me miraba la boca de una forma que me tenía enloquecida. Pero no, no lo hacía. Era como si tuviese perfectamente estudiado cada momento, alargándolo al máximo antes de cambiar de nuevo de posición, de mirada, de tema… Sabía lo que hacía, estaba claro, y yo me dejaba llevar.

Pero, por otro lado, yo no podía evitar pensar en si ese era el mejor ángulo para que me viese… Tenía inseguridad por si mi cuello se veía feo, por si mi perfil no era lo mejor de mí, por si notaría mi papada…, me parecía que estaba mucho más fea de lado que de frente, e intentaba todo el tiempo girarme para estar lo más delante de él posible. Supongo que mis complejos siempre buscaban la forma de colarse entre las rendijas, incluso el día que más guapa y sexy me sentía desde hacía mucho tiempo… Pero Daniel parecía estar encantado conmigo, buscaba mi mirada constantemente, mi contacto…, y me estaba haciendo sentir única y especial de verdad.

Me contó todo sobre sus estudios, su familia y su vida en Los Ángeles… Parecía supersincero y sin dobleces, realmente encantador. Me contó que procedía de Houston, Texas. Se había mudado desde allí para estudiar en la universidad y graduarse en Ingeniería Informática como quería su familia, pero su auténtica pasión era la fotografía y compaginó ambos estudios para formarse bien en lo que más le gustaba hacer. Gracias a una amiga de la universidad, que tenía un blog de moda, empezó a hacerse conocido

en el mundillo influencer, llegando incluso a codearse con la familia Kardashian, de las cuales publicó varias fotos en revistas como *Vogue* o *Harper's Baazar*. Gracias a eso, se convirtió en uno de los fotógrafos más trendy de Los Ángeles, y pronto pudo demostrarle a su exigente padre que eso era lo suyo y que podía ganar el mismo dinero, o más, que siendo ingeniero en Silicon Valley. Se abrió bastante en canal, supongo que yo le daba esa sensación de confianza, y eso me encantaba. Me contó también que su padre seguía enfadado con él hasta ese momento y sacándole el tema en cada cena de Acción de Gracias, lo cual me hizo sentir cierta ternura y ganas de abrazarlo; no es fácil tener una relación difícil con las personas que se supone que más deberían apoyarte y quererte, y eso afecta hasta al hombre más rudo.

Su voz grave y relajada, y su acento…, no tenía ningún problema para entenderlo, y eso también ayudó a que todo fluyera tan bien. La comida también estuvo deliciosa. Después de preguntarme si tenía alguna alergia o preferencias, me preguntó si me importaba que pidiese todo por los dos, ya que él conocía bien el sitio y sabía cuáles eran los mejores platos. Y realmente lo bordó. Todo lo que pidió estaba riquísimo y, de no ser porque estábamos en una cita y una chica siempre intenta comer lo más elegantemente posible, hubiese devorado cada bocado.

Nunca he podido comer con calma delante de un tío (bueno, ni delante de nadie en general). El momento de compartir comida con otras personas siempre me ha dado muchísima ansiedad, y siempre me he sentido observada y juzgada: si pedía una ensalada, me preguntaban que si estaba a dieta, e incluso algunas personas me comenzaban a dar consejos no solicitados sobre qué sería mejor

para mi supuesta pérdida de peso; por otro lado, si pedía una hamburguesa o alguna comida más calórica, sentía que solo se me juzgaba a mí por comerme algo tan «malo», aunque absolutamente todo el mundo estuviese comiendo lo mismo. Al final, era un momento que intentaba evitar a toda costa, incluso con mi propia madre: aunque nos adorábamos y estoy segura de que su intención era buena, era la primera persona en criticar cualquier bocado que me llevase a la boca, ya fuese la comida en sí o mi forma de comer… Prefería siempre comer en soledad, incluso esconderme para hacerlo, y a veces pasaba horas y horas muerta de hambre hasta que pudiese disfrutar de la comida en completa intimidad, donde nadie pudiese molestarme. Pero esa noche, por primera vez, me sentía bastante cómoda con ese momento y gocé de aquella cena deliciosa con un hombre que me atraía más y más a cada segundo que pasaba.

Se acercaba el momento del postre, y yo temía que la cita llegase a su fin. Pero, en realidad, aquello no había hecho más que empezar.

21

Una cita perfecta

Seguían pasando los minutos y yo no tenía ningún tipo de noción del tiempo. Llevaríamos allí sentados… ¿dos horas? Ni idea. La conversación fluía tan bien, y lo estábamos pasando tan guay que parecía que ninguno de los dos quería levantarse del asiento.

—Vale, elige. Chocolate o fresa —me pidió Daniel.

Se puso las dos manos detrás y me hizo elegir una. Le toqué el brazo derecho.

—Fresa. Genial, ¡era lo que yo quería! —exclamó.

Nos reímos. Hizo un gesto a la camarera y le pidió algo que supuse que sería el postre de fresa.

—Y eso, ¿qué lleva?

—Pues es un postre maravilloso hecho con fresas naturales que estoy seguro de que te va a encantar.

—La verdad es que toda la cena ha estado deliciosa.

—Creo que lo más delicioso de todo este restaurante está sentada justo a mi lado.

Levanté la mirada y me lo encontré, más cerca que nunca, mirándome así como solo él sabe. Me cogió de la barbilla y pensé:

«Ahora sí». Pero, por supuesto, justo en ese momento llegó el famoso postre de fresas, interrumpiendo el momento que más ansiaba de toda la noche.

—Por favor, ¡qué bonito!

El postre realmente era una obra de arte. La base era una fina capa de lo que parecía una galleta de mantequilla, cosa que le aportaba una textura crujiente. Encima, una suave mousse de vainilla que envolvía trozos de fresas frescas maceradas en champán rosado y azúcar moreno. Sobre la mousse, una delicada capa de gelatina translúcida que brillaba como un cristal. A los lados del plato, fresas enteras, maduras y absolutamente perfectas. Estaban ligeramente bañadas en chocolate, en unos casos blanco y en otros oscuro. El toque de color lo daban dos hojitas de menta y un polvo dorado que lo cubría todo sutilmente, creando un efecto de lujo absoluto. Nunca había visto un postre igual, era precioso.

Aunque parecía que el camarero había interrumpido el momento al traer el postre, Daniel no pareció afectado en absoluto. Nada más dejarlo en la mesa, cogió con los dedos una de las fresas enteras bañada en chocolate blanco y, con delicadeza sublime, me la acercó a la boca.

—Muérdela.

Me encontré con sus ojos mirándome fijamente y sentí un escalofrío. Y me lo tomé como una orden inmediata.

Abrí la boca y, sin dejar de mirarlo a los ojos, me metí la fresa en la boca, hasta la mitad, saboreando el chocolate con la punta con la lengua, y la mordí muy despacio. Él no dejaba de mirarme y mientras lo hacía lo vi apretar los labios; era evidente que aquello le estaba gustando muchísimo. Me separé un poco mientras saboreaba

la fruta y él dejaba el resto en el plato. Se volvió de nuevo hacia mí mientras se chupaba el líquido de la fresa de los dedos con los que la había cogido, sin dejar de mirarme la boca, y ahí supe que no tenía escapatoria. No me dio tiempo casi a tragar, y ya tenía sus labios sobre los míos, por fin.

Sus labios, increíblemente suaves, contrastaban con el roce áspero y masculino de su barba…, me encantaba. Nunca había besado a un hombre con tanta barba, ya que todos los que había conocido eran o imberbes, o con muy poquito pelo, y recortado, así que la sensación era nueva para mí. Me besó con una pasión sorprendente, y cuando metió una mano entre los mechones de mi pelo y me la apoyó en el cuello, sentí que me deshacía lentamente en el asiento. Su olor y sabor me embriagaban, y noté que lo deseaba muchísimo…, pero él también me deseaba a mí.

—Qué bien hueles…, qué bien sabes… —Su voz ronca susurrándome esas cosas era una caricia para mis oídos.

—Tú también hueles increíble…

Se separó un poco para volver a mirarme, y me echó una ojeada de arriba abajo que se sintió como un escáner. Y, en ese momento, me vino a la mente lo horrible que se me vería la barriga ahí sentada…, intenté meterla un poco y enderezarme algo más, pero, claro, hay cosas que no se pueden esconder.

—Eres preciosa. No te imaginas la de cosas que se me pasan por la cabeza cuando te miro.

—Pero qué descarado eres, ¿no? —me reí.

—Creo que después de las confesiones que me hiciste anoche en The Box, la descarada aquí eres tú… —replicó, y soltó una carcajada.

No podía mantenerle la mirada.

—Oh, por favor… Alexia y aquella cosa amarga que me dio, ¡no sé ni lo que te dije! —me lamenté, muerta de la vergüenza.

—Pues me dijiste cosas que me dieron mucha rabia como hombre… Pero ya hablaremos de eso.

Por supuesto que recordaba que le había dicho a un completo desconocido que nunca me habían comido el coño y que nunca había tenido un orgasmo con un hombre en la cama. Si hubiese podido desaparecer en ese momento, creo que lo habría hecho.

Pero Daniel parecía estar pasándoselo pipa con mi vergüenza. Me lanzó una última mirada haciendo el gesto de negar con la cabeza antes de volverse hacia el camarero, que justo estaba cerca, para pedirle la cuenta. A los pocos segundos, el chico volvió con ella y yo corrí a por mi bolso, obviamente con la intención de compartir el gasto. Daniel frunció el ceño y colocó rápidamente la mano izquierda sobre mi bolso, mientras yo lo sujetaba, y con la otra le dio la tarjeta al chico, que se fue de nuevo.

—Por favor, ni se te ocurra.

—¡No, pero podemos pagar a medias o algo! —sugerí.

Puso cara de no estar entendiendo nada en absoluto, como si le hablase en mi idioma natal.

—Me sentiría insultado, pero si quieres puedes invitarme ahora a una copa, aunque probablemente tampoco te lo permita.

Soltó una carcajada y yo, simplemente, me quedé aturdida. Estaba acostumbrada a ser yo la que pagaba siempre en las poquísimas ocasiones en las que me tomé algo con un chico, o cuando pedíamos comida en casa de Kevin. No era usual para mí este tratamiento de princesa, pero decidí que permitiría que me consintiera un poco más.

—¿A dónde me llevas ahora? —le pregunté, coqueteando, pero con el miedo de que quisiese llevarme ya a su casa.

La verdad era que lo deseaba, pero a la vez no me sentía segura del todo.

—Me habías dicho que era tu primer fin de semana nocturno en Nueva York, ¿no? Voy a enseñarte uno de mis rincones favoritos de Manhattan, ya verás que te encantará.

Bueno, pues a no ser que su rincón favorito fuera su hotel…, íbamos bien.

Salimos del restaurante y me dio la mano.

—Por aquí.

Menos mal que no soy de utilizar tacones altos. Empezamos a andar y eché de menos no haber cogido una chaqueta, pero la noche estaba realmente agradable.

—¿Qué te ha parecido la cena? Espero que te haya gustado, porque es mi restaurante favorito de Nueva York; siempre que vengo intento comer ahí.

No pude evitar sentirme halagada ante el hecho de que me llevase a cenar a su sitio favorito a mí, alguien a quien acababa de conocer, y más siendo un tío con tanto mundo y seguramente tantas mujeres a las que poder llevar.

—Pues la verdad es que me ha parecido espectacular, se lo recomendaré a mi tío y a cualquiera que me pregunte por sitios para cenar en Manhattan…

Me preguntó mil cosas, como si quiera saberlo todo sobre mí. Que de dónde era exactamente (no había oído hablar nunca de las Canarias), que le hablase de mi familia, de mis estudios… ¡Y se me hacía tan cómodo hablar con él! A pesar de la tensión sexual en el

restaurante, que se podía haber cortado con un cuchillo, durante el paseo tenía otro tono totalmente distinto. Estaba superinteresado en lo que le contaba, me hacía muchas preguntas, me contó también muchas cosas sobre él… y era increíblemente divertido, me reía muchísimo con su forma de hablar, y él con la mía, haciendo bromas de mi acento constantemente. Me dijo que una de sus artistas favoritas era Rosalía (también yo soy superfan) y que le encantaba que hablase inglés como ella, con un marcado acento. Desde luego, yo pensaba que fingía mejor el acento estadounidense, pero Daniel me bajó los pies a la tierra rápidamente. Y cuando por fin llegamos al puente de Brooklyn, me di cuenta de que no nos habíamos soltado la mano en todo el paseo.

El aire fresco de la noche me acariciaba la cara, pero me sentía tan feliz todo el tiempo que no tenía frío en absoluto. Daniel me hacía sentir que lo conocía de toda la vida, y que podía contarle cualquier cosa.

—Ya hemos llegado. Sí, el puente de Brooklyn es uno de mis rincones favoritos de Nueva York.

—Está claro que eres igual de turista que yo, ja, ja, ja.

—¡Oye! —se rio—. Es cierto, menudo cliché traerte hasta aquí…, ¿pero habías estado ya?

—No, la verdad es que no he hecho demasiado turismo aún. Y menos por la noche.

Me llevó hacia uno de los lados del puente y nos apoyamos en la barandilla para contemplar el impresionante *skyline* de la ciudad, que desde allí se veía como en una película. Las luces que parpadeaban a lo lejos, el sonido de los coches, de los barcos que navegan por el río Hudson en sus turísticos paseos nocturnos,

cientos de visitantes como nosotros haciéndose fotos por todo el puente… Pero lejos de lo que podía parecer, nada de eso le restaba intimidad al momento. Daniel se giró para mirarme de frente, y volvió a cogerme de las manos. Esa mirada conseguía hacer que todo lo demás desapareciera; que hasta en la ciudad con más vida del mundo pareciese que estábamos completamente solos los dos.

—No sé si te habías dado cuenta, pero la luz de la ciudad te ilumina de una forma que parece que este lugar esté hecho para ti, Ana.

—Guau…, además de fotógrafo eres todo un poeta, ¿no? A cuántas chicas les dirás estas cosas… —me reí.

—Sé que no me vas a creer, pero jamás he tenido una cita con una chica en Nueva York. Siempre que vengo es para trabajar, la locura de las Fashion Weeks, o para otros photoshoots…, suelen ser pocos días y apenas conozco a nadie aquí —dijo en un tono que parecía sincero.

—Debe de ser una profesión muy solitaria…

—Bueno, realmente estoy siempre con mucha gente: otros fotógrafos, videógrafos, modelos, agentes…, el día suele ser una locura, así que cuando termina la jornada agradezco mis momentos de soledad. Pero también es que nunca me había fascinado nadie tanto como lo hiciste tú ayer.

—Querrás decir que nunca te habías chocado con una pobre ayudante y habías tenido que dejarle tu pañuelo para secarse el blueberry matcha por encima… —dije, y nos reímos.

—Ahí iba como loco, superagobiado buscando la agencia, el hotel… Cuando te fuiste realmente hubo un momento en el que

pensé: «Joder, qué guapa», pero ni siquiera reparé bien en ti ni en que acababa de perder un pañuelo de quinientos dólares…

—Por cierto, aquí lo tengo…

Saqué el pañuelo limpio de mi bolso: ya no me acordaba de que se lo había traído, tal y como le prometí.

—Guaaauuu…, ha quedado perfecto. Por favor, pásame la factura de la tintorería —pidió. Era tan caballero…

—¿Qué tintorería? Lo he lavado yo misma a mano.

Puso una expresión como si le acabara de hablar en chino, la misma que había puesto anteriormente en el restaurante cuando me había ofrecido a pagar la mitad de la cena.

—Eres muy distinta a todas las mujeres que he conocido hasta ahora…

—¿Por saber lavar la ropa? ¿Pero tú de dónde has salido? —le solté, sin poder evitar una sonora carcajada.

Daniel me miraba como maravillado, y no paraba de sonreír.

—En mi casa había una persona que se encargaba de todo eso, y yo vivo de hotel en hotel… y mi ropa suelo llevarla a la lavandería cada semana.

—¿Me estás diciendo que jamás has puesto una lavadora en tus treinta años de vida? —exclamé.

No podía parar de reírme, me parecía surrealista todo.

—Nadie tiene lavadora en mi entorno…

—No me lo puedo creer…, los estadounidenses realmente son distintos al resto…

—Bueno, para ser honestos, eso es algo muy de Los Ángeles o Manhattan…, ciudades así. Los pisos son muy pequeños, así que la gente no suele tener lavadora en casa.

—Y también es que tu entorno se mueve en una franja de impuestos bastante superior a la media…, no vamos a mentir.

—Eso también es verdad.

Negué con la cabeza y me reí, una vez más.

—Amo tu risa.

—Yo la odio…; soy una escandalosa.

—Y eso me encanta de ti. No pareces querer aparentar nada, simplemente eres natural y eres tú misma, sin pretensiones —dijo.

Sonreí.

—A mí me encanta de ti que hables tanto, los tíos suelen ser muy sosos…

—Me haces sentir increíblemente cómodo… y me vuelves loco —susurró, mientras se acercaba peligrosamente.

—Si sigues diciéndome tantas cosas bonitas vas a tener que volver a besarme.

Me mordisqueé el labio.

—Y si vuelves a hacer eso voy a tener que hacer mucho más que solo besarte… —dijo.

Cada vez estaba más cerca. No dejaba de mirar mi boca, como deseando tenerla toda para él.

—Y si no dejas de mirarme así la boca, vas a hacer que no haya vuelta atrás…

—Tal vez no quiero vuelta atrás, tal vez solo quiero perderme más y más contigo, esta misma noche.

—¿Y si me pierdo contigo yo también?

—Te prometo que no te vas a arrepentir.

Durante los dos segundos que aguantamos la mirada, pensé que me moría de la tensión y los nervios en el estómago. El aire de

Nueva York era como una descarga eléctrica que nos rozaba la piel y nos la erizaba. Apenas había ya distancia entre nuestros cuerpos y nuestras bocas.

—Si te sigues acercando así, no podré resistirme —le dije.

Me moría de ganas de volver a besarlo.

—Precisamente eso quiero, que no te resistas.

Y entonces todo el ruido de la ciudad desapareció, y ya solo estábamos Daniel y yo, las luces de Manhattan y el calor de sus labios sobre los míos.

Mientras me besaba no pude evitar tocarlo con las manos, le recorrí la espalda, los brazos, los hombros… Me moría de ganas de sentirlo muy cerca, y cada vez que su lengua tocaba la mía el calor era tan intenso que pensaba que iba a desaparecer derretida totalmente en medio de aquel puente. Me acariciaba la cintura con la mano derecha, me agarraba y me soltaba suavemente, como conteniéndose de algo animal que no podía evitar sentir; y con la otra mano me acariciaba delicadamente el cuello, la oreja, la barbilla… Sabía que no íbamos a poder dar marcha atrás, y yo ya tampoco quería. Llevaba toda mi vida esperando a que un hombre me deseara así, me mirara así, me apreciase como estaba haciéndolo él, y me daba igual que no volviésemos a vernos más: quería llegar hasta el final y ver qué nos tenía preparado el destino de esa noche.

—Estás volviéndome loco con tus besos, Ana… Y no sé si voy a ser capaz de contenerme más.

—¿Y qué te hace pensar que quiero que te contengas?

Se separó unos centímetros, como si quisiera verme mejor. Quizá no se esperaba esa respuesta, quizá pensaba que sería más

recatada…, pero soy tímida, no tonta, y estaba muy cachonda. Solo me daba miedo una cosa: que fuese todo tan perfecto que el hecho de que el lunes regresase a su ciudad me hiciese sufrir…, pero eso era un problema para la Ana de la siguiente semana, ¿no? Ahora era sábado noche y pensaba disfrutar hasta el final de lo que estaba ocurriendo.

—Eres impresionante. Voy a pedir un úber.

Daniel pidió un coche directo a su hotel en ese mismo instante. Mientras llegaba el coche, no podía quitarme las manos de encima. Me besaba con suavidad, luego volvía a comerme la boca como si se le fuera la vida en ello, se separaba, volvía otra vez…, y yo estaba a punto de volverme completamente loca de ganas y de deseo. ¿El vino de la cena había influido en ello? Seguro.

22

El cazafantasmas

Unos minutos —que parecieron horas— después, nos recogió un coche negro. Nos sentamos en el asiento trasero, como es lógico, e intentamos mantener la compostura ante el chófer, que tenía puesta una especie de música tecno con la que estoy segura de que no escuchaba nada de lo que pasaba allí dentro. Yo miraba por la ventaba, nerviosa, conteniéndome para no mirar a Daniel porque me temía que si lo hacía íbamos a provocar que el conductor gozase de una escena erótica totalmente gratuita en su asiento trasero. Pero entonces noté su mano acariciándome el muslo, y me volví a mirarla. Despacio, fue subiendo la tela de mi vestido, intentando llegar hasta la piel, lo que no le costó demasiado. Yo solo miraba su mano, pero notaba sus ojos clavados en mí, como esperando a que me encontrase con él en ese punto. Y siguió subiendo la mano hacia la parte más interna de mis muslos. El roce de su piel con la mía me volvió loca en aquel coche, y solo quería que siguiese hacia arriba más y más. Moví la pierna y le apreté la mano con los muslos, lo que pareció gustarle porque lo oí soltar un ligero gemido. Me recliné hacia detrás en el asiento, con su mano aún aprisionada entre los

muslos, lo miré por fin y, mientras lo hacía, abrí las piernas de nuevo. Subió rápidamente la mano al encuentro del encaje negro de mis bragas, y su mirada se volvió de un verde más oscuro e intenso que nunca.

—Si me dejas, hoy quiero hacerte todo eso que me dijiste anoche que nunca te habían hecho.

Sinceramente, habría permitido que ese hombre me hiciese todo lo que él quisiera, mientras no dejase de mirarme así.

—Por favor, no quiero que pienses que soy frígida o algo así…, supongo que es algo mental, porque yo sola siempre acabo.

—Entonces no es algo mental, es que solo has estado con imbéciles.

Algo nuevo se despertó en mí al verlo así, como enfadado con su propia especie, algo animal e instintivo. La cosa prometía y mucho, y yo no podía esperar más a llegar a su cama.

Cuando por fin llegamos a su hotel —que no me pregunten en qué zona estaba porque no tengo ni idea—, bajamos y nos dirigimos a la recepción. Al salir del coche me di cuenta de que él se recolocaba el pantalón, por lo que fuera… Y yo me sentía completamente empapada.

—Espérame aquí un segundo —dijo, mientras me soltaba la mano y me daba un beso en la comisura de la boca.

Lo vi decirle algo al recepcionista, supongo que informándole de que yo iba a subir con él, o algo así. Volvió a buscarme y me cogió nuevamente de la mano para dirigirnos hacia el ascensor. El hall del hotel era muy bonito y pequeño, con una luz cálida y tenue y decoración de estilo japonesa, listones delgados de madera en las paredes y en el mostrador de la recepción. Supongo que sería un

hotel de esos estilo boutique, más pequeños y acogedores, y me pegaba mucho con la vibra de Daniel, a quien no acababa de situar en uno de esos hoteles megalujosos y pomposos que inundan Nueva York. Ya dentro del ascensor, y sin soltarme de la mano, se acercó de nuevo a besarme, poniéndome su otra mano en la barbilla. Pero su beso ya no era suave y delicado como al principio; había algo completamente salvaje en él que ya no se contenía en mi presencia, y eso me estaba encantando más aún. Empezó a recorrerme los labios con la lengua húmeda y suave, despacio, para después aprisionar mi labio inferior entre los suyos. Volvió a meterme la lengua, buscando el contacto de la mía, sin dejar de sujetarme el cuello firmemente. Las piernas me temblaban y empecé a dudar de mi capacidad para mantenerme de pie dentro de aquel ascensor cuyo viaje parecía durar una eternidad y media.

Por fin llegamos a su piso, y nos dirigimos a su habitación…, por fin. Yo ya no podía más, pero sabía que querría pasar por el baño antes de meternos de lleno en materia. La habitación seguía la estética del hall del hotel: negro con madera, luz cálida y tenue, líneas elegantes y sobrias… y una enorme cama que ocupaba el centro de la habitación e invitaba a pasar noches enteras en ella. Todo olía a él, a esa fragancia increíblemente masculina y sexy que lo envolvía como un halo y me enloquecía.

—¿Puedo pasar al baño un segundito?

—Solo si me prometes que no vas a tardar…

Podía notar su urgencia en la mirada, de un verde oscuro y vidrioso que solo el deseo podía transformar así, pero confieso que también lancé un rápido vistazo al bulto de sus pantalones, y ahí ya

me quedó claro que no era yo sola la que estaba completamente hirviendo de ganas.

Me metí en el baño y me miré en el espejo. Tenía el labial rojo ligeramente corrido, pero nada muy terrible, por suerte. Doy las gracias al universo por las fórmulas líquidas de labiales de larga duración, porque si no estoy segura de que parecería el mismísimo Joker. El pelo también mantenía las ondas con bastante dignidad, y en general me veía guapa. Pero entonces bajé la mirada hacia mi barriga y todos esos pensamientos oscuros que convivían conmigo saltaron al mismo tiempo: «Le va a dar asco mi barriga», «Ha estado con modelos, ¿qué te hace pensar que puedes gustarle?», «Igual si no me quito el sujetador y no me pongo encima, el ángulo será más favorecedor…, pero si me pongo abajo la papada es terrible», «¿Estaré bien depilada?», «ufff…, y la piel de alrededor la tengo un poco oscura del roce de los muslos…, mejor la luz apagada todo el rato». Ahí estaban. Ahí estaban los verdaderos culpables de mi incapacidad para disfrutar del sexo como una persona normal. Estaba claro que no era buena idea acostarme con Daniel, y que quizá debería trabajar más en esas inseguridades antes de atreverme a estar con otro chico. Las últimas palabras de Kevin me habían terminado de destrozar la autoestima, y ahora no entendía que ahí fuera hubiese un hombre supersexy deseándome. Lo mejor era irme y dejarlo ahí.

Salí del baño dispuesta a decirle a Daniel que no me sentía preparada y que quería irme, pero en cuanto me vio no me dejó abrir la boca.

—Madre mía, Ana, no te puedes imaginar lo que me gustas.

¿Debía creerle?

—Daniel… —murmuré, pero no me dejó seguir hablando.

Se acercó, me puso una mano en la cintura y volvió a besarme con una fuerza que me hizo olvidar de golpe todas las estupideces de Kevin y de mis propios fantasmas.

Empezó a bajar la boca hacia mi cuello, y después me recorrió los hombros y la clavícula con los labios y la lengua. Luego volvió otra vez a mi cuello y a mi boca, sin dejar de acariciarme el cuerpo con las manos, por encima de la tela del vestido.

—Me muero por verte desnuda de una vez, Ana.

—Y yo me muero de la vergüenza…

—Pfff, por favor, no sabes lo que dices. No eres consciente de lo buenísima que estás.

Empezó a bajarme el vestido desde los hombros. Al ser una pieza entera y de una tela tan ligera, no le iba a costar trabajo en absoluto dejarme totalmente desnuda, y pronto el vestido llegó al suelo, dejando al descubierto un conjunto negro de sujetador sin tirantes y bragas de encaje. Se apartó ligeramente de mí, como queriendo admirarme así. Se mordió el labio y se llevó la mano a la boca, sin dejar de mirar mi cuerpo intensamente. Yo intentaba meter barriga, como Ana Obregón en sus posados veraniegos, pero la cosa estaba complicada.

—No hagas eso. —Supongo que o se dio cuenta, o es que ya me estaba volviendo de color morado de tanto aguantarme la respiración—. Eres perfecta, preciosa, una diosa.

Yo sentía una mezcla entre excitación, desconfianza y ganas de llorar, no sabía si era de los nervios, del miedo o de la vergüenza de estar así. Y creo que él me sintió también, porque volvió a acercarse

a mí para abrazarme y besarme de nuevo como si le fuera la vida en ello.

—No sé quién te ha hecho pensar que no eres merecedora de placer y de admiración, pero quiero que entiendas que los que están equivocados son ellos. Y te lo voy a demostrar, mi diosa.

Su voz susurrándome al oído, ronca y profunda, terminó de convencerme de quedarme allí con él y permitir que me llevase de la mano a donde fuera que me quería llevar en aquella habitación. No sabía dónde me estaba metiendo, pero quería verlo con mis propios ojos y, sobre todo, necesitaba que Daniel siguiese diciéndome todas esas cosas, a ver si por fin conseguía quitarme las inseguridades de la cabeza y ser capaz de disfrutar de aquel momento increíble. Por primera vez estaba sintiendo que le gustaba a alguien de verdad.

Me tumbó en la cama sin dejar de besarme y acariciarme, y yo cada vez me iba volviendo a encender como antes de dejarme avasallar por aquella visita al baño. Si el espejo era ahora él, por su forma de mirarme y desearme estaba claro que era mucho más bonita de lo que mi mente me decía. A sus ojos, yo era una diosa, o eso me decía, y decidí permitirme disfrutar de aquel momento de adoración.

Correspondí sus apasionados besos con mi lengua y subí mis manos por debajo de su camisa, deseando el contacto con su piel. Daniel era suave, masculino, con el vello en el pecho y en los brazos… No pude evitar recordar el tacto de la piel de Kevin, que era lo que menos me gustaba de él, ya que estaba completamente depilado y a veces pinchaba. Pero Daniel era otra cosa…, su cuerpo delgado pero fibrado me encantaba; era tan sexy… Su abdomen

duro y firme me volvía loca, y me moría de ganas por lamerlo entero.

Me incorporé para desabrocharle el cinturón e intentar bajarle los pantalones, donde por cierto ya no le cabía el tamaño de su bulto, y me moría por ver lo que había ahí dentro. Se puso de pie y se quitó los pantalones él mismo, pero dejándose el bóxer puesto, también negro. Cuando lo tuve de nuevo frente a mí, apoyado en las rodillas sobre la cama, su bulto me quedaba justo a la altura de la cara. Empecé a recorrer el borde de sus calzoncillos con la lengua, lo que pareció gustarle mucho porque comenzó a suspirar y a sujetarme con fuerza la cabeza, metiendo los dedos ente mi pelo…, pero entonces me separó suavemente. Volvió a acostarme y se puso sobre mí.

—Esta noche no va de mí. Quiero que ignores lo duro que estoy y te concentres solo en tu placer. Esta noche voy a romper esa maldición que me contaste anoche y en la que no he podido dejar de pensar desde entonces.

Pensé que me iba a derretir y a desaparecer debajo de la cama, dejando un charco en el suelo. Su voz, la manera en la que me lo dijo… Su sabor y su olor… Me tenía loca. Con cada beso, cada caricia y cada mirada Daniel, sin saberlo, iba matando poco a poco todos mis fantasmas: no me podía creer que, por fin, fuese a saber lo que se sentía cuando un hombre te deseaba de verdad.

23

Mi verdadera primera vez

Según la sociedad y sus estándares falocentristas, se considera que la primera vez sexualmente hablando de una persona es con la primera penetración. Todo lo demás que se puede hacer entre medias no se considera siquiera una relación sexual completa, incluso en términos médicos. Así que no, no era «virgen» y esa no era mi primera relación sexual, pero yo sí que la sentí como mi primera vez, y así la recordaré siempre.

Era la primera vez que un chico me trataba así de bien. Era la primera vez que un hombre me miraba, me tocaba y me besaba como si yo fuese la última Coca-Cola en pleno desierto a cincuenta grados. Era la primera vez que una boca me recorría de arriba abajo, con ganas, sin prisa, con detenimiento, como si quisiera grabar para siempre el recuerdo de mi olor y de mi sabor. Era también la primera vez que notaba, en la parte más íntima y oculta de mi anatomía, una boca, unos labios y una lengua. La primera vez que alguien me comía y me lamía como si fuese un convicto en pleno corredor de la muerte y esa fuese su última cena antes de la ejecución.

Y sí, también fue la primera vez que sentí un orgasmo en compañía de otro ser humano…, y no sé si podré plasmar con palabras la sensación tan maravillosa que fue.

Daniel era el primer chico que no me sobaba un poco las tetas, me metía un dedo de cualquier manera (seguramente con el único fin de comprobar si ya estaba lo bastante mojada) e iba corriendo a metérmela y ya. Su comportamiento era completamente nuevo para mí. Daniel no tenía prisa, parecía insaciable. Se detenía en cada rincón de mi cuerpo, incluso en aquellos que yo odiaba, y los veneraba demostrándome que, cuando me dijo que era una diosa, realmente lo sentía así. Mi primer instinto, cuando posó las manos en mis chichas laterales, fue dar un saltito e intentar zafarme de él. Lo notó, y suspiró en mi oído.

—Es que no sabes lo que me pones, lo que me encantas —me dijo, mientras amasaba mis rollitos barriguiles con firmeza, con ganas, gruñendo y emitiendo los gemidos más sexis que yo había escuchado jamás.

»Date la vuelta —me susurró al oído y yo obedecí, embriagada de deseo y desconcierto, también. Me sentía como flotando, como si nada de eso me estuviese pasando realmente a mí.

Me coloqué boca abajo en la cama y Daniel se sentó a horcajadas sobre mi espalda. Comenzó a darme besitos y suaves lamidas en la oreja, mientras me desplazaba suavemente el pelo hacia un lado para despejarme el cuello y la nuca. Yo estaba totalmente erizada: sentía cientos de escalofríos por todo el cuerpo y no podía evitar gemir con cada beso.

—Cómo me encanta oírte gemir así, no sabes cómo me tienes…

Comenzó a bajar con las manos por toda mi espalda, a la vez que la besaba entera, hasta que por fin me agarró el culo con firmeza. Cuando sentí su lengua acercándose al inicio de mis glúteos, pegué un respingo: creo que nunca nadie me había lamido justo ahí, y sentía muchísimas cosquillas, pero pronto pasaron a resultarme agradables y me di cuenta de que Daniel parecía no tener suficiente de mí. Tener su lengua recorriendo partes que ni sabía que se podían estimular así era una sensación muy extraña, pero superplacentera. No podía evitar retorcerme de placer y gemir, deseando más y más de él.

Sin dejar de agarrarme la nalga derecha firmemente, lo vi acercar la otra mano a mi boca y meterme los dedos.

—Chúpamelos —dijo, y yo obedecí.

Cuando a él le pareció que los tenía lo bastante humedecidos, no tardó ni un segundo en llevarlos a la entrada de mi coño, y por fin los introdujo dentro de mí, a lo que yo respondí gimiendo de placer y muriéndome de ganas por más y más de eso que me estaba haciendo. Él parecía volverse loco con cada gemido mío, contestándome con el suyo propio, y disfrutando de la sensación de mi vagina apretándole los dedos mientras los iba moviendo dentro de mí. Creo que jamás había estado tan excitada en mi vida.

Así estuvo unos minutos más, hasta que por fin me pidió que me diese la vuelta. Cuando ya pude volver a verle bien la cara, capté en sus ojos una mirada terriblemente animal: nunca había visto a un hombre así de entregado y excitado, deseándome de aquella manera.

—Vamos a romper la maldición…, ¿me das permiso?

Sabía exactamente a qué se estaba refiriendo, y me moría de ganas a un nivel imposible de explicar con palabras. Yo estaba absolutamente entregada, excitada y con millones de ganas de saber cómo sería notar su lengua, pero por otro lado también me moría de vergüenza y de miedo. ¿Olería bien? ¿Me habría depilado correctamente? En esos momentos, una chica siente inseguridades hasta por el color de su vulva…, cuánto daño ha hecho la cultura del porno en esta sociedad, que ni siquiera podemos disfrutar del sexo sin pensar en estas tropecientas mil cosas y sentir esos complejos impuestos que, si no fuese por esas imágenes editadas y falseadas, jamás nos habríamos planteado.

Daniel me abrió las piernas mientras me besaba las rodillas y me acariciaba suavemente los pies, obligándome a abrirme un poco más para dejarlo entrar de lleno. Fue separándome los labios con los dedos, como si quisiese tener una primera visión general de lo que estaba a punto de devorar, y la expresión de su rostro me quitó todos los miedos de un plumazo.

—Qué preciosidad.

Su cabeza y su mirada felina desaparecieron entre mis muslos, y empezó a besar mi pubis bajando poco a poco, mientras con los dedos iba separando los labios mayores y dejándome totalmente expuesta para él. Cuando sus labios, suaves y húmedos, se posaron en mi clítoris…, pensé que me derretía ahí mismo y me convertía en sábana. Empezó lamiendo muy despacio, de arriba abajo, de abajo arriba, haciéndome estremecer con cada movimiento, y a la vez movía sus dedos dentro de mí, provocándome auténticos espasmos de placer. Tener su lengua recorriéndome el coño de esa manera era una sensación increíble, y me notaba cada vez más y más mojada.

Por primera vez en mi vida, realmente sentía que podía dejarme llevar y que si lo hacía llegaría al clímax.

—¿Te gusta así? —me preguntó Daniel, pero yo apenas podía hablar.

—Me está encantando… eres alucinante…

El ritmo de sus dedos y de su lengua se fue acompasando para darme placer a la vez y hacerme sentir un gusto que ni siquiera yo misma había podido conseguir jamás. Su forma de estimularme era como un baile perfectamente equilibrado entre firmeza, suavidad y humedad que me estaba desquiciando. Mi mente iba a tres mil por hora con tantas sensaciones a la vez, y sentía que me desvanecía.

—No pares por nada del mundo.

Y no paró. Y entonces me dejé ir completamente…

No quiero ser dramática, pero si hubiese muerto en aquel preciso instante, no me habría importado en absoluto. Acababa de experimentar el orgasmo más intenso, largo y placentero de toda mi vida. Y se me estaba yendo la cabeza por él.

Cuando empecé poco a poco a recobrar el aliento, Daniel subió para encontrarse con mi cara. Me daba dulces besos por la barbilla y por el cuello mientras me acariciaba el pelo con los dedos. Por fin lo miré, y le sonreí. Su cara de satisfacción por haberme hecho sentir algo que le dije que nunca había conseguido era alucinante. El verde de sus ojos se había aclarado, pero no por ello su mirada dejaba de ser tan intensa e inmersiva como siempre. Su barba, reluciente de mis propios líquidos, brillaba con aquella luz tenue que apenas nos iluminaba.

—Guau —dije, porque no sabía qué más decir.

—No sabes lo que me gusta esto. Quiero comértelo todos los días, por favor.

Nos reímos. Y de repente recordé que al día siguiente se volvería a LA y probablemente no nos volveríamos a ver jamás, o al menos en un largo tiempo.

Se recostó a mi lado sin parar de acariciarme y mirarme. Abrió la cama, que aún seguía con la colcha y las sábanas sin deshacer, para meternos dentro y taparnos, y la sensación de sus piernas entrelazándose con las mías, y su piel caliente fundiéndose con la mía me provocó un escalofrío de felicidad. Se sentía como algo tan íntimo y precioso que quise que aquella noche no terminara nunca.

Yo intenté tocarlo varias veces, pero no me dejaba, a pesar de que su objetivo de aquella velada ya se había cumplido, y yo estaba deseando corresponderle de la mejor manera que sabía.

—Esta noche es para ti, mi preciosa. Yo no tengo prisa por nada.

—Pero te vas mañana, y quiero que te lleves un buen recuerdo…

—¿Qué planes de domingo tienes? —me preguntó. La verdad es que no tenía ningún plan—. Genial, pues pienso secuestrarte hasta que ya me tenga que ir al aeropuerto sí o sí.

—Uuuf…, ten cuidado, te vas a enamorar —le dije, y soltó una carcajada.

—¿Y cuál es el problema?

Lo miré, incrédula. Hasta una romántica de veinticinco años como yo es capaz de entender que no se puede una enamorar de alguien en apenas cuarenta y ocho horas…, ¿verdad?

24

Buenos días, Daniel's way

—Ya sé que no soy neoyorquino, pero me conozco esto mucho mejor que tú, así que pienso llevarte a pasar un domingo perfecto en la ciudad.

—Ah, ¿sí? Y eso, ¿cómo es?

—Ya lo verás por la mañana. Ahora relájate y descansa…

Nos pusimos a hablar de mil cosas hasta que nos dejamos dormir abrazados. Me sentía tan segura y tranquila a su lado que me daba miedo, pero me moría por seguir disfrutando de todas esas maravillosas sensaciones, duraran lo que tuviesen que durar.

Los primeros rayos de luz fueron entrando por la ventana de la habitación, y abrí un ojo. Tardé unos segundos en darme cuenta de que estaba totalmente desnuda abrazada a un señor al que acababa de conocer, en una habitación de hotel. Lo observé. Su perfil me parecía increíblemente sexy, con la barba, la nariz grande, el cabello castaño, los tatuajes… Era tan distinto a todos los chicos con los que me había encontrado, tan maduro y seguro de sí mismo, pero a la vez encantador y nada arrogante. Quería conocerlo más aún, pero mejor no pensar en que apenas nos quedaban doce horas más

juntos. La Ana de Tenerife jamás habría hecho las cosas que la Ana neoyorquina había hecho ese fin de semana. ¡Qué locura! Pero también me parecía muy liberador estar experimentando tantas cosas guais por fin.

Intentando no despertar a Daniel, que parecía dormir como un bebé, busqué mi móvil en la mesilla y me encontré con varios mensajes. Uncle Andrew me preguntaba que si todo bien, y me sentí fatal por no haberle escrito para avisarlo de que pasaría la noche fuera… Le contesté inmediatamente añadiendo un emoji que guiñaba el ojo:

El chico que te conté consiguió mi número. Y tenías razón…, un hombre de verdad hace lo imposible por localizarte. 😉

Lo leyó sobre la marcha, y me dio pena pensar que probablemente se había quedado despierto preocupado por mí…

GUAU, darling! Eso es maravilloso, disfrútalo. Mantenme informado.

Decidí compartirle mi ubicación en tiempo real para que se quedara tranquilo.

También tenía varios mensajes de Alexia:

Nenaaa, me tienes seca de los nervios…
Necesito que me cuentes todo YA!!!

Seguro que te estás hartando de follar, jodida… Por eso no contestas, eh??? Jajaja. Escríbeme pronto!!!

Si no me contestas por la mañana, voy a llamar al 911. Y voy en serio!

Pobre mía, yo también estaría preocupada si mi amiga se desapareciese miles de horas después de haber quedado con un chico, pero es que soy un tremendo desastre con el móvil.

Amiga, perdónameeeeee, perdí totalmente la noción del tiempo. Estoy bien, GENIAL, estoy con Daniel en su hotel. Seguiremos informando…
Corto y cambio!

Ni dos segundos tardó en contestarme, y eso que eran las ocho de la mañana de un domingo.

WOOOW!!! Amazing, también tengo que contarte… Hablamos mañana en la ofi,

don’t worry.

¿Habría arreglado las cosas con Tyla? Ojalá que sí. De pronto recordé que no tenía nada de ropa para pasar el día, ni unas tristes bragas, salvo lo que llevaba esa noche.

Tíaaa, no tengo ni unas bragas limpias aquí y este chico quiere llevarme de brunch. Qué hago?

Amiga, estás en Nueva York, mándame tu ubicación y número de habitación.

Pero, loca, qué vas a hacer?

Tranquila, reina, te envío un repartidor con cosas.

Yo estaba flipando, lo de esta chica era vivir la vida en modo Premium, sin duda.

No sabía qué hacer, así que me puse a mirar mis redes. Hacía días que no subía nada a Instagram, y ni siquiera había llegado a contestar aquel DM de Kevin… ni me lo planteaba en ese momento. No sé, pero supongo que el hecho de que me hubiera comido entera un hombre al que parecía gustarle tantísimo tal y como era me

acababa de dar una perspectiva nueva de la vida y del amor. De repente, ya no sentía nostalgia por Kevin, sino más bien rabia. Al momento empecé a recordar episodios de nuestros momentos juntos, siempre escondidos en su casa, siempre un sexo rápido de metesaca sin más, siempre oculta… Y me sentí realmente enfadada. ¿Cómo había permitido que me tratase así durante dos años? ¿Por qué me había hecho sentir indigna de la atención y pasión con la que Daniel me había tratado desde que me vio por primera vez?

No es justo, ninguna chica merece eso… Así que decidí joderlo de alguna manera, aunque fuese a distancia. Si tanto me echaba de menos como decía, eso lo iba a molestar.

Saqué una foto de la ventana del hotel, sobre la que caía una fina cortina blanca translúcida, y por donde entraban unos rayos de luz dorados superbonitos que iluminaban la habitación. Pero en la foto no solo se veía la ventana, sino que se veía que estaba sacada desde la cama. Se veía también parte de mi pierna enredada entre las sábanas y, justo al lado, parte de la pierna peluda de un señor. No era una foto demasiado reveladora, pero si alguien se fijaba bien, se veía claramente que no estaba sola en aquella habitación, y eso era justo lo que buscaba. Oculté la story a todos mis contactos…, excepto a uno.

Daniel comenzó a desperezarse poco a poco, se giró hacia mí y una enorme sonrisa se asomó por debajo de su frondosa y cuidada barba. No tenía los dientes perfectos como de haber llevado aparato, pero los tenía bonitos y superblancos. Aquí en Estados Unidos parece que las carillas las regalan en el Target, por lo que me pareció muy guay que él, aun viviendo en la ciudad que más

importancia le da a la estética de toda Norteamérica, no hubiese sucumbido a aquella moda, ni falta que le hacía.

—Buenos días, preciosa.

Se acercó casi ronroneando como un gato, entrelazó su pierna con las mías, buscando el calor, y hundió la cara entre mi pelo, besándolo suavemente. No pude evitar cerrar los ojos ante esa sensación tan agradable. Su mano fue directa a agarrar uno de mis pechos, lo que me enloqueció al momento, y estaba tan cerca que noté algo duro apoyado en mi barriga.

—Mmm…, buenos días.

No dijo absolutamente nada, sino que se fue directo a devorar mi boca sin dar más explicaciones, y yo no tenía intención alguna de apartarme; era delicioso todo él incluso así, recién levantado. Su mano no dejaba de amasarme el pecho, sus dedos jugaban con mi pezón, pellizcándolo, y a cada gesto yo me retorcía de placer. Noté que me empezaba a mojar de nuevo y los latidos en el centro de mi cuerpo ya se hacían cada vez más intensos. Después de lo de esa noche, necesitaba sentirlo dentro de mí más que nunca, y no iba a dejar que me parase otra vez. Le correspondí acercando la mano a su miembro, que, efectivamente, estaba durísimo. Me alegré de que no tuviese una polla descomunal como la de Kevin, que era demasiado gruesa y solía dolerme en ciertas posiciones. Este Daniel…, ¿puede ya dejar de ser tan perfecto para mí? Me volvió loca su tacto, su dureza, su tamaño y su suavidad. Y no pude aguantar más.

—Te quiero dentro de mí, ya.

Un gruñido le nació en lo más profundo de la garganta. Sin dejar de besarme, comenzó a incorporarse para ponerse sobre mí y cogió

un condón de encima de la mesa. No sé en qué momento se lo había preparado, pero ahí estaba, y se lo puso mientras a mí se me caía la baba viéndolo así de caliente y duro. Y si hay algo que me vuelve loca en el sexo es la sensación de la primera vez que un hombre entra en mí, ese primer contacto de ambos sexos, ese primer abrazo íntimo, jugoso y caliente que se funde entre dos personas… es algo único, pero con Daniel parecía ser todavía más especial, porque me transmitía tanto deseo, era tan obvio que yo lo volvía tan loco como él a mí que me hacía sentir única. Y esto también se sentía único. Me enloquecía el sonido de sus gemidos, gruñidos y suspiros mientras me penetraba una y otra vez. Nunca entenderé a los hombres que se mantienen silenciosos durante el sexo, que se contienen a la hora de liberar lo que están sintiendo…, si tan solo supieran lo que a nosotras nos pone saber que les estamos gustando… Pero Daniel no parecía tener ningún complejo absurdo ni ningún interés en fingir indiferencia. Se dejaba llevar por cada sensación, se entregaba por completo, y me dejaba claro que estaba disfrutando de cada segundo, lo que a mí me ponía cada vez más.

—Madre mía…, estás tan mojada… Uuuf…

—Me vuelves loca, me moría porque me follaras.

—No sabes las ganas que tenía de tenerte así… De estar dentro de ti…

Me flipaba cómo me agarraba las caderas mientras me penetraba, amasando cada poro de mi piel, cada curva y cada rollito como si quisiese grabarse cada centímetro de mi cuerpo en la mente.

Y entonces decidió que iba a conseguir un segundo orgasmo de mí.

Me subió las piernas y se las apoyó en los hombros, elevándome así las caderas y consiguiendo exponer mi clítoris ante él, mientras estaba aún dentro de mí. Sin parar de penetrarme, se metió los dedos en la boca para humedecérselos y empezó a tocarme acompasadamente mientras me follaba. Yo me quedé boquiabierta ante tal espectáculo de pasión, y la hombría y sensualidad que rezumaba cada poro de su piel. Daniel estaba dispuesto a hacerme disfrutar de verdad, y no solo de boquilla. Parecía que para él no había placer si no conseguía dármelo a mí también, y eso también era algo nuevo para mí, por desgracia, pero más vale tarde que nunca.

Lo consiguió, y vaya si lo consiguió. A los pocos segundos de empezar a tocarme haciendo círculos con los dedos exploté de placer, y verlo gruñir a él a la vez, echando la cabeza hacia atrás, no hizo más que intensificar todas mis sensaciones.

—Por favor… —gimió, al tiempo que empezaba a bombearme cada vez más rápido y fuerte—. Estás tan apretada y húmeda que me muero…

Pocos segundos después, él también se corrió dentro de mí.

Caímos exhaustos sobre la cama, y poco a poco fuimos recuperando la respiración, cuando de repente sonó el teléfono.

—¿Señor Brown? Tenemos aquí a un repartidor con algo para usted. ¿Se lo subimos a la habitación?

—¿Un repartidor? No he pedido nada que yo recuerde…

Enseguida caí en la cuenta.

—Ay, Daniel, es para mí.

—Ah, ¿si? Ah, vale, pues sí, súbanmelo, por favor.

Era el repartidor que me había enviado Alexia y venía con una bolsa de deporte lleno de ropa nueva en mi talla. Desde luego, aquella mujer nunca dejaba de sorprenderme… Dentro de la bolsa de deporte había un conjunto de chándal gris, dos tops, un jersey de punto, una falda satinada, unas bailarinas, algo de bisutería, un perfume, un desodorante, bragas nuevas, enseres de baño y skincare, e incluso algo de maquillaje y cosas para peinarme… No sé cómo lo había hecho, pero me había preparado el bolso de fin de semana perfecto.

—Es mágica esta mujer… Le he dicho que íbamos a pasar el domingo por ahí y que solo tenía la ropa de anoche, y me acaba de enviar todo esto.

—Guau, eso sí que es una buena amiga… No me extraña que Tyla esté tan loca por ella —dijo.

Lo miré sorprendida.

—¿Tú lo sabías?

—Claro, todo el mundo en LA conoce la historia de estas dos… Y te recuerdo que trabajo con Tyla, así que, sí, me sé la movida completa. Y ojalá que estén ahora mismo juntas arreglando las cosas…

—Me lo contó anoche en su casa…, yo no tenía ni idea. Creo que puedo ayudarla, aunque no sé, ya me contará mañana. Pero sí, creo que hoy están pasando el día juntas ellas también…

—Dudo de que lo estén pasando tan bien como nosotros… —Y se volvió a besarme de nuevo entre risas—. Quiero ducharme contigo.

Pfff…, aquel hombre me iba a traer problemas, lo presentía. No se podía ser tan perfecto, pero desde luego estaba dispuesta a averiguarlo mientras lo disfrutaba al cien por cien.

25

El domingo neoyorquino perfecto

Por supuesto que también era la primera vez que me duchaba con un chico… Y qué bonito me pareció. A pesar de que estuvo duro todo lo que se alargó la ducha, en ningún momento quiso aliviarse. Me enjabonaba despacio, como observándome bien, nos besábamos bajo el agua tibia, me ayudó a lavarme el pelo también y era tan dulce y delicado que me sentía en una nube. No faltaron los abrazos, que, desnudos, mojados y llenos de jabón se sentían todavía más especiales. Quería fundirme en el vapor de aquella ducha para siempre…

Cuando por fin nos terminamos de duchar, me puse el albornoz del hotel (que, aunque no me cerraba del todo, no estaba tampoco mal), me sequé y adecenté un poco el pelo, me maquillé de forma natural con lo que me había enviado Alexia y salí del baño un buen rato después. Tenía miedo de haberlo hecho esperar demasiado, pero solo me miró y me dijo:

—Estás más bonita aún por la mañana.

Si su objetivo era enamorarme para luego romperme el corazón yéndose a su ciudad, lo iba a conseguir, y yo estaba tirándome por

aquel precipicio de cabeza y sin frenos. Él también estaba guapísimo con el pelo ligeramente húmedo y la barba arreglada. Por primera vez lo vi vestido de otro color que no fuese negro. Yo no sabía si ponerme el chándal o el otro look, un poco más arreglado, pero Daniel decidió por los dos, porque cuando salí del baño llevaba un pantalón gris de chándal, una camiseta blanca que se le ajustaba genial al cuerpo, su icónico pañuelo al cuello y unas zapatillas deportivas.

—Los domingos son día de chándal, belleza.

—No puedo estar más de acuerdo.

Salimos a la calle por fin y el día no podía estar más bonito. El cielo estaba totalmente despejado, de un azul espectacular; el sol brillaba y calentaba tanto que la temperatura no parecía la adecuada de finales de septiembre, aunque tampoco hacía un calor excesivo, solo el suficiente para permitirnos ir en camiseta y estar a gusto.

—Un buen día neoyorquino, querida Ana —dijo mientras me pasaba un brazo por encima y me arrimaba hacia él—, empieza por un buen bagel. ¿Sabes lo que son?

—Ayyy, me encantan los bagels. Aunque todavía no he podido comerme uno en condiciones, auténticamente neoyorquino.

—Pues eso hay que solucionarlo, pero ya, si no nunca te darán la ciudadanía.

Hizo el gesto de llamar a un taxi que justo pasaba por nuestro lado, pero después dudó.

—No, de taxis nada. Hay que vivir el metro de Nueva York.

Esa mezcla de niño rico, con su ropa de marca y sus restaurantes caros, pero con ganas de vivir la cotidianidad del habitante medio de

Nueva York, me pareció muy atractiva. Al fin y al cabo, yo me identificaba más con eso que con los grandes lujos.

Cogimos el metro al salir del hotel y nos dirigimos hacia Midtown, probablemente la zona más turística de Manhattan y que yo aún no había visitado. La primera parada fue en Easy Bagel, una tienda de bagels de las miles que hay en la ciudad, y que según Daniel eran de los mejores que había probado, aunque fuese un lugar bastante turístico.

—Vale, tienes que probar el *everything bagel* y el clásico de NYC.

—Ok, ¡me fío de ti! —respondí.

Daniel parecía emocionado, como un niño que está deseando enseñarme todo lo que sabe sobre la ciudad, y eso me enternecía.

El *everything bagel* llevaba una especie de condimento a base de cebolla, ajo, sésamo y sal por encima del pan en sí, y lo pidió relleno de crema de queso con cebollino. El otro, en pan de bagel normal, llevaba salmón, queso crema, alcaparras y tomate, y era el sabor clásico de Nueva York. Los pedimos para llevar junto con dos cafés y nos dirigimos hacia Bryant Park, un parquecito muy mono que está en la zona más céntrica de Manhattan y que, por lo visto, también es visita imprescindible si estás aquí. Nos sentamos en uno de los banquitos a comernos nuestros desayunos, que, por cierto, estaban deliciosos, y no parábamos de charlar, comentarlo todo y reírnos.

Daniel tenía un humor bastante sarcástico que me encantaba, y yo intentaba seguirle el rollo todo el tiempo, aunque siempre hay algunos detalles que se quedaban atrás en la traducción. Sin embargo, cuando no entendía algo me lo explicaba muy amablemente. Yo también le conté mil cosas y, como siempre, parecía superinteresado en escucharme y en saberlo todo sobre mí.

Hablamos durante al menos una hora allí sentados, sobre nuestros gustos de todo tipo…, descubrí que él era más de películas, y yo, de series; nos hicimos muchas recomendaciones mutuamente y prometimos verlas todas y comentarlas. Y entonces decidí abordar el elefante en la habitación.

—¿Crees que seguiremos en contacto, aunque te vayas mañana? —le pregunté.

No podía evitar sentir algo triste en mi interior.

—¡Claro! ¿Tú no quieres?

—Claro que quiero…, pero entiendo que sea complicado.

—Me encanta hablar y estar contigo, Ana; has sido todo un descubrimiento para mí, de verdad. Me cuesta mucho conectar con la gente, y contigo ha sido todo tan fácil desde el primer momento que no me gustaría que esto se quedara así…, pero si lo que quieres es que definamos esto ahora, no puedo definirlo.

—No, ¡no es eso! Yo tampoco sabría definirlo, pero no te voy a negar que me encantaría seguir viéndote y hablar contigo…

—Pues seguiremos haciéndolo, no te preocupes por eso. Pero el día aún no se ha acabado, así que sigamos disfrutándolo.

Y decidí que sí, que yo tampoco estaba preparada para ponerle nombre a lo que había ocurrido ese fin de semana, solo debía disfrutarlo con los ojos cerrados y el futuro… ya se vería.

Las horas pasaron entre paseos y risas compartidas, era como estar con un amigo especial de toda la vida, y compartíamos tantas cosas que había algo incluso familiar entre nosotros. A su vez, éramos incapaces de estar sin tocarnos, sin besarnos, sin abrazarnos… Yo lo sentía tan bonito y especial que parecía volar a su lado. A eso de las ocho de la tarde, ya empezaba a atardecer en

Nueva York: el cielo se había teñido de miles de colores y las luces de la ciudad titilaban y se iban encendiendo poco a poco.

—Quiero que te quedes conmigo esta noche otra vez —me dijo mientras me miraba de esa forma que solo sabía hacer él.

—Gracias a Alexia tengo bragas limpias…, así que por supuesto, encantada.

Echó la cabeza hacia atrás para reírse, y volvió a cogerme la cara entre las manos y me besó dulcemente. El poder que tenía de calentarme el cuerpo entero en segundos era increíble, así que yo también deseaba volver al hotel con él.

Pasamos prácticamente toda la noche comiéndonos, tocándonos, follando, lamiendo y disfrutando de todos los placeres posibles que se pueden dar entre dos cuerpos, y perdí la cuenta de cuántas veces fui capaz de llegar al éxtasis en sus manos.

—Te voy a ser sincera…, un tío como tú, que habrá estado con mil modelos y tías perfectas…, ¿cómo es que te gusta alguien como yo? Me lo llevo preguntando desde que nos conocimos en el evento del viernes.

—No puedo creer que pienses así de ti misma: ¿qué se supone que significa «alguien como tú»? —dijo, al tiempo que me daba un beso en la punta de la nariz—. No eres consciente de lo preciosa que eres. Te crees, o te han hecho creer, que tu cuerpo no es perfecto, y te lo has tragado. Pero no es verdad, y estoy segurísimo como hombre de que no soy el único al que le encantan las mujeres como tú, tal y como eres. Para mí eres espectacular, y desnuda, mejor todavía.

—Eso se lo dirás a todas… —Me reí para quitarle tensión e importancia al asunto.

—Pues probablemente sí, a todas con las que me he acostado. Porque solo me acuesto con mujeres que me gustan de verdad, y no tengo un tipo concreto, mi intuición es la que trabaja por mí. Si alguien me atrae, me atrae y punto, es algo que no puedo controlar, y eso pasa por un cúmulo de características, no por una sola…, ¿me entiendes?

—Sí, creo que te entiendo…

—Pero es que además a mí, concretamente, las mujeres con curvas son las que más me gustan. Es difícil encontrar a alguien como tú en Los Ángeles. Una chica natural, que no se haya operado nada todavía, que no intente aparentar nada… Desde que te vi me encantaste, Ana, de verdad. No digo que esté mal que las mujeres hagan lo que quieran con su cuerpo, que conste, pero a veces siento que se está perdiendo la autenticidad de cada una.

—Es terrible cómo nos afecta la presión estética…, especialmente a quienes están frente a las cámaras.

—Exacto, por eso no las juzgo, y son preciosas igual, pero me da pena que sientan que nunca son suficientes, que se sientan como lo haces tú cuando dices que no entiendes por qué me gustas si eres gorda, ¡menuda tontería! Y como hombre me siento mal por ser, en parte, culpable de que esa presión exista. Soy consciente de que somos parte del problema.

Guau, dicen que las personas a veces llegan a tu vida con una función, sin saberlo, y que una vez la cumplen, su cometido ahí contigo ya está hecho. Quizá Daniel había llegado a mi vida para enseñarme que sí era merecedora de ese mismo deseo, adoración, respeto y admiración que otras chicas recibían, pero a mí nunca me llegaba. Y también para demostrarme que hay hombres que se

cuestionan, que son conscientes y que realmente buscan mejorar el mundo. Y ahora que, además, me había mostrado cómo de maravilloso puede ser el sexo y la intimidad con alguien que te ve como una diosa, quizá su aportación a mi vida fuera esa y estuviera llegando a su fin. Y por supuesto que eso me hizo sentir triste, porque Daniel tenía algo que enganchaba totalmente, y sabía que lo echaría de menos, pero también me hizo sentir tan validada y reafirmada en mí misma que sentía una renovada sensación de felicidad y agradecimiento hacia él.

—No sé si eres consciente de que no solo has conseguido romper una maldición, o varias de ellas…, sino que también me has hecho darme cuenta del trato que merezco de los hombres.

—No creas que la idea de imaginarte ahora con otro hombre me hace mucha gracia… —dijo, al tiempo que esbozaba una sonrisa—, pero entiendo lo que quieres decir, y me enorgullece mucho que yo te haya enseñado eso… No mereces sino que te traten como la diosa que eres, y si no soy yo, habrá quien lo haga muchísimo mejor.

—Prométeme que volveremos a vernos pronto…

—No puedo estar más seguro de ello, preciosa.

Pronto el sueño y el cansancio llegó, y dormimos abrazados hasta que se tuvo que ir al aeropuerto y yo debía volver a casa. Era lunes y tenía la defensa online de mi Trabajo de Fin de Máster de la universidad. Nos fundimos en miles de besos y nos mirábamos con tristeza, porque a los dos nos daba mucha pena despedirnos.

—Me lo he pasado increíble este finde contigo, Ana, de verdad.

—Y yo también…, lo sabes.

—Volveremos a vernos muy pronto.

Solo esperaba que eso fuese verdad, porque apenas se acababa de ir y yo ya me moría por seguir comiéndomelo a besos.

Cuando por fin estuve lista, salí de la habitación del hotel y me pedí un úber para volver a casa. En un rato serían las tres de la tarde en España y mi videollamada con la universidad estaba programada para las tres y media. Lo peor era que, con tanto trajín el fin de semana, no había podido prepararme nada, pero confiaba en mi preparación previa, así que no estaba especialmente nerviosa…, y en mi cabeza solo estaba la imagen de Daniel una y otra vez.

26

Vuelta a casa

A pesar del terrible tráfico de las calles de Manhattan, conseguí llegar a casa a tiempo para la videollamada. Le envié un mensaje a mi tío para que supiese que ya estaba por allí, preparé mis apuntes y la presentación de PowerPoint y me senté con mi portátil a esperar que empezase la reunión. Por fin vi cómo se conectaba mi tutor del máster.

—Ana, ¿qué tal todo?

—Genial, aquí ando por Nueva York como les conté en el último email… —empecé a decir, pero no me dejó terminar.

—Vale, te cuento, hay un problema con eso. El tribunal ha considerado que no sería justo para el resto del alumnado que tú hicieses la defensa de forma remota, porque todos los demás están obligados a hacerla presencialmente.

—Pero es que estoy en Nueva York…

—Lo sé, y les he intentado explicar que en este caso sería lo más lógico, porque estás muy lejos…, pero nada. Son muy intransigentes, Ana.

—¿Qué me quieres decir?

—Pues que, sintiéndolo muchísimo, porque a mí también me parece una soberana estupidez por parte del tribunal, si no vienes aquí a hacer la defensa no podrán aprobarte. Al menos han aceptado darte un margen de un mes, teniendo en cuenta la distancia y los precios de los vuelos… Lo siento muchísimo, Ana.

—¡Me parece increíble! En pleno 2025, ¿qué más dará que la haga desde casa?

—Te entiendo y de verdad que te doy toda la razón, pero no he podido hacer nada más —se disculpó.

Se le notaba visiblemente enfadado, y yo me moría de la rabia y la impotencia en ese momento.

No tenía solución, debía viajar a Tenerife específicamente para eso.

En la agencia me habían dado la mañana libre para esta videollamada, tras la cual pensé que acabaría dándoles a todos la gran noticia de que ya por fin tenía mi título de máster, pero como ya había terminado decidí ir a la oficina y así poder explicarles a Alexia y a Emma la situación, en persona. Toda la felicidad y emoción que tenía tras el maravilloso fin de semana que acababa de vivir se me fue de un plumazo ante tremenda cagada por parte del tribunal del Máster… ¡Qué impotencia, de verdad! Me parecía tremendamente injusto.

—Bueno, Ana, *darling*, piensa que al menos nosotros tenemos recursos para que puedas ir y volver sin problemas, y de paso te das una vuelta por tu casa, compruebas que esté todo bien, visitas a tus amigas allá… ¡Míralo por el lado bueno! Incluso podrías aprovechar para traerte más cosas de las que se te hayan quedado en casa.

Uncle Andrew era siempre tan optimista… y, bueno, tenía razón. Mi principal inconveniente era tener que pedir el permiso en el trabajo, que me daba muchísimo apuro ya que apenas llevaba unas semanas allí, pero al menos tenía dinero para los vuelos, tenía mi casa en la isla… No me quiero imaginar si esto se lo hacen a algún alumno que no tenga la misma suerte que yo.

Llegué a la agencia vestida con el jersey de punto y la falda midi satinada que la propia Alexa me había hecho llegar al hotel donde había dormido con Daniel.

—Alguien no ha pasado por su casa en todo el findeee… —canturreó Alexia.

—¡Shhh! Calla, qué vergüenza si se enteran aquí…

—Tía, por favor, ¡estoy deseando que me lo cuentes todo! Vámonos a la cafetería de abajo.

—Espera, antes necesito hablar urgente con Emma y contigo, ha surgido un pequeño inconveniente.

—Uy, ¿y eso? ¡No me asustes!

Fuimos juntas a la oficina de Emma y ahí estaba la jefa, majestuosa y elegante como siempre, sentada a su mesa gigante acristalada.

—¿Se puede?

—Claro, chicas, ¿qué ocurre?

—No tengo ni idea, Ana quiere hablar con las dos.

Estaba nerviosa por si me decían que no, pero nada más lejos de la realidad. Les expliqué lo que había pasado con el máster y que necesitaba unos días para volver a casa y hacer la defensa presencial.

—Pero, Ana, por favor, ¡me habías asustado! Claro que no pasa nada. Puedes tomarte el tiempo que necesites, y más aún después del trabajo tan espléndido que hiciste en el evento de Huda.

—Por favor, si yo solo ayudé en un par de cositas…

—Sí, pero lo hiciste perfecto, así que ve a terminar ese asunto pendiente y a la vuelta hablamos de cómo darte más responsabilidades.

Alexia me miro sonriente y empezó a aplaudir y dar saltitos. ¡Así que alguien le había estado hablando muy bien de mí a la jefa! Tenía la suerte de mi vida con esta mujer…

—Muchísimas gracias, Emma, de verdad; voy a mirar vuelos y te digo cuándo me voy, ¿vale?

Me quedé tan tranquila que sentía que me había quitado un peso de encima de repente.

Alexia y yo bajamos a la cafetería que estaba tan solo a una calle de nuestra oficina, y por supuesto en el paseo le actualicé todo sobre el maravilloso fin de semana de pasión que acababa de pasar con Daniel.

—Guau, tía, no me puedo creer que te hayan comido el coño por primera vez hace un día. ¿Con qué clase de tíos habías estado antes?

—Exactamente las palabras de Daniel…

—Es que, chica, imagínate que me pasa a mí eso…, ¡me muero! Que te lo coman es lo mejor que hay, como bollo te lo digo, nena.

—La verdad es que fue todo increíble…, ahora el problema es que no sé cuándo lo volveré a ver…

—Tranquila, estoy segura de que hay fórmulas. Tyla y yo hemos decidido trazar un plan y cumplirlo a rajatabla para vernos,

llamarnos y conseguir trabajar en nuestra relación, aunque sea a distancia, por el momento. Y estoy decidida a hacer que funcione, porque la amo de verdad, Ana…

—Ay, tía, ¡qué bonito! Entonces este finde os ha servido para volver a conectar…

—Totalmente, amiga, le he contado que tu tío me va a ayudar a poner en orden todo el tema de las finanzas y que en poco tiempo conseguiré tener la suficiente independencia de mi familia como para poder enfrentarme a ellos…, pero al menos que me pongan el piso de Tribeca a mi nombre. ¡Ese es mi principal objetivo ahora mismo!

—No sabes cuánto me alegro…

Realmente estar enamorada ilumina a las personas… Si ya de por sí Alexia era pura luz, ahora tenía un halo totalmente renovado de ilusión, y lo que más feliz me hacía era poder ayudarla a través de mi tío, especialmente con todo lo que me había ayudado ella desde que había llegado a la ciudad… Así que se me ocurrió una idea:

—Tía, ¿cuánto hace que no te coges unas vacaciones?

—Pues no tanto, en agosto solemos estar muy tranquilos en la agencia y pude irme unos días a los Hamptons…, ¿por qué?

—Pero estoy segura de que los Hamptons los tienes ya muy vistos… ¡Vente conmigo a mi isla! Solo será una semanita y te va a encantar.

—¿Estás loca? Emma me mata si la dejo sola una semana.

—Pero quizá podrías sacar algo de trabajo en remoto desde allí… y de paso hacemos algo de turismo. ¡Inténtalo, venga!

—Ay, tía, me encantaría… ¡Aquello tiene que ser de lo más bello! Venga, cuando sepas las fechas exactas, lo consulto.

Pensé que, aunque Alexia estuviera acostumbrada a alojarse en los mejores hoteles del mundo, mi casa en mi pequeña isla no estaba tan mal y estaba segura de que podríamos pasarlo genial por allá… Además, así no tendría que enfrentarme a volver a mi pasado completamente sola. Me daba miedo pensar en volver a entrar en mi casa ahora que mi madre ya no estaba allí; al menos con ella cerca sabía que estaría bien, y protegida.

Durante todo el día, Daniel había estado superpendiente de mí, preguntándome por el tema del máster y demás, y estaba deseando llegar a casa para llamarnos y hablar tranquilamente. En cuanto llegué, sobre las ocho de la tarde, me duché, me puse un conjunto cómodo, me tumbé en la cama y nos llamamos; estuvimos hablando por videollamada durante dos horas.

—Te echo de menos ya… Ojalá pudiera estar ahí contigo —dijo Daniel, que parecía estar igual de ilusionado que yo por lo que habíamos vivido ese finde, y no dejaba que tuviese ningún tipo de dudas.

Durante toda la conversación, la primera que teníamos a distancia, no paraba de decirme lo muchísimo que le había gustado conocernos, lo bien que se lo había pasado… Hablábamos sin parar de miles de cosas, como sedientos de saberlo todo el uno del otro, y eso era maravilloso. Le conté mis planes de llevarme a Alexia conmigo a Tenerife, y le pareció una gran idea.

—Me muero de la envidia, a mí también me vendrían geniales unas vacaciones contigo en una isla…

—Podemos volver juntos, si quieres… Creo que te va a gustar.

—Ahora mismo me iría a donde fuese si supiera que tú ibas a estar allí también.

—Jo…, pues estás tardando en volver a Nueva York…

—En cuando vuelvas de ese viaje a tu isla ponemos fecha para vernos, ¿te parece?

No podía parecerme mejor; apenas habían pasado unas horas desde la última vez que lo había besado y ya me moría de ganas por volver a hacerlo, y parecía que él también. Si algo teníamos claro es que una relación a distancia no entraba en nuestros planes. El fin de semana había sido precioso y por supuesto que estaba deseando verlo de nuevo, pero acababa de llegar a Nueva York y, después de lo vivido los últimos días, lo único que quería era seguir descubriendo todo lo que esta ciudad podía ofrecerme, divertirme, conocer gente y no rayarme por un tío, la verdad… Sin embargo, no podía evitar sentir que había encontrado algo especial con él.

Tras colgar con Daniel me puse a mirar vuelos y fechas para irme (irnos) a Tenerife, y encontré una combinación que estaba muy bien de precio y nos convenía por fechas, así que al cabo de dos semanas estaría unos días de vuelta en mi islita, y por fin podría terminar el máster y volverme al que ya empezaba a sentir como mi nuevo hogar. De repente, el teléfono empezó a sonar: era Alexia.

—¡Emma me ha dicho que sí! Que mientras le prometa unos mínimos, y nos vayamos durante el mes de octubre, puedo acompañarte a Tenerife y hacer algo de trabajo desde allí… ¡Nos vamos!

—¡Ayyy! ¡No sabes la alegría que me da! Justo estaba mirando vuelos y… —dije, pero no me dejó terminar.

—Ah, no, de los vuelos me encargo yo. ¡Ni muerta voy a viajar tantas horas en turista! ¿Estás loca?

Ilusa de mí, a veces se me olvida que Alexia vivía en la versión megapremium de la vida.

—Eres mucho…, pero, vale, ¡vamos a darnos el capricho!

—¡Qué emoción! Estoy deseando que me lo enseñes todo.

Justo dos semanas después nos embarcábamos juntas hacia mi Tenerife querido… y hacia mi pasado.

27

Tenerife tiene seguro de sol

Después de casi doce horas viajando entre esperas en el aeropuerto, escalas y demás, por fin llegamos a casa. Alexia, como era de esperar, parecía que se venía aquí a vivir un mes: llevaba dos maletas gigantes y una de mano, aunque no me quejaré porque eso significaba tener a quien robarle bolsos y complementos fabulosos. Yo me traje una maleta grande casi vacía, para poder cogerme ropa y cositas que me había dejado la otra vez y que me gustaría poder utilizar en NYC, y con eso tenía suficiente. La brisa fresca y las nubes que suelen estar presentes en el aeropuerto de Tenerife Norte nos recibieron, y el aire realmente se sentía diferente aquí.

—No te asustes por este tiempo, ¡en esta isla verás un montón de microclimas distintos en el mismo día! Aquí casi siempre está así nublado, pero ya verás que donde yo vivía hace más solecito.

—¡Ay, qué ganas tengo de verlo todo!

La emoción de Alexia era contagiosa, y me alegraba mucho de haber venido con ella, porque no me apetecía en absoluto encontrarme con mi casa vacía y enfrentarme a todo eso sola. Mi madre y yo vivíamos en un piso pequeño, pero con una bonita

terraza en una zona llamada Radazul, que está pegada al mar y donde siempre suele brillar el sol. Yo amaba vivir ahí, respirando la brisa marina cada mañana, y tan solo me quedaba a veinte minutos en coche del Seaside, donde trabajaba. Me apetecía también llevar a Alexia allí y presentarle a mi jefe y mis excompañeros, aunque también me daba como mal rollo volver a ver el sitio donde tantos recuerdos tenía de Kevin, especialmente el último. Pero, bueno, ahora me sentía una mujer totalmente diferente y estaba segura de que no me supondría ningún problema volver a pasarme por allí, aparte de una pequeña punzadita en el corazón por lo que pudo ser y nunca fue.

Llegamos a mi urbanización y, efectivamente, el tiempo era mucho más cálido y agradable que en la zona del aeropuerto.

—¡Ay, tía, el mar! ¡Es precioso! Es todo tan distinto de los Hamptons o la costa oeste… ¡Es como de otro color!

Alexia se había estudiado un montón de datos sobre las islas Canarias y me estaba contando cosas que ni yo sabía. Sobre cómo se habían formado, el origen de los nombres… Me parecía graciosísimo verla así de contenta.

—Aquí nada de hoteles de cinco estrellas, quiero conocer restaurantes pequeños y locales y calitas escondidas… Y no te preocupes, que no pondré la localización de ninguna en Instagram. ¡Te prometo que voy a ser un ejemplo de turista perfecta!

Hasta se había informado sobre la situación con el turismo aquí y lo afectadas que están las islas por el nefasto modelo de negocio actual. Una cosa que me encantaba de ella es que, a pesar de ser increíblemente privilegiada y rica, y haberse criado en el más absoluto de los lujos, era una mujer superconsciente de la

problemática social en general, era muy crítica con su propio país, odiaba a Trump y se rebelaba continuamente contra todos los estereotipos que se podían esperar de una chica como ella, que venía de donde venía. Para mí era un regalo de la vida haberla conocido: todos necesitamos a gente a nuestro alrededor que se esfuerce cada día por hacer de este mundo hostil un lugar mejor para todos, que siempre esté en evolución y aprendizaje constante y que contagie a todos con su alegría de vivir, sin perder de vista las cosas que se tienen que mejorar. Era una auténtica *girl's girl*, con la que siempre se podía contar y para la que no existían envidias ni toxicidad.

Entrar en mi casa después de lo que a mí me parecía una auténtica eternidad fue extraño. Mi casa conservaba todavía nuestro olor: el de mamá y el mío, incluso aunque yo ya no oliera así porque antes lavaba la ropa con el jabón del Mercadona y ahora usaba uno que se llamaba Tide. Además, no me había llevado a NYC ninguno de mis antiguos perfumes porque había visto un tiktok de una chica que decía que cuando viajases a un nuevo destino estrenases una fragancia, y así cada vez que olieses ese perfume te recordaría para siempre ese viaje. Sin embargo, de alguna manera, ese olor éramos nosotras, era familiar. No pude evitar sentir que se me formaba un nudo en la garganta, y los ojos se me empaparon de lágrimas. Alexia, de alguna forma, entendió lo que me pasaba y tan solo me abrazó.

—Estoy bien, es solo que… Volver aquí después de todo lo que ha pasado…

—Te entiendo querida, no te preocupes, es normal…

Me enjugué las lágrimas y sonreí.

—Ven, que te enseño la casa.

Nuestro piso no era grande, pero estaba genial para mi madre y para mí. Teníamos dos habitaciones, un baño y un aseo, y lo mejor sin duda era la terraza, que era lo suficientemente grande como para encajar una mesa con algunas sillas y una hamaca donde tomar el solecito. Las vistas eran preciosas, al mar y la montaña, y cuando era pequeña solía estudiar siempre mirando al atardecer; nunca quería estar dentro y perderme algo tan precioso.

—¡Me encanta todo! ¡Es tan *cute*! —exclamó Alexia, que parecía encantada.

Durante los primeros días que estuvimos allí, recorrimos casi todos los puntos de interés más relevantes: el Teide, un montón de playas, mis pueblos favoritos… Y sobre todo comimos divino. Como buena guiri, Alexia ya había desarrollado una adicción a las papas con mojo, aunque confesaba que le sentaba fatal una salsa tan fuerte y picante, pero igualmente se ponía fina a diario de este plato. También estaba encantada con los Munchitos, las ambrosías Tirma y el refresco Clipper, productos que representan la canariedad como nadie. Tiene gracia que, cuando una va a Estados Unidos, flipa con todo lo que hay para comer y las cosas tan locas que inventan, pero olvida que a ellos les pasa lo mismo cuando vienen aquí. Además, nos estaban cuadrando unos días realmente preciosos, de esos en los que el sol brilla con intensidad, pero la temperatura es agradable, y los atardeceres son más bonitos que nunca. No cabe duda de que esta es mi época favorita en mi tierra, el otoño. Y ahora que lo pienso, es la mejor época también en Nueva York, donde Central Park se llena de alfombras de hojas amarronadas, se lucen las primeras chaquetas y se ambientan las mejores historias de amor

del cine, como algunas de mis películas favoritas: *Cuando Harry encontró a Sally*, *Kramer contra Kramer* o *Desayuno con diamantes*. Todas recogen de una manera preciosa el otoño en esa ciudad y son las culpables de que siempre haya idealizado tanto la vida allí. Ahora que era un sueño hecho realidad, y aunque estaba pasando unos días bonitos en casa con Alexia, no veía la hora de volver a la ciudad. Pero antes tocaba dejar ciertos problemas resueltos, como el máster.

Por fin se estableció fecha y hora para defender mi Trabajo de Fin de Máster tal y como el dichoso tribunal quería. Con tanto cambio, mudanza, etcétera, yo estaba totalmente desconectada de los estudios, por lo que repasarlo todo y prepararme la presentación que debía hacer se me estaba haciendo un mundo. Por suerte, Alexia era superindependiente y por las mañanas, mientras yo me preparaba la defensa, ella se iba a la playa sola o incluso a hacer compras. Me encantaba además cuando regresaba después de unas horas totalmente fascinada por cosas que para mí pasaban bastante desapercibidas.

—Tía, he ido al centro comercial ese que me dijiste ¡y he descubierto unas tiendas! Bershka, Stradivarius…, y encima superbaratas.

—¿En qué momento hemos sustituido Miu Miu por Inditex, tía? —le pregunté, meándome de la risa.

—Probablemente si estas tiendas existiesen en Estados Unidos ahora, no tendría que inventarme un plan con tu tío el asesor financiero para poder independizarme económicamente de mi familia —respondió, riendo también a carcajadas.

La preparación de lo del máster se me estaba haciendo bola, pero sabía que era totalmente necesario terminar con esto y conseguir mi título para poder comenzar con los trámites de homologación y conseguir la Green Card, si pensaba quedarme trabajando legalmente en Estados Unidos, lo cual era mi objetivo en ese momento. Gracias a mi tío y a Emma tenía ciertos contactos que podían facilitarme muchísimo las cosas, pero debía terminar mis estudios igualmente.

Otra cosa con la que estaba absolutamente alucinando nuestra querida Alexia era con la cantidad de chicas guapas que había en la isla, según ella. Debajo de casa hay una piscina natural bastante guay a la que había estado yendo estos días. Allí solía ir mucha gente joven como nosotras, así que supongo que sí, que habría mucha cantidad de personas guapas en general.

—Y ya sé que todavía estás ensimismada con el fotógrafo, pero también hay mucho material masculino para observar, ¿eh? A ver si acabas esto ya y salimos a mirar.

—¿Pero tú no estás enamorada hasta las trancas? ¡Pedazo de golfa!

—Amiga, que una haya elegido plato no significa que no pueda deleitarse con el resto el menú…

Lo que les decía, completamente loca.

—Te prometo que en cuanto acabe con esto nos vamos de fiesta a celebrar.

Efectivamente, la presentación de mi TFM sería el viernes, así que me quedaría el fin de semana para enseñarle a mi americana cositas de la noche canaria, y sobre todo para poder disfrutar yo también de unos días de playa y diversión, que al fin y al cabo me los merecía.

De pronto recordé mi último intento de salir de fiesta aquí… Todavía me dolía el plantón que me habían dado las chicas y, sobre todo, que no se hubieran dignado a mandarme ni un mensaje de disculpas ni una explicación, pero me contestaran a todas las stories que subía desde Nueva York… Se me ocurrió entonces subir una story desde mi terraza, y hacerles saber a todas (y a él) que estaba de vuelta por unos días, a ver qué pasaba. Efectivamente, las reacciones no se hicieron de esperar.

Tía…, estás por aquí???
Vamos a quedar este finde!

No me explico cómo se puede tener tanta cara…, no lo entiendo, pero decidí ignorar la situación igual que hacía ella, y le contesté que sí, que estaba aquí unos días.

Nos sentimos fatal por lo que pasó la última vez y nos encantaría verte y pedirte disculpas.

La verdad es que nunca entenderé por qué me dieron plantón así…, sin más. Y encima luego me ignoraron cuando me fui del chat.

Pensé que Ali te había escrito… después me enteré de que no, y ya te habías ido… Y

como que pasó el tiempo.

Yo no entendía nada…, jamás se me ocurriría herir así los sentimientos de una supuesta amiga y dejar pasar el tiempo sin darle, al menos, una explicación.

Alexia estaba boquiabierta ante la situación, de la que lógicamente yo ya le había informado.

—¿Sabes qué te digo? Vamos a quedar con ellas, quiero conocerlas y ver las caras que van a poner cuando vean el pedazo de glow up que has dado en este tiempo, y sobre todo cuando vean el bolsazo que te voy a prestar para la ocasión…

—¿En serio? Pfff…, no sé si me apetece verlas sabiendo del palo que van. Pero, bueno, aunque tarde, al menos Elena me ha ofrecido una medio disculpa. Y sinceramente, yo también quiero presumir, pero de ti, de una amiga de verdad.

—Pfff…, cuando me vean a mí van a flipar, esas arpías no han visto a una lesbiana con tanto estilo en su vida. Es más, les pienso hacer replantearse su sexualidad y toda su existencia.

—¡Pero bueno! —exclamé.

Acababa de flipar con semejante despliegue de poderío y maldad, pero por otro lado estaba segura de que, si eso era lo que quería conseguir, lo iba a conseguir. Nada ni nadie se podía resistir a esta tía…

Por fin llegó el viernes y, con él, mi esperada defensa del TFM. Estaba deseando quitármelo ya de encima, y la verdad es que fui muy confiada de mi propio trabajo. Había aprovechado bien estos días y refrescado la memoria sobre lo que yo misma había creado. Alexia, por supuesto, me acompañaría. Para la ocasión lució unos

vaqueros rectos sobrios con unos mocasines color borgoña, una camisa blanca abotonada por dentro y un bolso a juego con los mocasines. Yo tenía que vestirme lo más formal posible, así que me encargué por Asos un traje de chaqueta gris que me lucía muy bien, ligeramente oversize (cosa que a veces parece imposible para nosotras las tallas grandes), camisa blanca y unos kitten heel en punta negros. Me recogí el pelo en una coleta alta bien peinada, mantuve el maquillaje bastante fresco y ligero y nos dirigimos a la universidad.

La sala donde haría mi presentación era amplia y moderna, con paredes blancas decoradas con algunos cuadros de estilo minimalista. Mi tutor del máster nos recibió, tan amable como siempre:

—Tranquila, porque a pesar de que te hayan hecho venir desde Nueva York, el tribunal se ha mostrado bastante favorable con tu trabajo y tu situación, así que estoy seguro de que lo harás fenomenal.

Cuando entramos y vi el atril del fondo, con la pantalla conectada al proyector, empecé a sentir que me sudaba el bigote. No soy una persona que sude en exceso, pero hay ciertas zonas que enseguida se ponen a transpirar cuando presienten el peligro, y mi labio superior era una de ellas. Alexia parecía leerme perfectamente en cualquier ocasión:

—Tranquila, *darling*, lo harás genial, no tengo dudas.

Conecté el ordenador para poder preparar la presentación antes de que llegase el tribunal y pronto en la pantalla salió la portada y la primera página de mi presentación: «Estrategias Innovadoras en

Marketing Digital para el Sector de la Moda, por Ana López». Y por fin, el famoso tribunal llegaba a la sala.

Dos profesoras y un profesor se dispusieron a sentarse en la mesa alargada que estaba a un lado, justo enfrente de mí. Los tres entraron con una sonrisa, se me presentaron y llegó el momento de comenzar. Realicé mi presentación con bastante soltura, ciñéndome a la información y los datos que había recopilado e intentando cumplir con todos los formalismos requeridos en una presentación de este tipo. De vez en cuando miraba a Alexia, sentada al fondo, y agradecía enormemente que ese fuera mi único público, aunque llegando al final de la presentación vi que alguien entraba y se sentaba al fondo del todo, pero me era imposible verlo. Estas cosas suelen ser públicas, así que cualquiera que pase por allí puede sentarse y oírlo, pero decidí no prestarle importancia para no distraerme; no me lo podía permitir. Tras mi presentación, el tribunal comenzó a realizarme preguntas acerca de la chapa que les acababa de soltar, que procuré contestar con soltura y profesionalidad, y por sus caras presentía que estaban satisfechos, pero sobre todo que no tenían intención de hacérmelo pasar mal. Finalmente, procedieron a deliberar, y nos invitaron a salir de la sala al resto. Salió Alexia, mi tutor y yo detrás. Y al salir lo vi: Kevin estaba allí.

Estaba apoyado en la barandilla del pasillo, pero reconocí su musculosa espalda. En cuanto nos oyó salir de la sala, se dio la vuelta. Fui hacia él casi corriendo, completamente en shock.

—¿Qué haces aquí? Y, sobre todo, ¿cómo te has enterado?

—Me enteré de que estabas en Tenerife por tus stories…, cotilleé la cuenta de tu amiga y vi que hoy estabas aquí defendiendo el trabajo. —Yo estaba boquiabierta, no entendía nada—. No me has

vuelto a hablar a pesar de mi último mensaje y simplemente no pensé, solo quería verte.

—Y se te ocurrió que venir aquí hoy en uno de los días más importantes de mi vida era buena idea, supongo.

No fue al funeral de mi madre, pero a esto sí… WTF.

—Te ha salido genial, al menos lo poco que he podido ver. Aunque no he entendido mucho.

Yo lo miraba sin decir nada; se me habían agotado las palabras con él.

—No me mires así, por favor, necesitaba verte, pero no me contestas y pasaba de volver a escribirte por Insta.

—Pero ¿para qué? Me dejaste bien claro que no me querías y que habías conocido a otra mejor. ¿Qué quieres ahora?

Estoy segura de que ni él mismo sabía lo que quería; su única intención era recuperar ese cariño y atención gratuita que obtenía de mí, que no le pedía nada a cambio y que se arrastraba a follar con él sin hacer ninguna pregunta, a su merced. Pero no pudo contestar porque nos llamaron para volver a la sala.

—Creo que deberías irte; este no es el momento.

Agachó la cabeza y yo me volví para entrar de nuevo en la sala. Supongo que me hizo caso, porque cuando me dijeron que me habían puesto un sobresaliente y que ya por fin tenía mi título de máster, miré hacia el fondo y ya no estaba. Lo que más me dolía era que me hubiese arrebatado un momento de felicidad tan grande como aquel, pues su sola presencia allí, el haberlo visto de nuevo y que por una vez fuese él quien dijese que necesitaba verme me había desestabilizado de una forma que no podía explicar.

Alexia no entendía ni papa de español, pero era experta en leer habitaciones y caras, y no le costó en absoluto correr a abrazarme cuando vio que el tutor y los profesores de aquel tribunal me aplaudían. Su abrazo, fuerte, me hizo romper a llorar, y por desgracia no fue solo de la felicidad de haber aprobado; aquellas lágrimas tenían un nombre y un recuerdo amargo del fantasma al que acababa de ver en el pasillo. Y ella, por supuesto, lo supo enseguida.

28

Reencuentros en la tercera fase

Alexia y yo decidimos correr un tupido velo y salir a celebrar mi sobresaliente. Volvimos a casa después de la universidad para cambiarnos de ropa, refrescarnos el makeup, y ponernos muchísimo más guapas. Yo cambié el traje de chaqueta gris por un vaquero negro ajustado y un cinturón con una hebilla ancha, y lo combiné con un cropped top también negro. Me solté el pelo, me hice algunas ondas, me cambié el labio nude por uno rojo y en los pies me puse unos botines con algo de tacón. La ropa ajustada me hacía una figura bastante favorecedora, así que me sentía sexy y dispuesta a celebrar todos los cambios que habían llegado a mi vida. Me hice una selfi para enviársela a Daniel:

> WOW, lo que daría por estar ahí, celebrándolo contigo y de todas las formas posibles…

Me apetecía una buena dosis de cachondismo a distancia, así que le respondí:

Ah, sí? Como cuáles?

No me tientes a decirte guarradas por aquí y mejor hagamos una videollamada mañana cuando estés en casa o algo…

No sabes lo que echo de menos tus labios… y todo lo demás.

Se me va a caer a trozos de lo que me toco recordando nuestro fin de semana en Nueva York, que lo sepas…

Ya queda menos para repetirlo, espero.

Que no te quepa duda, no puedo más.

Y me envió una foto bomba en la que se veía que, o bien se acababa de meter un plátano en el bolsillo, o estaba felicísimo con estos mensajes.

Mmm…, pronto nos vemos.

Hablas conmigo o con ella?

Perdone, usted es?

—Nena, ya estoy, ¡nos vamos! —dijo Alexia, que interrumpió mi coqueteo extremo a distancia y apareció en la puerta de la habitación luciendo como una absoluta diosa, lo que suele ser habitual.

Se había enfundado también en unos vaqueros increíbles que realzaban sus piernas perfectas y un top blanco. Como siempre, llevaba el pelo precioso, con ese rubio espectacular que mantenía a la perfección. Estaba preparada para ver cómo rompía los cuellos de absolutamente todo el mundo a su paso. Llevaba también unos Louboutin altísimos, y un bolso de Prada perfecto para salir.

—¿Cómo puedes caminar con eso? Me muero solo de pensarlo.

—Tuve que aprender a parecer lo menos lesbiana posible desde muy pequeña, *darling*.

Me despedí de mi querido fotógrafo, con el cual no había parado de hablar a diario desde la última vez que nos habíamos visto. Era encantador, siempre pendiente de mí, pero sin ser un plasta, y teníamos unas conversaciones maravillosas y superdivertidas. La verdad es que me moría de ganas de verlo de nuevo, pero no sabía cuándo iba a ser posible. Literalmente me enseñó su agenda la última vez que hicimos videollamada y me agobié yo solo de verla… Pero, bueno, estaba segura de que encontraríamos la manera.

Tal y como Alexia había querido, decidimos quedar con mis «superamigas». Yo no soy una persona rencorosa en absoluto, así que en el fondo solo quería entenderlas, pero no llevarme mal con ellas. Al fin y al cabo, eran las únicas amigas que tenía por aquí y volver a casa siempre podría ser una opción, por muy feliz que estuviese ahora mismo en Nueva York. Quedamos en un restaurante propuesto por ellas mismas, que había abierto recientemente, y si la cosa fluía bien nos iríamos luego a tomar algo; Alexia y yo seguro, al menos. Al llegar al restaurante, me llevé una grata sorpresa: estaban solo tres de ellas y en el centro había una gran cubitera con una botella de champán dentro preparada. Habían decorado la mesa con algunos globos y se levantaron a recibirnos cuando llegamos.

—¡Enhorabuena por todo, Ana!

—De verdad, nos alegramos muchísimo por ti, y nos sentimos fatal por cómo te fuiste…

—¿Y Ali?

—Bueno, esa es otra cosa de la que queríamos hablarte hoy…, ya no nos llevamos con ella. Por sus celos y sus movidas acabamos fatal, y fue uno de los motivos por los que acabamos tan mal contigo. Ella nos contó una milonga y nos la creímos…, y lo sentimos de verdad.

Miré a Alexia, que, obviamente, no se enteraba de nada, pero por el tono y los gestos creo que algo pudo entender.

—No pasa nada chicas, de verdad. Les agradezco mucho esto… ¡pero, por Dios, tienen mucho que contarme! Estoy un poco en shock… Eso sí, si podemos hablar en inglés lo máximo posible… por ella. Esta es Alexia, mi ángel de la guarda neoyorquino.

Las chicas saludaron a Alexia y estuvieron encantadas de hablar en inglés con ella, al fin y al cabo, siempre viene bien para practicar. Las había conocido en la universidad, así que todas teníamos suficiente nivel como para integrarla en la conversación. Por supuesto, pronto empezaron a halagar la belleza y el estilazo de Alexia, y aunque yo no lo sentía, me decían que también había cambiado para mejor. Supongo que robarle a tu amiga complementos de miles de euros te hace parecer más fabulosa a ojos de cualquiera, aunque realmente sigas siendo la misma, con el mismo cuerpo, la misma cara y el pelo casi igual.

La cena fue genial. No paramos de hablar, de contar chismes y de ponernos al día. Alexia se integró perfectamente y lo disfrutamos mucho, así que, como era lógico, quisimos seguir la marcha. Terminamos de cenar y nos fuimos a un famoso bar de copas de la zona, donde estuvimos riendo y bailando como si nunca hubiese pasado nada entre nosotras. Yo estaba tan feliz que subí un montón de stories esa noche a mi Instagram, porque además estábamos todas guapísimas, y también porque me suponía que Kevin estaba pendiente de todo… Y no tuve ni que compartir ubicación: cuando un hombre quiere encontrarte, lo hace, como bien me había enseñado Uncle Andrew.

Es gracioso porque hay personas que, hagas lo que hagas en tu vida, siempre tienen reservado un hueco en la parte de atrás de tu cerebro, en tu pensamiento. Y en el momento en el que te distraigas lo más mínimo y dejes de pensar en él por fin… aparece. Me encontraba perreando hasta el suelo con Alexia la canción «NuevaYol» de Bad Bunny, que obviamente ya se había convertido en «nuestra» canción, cuando al levantar la mirada vi llegar a sus

amigos. Sí, el típico grupito de chicos de gimnasio, con sus skinny jeans y todo, luciendo tobillitos y camisetas que les marcaran bien aquello por lo que tanto luchan a diario… Pido perdón por haber caído tan fuerte por uno de ellos, pero no conocía otra cosa. Y sí, por supuesto, ahí detrás estaba ÉL.

Su olor a One Million, que en otros tiempos me ponía tan caliente, ahora me horrorizaba después de haber olido el perfume de alguien como Daniel. Su cuerpo perfectamente depilado y liso, más suave casi que el mío, ahora me producía un rechazo total. Lo veía como a un niño, y más después de haber comprobado que nunca me había querido, pero le molestaba haberme perdido más por una cuestión de ego que por unos sentimientos puros. Sin embargo, no podía evitar seguir sintiéndome atraída hacia él, no podía evitar que me hubiese removido lo que me había dicho por la mañana, o aquel último mensaje en el que decía que me echaba de menos.

—¿Vas a seguir persiguiéndome hasta que me vuelva a Nueva York?

—Si sigues ignorándome, tendré que hacerlo. Me tienes pendiente de las stories de tus amigas todo el rato, para ver si me dan una pista de dónde estás.

—¿Y a tu perfecta novia qué le parece todo esto?

—Ya no estamos juntos.

Bum. Nos miramos unos segundos fijamente a los ojos, sin decir nada más.

—Pues lo siento muchísimo, pero yo ya no soy la tonta a la que mantuviste en secreto dos años. Y ya ni siquiera vivo aquí.

Había estado tanto tiempo soñando con esas palabras bonitas saliendo de su boca, con ese interés en buscarme y con esa atención

que ahora me daba, que no me había parado a pensar si realmente era lo que yo quería, o si solo estaba dispuesta a aceptar a quien me hiciese caso. Pero Kevin ya no encajaba ni en mi presente ni en mi futuro, y por primera vez lo vi todo bastante claro. Alexia se acercó a nosotros:

—¿Todo bien?

—Sí, perfectamente. Adiós, Kevin.

Se quedó ahí, sin decir nada más; nunca fue el mejor con las palabras, la verdad, y yo seguí bailando con mis amigas como si nada hubiera pasado, pero en el fondo el corazón me iba a dos mil por hora y me daba pena haber acabado así las cosas. No sé de dónde había sacado las fuerzas para decirle todo eso, pero me sentía orgullosa de mí misma. Ya no tenía ningún poder sobre mí, y me acababa de liberar de ese pequeño fantasma suyo que aún me perseguía.

Decidimos cambiar de local y seguir la noche bailando en una noche *only girls*, y fue la despedida perfecta de nuestras pequeñas vacaciones en la isla. Las chicas prometieron ir a visitarnos, lo pasamos genial, y ahora tocaba volver a Nueva York, esta vez liberada de asuntos no resueltos y sintiéndome más libre y empoderada que nunca: era momento de volver para seguir cumpliendo sueños.

29

Reencuentros en LA

Volver a la ciudad fue genial. Ahora ya tenía mi título, mis estudios totalmente acabados (o al menos por el momento), Emma cada vez me daba más responsabilidades en el trabajo, y Alexia, Jean y yo salíamos de fiesta todos los findes… y a veces incluso entre semana, lo cual era terrible al día siguiente en la oficina, pero compartir resaca con tus compañeros la hacía menos dura. Nos lo pasábamos pipa, me estaban enseñando muchísimos locales *cool* de la ciudad y cada vez hacíamos planes más guais. Era maravilloso no tener que preocuparnos del dinero, o de si nos iban a dejar entrar en los clubes; con ellos no existía eso de hacer cola y el presupuesto era ilimitado, y yo me estaba acostumbrando bastante bien a ese estilo de vida.

Y sí, por fin íbamos a volver a vernos Daniel y yo. Seguíamos hablando constantemente, y aunque ambos estábamos ocupados con nuestras vidas y nuestras profesiones, siempre encontraba un mensajito que me sacaba una sonrisa, siempre estábamos preguntándole al otro por su día, nos enviábamos canciones, memes, cosas graciosas que veíamos por ahí… Teníamos un humor

muy similar, y el buen rollo y la conexión entre ambos traspasaba la pantalla. Por las noches procurábamos hacer videollamadas y era como si nos conociésemos de toda la vida, parecía una persona supertransparente y me lo contaba todo con detalle, cosa que me encantaba. Pronto empezamos a hablar de nuestro pasado, de nuestras familias, de nuestras preocupaciones…; no había tema de conversación que nos costase abordar, y sentía que ambos nos habíamos integrado en nuestro día a día a pesar de la distancia con una facilidad apabullante. Al despedirnos cada noche, no podía evitar sentirme en una nube, pero a la vez con cierta sensación de miedo… ¿Nos estábamos enamorando, así tan rápido? Y si eso era así, ¿cómo íbamos a estar juntos?

Tyla y Alexia seguían juntas a pesar de la distancia, felices y cumpliendo su horario de llamadas y visitas para mantener la relación lo más viva posible, aunque no les costaba ningún esfuerzo porque realmente se adoraban. La posibilidad de que vivir juntas en la misma ciudad se hiciera realidad estaba cada vez más cerca, y su relación era un sueño para cualquier romántica como yo.

—El próximo fin de semana me toca a mí viajar a LA a ver a Tyla, ¿te vendrías? Igual así podrías quedar con Daniel ¡y veros por fin de nuevo!

—Me encantaría probar por fin el batido de Hailey Bieber en Erewhon… Voy a preguntarle a él a ver qué planes tiene.

—Sí, seguro que es en ese batido en lo que estás pensando…, cochina.

No pude evitar soltar una risilla nerviosa. Obviamente me moría de ganas por ver de nuevo a Daniel y encerrarnos durante horas en

su habitación para que volviese a hacerme las cosas que me había hecho en el hotel… Fui corriendo a escribirle un mensaje:

El próximo finde Alexia viaja a LA. Si quieres puedo ir con ella y nos vemos…

No me lo puedo creer… Justo iba a decirte de vernos ese finde, porque tenía unos compromisos y se me acaban de cancelar!

El destino está a nuestro favor, entonces…

No podía ser de otra manera, me muero de ganas de verte.

Estuve toda la semana supernerviosa, deseando que llegasen los días para pasear por Rodeo Drive de su mano, aunque ver Los Ángeles era lo de menos; los únicos ángeles que quería ver eran los del cielo a los que me llevaba su cuerpo… Hay que ver lo cursi que me pongo a veces.

Por fin llegó el finde. Alexia y yo llegamos a la ciudad desde el frío de Nueva York y nos encontramos con una temperatura y un ambiente mucho más veraniego para el que, por supuesto, no íbamos preparadas, así que tuvimos que ir quitándonos capas por el camino. Tyla y Daniel nos esperaban igual de emocionados que

nosotras en la sala de llegadas del aeropuerto. Corrí hacia Daniel, que me esperaba con una sonrisa infinita, tan guapísimo como lo recordaba, con la barba ligeramente más corta que la última vez y nos fundimos en un abrazo en el que me hubiese quedado para siempre. Su olor y sus besos seguían sabiendo a gloria, tal y como los recordaba, y sus ojos verdes seguían siendo los más bonitos que había visto jamás.

Tyla y Alexia, por su parte, también se comían a besos a nuestro lado. Me fijé en que varias personas se las quedaban mirando, pero supongo que estaban acostumbradas, porque ellas ni se inmutaron. Y no solo las mirarían porque, por muy modernos que fuésemos todos, la gente aún seguía viendo como un fenómeno paranormal el amor entre dos mujeres, sino también porque… qué dos mujeres: ambas destacaban por su belleza impresionante, y hacían una pareja de portada de *Vogue*, sin duda.

—Bueno, queridos, vamos hablando para vernos o lo que sea estos días, o si no directamente en el vuelo de vuelta, ¿ok? —dijo Alexia, que reía feliz.

—Eso, ya vamos viendo, ja, ja, ja, pero me temo que mantendré a Ana muy ocupada… —respondió Daniel, mientras se volvía a mirarme con esos ojos que me derretían cada vez. Solo esa frase ya prometía tanto que noté cómo me mojaba viva y me moría de ganas por irnos ya a estar solos los dos.

Daniel y yo nos dirigimos hacia su casa, en West Hollywood, y yo me moría por ver toda su vida ahí, saber dónde vivía, sus rutinas…; verle, en su *mood* diario más íntimo.

—Te he echado tanto de menos… —Daniel me comía a besos y miradas, y no paraba de tocarme, como si quisiese asegurarse de

que era real—. Estás preciosa.

Yo también lo había echado mucho de menos a él, y aunque procuraba no hacerme ilusiones de más, no podía evitar morirme de emoción escuchándolo hablar así. Llegamos por fin a su piso, un espectacular ático de diseño como no podía ser de otra manera. Era prácticamente como me lo había imaginado: con techos altos, muy diáfano, sobrio pero con algunos toques de color y muy ordenado y limpio. Por supuesto, lo mejor era la terraza, con unas impresionantes vistas a la montaña.

—Wow…, has triunfado en la vida, supongo.

Daniel se acercó por detrás y, tras rodearme la cintura con un brazo, me susurró al oído:

—Desde que te descubrí, sin duda.

Y me fundí entre sus brazos toda la noche.

Los dos días siguientes fueron tan de ensueño como los que habíamos pasado en Nueva York. Parecía que nos conocíamos desde siempre: no parábamos de hablar, reír, follar, besarnos…, todo era perfecto. Me llevó de compras a todas las tiendas a las que quería, fuimos a hacer cosas turísticas, como sacarme una foto en el cartel de Hollywood o visitar el —feísimo, por cierto— Paseo de la Fama… Daniel era diversión constante, estaba lleno de vida y de alegría, y estar con él era una bocanada de aire fresco. Además, y a pesar de que a mí me daba cierta vergüenza, no paraba de besarme en público, de abrazarme, me daba la mano por la calle… Parecía sentirse igual de afortunado que yo. La última noche, en la cama, después de haberlo hecho por tercera vez, surgió la conversación que tanto esperaba y temía a la vez:

—No puedo evitar sentir miedo de esto… ¿No te parece que todo es demasiado idílico entre nosotros? —le pregunté.

—Te aseguro que a mí también me pasa. Pero es que nunca había sentido una conexión tan grande con nadie… Tú me haces sentir que puedo ser yo mismo en todo momento, que no tengo que fingir nada, como me pasa todo el tiempo en esta ciudad en la que nadie se permite ser vulnerable y relajado, en la que todo el mundo necesita aparentar algo, ser alguien, venderse y parecer el más *cool* todo el tiempo. Es agotador… No eres como ninguna de las chicas que había conocido antes: eres libre, fresca, natural… Si cuando le pides algo al camarero lo pronuncias mal, te da igual, te ríes y contagias tu desparpajo a cualquiera… Me quedo hipnotizado cuando te veo interactuar con los demás. Hay algo realmente único en ti.

Nunca nadie me había descrito así… Bueno, mi madre obviamente siempre me decía lo especial que era…, pero supongo que eso no cuenta tanto. No sabía qué contestarle y me lancé a su boca.

—Daniel, yo también me siento en una nube contigo…, pero me preocupa que todo esté yendo demasiado rápido. Y, aunque me encantaría, no puedo pedirte que dejes todo para mudarte a Nueva York, pero yo no puedo irme de allí ni de broma ahora mismo…, acabo de llegar.

—No te preocupes por el futuro todavía, Ana. Como bien dices, acabas de llegar, y lo último que querría en el mundo es que dejases de conocer gente y de vivir experiencias que te apetecen por estar conmigo. Vamos a dejar que esto fluya, sigamos conociéndonos y quedando siempre que podamos, pero no nos atemos a nada, no le pongamos nombre a esto todavía…, ¿te parece?

Y ahora sí me sentía muchísimo más tranquila. Obviamente me moría por estar con Daniel a todas horas, pero también sentía que no estaba preparada para una relación tan pronto, y menos si esa relación implicaba que uno de los dos tuviese que dejarlo todo por el otro. No era el momento, y la madurez de Daniel me demostraba que lo entendía a la perfección.

Al día siguiente nos encontramos con Tyla y Alexia para desayunar y despedirnos de nuestros respectivos… ¿amores? Bueno, en el caso de ellas estaba claro que sí. Fue un desayuno divertido, en una terraza soleada, y después Alexia y yo pusimos rumbo al aeropuerto en un úber que nos pidió Daniel. Un último abrazo, un último beso apasionado y una promesa de volvernos a ver pronto.

30

Más diversidad, por favor

Fueron pasando las semanas desde ese fin de semana perfecto en Los Ángeles, pero Daniel y yo seguíamos hablando a diario, por mensaje sobre todo, y varias veces a la semana hacíamos también largas videollamadas en las que parecía que llevábamos juntos miles de años. Había muchísima confianza entre nosotros, además de una conexión especial: teníamos unos gustos muy parecidos y hasta veíamos series y pelis juntos de forma virtual. Era una delicia hablar con él, pero sentíamos que necesitábamos cada vez más el contacto físico. Se hacía muy duro conversar durante horas, ponernos cariñosos y estar cada vez más calientes por teléfono, pero no poder nunca hacer todos esos deseos realidad. Aun así, las ganas de seguir conociéndonos y sabiendo cada vez más el uno del otro eran más fuertes que la distancia.

En el trabajo yo cada vez estaba más implicada. Durante todos esos meses y desde la organización de mi primer evento con la agencia, no había parado de aprender y empaparme de todos los entresijos de esta profesión, y cada día me iba gustando más. No obstante, y aunque Emma y Alexia eran unas mentoras maravillosas,

sentía que mis ideas seguían quedando en segundo plano, o que probablemente no me hacía oír lo suficiente aún; al fin y al cabo, seguía siendo la nueva, pero yo no me rendía en mis intentos de hacerme oír, especialmente con un tema que me preocupaba y me tocaba de lleno: la falta de representación de otras corporalidades en los eventos que organizábamos.

Desde aquel evento de Huda Beauty, me había chocado que, a pesar de existir campañas con marcas inclusivas de moda (como la marca que había utilizado para vestirme aquella noche) y de haber muchísimas influencers plus size en la ciudad, cosa bastante lógica en un sitio tan grande y diverso como es Nueva York, apenas se contase con ellas en nuestra agencia. Ni las invitaban a los eventos ni se les enviaban *packs* promocionales a prácticamente ninguna de ellas, ni las representábamos nosotras. Estaba segura de que no era una cuestión de discriminación por maldad o porque tuviesen algo en su contra, sino por pura ignorancia y desconocimiento de lo importante que es una representación diversa.

Cuando eres delgada y vives en un entorno de personas delgadas y supernormativas que se ponen bótox con la misma frecuencia con la que toman matcha, parece que todo el mundo es así y que no hay más realidades, especialmente en un ambiente tan elitista y enfocado en la belleza física normativa como es la moda y la cosmética. Sin perder eso de vista, decidí que lo más inteligente sería recopilar toda la información posible de la manera más profesional. Durante el último mes me dediqué a investigar los perfiles más potentes del mundillo body positive y plus size de Nueva York, a indagar en las marcas que trabajaban con ellas, estudiar sus métricas en cuanto a interacciones, followers,

visualizaciones, viralidad, etcétera, y me encontré con datos brutales. Muchas de las influencers con las que ya trabajaba Harrington's Creative estaban enfocadas en un contenido más blanco, manteniendo sus perfiles con una estética demasiado similar, y llegaba un punto en el que todas parecían clones entre ellas. No solo no había ningún tipo de variedad de cuerpos, sino tampoco de etnias, y lo entendía porque al final Emma buscaba sobre todo posicionarse en el sector del lujo, y estos eran los perfiles que esas firmas requerían: chicas blancas, delgadísimas, rubias, aspecto *old money* y que no hablasen de nada polémico.

Así pues, me marqué el objetivo de demostrarle a mi jefa que no hacía falta ser así para representar lujo y elegancia, y que se podía conseguir mucho más incluyendo también otro tipo de perfiles. Recopilé unos sesenta perfiles de influencers de diversos tipos de cuerpos, etnias, etcétera. Finalmente, me decidí por veinte de ellas: las que sentí que mantenían unos perfiles más cuidados estéticamente y más similares a los de las chicas que ya teníamos y que parecían ser la norma en nuestra agencia, pero con muchísimo mejor engagement y con un mensaje que iba más allá de lo superfluo y estético. Me armé de valor y decidí que era el momento de presentar estas ideas formalmente.

—Emma, Alexia, ¿tienen un minuto? Me gustaría presentarles una cosa que he preparado.

Aproveché un momento en el que estaban ambas en el despacho para presentarles mi dosier.

—¡Claro! ¿Qué necesitas? —preguntó Emma, que siempre se mostraba superamable conmigo.

—Verán… Llevo un tiempo pensando que las influencers con las que trabajamos y que vienen a nuestros eventos son absolutamente maravillosas, siento que son todas muy similares… y que…, no sé, si les parece bien, igual necesitaríamos algo más de diversidad.

—¿Diversidad? ¿A qué te refieres exactamente?

Emma parecía interesada en saber más, mientras Alexia permanecía atenta sin decir nada.

—He recopilado los datos de veinte influencers, la mayoría mujeres, aunque también hay varios perfiles de chicos, personas trans y no binarias que me parecieron superinteresantes, muy potentes y con unos datos increíbles en cuanto a interacciones, visualizaciones y followers. He pensado que podrían ser valiosos para la agencia y para enriquecer nuestra presencia en eventos. Considero que la representación es superimportante en el mundo en que nos movemos: la moda, la belleza… y que estamos dejando atrás una oportunidad de ser más inclusivas y diferenciarnos, incluso, de otras agencias…, no sé cómo lo ven.

—Ya…, entiendo. Le echaré un vistazo a este dosier, pero ya te adelanto que al final son las marcas y casas de moda las que piden los perfiles que tenemos, y aunque alguna vez hemos representado a alguna influencer así…, es decir, como las que me nombras, nos la han echado para atrás por cuestión de imagen, aunque tuviese superbuenos números.

—Y he de decir que eso es terriblemente discriminatorio y, sobre todo, obsoleto —afirmó Alexia, que por fin hablaba.

Emma asintió, pero volvió a recalcar el hecho de que era lo que las marcas pedían.

—Se me ocurre una idea, chicas, pero no sé si les va a parecer bien.

—¡Dispara! Aquí siempre escuchamos todas las ideas, Ana, no tengas miedo.

—¿Y si organizamos un evento para la próxima Fashion Week exclusivo para tallas grandes?

—¿Y eso no sería discriminatorio para el resto? ¿No estaríamos haciendo lo mismo, pero al revés?

—Yo considero que no…, es decir, la industria ya está discriminando a las mujeres como yo: muy pocas marcas hacen tallas para nosotras, tenemos menos posibilidades de trabajar en este mundo, las chicas reciben muchísimo más hate por el simple hecho de tener un cuerpo no delgado… Y, aun así, se exponen para intentar hacerse un hueco y lanzar al mundo el mensaje de que no hay nada que no podamos conseguir solo porque no somos rubias, delgadas y perfectas. El acceso a muchísimas cosas en esta profesión es mil veces más duro para ellas, pero siguen intentándolo y demostrando que son igual de válidas que las demás. Creo que merecen que les demos espacios en los que, por una vez, sean ellas las protagonistas. Y con los datos que tienen, las marcas no se arrepentirán de participar en algo así, ¿no creen?

—Emma, yo creo que es una idea buenísima y que nos vendría bien para renovar un poco la imagen de nuestra agencia, ¿no te parece?

—Mmm… —Emma parecía dudar un poco más.

—Sería UN evento, frente a los cientos más que habrá durante la Fashion Week de Nueva York, en los que solo se invitará a influencers y personalidades totalmente normativas del mundo de la

moda y el espectáculo. UNO. Si alguien se queja de que eso es discriminación…, claramente no está viendo el problema. —Alexia, por supuesto, lo entendía a la perfección.

—Desde luego, daríamos que hablar…, y ya sabes que prefiero la discreción y llevarme bien con todo el mundo; en esta profesión, es lo más conveniente. Pero, bueno, me lo pensaré.

—Muchísimas gracias por tenerlo en cuenta, Emma.

Entendía totalmente sus dudas y posibles miedos, pero confié en que las posibilidades de que aceptase fuesen más altas. Yo, por si acaso, comencé a mirar locales y marcas colaboradoras… Y además sabía que tenía el apoyo de Alexia, así que confiaba en que este pequeño sueño se hiciese realidad.

Ese viernes, Alexia y yo habíamos decidido ir a comer juntas después del trabajo. Decidimos ir a uno de mis restaurantes favoritos desde que estoy aquí: el Sho Sho Nolita, de comida de inspiración libanesa (entre otras) superdeliciosa. Después habíamos pensado ir de compras de maquillaje y cosmética. ¡Una tarde de ensueño, si me preguntan!

Los viernes solemos acabar antes en la oficina, sobre las dos de la tarde, así que al salir pusimos rumbo a nuestro restaurante.

—¡Me muero de hambre! —exclamé.

—Y yo, por favor, estoy famélica —dijo ella.

Una cosa que me gustaba de Alexia era que siempre tenía hambre y comía muchísimo a pesar de ser delgada. Bueno, era una cosa que me gustaba y a la vez envidiaba.

Llegamos al bonito restaurante cuya terraza estaba toda decorada con cientos de flores, pero ya era noviembre en Nueva York y no era la mejor época para disfrutarla.

—Oye, ¿qué tal Tyla?

Daniel y yo no habíamos podido volver a cuadrar un fin de semana para vernos porque él tenía muchísimo trabajo y eventos, pero Alexia y Tyla seguían cumpliendo con sus visitas semanales, y ese fin de semana era Alexia la que se iba para LA.

—Pues imagínate…, en una nube estamos. ¡Tengo noticias! Por fin he conseguido que mi padre me tome en serio con lo de poner el piso de Tribeca a mi nombre, así que espero que sea pronto, porque me encantaría que Tyla se viniese unos días más en Navidad e ir juntas a las fiestas que tenemos programadas. De momento, ella ya está gestionando trabajos aquí de cara a una posible mudanza y yo creo que ya el año que viene será el nuestro… ¡Por fin!

—Eso es maravilloso de escuchar, amiga, ¡qué ilusión!

Todavía no había llegado el auténtico frío invernal, pero ya se necesitaban buenos abrigos para estar en las calles de Manhattan. Absolutamente todo estaba ya decorado para Navidad, como se podrán imaginar, y las decoraciones de esta ciudad son absolutamente otro nivel. El primer día que fui con mi tío a ver cómo empezaban a montar el árbol del Rockefeller Center no pude cerrar la boca del asombro: es alucinante lo grande y precioso que es. Yo no soy especialmente fan de la Navidad, pero la decoración y las luces en Nueva York eran espectaculares, eso no se podía negar, así que estaba deseando verlas puestas.

La Navidad siempre fue una fiesta que sentí rara, y no me gustaba nada. Mi madre y yo estábamos solas y no tenía con quién hacer grandes planes, así que nunca la había disfrutado como parecía hacerlo el resto de la humanidad. Procuraba coger turnos extra en fiestas y en caterings, ya que el club de playa cerraba en esas

fechas, y así también me mantenía ocupada. De hecho, no había ido nunca a una fiesta de Nochevieja, a no ser como camarera, es decir, para trabajar. Y tampoco era algo que me importase, porque no las disfrutaba como creo que sí disfrutaría ahora. Así que este año tenía varias fiestas de Navidad en la ciudad: la de la agencia, otra que organizan mis tíos y varias de amigos de Alexia, ¡y pensaba acudir a todas! Es increíble lo que puede cambiar la vida y la perspectiva en unos meses… Eso sí, al menos a alguna de ellas soñaba con ir acompañada de Daniel…

Esa noche tampoco hubo videollamada, pero esta vez era él el que había salido de fiesta con sus amigos. Le deseé que se lo pasara genial y yo por fin iba a tener una noche tranquila en casa, cenando con mis tíos y metiéndome pronto en la cama con mi libro favorito del momento: la saga ACOTAR, de Sarah J. Maas. Iba ya por el segundo ¡y me estaba encantando! Cuando llevaba ya unas horas leyendo, cogí el móvil por si tenía algún mensaje y me metí también en Instagram a revisar las stories de la gente. Me encontré con stories de las chicas en Tenerife, a las que reaccioné con corazones, y las de algunas de mis influs favoritas. Lo que no esperaba encontrarme era stories de Daniel ya que él era como yo en ese sentido, pasábamos bastante de las redes sociales y no éramos de publicar demasiado. Y, entonces, la vi.

31

La rubia de las stories

La story no era de él, sino que simplemente la había reposteado. Era un vídeo en el que se veía el evento en el que estaban. La persona que grababa hacía un paneo para mostrarlo todo y, de repente, se veía a Daniel hablando cariñosamente con una chica rubia, mientras le rodeaba la cintura con el brazo. Tuve que ver la story varias veces y parar con el dedo en esa imagen para hacerme a la idea. Hice captura para poder ampliarla y sí, efectivamente era él. Como es lógico, podía ser una simple conversación, pero ya tenía experiencia previa con hombres que después de ilusionarme vilmente durante dos años acababan dejándome por una superrubia, así que no pude evitar sentir una oleada de celos. Le mandé un mensaje, inocente, a ver qué me contaba.

Hey, guapo, qué tal la fiesta?

Pero no obtuve respuesta en toda la noche. Decidí no darle más importancia y volví a coger mi libro intentando distraerme en la lectura, hasta que caí presa del sueño.

Cuando por la mañana seguía sin recibir respuesta a mi mensaje, empecé a preocuparme de verdad.

Era sábado por la mañana, por lo que no tenía que trabajar, y lo agradecí porque no hubiese sido capaz de concentrarme en nada más que no fuese obsesionarme, e imaginarme doscientos mil escenarios en los que Daniel y la rubia hasta se casaban y tenían siete hijos y un carlino negro, mientras yo lloraba rodeada de contenedores de basura en los bajos fondos de Manhattan. Ya, estoy loca, pero ¿quién no? Y más cuando llegaban las doce de la mañana y Daniel seguía sin responderme al mensaje… ¿Habría pasado la noche con ella? No pude evitar que mi cabeza siguiese dando vueltas. Hasta ese momento no había tenido ninguna duda sobre su honestidad, pero no sé qué me pasó con esa imagen que me despertó celos y pensamientos destructivos.

Casi sin darme cuenta, entré en una dinámica chunga de obsesión. No solté el móvil en todo el día, cosa rara en mí. Por si eso fuera poco, algo que nunca me había importado, ahora me daba rabia, y era el hecho de que Daniel tuviese quitada la última hora de conexión. No podía saber si me había leído o no, si estaba en línea, o qué demonios estaba haciendo, y eso ahora me volvía loca.

Por fin, a las cuatro de la tarde, llegó la respuesta.

> Mi amor, perdóname, la fiesta se nos fue un poco de las manos… Jajaja.

Yo no pude evitar ponerme en lo peor y le respondí un poco seca:

A qué te refieres exactamente con eso?

A que me acabo de despertar y no vi tu mensajito de anoche, perdóname.

Y quién era la chica rubia de la story?

No podía evitar ir directamente a lo que me preocupaba.

Amor, era una amiga, salimos unos cuantos de mi grupo del gimnasio, te prometo que nada más, puedo llamarte?

Sin esperar mi respuesta, el teléfono empezó a sonar, y se lo cogí después de dos tonos, haciéndome la interesante.

—Oye, ¿estás enfadada por algo?

—A ver, no estoy enfadada, pero me preocupé cuando vi la story y, sobre todo, porque no me has contestado hasta ahora.

Él soltó una risita al otro lado que no me hizo ninguna gracia, la verdad.

—Te prometo que es una compi del gym, como tantas otras que había por allí. Y en concreto esa chica acabó en casa de mi amigo John…, por si te quedas más tranquila.

Bueno, reconozco que me cambió el humor.

—Vale, perdóname, me puse celosa y me imaginé de todo.

—Nooo…, por favor, Ana, me duele mucho que estés así por mi culpa. Te prometo que siempre he sido y seré honesto contigo al cien por cien.

—Jo, pero es que la distancia se me está haciendo dura…

—Lo sé, a mí también… Solo pensaba en las ganas que tenía de que estuvieses conmigo anoche, lo pasamos genial y te hubiese encantado el sitio al que fuimos.

No pude evitar sonreír como una tonta a la pantalla.

Estuvimos unas dos horas hablando y Daniel, como siempre, me desgranó cada detalle de su noche. Era totalmente absurdo dudar de él, siempre me lo contaba todo y se mostraba sincero en todo momento. Así que, después de aclarar el malentendido, me animé y envié un mensaje al chat de grupo:

Hoy no se sale o qué?

Jean

Bitch, pensé que estabais de luto, desaparecidas! Claro que se sale.Hoy, además, al lado de tu casa, guapa… Toca fiesta del cuero y el látex!!!

Alexia

Acabo de despertar de la siesta…
Estoy a las ocho en tu casa y nos arreglamos juntas, Ana?

Yes, yes, YEAH!

Era tan fácil arreglar un plan con ella y Jean…, siempre estaban dispuestos a todo. Lo que no esperaba era que yo también iba a estar dispuesta a todo aquella noche.

Yo no sabía que salir de fiesta en ambientes del colectivo podía ser tan maravilloso para una chica hetero como yo. Pero resulta que no solo es increíblemente divertido, sino que además se liga el doble y con tíos mucho más interesantes que no temen que su masculinidad esté en peligro por moverse en ese ambiente. Alexia, Jean y yo nos pasamos la mitad de la noche de bar en bar, donde cada vez se nos unían más amigos y conocidos suyos, a cada cual más divertido. Además, al ser «la nueva» me trataban como a una auténtica *queen* y yo me sentía totalmente adorada por ellos. Al final acabamos en una discoteca más grande, en la zona de Chelsea, y entre las copas y el calor… el ambiente era magnético. No es que me hubiese aficionado a esta droga y la tomase cada finde, pero algunos días la incluíamos en nuestras salidas y no voy a negar que lo hacía todo un poquito más divertido. Eso sí, la resaca de después era terrible, por eso yo casi nunca aceptaba tomarla, pero esta noche me apetecía. Me sentía guapísima con mi vestido de cuero negro y escote palabra de honor y mis botas de tacón que, aunque bajitas, me hacían sentir una auténtica *dominatrix*. Le envié una foto de mi look a Daniel, a lo que rápidamente contestó:

No puede ser que me hagas esto, estás increíble con todo ese cuero. Me la acabas de poner muy dura…

Y con eso ya consiguió que cualquier atisbo de la preocupación de la noche anterior se me fuese por completo, por lo que me entregué totalmente al disfrute de la noche.

La sala estaba a reventar de gente. Todo el mundo parecía estar pasándoselo genial, la música era increíble y no parábamos de bailar entre dioses con poca ropa y mucho músculo. De repente, un grupo de chicas llegaron a saludar a Alexia y al resto, ya que se conocían de antes. Me las presentaron y en ese momento me encontré con la mirada de una de ellas. Llevaba el pelo bastante corto, era rubia y tenía los ojos preciosos, de un azul clarísimo. Era de mi estatura, muy delgada y con una estética y una actitud bastante masculinas que me dio mucho morbo al instante (vale, culparemos también al M y a los tequila *shots* de la noche). Fue a darme dos besos y me rodeó la cintura con la mano, pegándose mucho. Ninguna de las otras chicas me había saludado así, como si en algún momento hubiese dejado claro a sus amigas que yo era para ella. En el segundo beso de presentación fui a apartarme suavemente y sentí que me retenía con la mano en la cintura, como queriendo que nuestras miradas se detuviesen una frente a la otra un ratito más. Era algo que nunca se me había pasado por la cabeza pensar, pero en aquel momento me di cuenta de que le gustaba, y por lo visto a mí también podía gustarme una chica… Desde ese instante no volvió a quitarme los ojos de encima en toda la noche, y yo me dejé llevar

por la droga más intensa y adictiva de todas: la de sentirte deseada, observada y adorada toda la noche.

Estuvimos todo el grupo bailando sin parar durante horas, y Tanya, que así se llamaba, no se apartó de mi lado ni un segundo. No hablamos demasiado porque el ruido de la música y de la gente era ensordecedor, pero no hacía falta. Muy pronto las miradas se fueron haciendo cada vez más intensas y prolongadas, y cuando me di cuenta estábamos totalmente entregadas a la música entrelazadas una con la otra. Sus manos pasaron de mi cintura a las caderas, mientras yo la sujetaba por el pelo, jugando con las uñas y los dedos en su cabeza. Algo me decía que eso le gustaba, porque de vez en cuando dejaba de clavarme los ojos para cerrarlos e inclinarse ligeramente hacia atrás. La visión de su cuello largo y delicado me volvía loca. Era raro, nunca me había atraído una chica, pero Tanya era realmente sexy y yo esa noche no tenía ningún tipo de pudor ni reparo ante nuevas experiencias. No sé en qué momento pasó, pero poco después tenía su lengua recorriendo mi boca, y besaba tan bien que pensé que iba a levitar de placer.

Hay algo tan maravilloso en el solo acto de besar que me engancha. Siempre me ha gustado muchísimo más que cualquier otro acto que implique el físico o la sexualidad. Me flipan los besos, el sabor de otra persona, la saliva en su justa medida, los pequeños mordiscos, los suaves lametazos sobre los labios, las lenguas entrelazadas…, todo es mágico en un beso y, sí, también es la antesala de otras cosas muy placenteras, pero nada se compara a la energía de un buen beso. Y, por otro lado, si el beso es malo… no hay nada que hacer; el resto de las cosas también serán malas.

Sentí una repentina necesidad de escribirle a Daniel y, aunque jamás hablamos de exclusividad, yo la sentía implícita, y más después de lo que había pasado ese día.

Hay una chica aquí que me gusta, quiero probarla…

Fui directa, aunque supongo que en ese momento no estaba demasiado en mis cabales. A pesar de ser las dos de la mañana, me respondió al instante.

Disfruta, haz lo que quieras… y mañana me lo cuentas.

No sé si era la respuesta que esperaba, pero no me hizo sentir mal en absoluto. Me dio hasta más morbo aún.

Ojalá estuvieses aquí ahora… Porque solo tendría ojos para ti.

Me muero de ganas… Y más ahora con tu imagen enrollándote con otra chica que has plantado en mi mente. Pero me conformo con tu testimonio posterior. Disfruta, mi amor, eres mía de todos modos.

Guau. No supe cómo interpretar aquello en el momento, pero mi cuerpo respondió poniéndose todavía más cachonda.

Lo soy, te lo aseguro.

Decidí que esa no era la noche de dar demasiadas vueltas a las cosas ni de plantearme nada, sino de fluir y permitirme explorar otras partes de mi propia sexualidad que tampoco conocía. Al fin y al cabo, es lo bueno de estar en Nueva York a los veintipocos, ¿no? Y encima tenía el beneplácito de mi…, de Daniel, fuésemos lo que fuésemos.

—Vamos a mi casa —le dije a Tanya en un arranque de deseo brutal.

Ella sonrió y salimos de la mano de aquel antro maravilloso. En aquel momento no vi a Jean ni a Alexia por ningún lado, así que les mandé un mensaje para que supiesen que me iba y se quedasen tranquilos.

32

De nuevo, otra primera vez

El camino del úber hasta casa estuvo lleno de tensión sexual y miradas. Tanya parecía incapaz de quitarme las manos de encima, hasta el punto de que no se cortó ni un pelo en meterme los dedos por debajo de la falda mientras miraba hacia delante y fingía que no pasaba nada en aquel asiento trasero. Pronto encontró la humedad de mi tanga de encaje y al notar sus ágiles dedos por la tela no pude evitar soltar un suspiro. La miré de reojo y tenía los ojos cerrados mientras apretaba los labios; claramente a ella también le gustaba mucho lo que estaba sintiendo. A pesar del calentón, de vez en cuando me venían momentos de *what the fuck*. Supongo que mi cerebro aún estaba procesando en aquel coche que estaba a punto de follar con una mujer, y que eso era raro porque jamás lo había hecho, ni siquiera lo había pensado, pero mi cuerpo tenía muy claro que eso era lo que quería y que pensaba ignorar cualquier señal contraria.

Entramos a toda prisa en casa, sin hacer ruido por si despertaba a mis tíos, y entramos en mi pequeño apartamentito privado. Era

también la primera vez que llevaba a alguien allí, ahora que lo pienso, pero en aquel momento sentía que no me importaba nada.

—Eres la primera persona a la que traigo aquí.

—Pues ya va siendo hora de estrenar esta preciosa cama.

Tanya no parecía ser de las que se pensaban las cosas, porque apenas había terminado la frase y ya estaba comiéndome la boca de nuevo con una pasión brutal.

—¿Tienes baño aquí?

—Sí, claro, pasa. Lo tienes ahí, después del vestidor —respondí, mientras le señalaba por dónde llegar a mi baño.

—Quiero ducharme contigo —dijo.

Me quedé en shock por unos segundos. De repente fui consciente de lo que suponía eso y me dio mucha vergüenza.

Tanya pareció darse cuenta, puso una media sonrisa y se acercó hacia mí.

—Ya sé que es la primera vez que vas a comerte un coño, así que prefiero estar recién duchada para ti —afirmó, con un descaro que me dejó anonadada.

—¿Cómo sabes que es el primero?

—Por favor, lo supe desde el primer momento en el que te vi. Pero te prometo que te va a encantar todo lo que te voy a enseñar.

Su seguridad me estaba poniendo mucho. Supongo que esa forma de hablar, esa dominación de la situación y ese descaro son cualidades que normalmente vemos en los hombres y no están tan bien vistas en nosotras las mujeres. Y yo, desde luego, no era nada segura y me hacía pequeña ante ciertas situaciones constantemente. Así que esto era una cualidad que admiraba en los demás, que me

parecía atractiva, y en ella era increíblemente sexy. Nos dirigimos de la mano al baño.

—Espera, no enciendas la luz.

Yo tenía algunas velas en el lavabo y en la estantería, que utilizaba los domingos o festivos cuando me hacía las *everything showers* que tanto disfrutaba, así que pensé que una luz tenue como la que me ponía en esos momentos sería mucho más adecuada para nosotras.

Comencé a prender cada una de las velas mientras Tanya no dejaba de acariciarme por detrás, sujetándome por las caderas y besándome el cuello, y en cuanto acabé de encenderlas todas no pude aguantar más las ganas de lanzarme de nuevo a su boca. Nos fuimos desvistiendo poco a poco, sin dejar de besarnos, y por primera vez en mi vida sentí un deseo irrefrenable de comerme unos pechos. Tanya era delgada, pero tenía los senos grandes en comparación con el resto del cuerpo, tan turgentes y perfectos que ya los quisiera yo para mí. Puse una mano tímidamente sobre el derecho, mientras lo miraba dubitativa, pero al ver la reacción de ella supe que estaba deseando que le lamiese el pezón y siguiese acariciándola. Sus gemidos eran suaves, algo roncos, pero casi inaudibles, lo cual agradecí por si alguien nos oía. Me senté sobre la taza del inodoro y la coloqué sobre mí a horcajadas, deseando llegar mejor a sus pechos y poder seguir saboreándolos como si se me fuese la vida en ello. Pronto me atreví a bajar la mirada para descubrir que por primera vez estaba ante una vulva, con sus labios, su clítoris y todas sus cosas, y me dio un vuelco el estómago. ¿Cómo se hace ahora esto? Me sentí virgen de nuevo.

—No te preocupes por nada, yo te voy a guiar —me susurró Tanya.

Era tan sexy que me tenía al borde del orgasmo solo con su voz.

Finalmente, nos metimos en la ducha, y la sensación del agua tibia cayendo por nuestros cuerpos mientras nos besábamos y tocábamos era algo indescriptible. Ahora por fin entendía esa pasión que tenían algunas parejas por ducharse juntos todo el tiempo; realmente era superplacentero e íntimo como pocas otras cosas.

Tanya controlaba la situación en todo momento. Cuando por fin decidió que ya estábamos suficientemente limpias y cachondas, me envolvió con una toalla y me llevó de vuelta a la cama, donde descubrí que ningún hombre, ni siquiera Daniel, me habría podido comer de esa manera. Me corrí cinco veces. Descubrí también que lo femenino es otro mundo, y es alucinante. Tanya me enseñó a hacer cosas con los dedos que jamás pensé posibles, y en cuanto superé la momentánea duda de cómo iba a ser capaz de comerme su sexo, simplemente seguí mi instinto y mis ganas de devolverle todo el placer que ella me había regalado. Y parece ser que lo conseguí.

Me encantó absolutamente todo lo que hicimos, la sensación de su piel suave contra la mía, tan diferente de todo lo que había conocido hasta aquel momento. Su olor, el olor de su sexo completamente empapado y la visión de aquel espectáculo totalmente a estrenar para mí. Lo disfrutamos tanto que parecíamos insaciables, y hasta que entró el primer rayo de sol por la ventana no fuimos capaces de parar.

—Me ha encantado todo, eres una delicia, nos vemos otro día si quieres.

Tanya tenía muy claro que no quería quedarse a dormir y a mí tampoco me apetecía en ese momento, así que agradecí bastante la naturalidad con la que quitó esa posibilidad de la mesa.

Me quedé dormida al instante de que se fuese, exhausta después de una noche entera de fiesta y sexo, y así pasé el domingo completo, hasta que por fin a las seis de la tarde fui capaz de resucitar. Encontré un mensaje de Daniel preguntándome cómo estaba y deseando que se lo contase todo. Estaba gratamente sorprendida con la actitud de Daniel en este tema… Al fin y al cabo, yo casi le había montado un pollo porque en su story de Instagram salía una rubia, pero a él no solo no le importaba que me fuese con una chica, sino que estaba ávido de que le contase con lujo de detalles todo lo que había pasado entre nosotras…

—Estoy muy feliz de que reacciones así, pero por otro lado no puedo evitar preguntarme… ¿Cómo es que no te molesta esto, que me haya ido con una chica? —le pregunté, porque necesitaba saberlo.

—Ana, tienes veinticinco años, yo solo tengo cinco más que tú, pero siento que estamos en momentos vitales diferentes. Estás en esa etapa de experimentar, de conocer y conocerte, acabas de mudarte a la mejor ciudad del mundo… No sé, me sentiría mal pidiéndote una fidelidad en la que ni siquiera creo del todo. Además, tampoco hemos establecido nunca exclusividad, ni nada…

—¿No será que estás aprovechando esto para poder liarte tú con cualquier chica que quieras, listo? —pregunté riendo, pero no pude evitar sentir celos al pensar en él estando con otras chicas…, ¿hipocresía la mía? Probablemente.

—No es algo en lo que esté pensando, la verdad, el poco tiempo libre que tengo es para hablar contigo, que me tienes loquito… Pero ya hemos hablado de esto. Sin perspectivas de estar juntos en un futuro, no puedo pedirte que guardes exclusividad y te prives de vivir lo que quieras con quien quieras. ¿No crees que sería injusto?

Me sentí extraña. Por un lado, tenía razón, pero, por el otro, realmente quería que Daniel me pidiese ser su novia formal y que fuésemos exclusivos. Bueno, ¿de verdad era eso lo que quería o solo necesitaba sentir que era la «elegida»? ¿Cómo iba a querer ser la novia de Daniel si apenas ocho horas antes estaba pasándomelo genial experimentando y disfrutando con una chica? No había quien me entendiera, o sí, pero era preocupante. Y Daniel estaba demostrando ser una persona mucho más madura y cuerda que yo.

—Tienes razón, supongo, pero yo sí sentí celos cuando vi a aquella chica en tu story y tú no, cuando te conté lo de anoche…, eso se me hace raro.

—Sentir celos es lo más normal del mundo cuando te importa alguien, y claro que yo también lo siento, pero soy más maduro que eso. Mi verdadero interés es que estés bien, que seas feliz y que no te amarres a nada sin estar segura cien por cien de que es lo que quieres. Y está claro que una relación monógama a distancia no es lo que necesitas ahora mismo.

—Pero no quiero que lo nuestro acabe tampoco.

—No va a acabar si nosotros no queremos, pero hay que ser realistas. Podemos seguir haciendo todo lo que hacemos, vernos cuando podamos vernos, pero sin atarnos. Ya sabes que soy un místico y creo en el destino, así que si este quiere que acabemos juntos… así será.

—Yo ya no sé ni en qué creer…, pero esta conversación se siente como una despedida.

—Oh, de eso nada, Ana; yo voy a seguir aquí para ti como hasta ahora, pero tienes que ser sincera contigo misma y si anoche te apeteció hacer lo que hiciste es que eso es lo que tienes que hacer, ser libre. Y a mí me parecerá bien, de verdad.



Una vez leí eso de «si quieres a alguien, déjalo libre. Si regresa a ti, es tuyo, si no es que jamás te perteneció». Creo que eso es justo a lo que se refería Daniel aquella noche, pero me costaba entenderlo porque a mí siempre me habían enseñado otra visión muy distinta del amor, y en aquel momento fui incapaz de ver que eso que estaba haciendo Daniel era amor. Era respeto, paciencia y comprensión, pero mi inmadurez me hizo creer que, simplemente, no estaba lo bastante enamorado como para luchar por mí y retenerme. Y no pude evitar que eso me doliera. Así que, aunque él había dicho que no lo era, yo me lo tomé como una especie de ruptura.

Y así fue como empezamos a hablar cada vez menos, a espaciar cada vez más el tiempo de respuesta de los mensajes, a hacer cada vez menos videollamadas, hasta que llegó diciembre y me di cuenta de que llevábamos cinco días sin hablar absolutamente nada.

33

Amor es libertad

El frío en la ciudad se hacía cada vez más intenso, y también el frío entre Daniel y yo. A pesar de nuestras promesas de seguir hablando como siempre, la realidad era bien distinta. Yo me mantenía superocupada y seguía saliendo con los chicos día sí día no. Aunque me divertía muchísimo, no podía evitar echar de menos a Daniel y sentirme triste cada vez que pensaba en él. No me arrepentía de haberme acostado con Tanya, pero me preguntaba si, de no haberlo hecho, o de no habérselo dicho, aún seguiríamos «juntos».

Te puedo llamar?

Daniel me escribió el mensaje mientras yo me preparaba para salir con los chicos, una noche más. Me pareció extraño porque hacía ya casi una semana que no hablábamos por teléfono.

Claro, amor.

Después de un cariñoso saludo, Daniel empezó a hablar.

—Sé que estamos más distantes, pero estoy dejándote tu espacio, no te quiero agobiar. Sabes perfectamente cómo me siento, lo que siento por ti, pero no puedo prometerte un futuro porque ahora mismo mi sitio está aquí y tú acabas de llegar al tuyo…

—Yo me siento igual… Lo que tenemos es precioso y no quiero perderte, pero a la vez siento que es demasiado pronto para atarme. Quiero experimentar, quiero vivir la ciudad al máximo…

—Ya sabes que lo entiendo perfectamente y te respeto.

—Tengo que reconocer que tú has despertado cosas en mí que me han hecho entender que soy deseable, que yo también deseo mucho y que me apetece explorar…

—Ana, yo ya viví lo que tú estás viviendo ahora: las fiestas, el flirteo…, y lo último que quisiera es atarte a una relación a distancia, a una exclusividad injusta porque no puedo estar ahí contigo para darte lo que necesitas.

—¿Pero y si eso significa que uno de los dos conoce a otra persona y esto termina por desvanecerse?

—Eso podría pasar igualmente, y más estando en ciudades distintas… Pero prefiero eso a que acabes odiándome por tenerte atada a algo que no sabemos cuándo podrá hacerse realidad.

Cerré los ojos al otro lado del teléfono, sintiendo un inevitable dolor en el pecho. No podía negar que Daniel tenía razón, pero, por otro lado, me daba miedo perderlo de verdad. Con la voz temblorosa, le pregunté:

—¿Prometes que seguiremos hablando, que seguirás contándome tus cosas y enviándome canciones y recomendaciones de series?

—Por supuesto que te lo prometo, Ana, ¡y espero lo mismo de ti! No vamos a ser dos desconocidos ahora…, no quiero que lo seamos jamás.

—Entonces supongo que esto es lo mejor… seguir queriéndonos así, a nuestra manera.

—Sí, sigamos queriéndonos de esta manera.

¿Acabábamos de admitir que nos queríamos? El silencio que siguió no fue incómodo, pero sí extraño. ¿Cómo podían quererse dos personas y, sin embargo, no ser capaces de cambiar sus vidas para estar juntas? Ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder, pero tampoco queríamos perdernos. Queríamos tenerlo todo sin hacer ningún sacrificio… ¿Es eso posible? Desde luego no era lo que siempre me habían enseñado sobre el amor romántico, y por eso, y aun sabiendo que estábamos tomando la mejor decisión, no podía evitar sentirme triste y con miedo. Y eso solo sabía solucionarlo de una manera:

Amigas, hoy más que nunca, necesito beber y olvidar.

Alexia
Qué ha pasado, tía???

Jean
VAMOS!!!

Luego les cuento.

Ya sé que no solo no es la mejor solución, sino más bien la peor, pero no tenía más herramientas en ese momento. Me puse un vestido negro bien potente, los labios rojos y me adentré en la noche neoyorquina con mis dos mejores *partners in crime*.

Tanya no fue el único rollo de una noche (o varias, porque algunas veces sí que se repitió) que viví las siguientes semanas mientras me comía la noche neoyorquina con mis amigos. Y, aunque en la parte de atrás de mi cerebro seguía estando presente Daniel, decidí seguir divirtiéndome y explorando, aunque aún no encontrase una conexión tan especial con alguien como la que había tenido con él y aunque siguiera echando de menos a diario nuestras conversaciones.

Nunca me consideré a mí misma una persona fiestera, pero cuando vivía en mi isla me pasaba el día estudiando y luego trabajaba mucho, especialmente en curros como el del club de playa, lo cual hacía que siempre estuviese cansada y con poca disponibilidad para quedar y, como les conté anteriormente, al final eso provocaba que las amigas me dejasen de escribir para quedar y me perdiese muchísimas cosas esenciales de los veinte años, como las que estaba viviendo ahora.

Esto es algo que a veces me hacía reflexionar, ya que parecía que casi todo en la vida estaba condicionado por el dinero y el privilegio que eso te daba, hasta la calidad de tus amistades. ¿O acaso era lo mismo mi situación actual, en la que el dinero y el tiempo ya no eran problema para salir, conocer gente y situaciones y, con ellas, afianzar mis relaciones personales, que la vida que llevaba antes en la que, al

no tener tiempo para ellas, se deterioraron hasta el punto de quedarme prácticamente sola?

Muchísimas veces llegué a pensar que el problema era yo, que mi personalidad era defectuosa o incluso que no me aceptaban por mi físico, pero había algo mucho más allá de todo eso: lo que me fallaba era el privilegio de tener tiempo y disponibilidad para invertir en mis relaciones con los demás. Y ahora me daba cuenta de lo maravilloso que era poder permitir que las personas me conocieran, poder conocerlas yo también a ellas y poder decir sí a todo, porque no había nada que me lo impidiera. La famosa libertad era tiempo y dinero, al fin y al cabo, y ahora que tenía todo eso tenía también amigos, diversión y hasta una nueva familia amorosa que me cuidaba. Y es que hasta para tejer una red de apoyo y cuidados se necesita invertir. Y sí, todo esto también me ayudó a tener más seguridad en mí misma y mejor autoestima, y quizá por ello también me daba cuenta de que, a pesar de mis sentimientos y conexión con Daniel, me apetecía conocer y explorar mi sexualidad con otras personas.

—Tía, creo que es supermaduro por vuestra parte lo que habéis hecho, no tiene sentido ser exclusivos y seguir en este plan sin saber cuándo volveréis a veros o si realmente queréis llegar a estar juntos en la misma ciudad, al menos —comentó Alexia, que tenía claro que habíamos tomado una buena decisión, aunque fuese extraño.

—Pero no puedo evitar sentirme triste y pensar en lo que pudo haber sido…

—Te entiendo perfectamente, a veces las relaciones más efímeras nos marcan más que una de años… Y cuesta tanto conectar con alguien que, cuando ocurre, crees que será para siempre.

—Y es que, además…, tú no me vas a entender porque eres perfecta, pero Daniel fue el primer hombre en mi vida que trató mi cuerpo como si fuese lo que más deseaba en la vida. Le gusté tal y como soy, me trató con devoción y me hizo sentir una diosa y no como si estuviese haciéndome un favor. Créeme que eso es lo que siempre me han hecho sentir, y supongo que también por eso me enganchó tanto.

—Pero, Ana, si eres preciosa, por favor; ¡los tíos son unos capullos! Cada día más orgullosa de ser lesbiana perdida…

No sé si Alexia me entendía o no, o si alguna vez se había podido sentir así una mujer tan espectacular como ella, pero desde luego siempre sabía cómo sacarme una sonrisa.

—Pero es que tengo algo superfuerte que contarte, amiga…

Aún no había tenido oportunidad de contarle a Alexia que había estado con una chica, y sabía que esta información le encantaría.

—¿QUÉ? ¡Cuenta ya!

—Pues que igual me uno a tu club…

—¿Qué club, tía? ¡No te entiendo!

—Pues sí, el otro día acabé con una chica y fue maravilloso —suspiré. Alexia empezó a dar pataditas y a reírse como una niña pequeña, tan emocionada que apenas podía cerrar la boca del asombro—. Nos duchamos juntas, me hizo cosas increíbles…, fue lo más, la verdad. Pero no te voy a engañar, sigo siendo un 80 por ciento hetero.

—Bueno, chica, alguna tara habías de tener, no se puede ser perfecta.

—¿No te parece suficiente haber nacido con un metabolismo de mierda?

—Ana, eres una diosa y, cuanto antes te lo creas, antes empezarán a tratarte como tal. Todos tenemos nuestro público, querida, todas somos diosas a los ojos de alguien. Claro que hay un canon de belleza universal, pero eso no significa que no puedan gustarnos otros millones de cosas, y ahí fuera hay miles y miles de hombres que adoran un cuerpo como el tuyo, así que empieza a creértelo ya.

Y, como siempre, Alexia tenía toda la razón.

—Hablando de diosas, ¿crees que finalmente Emma me dará el visto bueno al evento plus size-only?

—Está dudosa por el tema de las marcas que representamos…, algunas tienen unos valores bastante antiguos, pero estoy segura de que a ella le encanta la idea cien por cien, y se la has vendido muy bien.

—Sería el primer evento que organice yo misma… Espero que me puedas ayudar.

—Por favor, querida, ¡jamás te dejaría sola frente a esto! Y además me hiciste reflexionar sobre mis propios eventos… A partir de ahora pienso ser muchísimo más cuidadosa sobre las influencers a las que invite y prometo que vamos a cumplir con esa cuota de representación tan necesaria de la que nos hablaste. La verdad es que nunca había reparado en lo importante que es y tú me has abierto los ojos.

Y es que Alexia ya se había dado cuenta de lo duro que es irnos de compras juntas y que nunca haya tallas para mí y tenga que conformarme con comprar solo complementos, por ejemplo. La moda para ella es superimportante, y si no pudiese vestirse como quiere sería duro para ella. Al final, aunque parezca algo superficial,

poder vestirnos como queremos y presentarnos al mundo a través de nuestra imagen es una parte muy importante de nuestra identidad y de nuestro desarrollo como personas, y nadie debería verse privado de ello.

Desde que llegué a Nueva York, cada una de las personas que había conocido habían sido una suerte, como si la vida me estuviese recompensando por todos los años que había pasado sacrificándome y dejando totalmente de lado la diversión, siendo demasiado responsable para mi edad. No sé si existe tal cosa, pero, desde luego, y una vez superado el sentimiento de culpa por toda esta suerte que había tenido, ahora estaba aprovechándolo al máximo y recuperando el tiempo perdido. Y no solo respecto a la fiesta, los amigos y un despertar sexual tardío pero intenso, sino también a nivel laboral.

Más tarde esa semana, por fin recibí la noticia que esperaba: Emma me había dado el visto bueno para organizar el evento plus size durante la próxima Fashion Week, que sería como siempre durante el mes de febrero, así que tenía apenas dos meses para buscar el sitio, convocar a los asistentes y organizar el mejor evento de la historia. Sentía que esta era por fin la oportunidad que necesitaba para demostrar mi potencial en la agencia e ir poco a poco haciéndome un nombre en este mundo. ¡No podía estar más emocionada!

La primera semana después de aquella conversación en la que decidimos tener una especie de relación abierta —o como quieran llamar a esto que teníamos— fue extraña. Supongo que ambos sentíamos una mezcla de alivio y vacío, o al menos así me sentía yo, como si me hubiesen aflojado una cuerda que me estaba ahorcando,

pero que me provocaba un agradable dolor en el cuello… Sin embargo, ahora no sabía qué hacer con tanto aire. Dejamos de hablar a todas horas, había días en los que nuestra única interacción era un meme por Instagram o un simple buenas noches. Habíamos dejado incluso de decirnos que teníamos ganas de vernos y ya tampoco nos enviábamos mensajes sexuales, con lo que nos gustaba. Pero por supuesto que seguía sintiendo todas estas cosas por él, y era al que más ilusión me hacía contarle lo de mi primer evento.

Le envié un tímido mensaje esperando que pudiésemos hablar pronto.

Hey, te apetece que nos llamemos esta noche?

Claro, siempre me apetece hablar contigo.

Esa noche por fin nos vimos y escuchamos por primera vez en lo que parecían demasiados días. Le conté lo del evento y se emocionó tanto como yo, e incluso se ofreció a ayudarme en todo lo que pudiese, lo cual agradecí mucho porque sabía que él tenía muy buenos contactos en Los Ángeles. Por lo demás, nuestra conversación fluyó muy natural mientras hablábamos de nuestras ajetreadas semanas, sin más. Al final no pude evitar decirle que me encantaba hablar con él, y me respondió de la misma manera, pero ambos parecíamos estar reteniendo algo que habíamos acordado no sacar, y fuimos suficientemente maduros como para dejarlo así.

34

Buscándote entre los demás

Los días siguieron pasando, y la Navidad se acercaba. Yo estaba absolutamente emocionada con la idea de pasar mis primeras fiestas en una ciudad que las vivía tan intensamente, con esas decoraciones loquísimas que había por todas partes, el árbol gigante del Rockefeller Center y las varias celebraciones a las que estábamos invitadas, ya que yo me había convertido en una especie de extensión total de Alexia. Me estaba viniendo muy bien socializar tanto con ella y sus pequeños submundos, especialmente para darme a conocer y hacer buenos contactos profesionales. Diciembre estaba siendo un mes intenso, lleno de eventos, salidas con los chicos y también mucho trabajo, ya que varios de esos eventos los organizábamos desde Harrington's Creative. Yo, sin duda, agradecía mucho tener la mente ocupada y llegar a casa después del trabajo tan exhausta que apenas tenía tiempo de pensar en lo mucho que echaba de menos hablar con ÉL a todas horas.

—Esta noche lo vamos a pasar increíble, ¡la fiesta de Navidad de Sephora es top!

Alexia y yo estábamos ya en su casa preparándonos para nuestra siguiente noche loca. No sé cómo lo hacíamos, supongo que la juventud influía, pero éramos capaces de salir cuatro noches a la semana y al día siguiente estar perfectas en el trabajo, sobreviviendo a base de cafés y bagels.

—Lo que más me emociona es la bolsa llena de productos que nos van a dar.

Y es que después de los eventos de las marcas siempre nos llevábamos algún regalo a casa, y yo estaba loca de emoción porque sabía que la goodie bag de Sephora, que estaría llena de productos de maquillaje y cosmética, iba a ser la mejor. Por otro lado, iba a aprovechar para contarles mi idea del evento plus size y ver si estaban abiertos a ser una de las marcas colaboradoras, así que necesitaba mantenerme profesional y sacar a relucir mis dotes comunicativas, y para ello era esencial sentirme guapa con mi outfit.

Había pedido con suficiente antelación varios looks, así que por primera vez en mi vida tenía dónde elegir y podría ir igual de guapa que el resto de las invitadas sin sentirme limitada por la talla. Eso sí, mis compras seguían siendo mayoritariamente online, pero al menos ya conocía muchísimas más marcas con tallas inclusivas, y los pedidos llegaban superrápido estando en Manhattan. Para esa noche elegí un vestido color *champagne*, con una tela superbrillante y un corte ajustado que me marcaba las curvas perfectamente. Me sentía una burbuja Freixenet, aunque en Estados Unidos no entendiesen esa referencia, y en el buen sentido. Lo combiné con unos stilettos y le cogí un bolso Prada a Alexia para destacar aún más. Ella, por supuesto y como siempre, iba espectacular, con un vestido rojo

ajustado y el pelo lleno de preciosas ondas rubias que la hacían parecer una estrella de Hollywood.

Eso me hizo pensar en Daniel: ¿cuáles serían sus planes para las fiestas? Ya llevaba tres días sin hablar con él, ni siquiera un mensaje, pero me reaccionaba a las stories de Instagram sin fallar a ninguna, por lo que sabía que estaba bien y que se limitaba a intentar vivir su día a día, como yo.

Cuando llegamos al evento, no podíamos salir de nuestro asombro al ver lo brutal que era todo. Un espacio inmenso, de dos plantas, decorado de forma exquisita al más puro estilo Studio 54, con bolas de discoteca, muchísimas lentejuelas y purpurina por todos lados, además de unos invitados de lujo que elevaban aún más el evento. Todo el mundo estaba guapísimo y los maquillajes de algunos de ellos eran puras obras de arte en movimiento. Supe de inmediato que quería algo así para mi evento, así que no perdí detalle y apunté todo lo que me parecía inspirador. Aprovechamos para sacarnos fotos guais en el photocall y, por supuesto, subí a mis stories varias de ellas. Enseguida recibí reacciones de Daniel, y un DM que me decía: «Estoy seguro de que eres la estrella que más brilla esta noche». No pude evitar que se me encogiera el corazón.

—Ana, ¡aquí estás! Llevo un rato buscándote —dijo Jean, que en ese momento se acercaba con un grupo de chicos—. Quería presentarte a mis amigos de la organización.

Me guiñó un ojo de forma casi imperceptible y me pregunté cómo era capaz de hacer algo así: si lo hiciese yo, seguramente parecería una muñeca rota, pero la elegancia de Jean era de otro planeta. Me presentó al grupo de chicos y, aunque estaba claro que todos eran gais, hubo uno que me dio una vibra diferente, David.

David me pareció guapísimo al instante. Era bastante alto, con el pelo castaño clarito, los ojos marrones con las pestañas largas…, el típico guaperas que además sabe que lo es. Y pocas cosas le ponen más a una que un tío con seguridad en sí mismo, así que me gustó al momento. Nos pasamos el resto de la noche hablando: era muy carismático y nos reímos mucho. De vez en cuando lo pillaba mirándome el escote por más segundos de lo que se consideraría políticamente correcto, así que supe que yo también le había parecido atractiva a él. No tardó en pedirme el Instagram y esa noche nos despedimos de la fiesta con un abrazo y una larga mirada. Tardó dos días en reaccionarme a una story con un fueguito.

Pasó otra semana llena de eventos navideños y mucho *champagne*, y mi cuerpo y yo comenzábamos a resentirnos. ¡Si esto no acababa pronto y descansaba un poco, iba a petar! A la vez, tenía mucho trabajo en la agencia y con la organización de mi propio evento. Parecía que quedaba mucho para febrero, pero realmente estaba ahí ya, a la vuelta de la esquina. Así que cuando llegó el viernes, le pedí a estas dos víboras que me dejasen descansar; ese finde no saldría y ya el siguiente era Nochebuena, así que necesitaba relajarme un poco. Jean no se lo tomó demasiado bien… aunque en broma, obvio.

Jean

Tiene 25 años, pero parecen 80!!!

Alexia

Deja que la niña descanse. Yo este finde

tengo visitita de mi mujer, así que también estaré desaparecida, SORRY!!! Pero si queréis podemos hacer un brunch el sábado!

A eso sí que me apunto!

Me apetecía mucho ese plan: la idea de dormir toda la noche del viernes y también ver a Tyla, que era maravillosa. Todavía me río recordando lo mal que me la vendió Alexia en su momento, diciéndome que era una diva y una borde, para que no me enterase de que era el jodido amor de su vida…

Cuando por fin llegué a casa después del trabajo ese viernes, me di una buena ducha, me embadurné de crema y me puse mi pijama favorito, dispuesta a ver series desde mi maravillosa cama. Como mucho saldría a tomar el té con mis tíos en el salón, pero estaba segura de que esos dos no iban a pasar el viernes noche como yo; siempre tenían planes con sus amigos y una vida social envidiable a su edad. Era tan bonito verlos juntos…, solo desearía que mi madre pudiese haberlos disfrutado al menos un poco de lo que los disfrutaba yo, porque le hubiese encantado hacerlo.

A eso de las ocho de la tarde me preguntaba qué estaría haciendo Daniel, como siempre, y le envié un mensajito.

Qué tal tu viernes? Yo hoy me lo tomo de descanso…

Silencié el móvil y seguí con la segunda temporada de *Fleabag* hasta que me dio mucho sueño. Volví a mirar a ver si me había contestado, pero no. Probablemente, él sí tenía planes, así que ya hablaríamos al día siguiente, y me dormí.

Por la mañana me desperté renovada, descansada y fresca, como si hubiese dormido miles de horas. Y enseguida recordé que Daniel me debía una respuesta a un mensaje, así que lo primero que hice fue mirar el móvil. Me había contestado a las cuatro de la mañana.

UPS, sorry, se me quedó el móvil en casa…
Salí con unos amigos y acabo de llegar.
Espero no despertarte!

Sé que no tenía absolutamente ningún derecho, pero no podía evitar sentir una oleada de inseguridad. ¿Con quién habría estado en realidad? ¿Habrá conocido él también a otra chica? Le contesté, intentando parecer de lo más despreocupada.

Qué guay! Espero que lo hayas pasado genial.
Si quieres hablamos luego, ahora me voy de brunch con Jean y las chicas.

Entré después en Instagram para bichear un poco y encontré un DM de David, el chico del otro día en la fiesta de Sephora.

Haces algo hoy?

La verdad era que no me apetecía nada quedar con nadie, me sentía tan extraña desde la conversación con Daniel que me daba un palo tremendo conocer a nadie más. Solo me moría de ganas por volver a verlo a él y fundirnos en un abrazo con su olor a *oud*. Pero, entonces, ¿por qué aquella noche me había ido con Tanya y por qué le había dicho que quería experimentar? No sé, ¡no había quien me entendiera! Supongo que me aterraba la idea de que él pudiera conocer a otra chica que sí estuviera totalmente disponible, pero sabía que estaba siendo muy egoísta.

Me encontré con las chicas en Sadelle's, un local de moda donde el brunch estaba espectacular. Hacía frío, pero con sol, que es mi clima favorito, así que nos sentamos en la zona de la terraza, aunque tuvimos que dejarnos el abrigo puesto. Allí servían los desayunos en una especie de bandejas compuestas por una torre de tres platos, y estaba todo delicioso y muy chic.

—Tía, si ya habéis acordado no ser exclusivos, no veo por qué no puedes quedar con el tal David. Además, te interesa, porque es uno de los CEO de Sephora…, un buen contacto para tu evento —dijo Alexia, que, por supuesto, estaba siempre informadísima de todo.

—Ya, pero es que no sé, me da pereza…

Las mimosas, sin embargo, empezaron a saber a «venga, voy a darle una oportunidad, que está buenísimo», y los tres brindamos a la vez al grito de «For the plot!», que más o menos significa «hazlo por la historia, por ver qué pasa».

Así que finalmente le contesté a su DM, cuatro horas después de que me lo enviase (pobre chico, aunque dudo que los hombres estén

pegados a la pantalla esperando un mensaje de respuesta como sí hemos hecho nosotras tantas veces):

> Cenar contigo.

Mi atrevimiento pareció hacerles mucha gracia a Jean y las chicas, porque no parábamos de reírnos. Y así, sin más, esa noche me conseguí una cita.

David resultó ser no solo un chico muy simpático, sino además encantador y dispuesto a ayudarme en mil cosas sobre mi futuro evento, pero había algo en él que no terminaba de convencerme. Su actitud era bastante chulesca, estaba demasiado seguro de sí mismo y le gustaba presumir constantemente de lo que tenía, que al parecer era mucho. Y, por otro lado, estaba clara cuál era su intención desde el primer momento: llevarme a la cama. No es que yo estuviese en contra de eso o que pretendiese algo más, pero me pareció que iba demasiado a saco…, hasta que el tercer martini me nubló totalmente el juicio y decidí que yo también quería lo mismo que él. Acabamos en su apartamento y con un acuerdo de reunirnos la próxima semana para organizar todo lo correspondiente al evento.

Y así podría resumirse mi mes de diciembre: me lo pasé saltando de Santa Claus en Santa Claus, literalmente. Supongo que fue una mezcla entre demasiado alcohol, una elección perfecta de outfits sexis y brillantes que me hacían sentir y ver guapísima, y una necesidad imperiosa de distraerme con otras bocas, otros cuerpos y otros olores. Pero en el fondo de mi cabeza sabía perfectamente lo que estaba haciendo: buscándolo a él. Nadie era tan bueno como él, nadie me lo hacía como él, nadie me hacía sentir que era la mujer

más increíble del mundo como lo había hecho Daniel. Y sin embargo cada vez estábamos más alejados, y no solo físicamente. Nuestras conversaciones pasaron a convertirse en pequeñas interactuaciones semanales sin nada de intensidad, muy distintas a las que solíamos tener y con las que llenábamos horas y horas al teléfono. Y sí, confieso que era muy divertido salir tanto, conocer a tantísima gente y que me lo pasaba bien, pero siempre acababa devorada por una sensación de vacío y soledad que no me gustaba nada. ¿Será que sí me había acabado enamorando del primer hombre que había conocido en Nueva York? Daba igual, porque la realidad era que no podíamos estar juntos, y que yo misma había aceptado esa situación.

La última noche del año fue, sin duda, la más triste de todas para mí. Sobre todo, cuando no recibí un mensaje suyo a medianoche. Estaba segura de que se acordaría de mí, de que estaba pensando en mí tanto como yo en él, pero me equivoqué. Probablemente ya había conocido a alguna chica disponible y madura, como él quería y necesitaba, y a mí me tocaba tragar y superarlo. Ese sería mi propósito de año nuevo.

35

Mi gran momento

No fue tarea fácil afrontar que Daniel y yo estábamos cada vez más alejados, a pesar de que seguíamos hablando de vez en cuando, pero decidí centrarme en lo que más me importaba en aquel momento: mi futuro laboral y la organización del evento en el que tanta ilusión y propósito estaba invirtiendo. Por otro lado, agradecía que por fin hubiese parado un poco la locura de las fiestas y todos estuviésemos más centrados. Alexia y yo volvimos al gym, Jean había conocido a un chico en la fiesta de Nochevieja y estaba muy *in love*, con lo cual decía haberse retirado de la noche neoyorquina, y todos íbamos abrazando la rutina poco a poco, empezando el año con el mejor pie posible.

Mi tío seguía ayudando mucho a Alexia con sus temas financieros, y su padre ya había puesto fecha para firmar el cambio de nombre de su apartamento en Tribeca: la posibilidad de irse a vivir por fin con Tyla estaba cada vez más cerca. Ellas no podían estar más emocionadas, pero iban con pies de plomo, ya que, como saben, aún debían mantener toda su estrategia en secreto. De lo contrario, su padre se echaría atrás y todo el plan se iría al garete.

Por mi parte, mi evento era cada vez más una realidad. Preparé un dosier todavía más detallado para presentárselo a las marcas, y ya tenía localización, fecha y cinco marcas colaboradoras confirmadas, lo cual me parecía un número más que decente. Me pasé todo el mes de enero presentando la propuesta a cientos de marcas, tanto del mundo de la moda como de la belleza, pero la mayoría ni me contestaban o directamente rechazaban asociarse con el evento, lo cual me tenía preocupada y me hacía sentir devastada demasiado a menudo, pero aun así quería seguir intentándolo…

El evento se llamaría CURVE FORWARD: The Plus Size Revolution at NYFW y se celebraría el 11 de febrero, dentro del calendario de la Fashion Week. Aunque no había podido conseguir una acreditación específica para que los organizadores incluyesen mi evento en el calendario oficial, igualmente quise mantener la fecha para que, aunque fuese de manera indirecta, se asociara con la Fashion Week. Gracias a Alexia conseguí también que el evento pudiese celebrarse en The Glasshouse, un exclusivo espacio al lado del río Hudson, con vistas a Nueva Jersey y a toda la ciudad que lo hacían increíblemente especial. El único problema que le veía era que el espacio era gigantesco, y no sabía si iba a ser capaz de llenarlo lo suficiente, y menos si los posibles patrocinadores seguían rechazándome. Podía pedirle ayuda a Emma, pero no quise quitarle tiempo ni recursos, ya que ella misma andaba muy ocupada organizando otros cientos de historias más que también tendrían lugar esa semana. Al fin y al cabo, la NYFW era una semana superimportante para nuestra industria, y bastante favor me estaba haciendo ya dejándome organizar algo por mi cuenta en plena época de tanto trabajo.

Del estrés hasta se me estaba empezando a caer el pelo, e incluso perdí peso porque apenas paraba para comer, lo cual no me hacía ninguna gracia. Al fin y al cabo, era una gorda organizando un evento plus size, no podía aparecerme allí con una talla 40, ¿no? Bueno, en realidad mucho tenía que adelgazar para llegar a esa talla y aunque lo hiciese seguirían encontrándome gorda y no apta para vestir con sus marcas, lo cual es completamente agotador. Y eso era lo que yo quería hacer ver al mundo Fashion Week con la celebración de este evento, que no todas podemos tener una talla 0, y eso está bien. Mi objetivo era revolucionar un poco el mundo de la moda, hacer ruido y que por fin alguien nos escuchara…, pero me estaba costando.

Por otro lado, tenía el problema de las invitadas. En pleno apogeo de Ozempic y similares, parecía que las creadoras de contenido body positive estaban desapareciendo del mapa. Jamás se me ocurriría culpar a alguien por estar completamente agotada de estar gorda y no encontrar ropa para ella, o por haberse cansado ya del trato nefasto que toda la sociedad te da cuando no tienes el mal llamado peso ideal, porque yo mejor que nadie entendía que las personas gordas se agarrasen a un clavo ardiendo (o a una aguja, más bien) para ponerle remedio a algo que nos siguen diciendo que debemos remediar. Pero, por otro lado, era tremendamente triste que toda la lucha que llevamos detrás y que tanto nos ha costado conseguir se estuviese perdiendo. Y yo no quería que se perdiese porque, al final, darle visibilidad y representación al mayor tipo de realidades posibles consigue que se normalicen y que la sociedad deje de hacernos sentir terriblemente mal por no encajar en los cánones, y ese era el principal objetivo de mi evento. En el fondo, la industria de la moda

es la más dura con los cuerpos no extremadamente delgados, y, por muchos medicamentos milagrosos que se inventen, la diversidad siempre va a existir, no es ninguna moda, y siempre vamos a necesitar sentirnos vistas, escuchadas y validadas. No se puede luchar de por vida contra lo que eres, no se puede vivir soñando con ser otra todo el tiempo. Es agotador, devastador y, sobre todo, es injusto.

—Encontraremos las marcas adecuadas y las invitadas adecuadas, te lo prometo. Pero como que me llamo Alexia que esto va a salir increíble, Ana. Te dije que te ayudaría en todo.

Mi ángel de la guarda de 1,75 m, cintura de avispa y perfectas ondas rubias hizo su aparición estelar una vez más, a pesar de estar hasta arriba de curro.

—A ver, enséñame, ¿a quién has contactado ya? —preguntó. Le di la lista de marcas y le echó un vistazo—. Vale, ¡aquí faltan marcas esenciales!

Alexia empezó a darme nombres y yo no conocía casi ninguna: Savage x Fenty, Adore Me, Good American, Eloquii… ¿Cómo es que yo no conocía todas esas marcas aún? Bueno, al fin y al cabo, no llevaba tanto tiempo en el país, pero estaba claro que sí había marcas que seguramente apoyarían este movimiento, ya que tenían tallas de todo tipo. Alexia me hizo algunas correcciones en mi dosier y en la plantilla de correo que enviaba a las marcas presentando mi proyecto, y volvió a reenviar algunos de los mensajes.

—Aunque sea por pesada, por lo menos tendrán que contestarte.

Y así fue como seguimos trabajando en eso hasta que por fin se acercaba el gran momento.

A cinco días del evento, por fin ya tenía cerrado el catering, la música, la decoración —que iba a ser preciosa—, confirmadas a más de cincuenta influencers plus size y a otros tantos que, aunque no eran específicamente de talla grande, hacían contenido sobre diversidad y visibilizaban otras realidades, como creadoras negras, musulmanas, creadoras con dificultades de la piel que se dedicaban a enseñarla en sus redes… En definitiva, muchas personas que estaban cambiando el discurso de la moda y de la belleza y que tenía muy claro que debían formar parte de este evento. Estaba superilusionada con todo, pero a la vez estresada ya que había mil cosas que podían salir mal, muchísimos aspectos que solucionar todavía y muchos flecos sueltos. Con la ayuda de mi equipo, sin embargo, todo iba saliendo adelante.

Y, por supuesto, a quien me moría por contarle todo era a Daniel. Él seguía escribiéndome cada semana y preguntándome qué tal todo, pero no sabía descifrar qué se le pasaba por la cabeza. Era como que nos habíamos convertido en amigos a distancia sin más, como si el resto de las cosas que habían pasado entre nosotros se hubiesen desvanecido. Pero no tenía tiempo de pensar demasiado en ello, así que me limitaba a aceptar lo poco que me daba y disfrutaba de nuestras pequeñas conversaciones semanales. Al fin y al cabo, esto me lo había buscado yo misma. Me hubiese encantado tenerlo a él de fotógrafo, pero no podía permitirme su caché ni tampoco quería que se sintiese presionado a venir hasta Nueva York por ayudarme, así que decidí contratar a otros fotógrafos y videógrafos para el evento.

Cuando por fin llegó el gran día, mi gran día, pensaba que me daba algo de los nervios. Me presenté supertemprano en The

Glasshouse para supervisar que todo se estuviera montando correctamente. La decoración sería en tonos rosa neón por todos lados; el toque especial se lo darían unas estructuras de cristal luminosas colgadas del techo. Había encargado bolas de discoteca y un photocall superllamativo con miles de cristalitos; no quería que faltase nada de brillo. El dress code era Bold & Fearless, y esperaba que todo el mundo se presentase luciendo sus mejores galas. El evento no iba a consistir únicamente en un cóctel y una fiesta con música, sino que además estaría cargado de significado, tal y como yo quería.

Al llegar, los invitados serían recibidos por una preciosa alfombra rosa fucsia con un fondo diseñado con frases y palabras que llamasen al empoderamiento. Muchas luces de neón y una estación interactiva donde pudiesen parar a grabar vídeos para sus redes sociales y enseñar su outfit desde una perspectiva diferente al photocall normal, que estaría más adelante en la estancia. La lista de invitados era bastante *cool*, aunque, por desgracia, y como era de esperar, esa misma noche había otro evento de *Vanity Fair* que recibiría a la gente más vip de la NYFW. Aun así, mientras estuviesen las personas adecuadas a las que yo quería llegar, me parecía más que suficiente.

Después, y gracias a la colaboración de Savage x Fenty, tendría lugar un corto desfile con modelos plus size luciendo piezas exclusivas de su colección: al ser de ropa interior megasexy y llamativa estaba segura de que iba a crear un gran impacto. Ya habría ocasión de lucir ropa más discreta, mi objetivo de ese día era dar que hablar a toda la ciudad.

Después tendría lugar una charla, moderada por una periodista de moda, para poner sobre la mesa la importancia de ser más inclusivos en la industria de la moda. Dos influencers plus size, un chico y una chica, dos diseñadores y una psicóloga experta en imagen corporal compartirían sus experiencias y se intercambiarían diferentes opiniones y puntos de vista sobre el tema principal del evento. Esto me hacía especial ilusión, porque creo que también era algo diferente que no suele darse en un evento de moda, y era, sin duda, uno de los aspectos que más lo iban a dotar de significado. Obviamente, no quería que se hiciera aburrido o demasiado largo, así que apenas ocuparía treinta o cuarenta minutos dentro del evento. A la vez, los invitados podrían pasearse por los diferentes stands de marcas como Fenty Beauty, Rare Beauty y, por supuesto, Huda, que gracias a David había aceptado unirse al evento y poner el toque de color y de maquillaje. Todo parecía ir sobre ruedas, así que cuando pude asegurarme de que así era me fui a ponerme guapísima para recibir a todos los invitados.

36

#CurveForwardNYC

Mi look para el primer evento de mi vida no podía ser discreto ni aburrido, así que, cuando encontré un vestido rosa chicle ajustado en una tela que parecía imitar el látex, supe que era ideal. Me sentía una Barbie plus size, y eso era justo lo que quería transmitir. Lo combiné con una especie de estola de pelo sintético blanco y unos stilettos también rosas de los que sabía que me arrepentiría a las pocas horas. Me sentía pletórica, todo parecía ir genial, la gente que iba llegando venía con las mejores vibras y los looks más coloridos, y sentía que todo estaba saliendo perfecto. Alexia y Jean estaban ya de camino, y Emma tenía que asistir a la otra fiesta, la de *Vanity Fair*, pero me había asegurado que se pasaría después por ahí para apoyarme. Estaba deseando que viese lo guay que estaba todo y se sintiese orgullosa de lo bien que me había enseñado esos meses trabajando para ella y por los que tan agradecida le estaba.

Los fotógrafos no paraban de inmortalizar la alfombra, los chicos del vídeo iban grabándolo todo y los influencers estaban usando tanto el hashtag oficial, #CurveForwardNYC, como todas las herramientas y recursos para crear contenido que habíamos puesto

a su disposición. Pronto me di cuenta de que los followers de la cuenta oficial del evento que había creado tanto en Instagram como en TikTok comenzaban a subir como la espuma. Me moría de ganas porque llegasen los chicos y mis tíos, necesitaba sentirme arropada por mi gente… Y entonces llegaron. Y Daniel estaba con ellos.

Mi sonrisa se volvió gigante cuando vi bajar del coche a Alexia y a Tyla y no pude evitar dar saltitos y grititos de emoción, pero lo que jamás podía haberme esperado es que justo detrás de ellas saliese él, mi Daniel. Iba perfecto, como siempre. Se había recortado muchísimo la barba y le quedaba genial, o al menos yo lo vi más guapo que nunca. Absolutamente todo el barullo y la locura de gente, música y disparos de fotos que había a nuestro alrededor se detuvo mientras caminaba sonriente hacia mí. Alexia y Tyla se hicieron a un lado para que él fuera el primero en saludarme, pero yo estaba paralizada.

—¡Cuánto tiempo! —me dijo divertido, sabiendo que a nuestro alrededor todo el mundo nos estaba mirando.

—No puedo creer que hayas venido —balbuceé.

—No podía perderme tu día más importante —respondió. No podíamos dejar de mirarnos.

Se acercó a darme un abrazo, pero de repente un grupo de gente y fotógrafos se nos cruzó y todo el mundo se dirigió gritando hacia el siguiente coche que llegaba. Dentro estaba nada más y nada menos que Sam Smith.

Yo no entendía nada. ¿Quién lo había invitado? ¿Quién había conseguido su contacto? Yo desde luego que no, pero eso era algo increíble. ¡El mismísimo Sam Smith estaba allí apoyando mi evento! Busqué con la mirada a Alexia, a Jean o a Daniel, pues quizá ellos

tendrían la respuesta, pero no los encontré entre tanto caos que acababa de formarse en aquel momento. Sam se me acercó.

—¿Eres Ana? Tu tío Andrew me dijo que eras guapa, pero no esperaba que tanto.

Me dio dos besos y yo estaba totalmente en shock, no daba crédito a nada de lo que estaba ocurriendo en ese momento, y casi me sentí mareada ante tantas emociones juntas.

—¿Conoces a mi tío? O, más bien, ¿mi tío te conoce a ti?

—Es una larga historia, cariño, pero por esos dos yo hago lo que sea. Además, cuando me enteré de los motivos de este evento supe que no podía perdérmelo; estamos juntos en esta lucha.

Me moría de ganas por saber de qué se trataba esa amistad inesperada, pero sin duda una vez más confirmé que mis tíos eran lo más *cool* de Nueva York y su vida daba para escribir un libro, de veras.

Los fotógrafos, los dos pequeños medios que habían accedido a cubrir el evento y el resto de los invitados se volvieron locos al ver a Sam, y él fue increíblemente encantador: aceptó hacerse fotos con todo el mundo y se comportó como el icono que era.

Si quisiese recordar el resto del evento se me haría increíblemente complicado, ya que todo pasó como un rayo: intenso pero fugaz. Las horas fueron transcurriendo y todo el mundo parecía estar viviendo su mejor noche, lo cual no podía hacerme más feliz. Cuando llegaron mis tíos casi me los como a besos, y hasta me di cuenta de que a Uncle Andrew se le saltaba una lagrimita de orgullo al ver lo bien que había salido todo…, hasta yo me emociono recordándolo. Realmente fue una de las mejores noches de mi vida, y la mejor hasta aquel momento. Había conseguido crear algo de cero, algo

revolucionario que tuviese un significado bonito en la sociedad; sin la ayuda de mi maravillosa familia y amigos hubiese sido imposible. Y en medio de toda esta locura de felicidad, éxito, emoción y mensaje… Él. Había venido hasta aquí para apoyarme, y yo me había dado cuenta de que eso era lo único que importaba al final.

Con tantísima locura de acontecimientos no habíamos podido hablar en absoluto, pero cada dos por tres lo buscaba con la mirada y notaba que él también me buscaba a mí, porque siempre lo pillaba mirándome. Al rato de estar allí me envió un mensaje que me hizo sonreír:

> Cuánto tiempo más tengo que esperar para abrazar a la organizadora?

Aunque tenía el móvil en la mano todo el tiempo, no pude sacar ni dos segundos para contestarle, ya que constantemente venía gente a hablar conmigo, a saludarme o a solucionar problemas. Realmente fue una velada muy emocionante y feliz, pero también de lo más agobiante.

Por fin apareció Emma, que estaba radiante a pesar de llevar todo el día trabajando, cubriendo otros eventos y subida a unos So Kate de doce centímetros, y yo me preguntaba que cómo lo hacía todo y todo bien.

—Querida, ¡esto es maravilloso!

—¿Sí? ¿Te gusta? —pregunté, porque para mí su opinión era sin duda la más crucial.

—Está todo precioso, me encanta. Has conseguido crear algo grande, y estoy orgullosa, Ana.

No sé por qué, puesto que Emma y yo no teníamos ese tipo de relación tan personal en absoluto, pero en aquel momento sentí que era como si mi madre estuviese diciéndomelo a través de ella, y me invadió una profunda nostalgia. Por suerte, no había tiempo para emocionarse ni pensar de más, porque rápidamente nos interrumpieron para decirme que había un montón de periodistas en la puerta preguntando por la organización. No entendía nada, aunque supuse que era porque se habrían enterado de que estaba ahí Sam, pero, aun así… ¿Cómo habían llegado tan rápido?

—Ah, sí, anoche me tomé la libertad de revisar tu *timeline* y no podía permitir que solo dos pequeños periódicos locales cubriesen un evento tan magnífico, así que hice algunas llamaditas. —Otra vez me quedé boquiabierta. Había sido cosa de Emma.

—Nunca podré agradecértelo lo suficiente.

—Anda, ve que te están esperando —me dijo.

Le sonreí y me fui corriendo hacia donde me esperaba la prensa. Pude ver acreditaciones de las revistas más importantes del sector, y procuré mantener la compostura a pesar de lo emocionada y nerviosa que estaba.



Pasaron varias horas y por fin empezaba todo a calmarse. Los pies cada vez me dolían más, pero tenía el corazón tan lleno que sentía que flotaba. Había salido absolutamente perfecto, y ahora por fin podía ir a reclamar ese abrazo que tanto necesitaba. Lo busqué con la mirada durante algunos segundos hasta que lo vi al fondo de la

sala, tomando cócteles y riendo con mis tíos, Alexia, Tyla, Jean y Emma, y nunca en mi vida había sentido tantas ganas de llorar de emoción. Ahí estaba todo lo que le daba sentido a mi vida. En tan solo unos meses había pasado de perderlo todo y sentirme miserable a tener una familia y unos amigos increíbles, una carrera emocionante que arrancaba… y una persona que me miraba como lo hacía él. Y no podía sentirme más agradecida y plena.

Cuando me vieron llegar rompieron a aplaudir, y no pude contener las lágrimas de emoción. Habían sido unos meses intensos de trabajo, de emociones y de vivencias, y ya no podía aguantar más. Sus preciosos ojos verdes seguían clavándose en mí con la misma intensidad con la que lo hicieron varios meses atrás en aquel fatídico choque de blueberry matchas y cafés, pero esta vez su mirada tenía otro sentido. Se adelantó al resto para abrazarme; esta vez nadie nos iba a interrumpir, y en el momento en el que sus brazos me arroparon supe que no quería que nadie más volviese a hacerlo. Que el único olor que quería en mi ropa era el suyo, que el único sabor que quería era el de su boca, y que no sabía cómo lo íbamos a hacer, pero quería que estuviésemos juntos.

—Por Dios, amiga, ¡qué maravilla de evento! ¡Esta chica se merece una copa!

Alexia y su magia hicieron que de repente apareciese un camarero con una botella de Möet y varias copas para que todos brindásemos, y por fin pude relajarme y disfrutar de las personas tan valiosas que me rodeaban.

—Nunca te he visto tan preciosa como esta noche, y eso que parece que vas disfrazada de Barbie.

—¡Oyeee! Si quieres ver disfraces de verdad tendrás que acompañarme a los Carnavales de mi tierra…

—Sabes que iría al fin del mundo si me lo pidieras tú…

Me moría por darle un beso, pero me daba vergüenza ahí delante de todo el mundo, y además sentía que aún debía mantenerme profesional, ya que aún estaba trabajando, pero nuestras miradas ardían y sabía lo que me esperaba unas horas después.

Todo el mundo se lo pasó genial, nos sacamos miles de fotos, las redes sociales del evento (de MI evento) no paraban de crecer y estuvimos bailando hasta que nos echaron ya de The Glasshouse. Nos despedimos de todos a la salida y, por fin, después de tantas horas deseándolo, Daniel y yo nos quedamos solos. Me atrajo hacia él sujetándome por la cintura, y manteniéndose muy cerca de mi cara me susurró:

—No puedo esperar más para tenerte todita para mí.

Y por fin nuestros labios se unieron en el beso que llevaba esperando meses.

37

Al fin juntos

Ni durante el trayecto en taxi, ni subiendo por el ascensor, ni entrando en la habitación fuimos capaces de mantener las bocas separadas. Nuestras manos no paraban quietas: yo le acariciaba la espalda y el pelo; él a mí, el cabello, la cintura, el culo… Parecía que nos ardía la piel y solo el otro tenía la posibilidad de calmar ese ardor, pero sin que fuese suficiente en ningún momento. Cuando por fin llegamos a la cama no podíamos más, deseosos de poder estar completamente solos, sin que nadie nos pudiese ver, gimiendo y diciéndonos cuánto nos deseábamos. En aquel momento pensé que saldría ardiendo, pues sentía puro fuego saliendo por cada poro de nuestra piel.

—No sabes cuántas noches he pasado soñando con volver a tenerte así, Ana…

Le sujeté la cara con las dos manos para que me mirase a los ojos.

—No quiero que siga siendo un sueño.

—Pues lo haremos realidad como sea…

Su boca me devoraba como si llevase años sin probarla, como si fuese su última comida antes de morir en la silla eléctrica. Me quitó el vestido sin dejar de decirme lo preciosa y perfecta que le parecía, sin dejar de alabar y besar cada rincón de mi cuerpo. Me encantaba la forma en que me agarraba de las «chichas» de mis caderas, que tanto había odiado toda mi vida. Daniel parecía no tener suficiente de mí, y amasaba cada parte de mi cuerpo con urgencia y ganas. Nunca antes lo había visto tan apasionado; esa noche me estaba dejando muy claras sus intenciones. No tardó mucho más en escuchar mis súplicas, y me abrió las piernas para perderse entre ellas. Yo pensaba que me corría ahí mismo, ante el primer roce de sus labios en mi sexo, que ya estaba muy empapado y ardiendo. No recordaba haber estado nunca tan caliente como aquella noche: lo deseaba tanto que mi cuerpo no respondía, no controlaba las palabras que salían de mi boca ni el volumen de mis gemidos. Ninguna droga de las que había probado hasta ese momento se asemejaba, en lo más mínimo, a lo que sentí aquella noche. Y es que no hay nada que eleve más al paraíso que entregarse al placer con la persona a la que amas…, aunque en aquel momento no le hubiésemos puesto nombre todavía.

—No puedo aguantar más, te necesito dentro de mí… —le dije, completamente extasiada ante el placer que me estaba dando con la boca y los dedos.

Levantó la mirada y cuando fui a encontrarlo con la mía pensé que le saldría fuego por los preciosos ojos verdes: era puro deseo. Me moría por meterme su durísima polla en la boca, pero no me dejó ni tocarla, me colocó debajo de él y procedió a meterla dentro de mí muy suavemente mientras gemíamos a la vez de pura locura. Nos

deshicimos en las embestidas de su cuerpo contra el mío, sin dejar de besarnos y fundir nuestras húmedas lenguas, y en muy poco tiempo sentí cómo llegaba el ansiado alivio…, no podíamos más y por primera vez llegamos al orgasmo juntos.

Poco a poco fuimos recobrando el aliento, mientras sonreíamos uno al lado del otro, sin dejar de tocarnos y mirarnos. Me había puesto perdida, pero en aquel momento me daba igual, todos sus fluidos y su calor me hacían inmensamente feliz. Solo quería que aquella noche no terminase nunca…, como casi siempre que estaba con él. Así que no pude aguantar más:

—Daniel, no quiero que te vuelvas a ir. No quiero que no estés en mi vida, no quiero no hablar contigo 24/7, no quiero que nos separemos nunca más.

—Pues entonces no volveré a irme. —Y me sonrió. No sabía si estaba hablando en serio o no, pero yo sí lo tenía clarísimo.

—Te estoy hablando totalmente en serio, Daniel. He hecho lo que pensaba que quería hacer, he estado con otras personas, he intentado olvidarte…, pero es imposible. Con nadie tengo lo que tenemos tú y yo. Lo que acabamos de sentir… dudo mucho de que eso se consiga con mucha gente a lo largo de la vida de una persona. Incluso estoy segura de que hay gente que se muere sin sentir algo así, y solo por eso deberíamos honrar nuestra suerte.

—Guau. —Me besó de nuevo y se quedó cerca de mi cara—. Ana, yo solo quería darte tu espacio y que pudieses verlo por ti misma, porque, como te dije, si amas algo, debes dejarlo libre. Yo supe que lo nuestro era especial desde el primer día en el que te vi. No me preguntes por qué, simplemente lo supe. Pero necesitaba que tú también lo supieses.

—¿Has estado con otras personas en este tiempo?

—Te mentiría si te dijese que no, y jamás te ocultaría nada. Te he estado buscando en otros ojos, en otros cuerpos…, pero Ana solo hay una, y esta noche no me lo has demostrado solo a mí, por cierto.

Sonreía orgulloso mientras lo decía. Su mirada había pasado del fuego a la ternura, y yo sentía que me derretía.

—No importa nada de lo que haya pasado hasta ahora, porque hasta ahora no lo había visto con claridad, pero quiero que lo intentemos, que exploremos esto tan especial.

—No sabes lo feliz que me haces, Ana…, sobre todo porque hace una semana que empecé a buscar piso aquí en Manhattan y a mover mis contactos para seguir trabajando aquí…

—¿Qué? —No podía creérmelo—. Pero si llevábamos semanas sin hablar…

—Ya, por eso. No podía más, y sabía que la única forma de ver si esto funciona es viniéndome aquí. Esto no significa que tengamos que formalizarlo desde ya ni vivir juntos ni nada…, no hace falta correr porque ya estaremos en la misma ciudad, y vamos a vivir esto tan bonito como cualquier otra pareja que ha conocido y quiere ver a dónde le lleva… su amor.

—¿Acabas de reconocer que estás enamorado de mí?

—¿Pero en serio aún te quedan dudas? —dijo riéndose—. Me está costando un dineral todo esto, ja, ja, ja, pero estoy seguro de que valdrá la pena.

Y sí, quizá aún era pronto para saber si eso era amor o no, pero ya estaba valiendo la pena el simple hecho de habernos encontrado.

—Además, llevas demasiada barba y vistes demasiado de negro como para vivir en LA. Claramente perteneces a Nueva York —dije, y nos reímos a la vez.

—Veo que ya estás acreditada para hacer bromas sobre las costas, ¿eh?



Cuando por fin nos vencieron el sueño y el cansancio, nos dormimos abrazados hasta que los rayos de luz más intensos de la mañana iluminaron la habitación. Sentía que había dormido como nunca, y en cuanto recobré un poco la conciencia de las cosas me di cuenta de que lo de la noche anterior no había sido un sueño. Ahí estaba Daniel, y había llegado para quedarse. Lo desperté con suaves besos y no me costó nada escucharlo ronronear como un gato.

—Buenos días…

—Los mejores días que he tenido en mucho tiempo.

—Vamos a desayunar, por favor, ¡me muero de hambre! ¿Cuántas horas hemos dormido?

—¿Qué te apetece? ¿Pido servicio de habitaciones? —preguntó Daniel, que siempre daba en el clavo.

Llamó por teléfono y pidió huevos, tostadas, café y zumo para que nos lo subieran a la habitación. Yo aproveché para revisar el móvil: tenía cientos de mensajes sin leer y alertas de Google y redes sociales. Abrí primero el chat de Emma:

Enhorabuena, querida. Has demostrado que no me equivocaba cuando te conocí. Tienes algo muy especial y vas a conseguir todo lo que te propongas.

Tenía un montón de mensajes similares de mis tíos, de Jean, y hasta de mis amigas de Tenerife, que parecían haberse enterado de que todo había sido un éxito. Y de repente recordé la prensa, así que fui corriendo a las alertas de Google. No podía salir de mi asombro leyendo los titulares:

> Sam Smith en el evento Curve Forward: «Llevo mucho tiempo siendo discriminado por la forma de mi cuerpo. Se han burlado de mí, han intentado hacerme de menos y han dudado de mi talento, pero yo he demostrado que tu peso no te define y que todos tenemos un hueco en esta industria, así que por eso estoy aquí, apoyando este evento tan necesario para todos».

Vogue:

> *El evento Curve Forward redefine los estándares de belleza y habla claro sobre la necesidad de ser más inclusivos en la moda.*

Elle:

> **Curve Forward alza la voz ante la necesidad de ampliar las tallas en la moda.**

Harper's Bazaar:

> Ana López, la española que ha llegado a Manhattan para revolucionar la New York Fashion Week: «La diversidad de tallas no es una moda pasajera, es una realidad y no debe ser ignorada».

Pegué un grito que casi mato a Daniel del susto, y empecé a dar saltos por la habitación, desnuda, feliz, incrédula y eufórica. Menudo espectáculo estaba dándole a los vecinos.

—¡Mira estas críticas, por favor! ¡No me lo puedo creer!

Daniel cogió el móvil y empezó a leer en voz alta, gritando y emocionándose tanto como yo. Cuando terminó, lanzó el móvil a la cama y me abrazó por la cintura.

—Jamás dudé de que iba a ser maravilloso, porque tú eres así. Todo lo que tocas lo transformas en magia, y si no mira lo que has hecho conmigo, que me tienes loco.

No pude evitar sonreír como una tonta, me moría de felicidad. Volvimos a besarnos como dos poseídos y, justo cuando la cosa iba a irse de madre…, llamaron a la puerta con nuestro desayuno.

Estaba siendo la mañana más perfecta de toda mi vida. Pero eso no duraría demasiado.

38

Nada las puede separar

Con la emoción de tantas buenas noticias y felicidad mañanera no había podido leer ni contestar todos los mensajes que tenía en el móvil, por lo que sin querer había ignorado los de Alexia. Así que cuando me empezó a llamar, sabía que algo había pasado.

—Amiga, perdóname que te moleste, sé que estás con Daniel…, pero es que ha pasado algo horrible… —dijo Alexia, que rompió a llorar.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

No sabía qué pensar, pero se me bajó de golpe toda la emoción a los pies y me quedé helada.

—Hemos salido en *Page Six*: cubrieron el evento y… Tyla y yo aparecemos besándonos en una foto…

Sollozaba tanto que apenas la entendía.

—¿Y qué pasa? ¿Qué ocurre?

—Pues que mis padres han visto la foto, Ana… Me han visto besándome con ella y me han llamado a primera hora gritándome como dos energúmenos… Ha sido horrible, Ana…

—¡No me lo puedo creer! ¿Dónde estás?

—Estoy con Tyla en su hotel…, pero me han bloqueado hasta las tarjetas de crédito ya, están completamente fuera de sí…

—Estoy flipando…

—Me han dicho que todos sus amigos ya nos han visto así, que somos una vergüenza para la familia…

—Mi amor, mándame ubicación que vamos para allá, no te preocupes por nada, encontraremos una solución.

Daniel escuchaba preocupado, pero enseguida nos duchamos, nos vestimos y fuimos a verlas al hotel de Tyla. De camino lo primero en lo que pensé fue en llamar a Uncle Andrew y contarle todo, pues sabía que él lo entendería mejor que nadie. Al fin y al cabo, era quien había estado ayudando a Alexia a organizar sus finanzas en los últimos meses, así que seguro que podríamos encontrar una solución.

Al llegar al hall del hotel donde se alojaba Tyla, las encontramos esperándonos en los sofás de la entrada. Nunca había visto a Alexia así, no parecía ella. Estaba completamente demacrada de tanto llorar, con el pelo en un moño y vestida con un pantalón de chándal y una sudadera de capucha negros. Corrí a abrazarla y rompió a llorar en mis brazos.

—Nunca los había visto así, Ana, estaban fuera de sí… Me han dicho cosas horribles, peores que nunca…

Tyla y Daniel estaban a nuestro lado, visiblemente preocupados también.

—Lo siento tanto, de verdad…; no entiendo cómo puedes tener una familia así, pero te aseguro que no te van a impedir que vivas tu vida como quieres solo porque tienen dinero y se creen tus dueños.

Mi tío llegó en cuestión de minutos, y Alexia volvió a derrumbarse en llanto en cuanto lo vio entrar.

—Tranquila, Alexia, *darling*, tú ya hace tiempo que no dependes económicamente de ellos, y se van a arrepentir de haberte tratado así.

Si algo sabía Uncle Andrew, además de finanzas, era del dolor que se sentía cuando tu propia familia te repudia por ser quien eres y amar a quien quieres. Por eso, no me cabía duda de que Alexia estaba en buenas manos con él, y nunca la dejaríamos sola.

Cuando conseguimos tranquilizarla un poco, decidimos salir a respirar un poco de aire y a tomarnos un café en algún sitio tranquilo, los cinco. Llegamos a una cafetería sencilla cerca del hotel, y enseguida mi querido tío se hizo cargo de la situación.

—Vale, si quieres podemos hablar de esto en mi despacho mañana, cuando estés más tranquila. Te diré lo que tienes que hacer y cuáles son los próximos pasos a dar. Mientras tanto, vamos a enviar a alguien a tu casa para que te recoja tus cosas o… ¿hay alguna forma de entrar en casa cuando no haya nadie?

—Hoy seguramente estén en casa todo el día, pero mañana sí tengo controlados sus horarios.

—Vale, pues vamos a pedirle el día libre a Emma y voy contigo a hacer unas maletas. ¡Esos bolsos no se van a quedar ahí! —dije, tratando de ponerle un poco de humor al asunto, y conseguí que sonriese por un momento.

—Gracias, de verdad…

Alexia nos miró a todos con los ojos llenos de lágrimas. Me partía el alma verla así, cuando es una mujer tan increíble y llena de luz.

No era justo que sus padres no la aceptaran, y menos aún en pleno siglo XXI, era de lo más absurdo, pero uno no elige a su familia, y a ella le había tocado vivir en el seno de una que le había dado todos los lujos y privilegios del mundo. Sin embargo, le había faltado el más importante de todos: el amor y la aceptación de sus propios padres. En cualquier caso, todos los que estábamos en aquella mesa la queríamos y la íbamos a cuidar, de eso no cabía duda.

Después, Uncle Andrew se fue y el resto del día lo pasamos los cuatro juntos: Alexia, Tyla, Daniel y yo. Fuimos a comer, dimos un paseo por Central Park y hablamos de mil cosas. Alexia y Tyla se pusieron contentísimas cuando se enteraron de la noticia de que Daniel se mudaba a Nueva York, y supimos que haríamos mil planes juntos a partir de entonces, lo cual me hacía inmensamente feliz.

Al día siguiente, volvimos a juntarnos los cuatro para ayudar a Alexia a recuperar el máximo posible de cosas de su casa, y aunque estaba temiendo que ya hubiesen cambiado la cerradura o algo así de drástico, tuvimos suerte. No había nadie en la casa y pudimos hacer cuatro maletas enormes con los básicos, o al menos con las cosas a las que más cariño les tenía Alexia. Me parecía increíble verla así, tan apagada, con los ojos empapados constantemente. Ella que siempre era un rayo de sol, una palabra de ánimo y pura positividad… Nadie se merece un trato así, y ella menos. Yo lo que sentía era rabia e impotencia por no poder hacer nada para que esa familia la viese con los ojos que la veíamos los demás. Pasamos también por el apartamento de Tribeca, el que supuestamente le pertenecía, pero que ahora ya solo era una posibilidad de la que no quedaba más remedio que despedirse. Recogió también sus cosas

de allí y nos dirigimos con todo hacia mi casa. Mis tíos tenían un trastero enorme y el garaje, donde podríamos guardar las cosas de Alexia hasta que encontrasen un piso. Por desgracia, Tyla debía volver a LA por trabajo, pero en cuanto consiguieran un apartamento para las dos, empezaría su traslado a la ciudad.

Por suerte, y aunque Alexia no contase ya con el apoyo de su familia, tenía miles de contactos y amigos que no tenían nada que ver con ellos, así que mucha gente comenzó a apoyarlas con su búsqueda. Por primera vez en su vida, a Alexia le preocupaba el dinero, ya que con su sueldo en Harrington's Creative, a pesar de no estar nada mal, no le daba para mantener el nivel de vida del que había disfrutado hasta el momento. A ella, sin embargo, no le preocupaba en absoluto tener que dejar de comprar en las tiendas de la Quinta Avenida por muy divertido que fuese: su única preocupación ahora era encontrar vivienda con el amor de su vida, y empezar su nueva vida juntas y, sobre todo, libres.

Pero sabíamos que la vida no podía ser tan dura con ella de repente. Al día siguiente se reunió con mi tío en su oficina, y le dio las mejores noticias: las inversiones que inteligentemente había hecho antes de que pasara todo, y a escondidas de sus padres, le habían permitido tener un buen colchón financiero que le aseguraría una situación económica estable, siempre y cuando aprendiese a vivir sin derrochar tanto como antes. Y no, ahora ya no podía permitirse un apartamento de lujo en Tribeca como el que tenía, pero sí un pisito mono para las dos en una zona decente de Manhattan. Alexia, a pesar de su crianza y su estilo de vida, no era una niña mimada rica incapaz de adaptarse a su nueva situación, era

una mujer madura y resiliente a la que solo le importaba demostrar que podía ser feliz sin la ayuda de su familia.

—Con teneros a vosotros y a Tyla en mi vida, yo ya he ganado. Y si ellos no pueden verlo y creen que me pueden castigar cortándome el grifo…, está claro que no conocen a su propia hija.

Estaba orgullosa de ella.

39

Dos amores y una ciudad

Tras el éxito que tuvo mi evento Curve Forward, la semana siguiente fue una locura: mi teléfono y redes sociales no paraban. Todo el mundo parecía querer saber más sobre la idea, sobre el mensaje y sobre la mujer que estaba detrás de aquella pequeña revolución…, ¡y esa era yo! Jamás pensé que podría lograr tantas cosas en tan poco tiempo solo por hablar de algo que me afectaba, pero por lo visto fueron muchísimas mujeres las que se sintieron arropadas e identificadas conmigo. Empecé a conceder entrevistas a un montón de medios, incluida la televisión, y me llamaron de muchas ciudades para que organizase el evento también allí…, y no me lo pensé dos veces cuando tuve que tomar la decisión.

—Emma…, me gustaría comentarte algo, si tienes un minuto.

Me sentía temblar de los nervios y tenía ganas de llorar cuando entré en el despacho de mi jefa.

—Claro, querida, ¿qué necesitas?

Le conté a Emma todas las propuestas que me estaban haciendo sobre Curve Forward y le cambió la expresión, como si se viese venir lo que le quería decir.

—Creo que ha llegado el momento de probar suerte con esto, y ver si soy capaz de seguir trabajando en este sueño…, pero me parece imposible compaginarlo con mi trabajo aquí.

No pude evitar que me cayeran las lágrimas, sentía que estaba traicionando a la mujer que tanto me había ayudado.

—Querida, desde el momento en el que llegué al evento el otro día y vi lo que habías logrado en tan poco tiempo, supe que pronto volarías del nido. Y no solo lo entiendo, sino que te apoyaré en todo lo que necesites, porque yo también tuve que tomar una decisión como esa hace años, y siempre estaré del lado de las mujeres valientes y emprendedoras.

—No sabes lo agradecida que te estoy, Emma, y me siento una traidora yéndome así después de tan pocos meses…

—Por favor, pero ¡qué dices! Nosotros encontraremos a otra persona, pero tu talento no puede quedarse en estas cuatro paredes, Ana.

La persona que un día dijo que las mujeres éramos malas, competitivas y envidiosas entre nosotras nunca conoció a Emma Harrington, ni a Alexia. Esa narrativa se moría aquí con ellas y las mujeres como ellas. Aquí todas competíamos con otro enemigo mayor, pero nunca entre nosotras, y el apoyo y cariño que me dieron desde el primer momento lo demostraba. Ahora me tocaba a mí convertirme en una mujer poderosa y del lado de otras mujeres, como lo eran ellas. Y prometí no defraudarlas jamás.

—Te voy a echar mucho de menos, más te vale que no me abandonéis ahora que estáis las dos enamoradísimas…

Dejaba en aquel mostrador a Jean y sabía que lo echaría de menos muchísimo.

—Ni loca dejaría de salir de fiesta contigo —le dije.

Le di un pico en la boca y me di cuenta de que se había emocionado, aunque una diva como él jamás lloraría en público.

Alexia no se había incorporado a la oficina todavía, pero lo agradecí porque no podría despedirme de ella. Y, de todos modos, no pensaba hacerlo; ya no nos veríamos cada día en el trabajo, pero seguiríamos estando siempre la una en la vida de la otra.

Para ese entonces, ya habían pasado algunas semanas desde la Fashion Week, y tanto las chicas como Daniel habían encontrado ya apartamento. Nos ayudamos mutuamente con las mudanzas, y yo seguí trabajando en mi proyecto desde el despacho de la casa de mis tíos, gestionándolo todo en la distancia y ya con más de cinco eventos programados para los próximos meses en sitios como Austin, Washington, Chicago y, por supuesto, Los Ángeles. Sin haberlo imaginado jamás, iba a recorrerme el país y me moría de emoción.

—¿Y qué voy a hacer yo todos esos días sin ti? —dijo Daniel, abrazándome por detrás mientras yo estaba con mi ordenador portátil.

—Bueno…, ¿no crees que me vendría genial tener un fotógrafo siempre conmigo para documentarlo todo? Y a mí nadie me saca más guapa que tú, así que…

—¿Estás proponiéndome un trabajo oficial?

—Solo si aceptas… —dije, pero sabía que le hacía tanta ilusión como a mí porque vislumbré una sonrisa gigante bajo su poblada barba.

—Vámonos de gira, ¡como estrellas del rock!

Y así fue como Daniel y yo nos convertimos también en compañeros de trabajo, de viaje y de vida.

Por otro lado, Alexia no hacía más que enviarme mensajes desde el trabajo en los que me decía lo mucho que me echaba de menos, pero también que no podía estar más feliz de todo lo que me estaba ocurriendo. Ella nunca había querido emprender, se sentía inmensamente plena con su trabajo en Harrington's Creative, con un horario aceptable y alguien que la mantuviese responsable, como Emma. Y ahora más que nunca, sabiendo que al llegar a casa la esperaba su mujer, su todo. Tyla también estaba ya más que instalada en la ciudad y *bookeando* trabajos constantemente, ya que su contenido podía crearlo desde cualquier parte del mundo, y cada vez ganaba más followers con su nueva serie de vídeos en los que enseñaba su vida en Manhattan. El vídeo que subió contando que oficialmente tenía novia y presentando a Alexia al mundo obtuvo millones de visitas, y aunque por supuesto también recibieron miles de comentarios homófobos y racistas, rechazándolas a ella y a su amor, la gran mayoría las celebraba. Varios medios se hicieron eco de la noticia y Alexia solo pensaba en que no había mejor venganza para su familia que esa. Todo Manhattan sabía ya que su hija era lesbiana y, sobre todo, que no pedía perdón por ello y lo mostraba orgullosa.

Y así empezó otra etapa para todos nosotros. Hacíamos miles de planes juntos, con Jean, hasta con Emma y mis tíos…; habíamos construido una pequeña familia que se apoyaba, se amaba y se respetaba como nadie. Una familia elegida y absolutamente perfecta. Tanto que no pudimos evitar que parase de crecer.

Si algo se me pasó por la cabeza aquel fatídico día en el que recibí la llamada que lo cambiaría todo, era que me había quedado sola en la vida. No tenía más familia conocida que mi madre, y ahora ella ya tampoco estaba. Pero a veces la vida te envía a personas que son como milagros, que te ayudan a levantarte y a caminar. Que te solucionan problemas cuando les pides ayuda, que te enseñan a pedir ayuda y a no sentirte menos por eso. Yo no sabía que me iba a encontrar con unos tíos como ellos, que me presentarían a una amiga como Alexia, que me llevaría a trabajar con una jefa y mentora como Emma y un amigo como Jean, que trabajaría en un evento en el que conocería a Daniel, el amor de mi vida, y también a Tyla. La vida me había demostrado que se puede encontrar a personas que parecen un sueño hecho realidad, porque solo llegan a ella para mejorarla.

Seis años después de mi llegada a Nueva York, aquí seguimos. Después de habernos pasado varios años viajando no solo por Estados Unidos, sino también por otros países y continentes llevando lejos Curve Forward, ahora Daniel y yo también gestionamos nuestra marca desde casa. Seguimos viajando mucho, porque nos encanta y aprovechamos para ver el mundo mientras trabajamos, pero ahora tenemos un equipo de personas que tienen la misma pasión y ganas de mejorar el mundo y hacerlo más inclusivo y diverso, por lo que también aprendimos a delegar en ellos toda esta locura. Seguimos soñando a lo grande, y resulta que trabajar juntos nos ha hecho estar más unidos que nunca, porque los dos miramos hacia la misma dirección y tenemos los mismos intereses, y eso nunca puede salir mal. Hace dos meses, estábamos en Las Vegas, donde habíamos organizado un Curve Forward en el hotel Bellagio, y decidimos que

ya era hora de sentar la cabeza. Me disfracé de Marilyn Monroe y él se convirtió en un Elvis con barba, y firmamos nuestra promesa de amor eterno en una capilla de color azul celeste y neones por todos lados. Jamás habría soñado con una boda tan perfecta.

Ahora tenemos una casita en los Hamptons, a la que solemos ir casi todos los fines de semana, y en las semanas en las que no hay que viajar nos quedamos allí el mayor tiempo posible. A veces me recuerda a mi pequeña isla, aunque todo es muy diferente: el mar no se ve igual, el olor no es el mismo y hasta el aire se siente de otra manera, pero poder ver el mar cada día era una de las cosas que más extrañaba de vivir allí, y es lo que más me ayuda a mantenerme conectada con la chica que trabajaba en un club de playa poniendo un Aperol Spritz tras otro cada día, soñando con un futuro mejor y mendigando amor a un capullo que no la valoraba. Ver en lo que me he convertido ahora a veces me parece un sueño irreal, por lo que procuro siempre mantener la calma para no olvidar que esa niña insegura sigue viviendo en mí, y tengo que cuidarla para que sepa que nunca más va a volver a estar sola. Ahora mi trabajo es demostrar a otras chicas como yo que son valiosas, preciosas y perfectas tal y como son. Que merecen amor, atención, cuidados y éxito tanto como cualquier otra, aunque siempre les hayan dicho que eso no era posible porque no encajaban en la sociedad. Y me parece que tengo el trabajo más bonito del mundo.



Mi historia es tan surrealista como idílica, es tan soñadora como imposible, y sin embargo es la mía y es la que les he querido contar. Porque la vida real ya es bastante dura, gris y triste como para centrarme en contar las partes feas que hacen llorar y te retuercen de dolor. Yo prefiero reflejar lo precioso, lo perfecto y lo suficiente para que otras personas sueñen y se ilusionen con la idea de que otro mundo en el que todo sale bien y encontramos el amor es posible, pues al final es gracias a estas historias bonitas que una no pierde la esperanza y las ganas de vivir. Ojalá todas puedan ser Ana, de una forma u otra. O Alexia y Tyla. Que todas encuentren en su vida a un Uncle Andrew y, por qué no, también a un Daniel. La vida es más bonita compartida con personas que son hogar y refugio, que te aman, aunque tú no seas capaz de amarte a ti misma, pues el amor propio también es un proceso en el que necesitamos a gente que nos levante y nos recuerde quiénes somos y lo importantes que podemos llegar a ser. ¿Saben esa famosa frase (que yo también me dije mil veces a mí misma) de que nadie nos va a querer si no nos queremos antes a nosotras mismas? No es cierta. Hay gente maravillosa en el mundo que, al conocerte, consigue ver partes de ti que hacen que te quieran, sin más. Gente que te demuestra que no eras difícil de amar, ni «demasiado», simplemente es que aún no habías encontrado a las personas adecuadas. Yo las encontré en Nueva York, aunque espero que ustedes no necesiten irse tan lejos. O sí…, porque es lo más. Pero sobre todo aprendí a encontrar amor en mí misma, a hablarme bonito, a dejar de desear ser otra y apreciar a la mujer que ya era. Inevitablemente, en el camino del amor propio se acaban encontrando más tipos de amor, que son los que nos ayudan a transitarlo cuando se pone difícil. Sea

como sea, que la vida las lleve al lugar donde quieren y merecen estar.

Mi lugar ahora es recibir a toda la tropa que viene a pasar el finde con nosotros, ¡es lo que tiene tener una casa maravillosa en la playa! Y ese era el único motivo por el que la quería, para compartirla. Uncle Andrew y su flamante marido llegan con Emma y lo que parece ser algo rico de comer, y justo detrás he visto llegar a Tyla y Alexia, que, por cierto, está guapísima con su barriguita de embarazada.

AGRADECIMIENTOS

Sin duda, la parte que más ilusión me hacía escribir

Al amor de mi vida, por darme pedacitos de queso, pan y fuet mientras pasaba horas y horas sentada en el ordenador sin parar de teclear. Siempre has creído en mí, siempre me has apoyado en todo y jamás me has soltado de la mano cuando pensaba que me caía.

A mis amigas (amigos, amigues), por quererme incluso cuando es difícil hacerlo, cuando me muestro insoportable y cuando soy divertida, cuando estoy bien, pero, sobre todo, cuando estoy mal. Ustedes me enseñaron que el amor incondicional existe.

A ti, mi arcoíris, porque sé que sigues cuidándome desde dondequiera que estés, y estás orgullosa de cada paso que doy.

A la familia, por todos esos táperes, cafés y tardes de IPA. Por los veranos en Playa Honda y los juegos de mesa. Y a mi sobrina nieta, que tanto de mí veo en ti; me tendrás siempre para demostrarte que somos capaces de todo y que eres absolutamente perfecta y preciosa.

Y a mi gente caliente, que con su apoyo cada día me hacen creer que todo lo que hago tiene un significado y un propósito, aunque ni

a veces yo misma sea capaz de verlo. GRACIAS.

A veces tienes que cruzar un océano para aprender a quererte.



Ana tiene 25 años, cero autoestima y un historial de chicos que solo la quieren en secreto. Está harta de sentirse la "demasiado": demasiado grande, demasiado intensa, demasiado todo.

Pero, cuando la vida la planta en Nueva York, la ciudad la recibe con vuelos de ensueño, áticos imposibles y citas que parecen sacadas de una película. Entre photocalls, fiestas y amistades que se convierten en familia, Ana empieza a descubrir que el verdadero glow up no está en la ropa, el maquillaje o los followers, sino en dejar de conformarse.

Porque a veces no necesitas cambiar tu cuerpo. Necesitas cambiar tu historia.

Ceci Wallace (Tenerife, 1984) es escritora y creadora de contenido. Estudió Relaciones Laborales y, desde muy joven, encontró en la escritura y en la creación de contenido para las redes sociales una forma de explorar temas como la autoestima, la diversidad corporal y las relaciones contemporáneas.

Con una voz directa, honesta y generacional, conecta con miles de lectoras a través de historias que combinan romanticismo, ambición y reivindicación. *El año que me comí la Gran Manzana* es su primera novela, una historia sobre reinventarse, perseguir sueños y aprender a quererse en un mundo que constantemente te dice que no eres suficiente.

Actualmente compagina la escritura con nuevos proyectos creativos y vive entre viajes, libros y maquillaje.



Primera edición: mayo de 2026

© 2026, Ceci Wallace
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Detalles de cambios de escena: iStock

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Angie Izquierdo Herrera
Ilustración de portada: © Eni Allaraj

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-272-5686-6

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: editorialmolino
X: @EdMolino
Instagram: @editorialmolino
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

El año que me comí la Gran Manzana

1. Aperol Spritz y otros esnobismos
2. Adiós, mami
3. El tío Andrés, AKA Andrew
4. Un vacío infinito
5. Las protagonistas de las historias románticas no tienen las tetas grandes
6. Nadie me echará de menos
7. Un agujero negro en mi interior
8. Nuevos comienzos
9. Exactamente, como en las películas
10. Alexia, mi hada madrina
11. Una chica nueva en la oficina
12. Cruce de caminos
13. Perdida en unos ojos verdes
14. El evento… canónico
15. El fotógrafo de Los Ángeles

16. Muchas primeras veces
17. Escuchamos, pero no juzgamos
18. Resucitando de entre los muertos
19. No tan rápido, señorita
20. Hacia atrás, ni para coger impulso, querida
21. Una cita perfecta
22. El cazafantasmas
23. Mi verdadera primera vez
24. Buenos días, Daniel's way
25. El domingo neoyorquino perfecto
26. Vuelta a casa
27. Tenerife tiene seguro de sol
28. Reencuentros en la tercera fase
29. Reencuentros en LA
30. Más diversidad, por favor
31. La rubia de las stories
32. De nuevo, otra primera vez
33. Amor es libertad
34. Buscándote entre los demás
35. Mi gran momento
36. #CurveForwardNYC

37. Al fin juntos

38. Nada las puede separar

39. Dos amores y una ciudad

Agradecimientos. Sin duda, la parte que más ilusión me hacía escribir

Sobre este libro

Sobre Ceci Wallace

Créditos